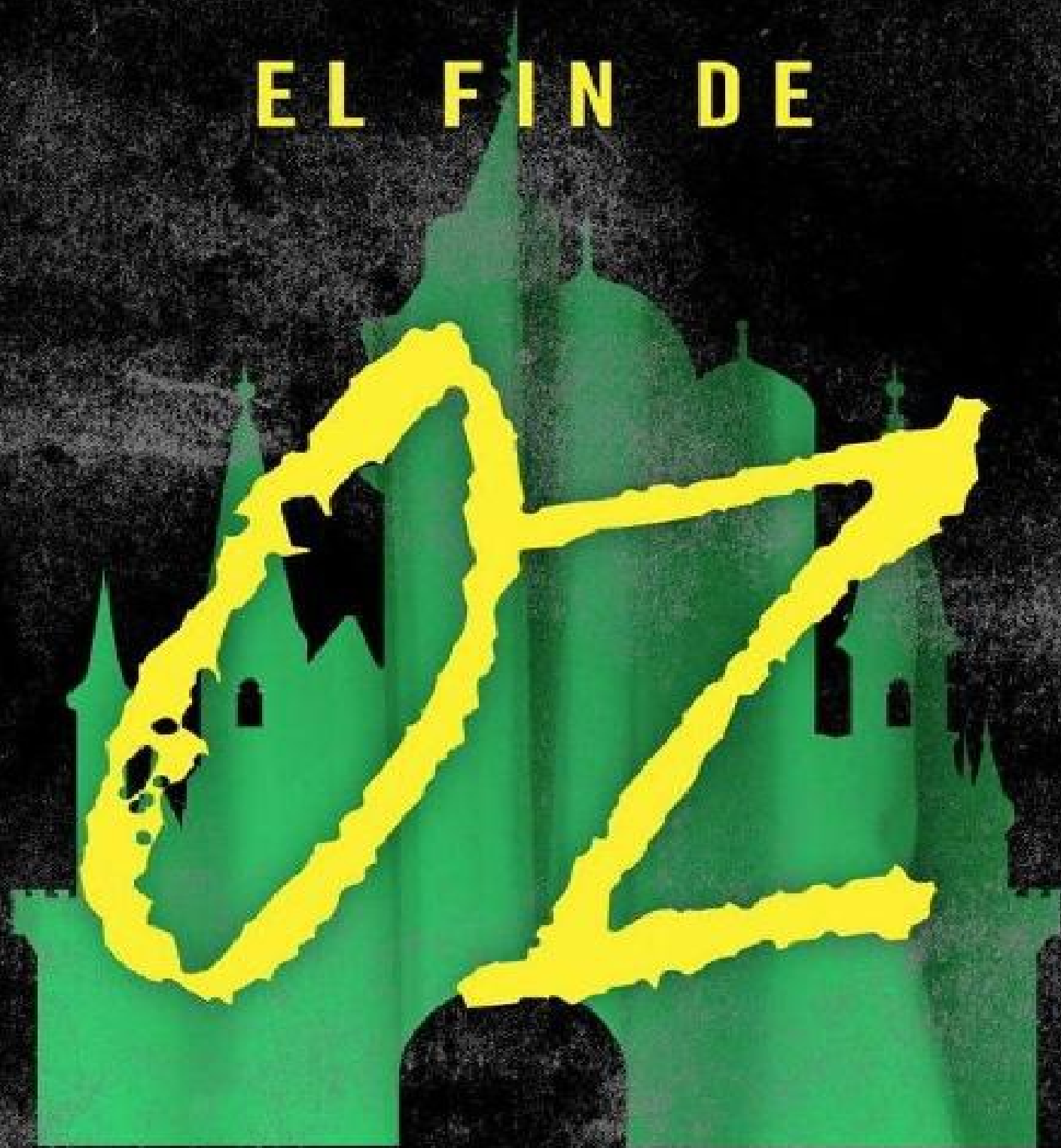


DANIELLE PAIGE

# EL FIN DE



CUARTA ENTREGA DE LA SERIE *BEST SELLER MUNDIAL*

*¡DOROTHY DEBE MORIR!*

DANIELLE PAIGE

EL FIN DE



TRADUCCIÓN DE MARÍA ANGELO FERNÁNDEZ



Rocaeditorial

# EL FIN DE OZ

Danielle Paige

MI NOMBRE ES AMY GUMM.

Seguramente me conoces como «la otra chica de Kansas».

Cuando un tornado me llevó al mundo mágico de Oz, una misión me fue concedida:

MATAR A DOROTHY.

La chica favorita de todo el mundo se dejó corromper por la Bruja malvada, y la tuve que matar.

## ACERCA DE LA AUTORA

**Danielle Paige**, autora *best seller* de *The New York Times* por las series *Dorothy debe morir* y *Stealing Snow*, trabaja también para la industria de la televisión. Graduada por la Universidad de Columbia, vive actualmente en Nueva York. La serie *Stealing Snow* será publicada por Roca Editorial en 2017.

## ACERCA DE LA OBRA

Cuarta entrega de la serie *best seller* mundial ¡Dorothy debe morir!

¡*Dorothy debe morir!*, *Los Malvados se alzarán* y *Baldosas amarillas en guerra* completan esta exitosa serie.

También disponibles en *ebook* las cinco primeras precuelas *Como en Oz*, *en ningún sitio*, *La bruja debe arder*, *El retorno del Mago*, *Corazón de hojalata* y *La orden embrujada*.

Más libros en [www.DESCARGASMIX.com](http://www.DESCARGASMIX.com)

## Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Dedicatoria

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Veintidós

Veintitrés

Agradecimientos

Otros títulos que te gustarán

Créditos

A mis queridos munchkins, gracias por haber seguido el Camino de Baldosas  
Amarillas conmigo.

A mi familia, mamá, papá, Josh, Sienna y Fi, por haber allanado el camino  
con tanto amor...

Y a Faith Vincent, *somewhere over the rainbow...*

*L*a primera vez que había volado había sido en circunstancias muy distintas, desde luego. En mi primer vuelo, por llamarlo de alguna manera, un tornado arrasó la caravana en la que vivía, en Flat Hill, Kansas; se la llevó por delante y a mí me dejó en mitad de Oz. Ahora, en cambio, estaba sobre el Camino de Baldosas Amarillas, al que le debían de haber crecido un par de alas mágicas, pues estaba volando. Pero no estaba sola; me acompañaban Nox y mi enemiga de la infancia que, de repente, se había convertido en mi nueva mejor amiga, Madison Pendleton. Nos estábamos alejando a toda velocidad de la batalla contra el rey Nome, que había aparecido por sorpresa justo después de que Glamora se quitara la máscara y revelara quién era en realidad: su hermana gemela, la malvada Glinda, la misma que había abierto un portal a Kansas. El rey Nome deseaba hacerse con el trono de Oz y, por lo visto, para lograrlo necesitaba mis zapatos; zapatos, por cierto, que también habían pasado por las manos de Dorothy y que, al menos de momento, no me habían convertido en un monstruo. Dorothy, por otro lado, no había corrido la misma suerte; el segundo par de zapatos que recibió la transformó en una tirana malvada, homicida y hambrienta de sangre.

Está bien. Admito que la historia es un pelín complicada. De acuerdo, muy complicada. Créeme, lo sé. El Camino de Baldosas Amarillas nos estaba llevando a..., para qué engañarnos, no teníamos ni idea de hacia dónde nos estaba llevando. Pero el camino parecía haber cobrado vida propia, como si tuviera... consciencia.

Bajo nuestros pies se extendían los campos, las praderas y las aldeas de Oz; parecían distintos retales de telas plateadas, verdes y doradas que conformaban una misma colcha de *patchwork*. A lo lejos, advertí las cumbres nevadas de las montañas Viajeras. Y, más allá de la cordillera, casi

vislumbraba las dunas del desierto de la Muerte.

El aire era fresco y nos movíamos a una velocidad incalculable, pero no tenía ni una pizca de frío. Estaba cansada y muerta de hambre, y muy preocupada por todo lo que estábamos dejando atrás. La muerte de Mombi. El caos tras la coronación de Ozma. El rey Nome. Y Glinda...

Mombi había fallecido. A todos los efectos, la bruja había sido como una madre para Nox. Pero él estaba actuando como si no hubiera ocurrido nada.



En teoría, la pesadilla por fin había acabado. Había dedicado mucho tiempo, varios meses para ser exactos, a planear la muerte de Dorothy junto con la Orden. Nuestro objetivo siempre había sido salvar el reino de Oz. Pero la Orden había tramado un plan muy oscuro y complejo para acabar con ella. Las brujas sabían que no podrían matar a Dorothy así como así. Y por eso no tuve más remedio que cumplir una misión muy arriesgada: arrancarle el corazón podrido al Hombre de Hojalata, arrebatarle el valor al León (que resultó estar en su cola) y hacerme con el cerebro del Espantapájaros. Solo así podría matar a Dorothy. Y lo había conseguido. Los tres, el Hombre de Hojalata, el Espantapájaros y el León, estaban muertos. Y acababa de presenciar cómo un palacio se derrumbaba encima de Dorothy. Sí, lo había conseguido. Dorothy estaba muerta. Pero la guerra aún no había terminado.

—Tenemos que volver —ordené; no podía dejar de darle vueltas en la cabeza a la batalla campal que aún se estaría librando en los alrededores del palacio.

—No podemos.

—Pero Glinda... Y Mombi... Lo siento mucho, Nox —murmuré, y me acerqué a

él.

—Cumplió con su deber. La Orden es muy consciente del riesgo que implica cada decisión que se toma —explicó, pero ni siquiera se molestó en mirarme. Tenía los ojos clavados en Madison, que seguía gritando como una histérica. No había dejado de hacerlo desde que el camino nos había propulsado hacia las estrellas.

—¿Qué cojones ha sido eso? —bramó Madison.

—¿Puedes ser más concreta?

Ella me miraba con los ojos como platos.

—¿Dónde está mi hijo? ¿En qué diablos se ha convertido el subdirector Strachan? ¿Dónde estamos? ¿Y quién es ese? —preguntó, señalando a Nox.

—Soy Nox —respondió él. Después bostezó y, con cuidado de no caerse de bruces, se sentó. Se agarró a las baldosas amarillas y estiró las piernas.

—¿Está de coña? —preguntó Madison, que, de repente, se volvió hacia mí. Lo hizo tan rápido que estuvo a punto de perder el equilibrio y de romperse la crisma—. A ver, estamos... ¿volando? ¿Sobre un montón de baldosas? No sé si te has dado cuenta, pero eso es im-po-si-ble, ¿o me equivoco?

«¿Dónde está mi hijo?»

—Creo que Dustin Júnior está a salvo —dije; después de aquel bombardeo de preguntas, decidí responder primero a la pregunta más fácil.

Por fin dejó de gritar, lo que ya era algo.

—¿«Crees» que está a salvo?

—Su padre le cogió —dije—. Estoy segura de que está bien. Y el rey Nome ahora está aquí. Así que, bueno, Kansas es, sin lugar a dudas, un lugar seguro.

—¿Cómo que está «aquí»? ¿Dónde es «aquí»? ¿POR QUÉ ESTAMOS VOLANDO? —No vas a creerlo —empecé—, pero estamos en Oz. Madison me miraba fijamente, sin pestañear.

—Eso..., eso no ha tenido ninguna gracia, Amy. ¿Y qué clase de nombre es «Nox»?

Él no pudo esconder una sonrisa.

—¿Y qué clase de nombre es «Madison»? —repitió él en voz baja.

—No estoy de broma, Madison. Esto es Oz —insistí.

Madison miraba a Nox con los ojos entrecerrados, como si quisiera comérselo con patatas. O fulminarlo. O matarlo directamente. Conocía muy bien aquella sensación.

Miró a su alrededor. Después hacia arriba. Y luego hacia abajo. Se quedó unos segundos contemplando el paisaje que estábamos sobrevolando. Daba la sensación de que iba a ponerse a chillar otra vez pero, por suerte, debió de pensarlo dos veces. No era tonta y sabía que no le serviría de nada, tan solo para gastar energía.

Inspiró hondo.

—Está bien, Amy. Corta el rollo. Ahora hablando en serio, ¿qué está pasando? —Estás en Oz —respondió Nox, un tanto seco y brusco. Madison nos miraba perpleja y confundida.

—Madison, estás sobre un camino volador —dije—. Sé que parece una locura, pero Oz existe, y ahora mismo estás en él.

Ella se dejó caer sobre el camino. Una baldosa se desprendió y cayó al vacío. —Ten cuidado —advertí—. No sabemos si el camino aguantará el

peso, o si se

desmoronará en mitad del cielo.

Observó la baldosa hasta que dejó de verla. Luego miró a su alrededor: echó un vistazo a las estrellas plateadas que danzaban en el cielo y se fijó en un búho que ululaba en mitad de la noche. De vez en cuando, nos miraba. Estaba desorientada, aturdida. En un par de ocasiones se atrevió a mirar hacia abajo. Pasó una mano por el camino, como si necesitara comprobar que era real. Y luego se pellizcó.

—No estás soñando —dije en tono cariñoso, y me senté a su lado.

—¿Estás segura?

—Sí. A mí me pasó lo mismo la primera vez que vine aquí.

—¿Me estás diciendo que el Espantapájaros y el León y Ciudad Esmeralda y los munchkins y toda esa mierda existen? ¿Que es real?

—Sí —contesté—. Aunque el Espantapájaros y el León están muertos.

Parpadeó.

—¿Y Dorothy? ¿Y Toto?

—Dorothy es real, desde luego —farfulló Nox—. Demasiado real, en mi opinión. —Ah, Toto también está muerto —aclaré—. Se convirtió en un monstruo gigante y

malvado. Lo maté, pero después reapareció como una especie de... ¿perro zombi? Sin embargo...

Al ver la expresión de Mad, preferí callarme.

—Bueno..., el caso es que ya no tenemos que preocuparnos por ellos.

—Tu proyecto de investigación —dijo Madison de repente—. Todo ese rollo del archivo del instituto. Tú... lo decías en serio. Estabas convencida de que todo eso era «real».

Contempló el paisaje rural que se extendía bajo el camino y tragó saliva antes de continuar:

—Cuando desapareciste, justo después del tornado —murmuró—. Estuviste... ¿aquí?

—Sí —contesté—. Al principio también me costó una barbaridad creer que era real. A ver, sé que suena ridículo. ¿Un tornado arrasa Flat Hill y me deja aquí tirada?

De pronto, pensé en Star, la querida rata que mi madre tenía como mascota. Al igual que muchas otras personas y criaturas, ella tampoco había logrado sobrevivir. Pero gracias a esa rata, conseguí salir adelante. Sobre todo durante mis primeros días en Oz. Era el único vínculo que me quedaba con el mundo que había dejado atrás; Star era la prueba de que no me había vuelto loca, de que lo que estaba viviendo era real. Madison, en cambio, no tenía nada parecido. Nada, salvo yo.

—Sé que parece una locura. Créeme, lo sé. El caso es que Dorothy es, o mejor dicho, era, malvada. Y digo «era» porque ella también está muerta. Pero la guerra aún no ha terminado. Todavía tenemos que limpiar el desastre

que hemos dejado.

—¿Hay «alguien» que haya sobrevivido? ¿Sabes qué? Prefiero no saberlo —dijo Madison—. Resumiendo: digamos que estamos en Oz y que te creo. ¿Cómo volvemos a casa?

Nox y yo intercambiamos miradas.

—No lo sé —admití.

—Pero tú lo hiciste —insistió Madison—. Volviste al instituto —dijo, y luego frunció el ceño—. ¿Estabas aquí y decidiste volver a Flat Hill? ¿A «Flat Hill»? ¿En qué coño estabas pensando?

—Es una historia muy larga. Y complicada —respondí—. Volví cuando el Mago abrió un portal...

—¿El Mago? ¿Estás hablando del Mago de Oz? —Sí, pero él también está muerto —susurró Nox.

Madison volvió a mirarnos desconcertada. Se quedó callada durante unos minutos y luego estalló. Se echó a reír como si alguien acabara de contarle el chiste más gracioso de la historia. Se desternillaba de risa y no podía parar. No pude evitarlo: yo también empecé a reírme. Nox puso los ojos en blanco. Al final, Madison se recompuso y, con una risita tonta, se secó las lágrimas de los ojos. Estaba preparada para escucharme. Así que inspiré hondo y empecé.

—Todo comenzó cuando un tornado arrasó el estado de Kansas, justo cinco minutos después de haber deseado estar en cualquier sitio menos en casa.

*T*ardé un buen rato en contarle a Madison toda la historia de Oz. Intenté resumir algunas de las aventuras que me habían ocurrido allí para no abrumarla, pero, aun así, teniendo en cuenta todo lo que había vivido, la historia seguía siendo muy larga. Explicársela a alguien que no había nacido en Oz, que no tenía ni la más remota idea de las cosas que pasaban allí, me hizo caer en la cuenta de lo increíbles y dementes que habían sido los últimos meses de mi vida.

Recapitular todo lo ocurrido en ese reino mágico también hizo que me diera cuenta de lo mucho que lo había echado de menos. Cuando regresé a Kansas, me convencí de que jamás podría volver a poner un pie en Oz. Y en ese momento pensé que «casi» entendía qué había sentido Dorothy al volver a casa y por qué se había muerto de ganas de regresar a Oz. Pero entre ella y yo había una gran diferencia. Ella era una asesina, y yo no.

Está bien: no lo era a menos que no me quedara otro remedio.

Madison retiró su melena dorada tras las orejas en un intento inútil de apartarse el pelo de la cara; la brisa que soplaba allí arriba era incontrolable y no dejaba de alborotarle la cabellera creando así una especie de halo dorado a su alrededor. Pensé en coger una de las estrellas del cielo de Oz para mostrársela, pero Madison ya estaba demasiado alterada. Las maravillas de Oz podían esperar.

—¿Estuviste en una cárcel? ¿Y un tío mágico apareció así, por las buenas? ¿Y luego conociste a una bruja? —preguntó Madison, devolviéndome a la realidad. Estaba impaciente por que acabara el relato de mi historia.

—En realidad, era una mazmorra. Y la bruja se llamaba Mombi —



puntualicé, y miré a Nox de reojo. ¿Qué estaría pensando?

Estaba casi segura de que Mombi había muerto. Mientras trataba de protegernos, Glamora y el rey Nome la habían asesinado. Tenía sentimientos encontrados hacia la vieja bruja. En muchas ocasiones había actuado más como una enemiga que como una amiga y, a pesar de todo lo que habíamos pasado juntas, jamás habíamos estado unidas. De todas las brujas, ella era la única que había dejado bien claro que formar parte de los malvados no la convertía en buena. Era huraña y desagradable; a veces, sus palabras dolían tanto como las telarañas púrpuras con las que podía estrangularte en un abrir y cerrar de ojos. Pero esas mismas cualidades hacían de la bruja la guerrera más valiente y fiera de la Orden, por lo que su pérdida era muy importante.

Además, se había encargado de criar a Nox. Yo, que no había podido encariñarme de Mombi por su carácter arisco e intratable, estaba hecha un lío; mis sentimientos sobre ella eran contradictorios, así que no quería imaginarme qué estaría sintiendo él. Conté el resto de la historia lo más rápido que pude.

Aunque suene un poco extraño, para mí fue un alivio poder contarle a alguien del mundo real, de mi mundo, todo lo que me había ocurrido durante los últimos meses. Nox me entendía, pero él era de Oz. Para él, utilizar la magia y enfrentarse a monstruos era el pan de cada día; explicárselo a alguien del Otro Sitio, y de Kansas nada menos, era totalmente distinto.

—Y entonces regresé a Ciudad Esmeralda para plantarle cara a Dorothy —  
continué

—. Pero el Mago también estaba allí, controlando a Dorothy como a una marioneta. Estaba loco. Pretendía fusionar los dos mundos, Oz y Kansas, porque creía que eran el mismo lugar.

Madison resopló.

—Bueno, en cierto modo sí son el mismo lugar —dije—. Oz es una especie de..., una especie de dimensión paralela al mundo que conocemos. No sé si tiene sentido. Kansas y Oz son dos mundos sobrepuestos. Él quería destruirlos con un hechizo. Pero entonces Dorothy se rebeló y lo mató a sangre fría. Y fue entonces cuando, por arte de magia, aparecí en Kansas. Pero no estaba sola. Estaba con Gert, Mombi y Glamora, y no sabíamos si podríamos volver a casa...

Al darme cuenta de lo que acababa de decir, me quedé callada. «Volver a casa.» ¿Eso era Oz para mí? ¿Y mi madre?

—¿Y por qué diablos volviste al instituto? —preguntó Madison con tono escéptico. —Las brujas creían que los zapatos originales de Dorothy estaban escondidos en

Flat Hill —respondí—. Me refiero al primer par de zapatos que la trajeron a casa la primera vez que visitó Oz.

—Ahora lo recuerdo..., te empeñaste en demostrar que Dorothy había sido una chica real... ¿Era una tapadera para intentar encontrar un chisme mágico que te ayudara a volver aquí?

—Eso es. Y encontré los zapatos, en el instituto, justo donde las brujas creían que estarían. Los zapatos nos trajeron de vuelta a Oz. Glinda se enfrentó a la Orden sin la ayuda de Dorothy; luchamos con uñas y dientes y creímos haberla derrotado, pero, en realidad, se había apoderado del cuerpo de su hermana gemela...

—¿Hablas en serio? —preguntó Madison con tono incrédulo.

—Sé que suena superraro. Pero créeme: aquí las cosas funcionan de un modo muy diferente.

Le relaté la batalla que habíamos librado a los pies de Palacio Esmeralda; sería una batalla inolvidable para mí porque por fin vencí a Dorothy. Sin embargo, no había sido capaz de matarla. También le conté que Nox y yo la dejamos morir. El palacio había empezado a desmoronarse y decidimos dar media vuelta y huir. No hicimos nada para salvarla.

—¡Hala! —exclamó Madison—. Qué insensibles.

Nox la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Estás escuchando todo lo que Amy te está contando? ¿Es que no has oído que es una persona perversa y ruin? Torturaba a la gente hasta la muerte, Madison. Asesinaba a familias enteras, arrasaba pueblos enteros. Dorothy...

—Nox, basta —susurré—. Es demasiada información. Recuerda que yo también tardé muchísimo tiempo en acostumbrarme a matar a gente. Y, para ser sincera, no estoy segura de que sea algo bueno.

—¿Cómo sabes que Dorothy ha muerto? —preguntó Madison—. La dejasteis moribunda, pero ¿cómo estáis tan seguros de que el palacio acabó con ella?

—A mí me pareció que estaba bastante muerta —murmuró Nox.

—Espera un momento —dijo Madison al darse cuenta de lo que yo acababa de decir—. ¿Has matado a gente? ¿Matado... sin que sea un accidente?

—Sí —respondí, pero no podía mirarla a los ojos.

—¿Tú? ¿Amy, *la Sintecho*? —farfulló Madison—. Hace unos meses no tenías ni la fuerza ni el coraje de darme un puñetazo. Y ahora te has convertido en toda una superheroína.

Un par de meses antes, si alguien me hubiera dicho que yo sería la pieza clave para salvar Oz, me habría dado un ataque de risa. Me habría parecido la mayor ridiculez del mundo entero. O, al menos, de mi mundo, que se reducía a la caravana donde me había criado. Pero el tiempo y la distancia y Oz me

habían hecho cambiar de opinión. Ahora sabía que tenía un papel crucial en la historia de ese reino de cuento. Mi cometido era más importante que la caravana, que la chica de melena rosa y muy solitaria que vivía al otro lado del universo o arcoíris o lo que fuera. Y también sabía que no era la clase de chica que abandonaba a sus amigos en mitad de una batalla. No podíamos controlar el camino y dar media vuelta, pero teníamos que volver.

—No exactamente...

—Guau —dijo—. Está bien. ¿Voy a tener que matar a gente? Ah, y todavía no has contestado a mi pregunta. ¿Cómo volveré a casa? ¿Cuándo voy a poder a abrazar a mi hijo? No os ofendáis, pero este reino no es de mi estilo.

Miró a su alrededor y yo me asomé por el borde del camino. El paisaje que estábamos sobrevolando no me resultó nada familiar: una estepa inerte con varios

árboles esqueléticos, ralos y sin hojas, repartidos sin ton ni son.

—Los páramos de la Bruja —informó Nox, respondiendo así a mi pregunta tácita

—. No conozco a nadie que haya estado tan cerca de los límites de Oz. —Amy —dijo Mad—, no necesito una lección de geografía.

No sabía cómo decirle que no podía responder a sus preguntas. Así que, en lugar de

eso, decidí contarle la última parte de mi historia, ignorando así todas sus preguntas. —Creímos que, al morir Dorothy, por fin habíamos salvado a Oz —dije—. Pero

cuando el rey Nome apareció, el tipo que se apropió del cuerpo del subdirector Strachan...

—¿Cuántos villanos hay en este mundo estúpido? —preguntó Madison, escéptica.

—Dímelo a mí —farfulló Nox.

—Todo el mundo es malvado —dije—. Me refiero a Oz. Aquí, los buenos son los malvados, con lo que ser malvado significa ser bueno...

Madison me miraba como si le estuviera hablando en sánscrito.

—Ya te he dicho que es complicado. No sabemos qué pretende el rey Nome, la verdad. Pero lo que sí sabemos es que desea esto —dije, y me señalé mis pies. Los zapatos de Dorothy se habían convertido en un par de botas de combate que me iban como anillo al dedo. Brillaban como si estuvieran recubiertas de diamantes.

—¿Y ese tío también quería matarme «a mí»?

—No creo que sea algo personal —respondió Nox—. Iba a por Amy. Y estaba dispuesto a llevarse por delante a quien fuera, incluida tú. A él no le

importabas.

Madison puso los ojos en blanco.

—Lo he pillado. No soy especial. Aquí la «elegida» es Amy, no yo. Estoy empezando a cogerte cariño, Amy. De veras. Pero esta historia es de locos. Y, *spoiler alert*, lo que esté pasando aquí me importa un pimiento. No es mi problema. Así pues, ¿por qué no me enviáis de vuelta a Kansas con uno de vuestros hechicitos o con lo que sea? Iré a ver a tu madre, te lo prometo. Si quieres que le diga que volverás pronto a casa, se lo diré. Pero necesito estar con mi hijo y con mi exnovio. Quiero recuperar mi vida.

—No podemos hacerlo —dijo Nox—. Amy ya te lo ha dicho. No sabemos cómo hacerlo.

—Sé que es... demasiado —añadí.

Madison suspiró.

—Entonces, ¿la única manera que tengo de volver a casa es averiguar dónde nos lleva este maldito camino, eliminar al tipo demoniaco que suplantó la identidad del subdirector Strachan, ayudaros a matar a la Bruja Buena del Sur y dar con un hechizo que me teletransporte a Kansas, un hechizo que, hasta el momento, nadie conoce?

—Básicamente, sí —respondí, casi disculpándome.

—Está bien, me apunto —resolvió Madison—. ¿También aprenderé magia?

—No puedes —contestó Nox— La magia de Oz corrompe a todos los que han nacido en tu mundo.

—Por algún motivo que desconocemos, los zapatos de Dorothy me permiten usar magia —expliqué—, pero, antes de que los encontrara, las cosas se pusieron... feas.

Madison resopló.

—Chorradas. Pero, bueno, lo dejaré pasar. Al menos me enseñaréis a utilizar un puñal o algo así. ¿Espada? ¿Arco y flecha? ¿Hacha de combate?

—Eso lo has sacado de *El señor de los anillos* —dije—. Estamos en otro libro. Y, por cierto, solo los enanos usan hachas de combate.

—Eres un bicho raro, Amy Gumm —comentó Madison.

—Le dijo la sartén al cazo —bromeé, y las dos dibujamos una sonrisa.

—Mirad —dijo Nox de repente, y señaló hacia abajo—. Creo que estamos pasando por el desierto de la Muerte.

Las dos nos arrastramos por el camino hasta llegar junto a él y, en silencio, contemplamos las vistas. Madison y yo ahogamos un grito. Siempre había creído que el desierto de la Muerte era un páramo vacío y desolado. Pero no había podido haber estado más equivocada. En el horizonte, el cielo empezaba a iluminarse. Estaba amaneciendo. El sol comenzaba a asomarse por aquella fina línea, alumbrando así un lugar extraordinario. Unas dunas inmensas de arena multicolor se extendían hasta donde me llegaba la vista. Justo debajo de nuestros pies advertí una ola de arena azul cobalto. La duna que había justo al lado era de color rojo carmesí y la siguiente, de un color azafrán muy brillante.



Vi dunas de todos los colores imaginables: verde manzana, azul cielo, lila terciopelo y turquesa brillante. Unos riachuelos de arena dorada, plateada y negra serpenteaban entre las dunas, creando así un efecto precioso. El paisaje parecía una preciosa colcha cosida con retales de las telas más bonitas que uno pudiera imaginar.

—¡Marineros de arena! —exclamó Nox, asombrado. Seguí su brazo y volví a ahogar un grito, pero esta vez de emoción.

A cientos de metros de distancia, unos lagartos de colores vivos y brillantes, y con unas alas que, de lejos, parecían paracaídas estaban sobrevolando las dunas. Sus escamas diminutas reflejaban la luz del sol, creando así unos rayos incandescentes de colores.

—Es hermoso —suspiró Madison.

Durante unos segundos, todos nos olvidamos de la situación que estábamos viviendo y nuestras preocupaciones se desvanecieron. Madison estaba alucinada con

lo que veía.

—Es espectacular —añadió Nox, aunque en su voz noté cierta tristeza—. Pero todo el mundo en Oz sabe que es letal. Es imposible cruzarlo a pie. Las dunas se mueven constantemente y se tragan a todo aquel que intente atravesarlo. Nadie que se haya atrevido a navegar por el desierto de la Muerte ha logrado sobrevivir. Al menos sin magia.

—El Mago lo consiguió —dije, recordando la historia original—. ¿O me falla la memoria? ¿Acaso no lo hizo en su globo aerostático? Y también las hadas, hace ya muchos años.

—Y Dorothy —murmuró Nox.

Así que esa parte también era cierta. Ojalá me hubiera acordado de coger la colección completa de los libros del Mago de Oz cuando había vuelto a Kansas. Tal vez me habría ayudado a resolver algún que otro problemilla. Pero había estado demasiado ocupada tratando de encontrar los zapatos que el Mago había escondido en el instituto. Sin embargo, la Dorothy de esos libros no tenía nada que ver con la Dorothy que había conocido. Volví a pensar en la pregunta que había planteado Madison. ¿Cómo podíamos estar tan seguros de que estaba muerta?

Nox y yo sabíamos muy bien que Dorothy era fuerte como un roble... y, por lo tanto, era muy difícil de matar. La habíamos abandonado justo cuando el Palacio Esmeralda se había venido abajo. ¿Era posible que no hubiera muerto aplastada?

Tenía que estar muerta. En Oz, los villanos crecían como las malas hierbas, aparecían y desaparecían como en el juego de golpea el topo y, si realmente había sobrevivido, no teníamos tiempo para matarla otra vez.

Uno de los marineros planeó a ras de suelo y, en un abrir y cerrar de ojos, la arena se alzó y creó una ola diminuta. El marinero trató de alzar el vuelo, pero fue en vano porque la ola se lo tragó en cuestión de milésimas de segundo. Madison se quedó sin aliento. Nox y yo permanecimos en silencio.

A medida que el sol ascendía, el paisaje se volvía aún más impresionante,

más imponente. En cuestión de minutos, los rayos de sol empezaron a rozarnos los hombros. Sin un lugar donde refugiarnos del sol, el vuelo empezó a resultarnos demasiado caluroso e incómodo.

Madison se quitó su sudadera rosa de lentejuelas y se la ató a la cabeza para protegerse del sol. Yo todavía llevaba el vestido gris perla que había elegido para la coronación de Ozma, y estaba sudando como un pollo. Me daba la sensación de que había pasado mucho tiempo desde entonces, pero hacía menos de veinticuatro horas que había creído que la paz había llegado por fin a Oz. Qué rápido podían cambiar las cosas allí.

—Mirad —dijo Nox, señalando algo con el dedo.

—Pensaba que en esa arena no podía vivir nada —murmuré.

Por la arena se deslizaban unos gusanos gigantes; se lanzaban hacia arriba y mordían a los marineros de arena con aquellas bocas nauseabundas armadas de colmillos afilados.

Madison había palidecido un poco.

—Pues por lo visto sí —farfulló ella—. Y, bueno..., ¿chicos? ¿Soy yo o nos estamos hundiendo?

A Madison le temblaba la voz.

—Tiene razón —susurró Nox.

Sí, tenía razón.

Era evidente que el camino había empezado a desacelerar. Y, además, estaba descendiendo.

Cada vez estábamos más cerca de las dunas y de las bocas de los gusanos de arena.

—Dios mío, este lugar es un asco —protestó Madison entre dientes.

—Todo saldrá bien —dije, tratando de fingir una seguridad que desde luego no tenía.

El camino no dejaba de dar sacudidas de un lado a otro. Seguíamos bajando en picado. Me tumbé boca abajo y me agarré bien fuerte a las baldosas amarillas. No quería salir disparada y aterrizar en la boca de uno de aquellos monstruos.

Madison también estaba sujetándose a varias baldosas. Ya no estaba pálida, sino más bien verde.

—¡Mirad! ¡Tierra firme! —anunció Nox, que se levantó de repente y a

punto estuvo de caerse del camino.

Le sujeté por los tobillos y un soplo de aire le propulsó hacia arriba. Por suerte, recuperó el equilibrio. Más allá de las dunas multicolores, vi a lo que se había referido: un paisaje apagado, sin color y muy deprimente. Las vistas eran desoladoras, desde luego. El terreno, aparte de hostil, también era montañoso. Sin lugar a dudas contrastaba con el brillante y letal desierto de la Muerte.

Sin embargo, seguíamos descendiendo a una velocidad pasmosa. Si nos estrellábamos antes de alcanzar aquellas montañas, el desierto nos engulliría, si no lo hacían antes los gusanos de arena, claro está.

Los gusanos parecieron intuir nuestro dilema porque al cabo de unos segundos se agolparon bajo el camino, con las bocas abiertas y mostrándonos sus dientes. Los nudillos de Madison habían perdido todo rastro de color y su expresión transmitía miedo. Sin embargo, fue muy valiente porque no dijo nada.

Mis botas empezaron a palpar, pero, cuando traté de invocar mi magia, no logré llegar a ella. Fue como intentar atravesar una pared de gelatina. Cerré los ojos y probé de invocar algo. Cualquier cosa. Una pizca de magia nos serviría para mantenernos con vida.

Abrí los ojos. Nox me estaba mirando fijamente.

Negué con la cabeza.

—Nada —dije—. No puedo hacer nada.

Sabía que él también lo había intentado.

—Tenemos que confiar en el camino —susurró.

Me encantaba la fe que tenía Nox en la magia y en Oz. Pero me daba la impresión de que ya no estábamos en Oz...

Antes de que pudiera decir algo, el camino se hundió de repente.

Madison soltó un grito aterrorizado. Nos estábamos precipitando hacia el desierto a toda prisa. Los gusanos estaban ansiosos; esperaban que cayéramos para cazarnos.

—¡Amy! ¡Madison! ¡Levantaos! ¡Corred! —gritó Nox, y nos ayudó a ponernos en pie.

Enseguida entendí lo que estaba haciendo. Aún había un buen trecho de camino delante de nosotros, y estábamos a punto de atravesar el desierto. Los tres intentamos avanzar. Nos tambaleamos, tropezamos y perdimos el equilibrio en incontables ocasiones. El camino cada vez se sacudía con más fuerza bajo nuestros pies. Madison parecía paralizada, así que la cogí del brazo y la arrastré hacia delante. Justo donde el desierto acababa, empezaba un suelo duro y rocoso, un suelo por el que los gusanos de arena no podían deslizarse.

Teníamos que llegar allí. Y no iba a ser nada fácil.

—¡Vamos a tener que saltar! —gritó Nox.

El suelo estaba lejísimos. Madison no estaba chillando, sino rezando en silencio o, conociéndola como la conocía, murmurando alguna grosería malsonante. Sin embargo, no parecía nerviosa, sino decidida a hacer lo que hiciera falta.

Madison no era una chica especialmente atlética; nunca la había visto levantar algo que pesara más que una bolsa con ropa nueva dentro. Aunque en mi última visita sí la había visto cargando con Dustin Júnior a todas partes. Cogió aire, echó un vistazo al espacio que nos separaba del suelo y saltó.

Un gusano salió disparado hacia ella. Aún ahora no doy crédito a lo que pasó después. Madison se las ingenió para aterrizar justo en el límite del desierto y, al caer, rodó hasta el suelo rocoso e inerte, como si la hubiera entrenado la propia Orden. En un santiamén, se puso de pie y echó a correr. El gusano se giró hacia nosotros.

—¡Salta! —chilló Nox—. ¡Amy, tenemos que bajar de aquí ahora!

El camino se estaba rompiendo en mil pedazos. Las baldosas que se despegaban del camino se hundían en aquellas arenas movedizas y desaparecían de inmediato. Nox me cogió de la mano y, juntos, saltamos.

Me di tal batacazo contra el suelo que me quedé sin aire en los pulmones. Un gusano trató de mordirme el tobillo, pero me libré por milímetros. Me aparté y me puse de pie de un brinco. Después cogí a Nox de los hombros y lo arrastré hasta terreno seguro. Aquel gusano monstruoso soltó un rugido desesperado cuando Nox y yo salimos disparados hacia Madison.

En cuanto nos dimos cuenta de que aquellas criaturas no podían pisar ese terreno tan rocoso, nos detuvimos. Madison y yo estábamos jadeando. Nox, en cambio, ni se había despeinado. A veces me sacaba de quicio. Yo había tenido que dejarme la piel en los entrenamientos para ponerme en forma y, aun así, seguía siendo una chica del montón. Seguía sudando y jadeando cada vez que corría varios cientos de metros. Nox hacía que incluso la hazaña más imposible pareciera pan comido, lo cual me parecía sensual y exasperante al mismo tiempo.

Él miró al cielo; el camino, o mejor dicho, lo que quedaba del camino se estaba alejando de nosotros. Había baldosas rotas por todas partes. Muchas habían caído sobre la arena del desierto y las dunas se las habían tragado como si nada.

—Puf —dijo Madison—. «Qué desconsiderado» —espetó, y después lanzó una mirada asesina al Camino de Baldosas Amarillas, que en ese momento era un punto pajizo en el horizonte.

—No entiendo por qué nos ha traído hasta tan lejos si después iba a dejarnos tirados como a un perro —dije—. ¿Y qué ha pasado antes? ¿Por qué nuestra magia no ha funcionado? ¿Dónde estamos?

Nox estaba examinando sus dedos, que no paraba de mover.

—Creo que el camino está unido a Oz —respondió muy lentamente, casi arrastrando las palabras—. No sé por qué, pero quería ayudarnos y por eso nos ha llevado todo lo lejos que ha podido.



—Pero ¿dónde exactamente? ¿Estamos en las famosas montañas de Oz? ¿Por qué no nos ha llevado aún más lejos?

Nox negó con la cabeza.

—Amy, hemos atravesado el desierto. Y el camino nos ha ayudado a hacerlo. Por eso nuestra magia no funciona. Y por eso el camino se ha desmoronado.

—¿Estás diciendo que ya no estamos en Oz? —pregunté con un hilo de voz.

Asintió.

—Hemos cruzado todo el desierto. Y eso significa que estamos en Ev, el reino del rey Nome. No creí que este lugar existiera de verdad —admitió, y soltó un suspiro—.

Aunque se suponía que el rey Nome también era una leyenda.

«Ev.» Aquella palabra despertó algo en mi cerebro. Algo importante. ¿Lurline me había hablado de Ev? ¿Del rey Nome y de sus intenciones? Traté de desenterrar ese recuerdo, pero había desaparecido.

—Sigo sin entender qué tiene que ver eso con que nuestra magia no funcione — repliqué—. Tampoco explica por qué el camino ha querido dejarnos aquí. —Miré a mi alrededor—. Intentamos vencer al rey Nome en Oz, pero era demasiado poderoso. Tal vez no haya nada en Oz que pueda frenarle, y por eso nos ha traído hasta aquí — comenté, pensativa—. ¿Y si la magia de Ev fuera distinta? ¿O si aquí hubiera algo que pudiéramos utilizar para derrotar al rey Nome de una vez por todas?

—Quizá no vayas desencaminada. Que la magia de Ev fuera diferente a la de Oz explicaría por qué no podemos utilizarla —dijo Nox—. Además, el camino no se rige por la suerte o el azar. Todo lo que hace lo hace por un motivo. Pero, por lo que sabemos, el rey Nome no está aquí. La última vez que lo vimos estaba en Oz.

Suspiré. Demasiados enigmas. Demasiados cabos sueltos. Pero tenía que haber una razón que explicara por qué estábamos allí. Ev era el hogar del rey Nome. A lo mejor el camino nos había llevado hasta allí para que descubriéramos un arma con la que matarle.

—En Oz no hay mapas del tesoro, ¿verdad? —preguntó Madison—. Ya sabéis, ese tipo de mapas donde se leen frases tipo «seguid este camino hasta el objeto encantado para matar al mago maligno y volver a casa sanos y salvos»?

Nox puso los ojos en blanco y meneó la cabeza.

—Mi magia proviene de Oz —explicó Nox—. Estamos muy lejos del reino, por eso no puedo utilizarla aquí. Ev debe de tener un poder completamente distinto. Los zapatos también forman parte de Oz, pero tu magia...

No terminó la frase, pero no hizo falta porque sabía lo que estaba pensando. Una parte de mi magia era de Oz, pero la otra era mía, solo mía. Y yo venía del Otro Sitio. Lo que significaba que quizá, solo quizá, podría conseguir que mi magia funcionara también allí. Y, si conseguía ignorar esa parte que procedía de Oz, dado el caso de que fuera posible, tal vez podría despertar la magia que venía de «mí».

Pero si intentaba acceder a ella sin los zapatos, correría el riesgo de que me matara. —¿Por qué hemos tenido que aterrizar en un lugar tan feo y tan aburrido? —

preguntó Madison, mirando a su alrededor—. No sé, creía que nos encontraríamos con los teleñecos o algo así.

—Munchkins —dije, casi de forma automática.

Madison llevaba razón. Ev parecía un reino abandonado. Dorothy se había dedicado a absorber la magia de Oz. Los árboles habían dejado de hablar y los ríos

fluían al revés. Pero, aun así, todavía quedaba algo de magia y de color en Oz.

Allí, en cambio, parecía que nunca hubieran existido el color ni la magia. El paisaje era inhóspito, sombrío y perverso. Advertí un camino sinuoso de piedra negra; parecía el hermano gemelo malvado del Camino de Baldosas Amarillas. A lo lejos vislumbré unas chabolas en ruinas. Allí no crecía ni un triste cactus. No había absolutamente nada. Ni agua. Ni flores. Ni ninguna señal de vida.

—Estamos en Ev y el camino nos ha traído aquí por un motivo —empezó Nox—. Tal vez Amy tenga razón y haya un...

Pero no pudo acabar la frase porque, en ese preciso instante, llegaron los wheelers.

## DOROTHY

¡Sorpresa, sorpresa! ¡No estoy muerta! Sí, sí, esa misma cara puse yo. Tuve que pellizcarme para asegurarme de que no era un sueño. Cuando el Palacio Esmeralda empezó a derrumbarse y esa rata de alcantarilla de Amy Gumm salvó el culo y me dejó ahí tirada para que «muriera», pensé que había llegado el final.

Ahí estaba, al borde de la muerte; Amy y el zopenco de su amiguito me abandonaron a mi suerte, ¡después de todo lo que he hecho por Oz, después de todo lo que he sacrificado por este reino! Estas situaciones son como pequeñas dosis de realidad, la bofetada que uno necesita para darse cuenta de que puedes morir. ¿Sabes a lo que me refiero? Hay gente que dice que, justo antes de estirar la pata, ves tu vida pasar, como si fuera una película. Y cuando el palacio se vino abajo, pensé que no iba a sobrevivir. No puedo decir que me sintiera feliz y pletórica, pero debo admitir que he llevado una vida emocionante y productiva, llena de logros y éxitos. Aunque estuviera muerta, la gente me recordaría para siempre. Y eso me reconfortó.

Un pedazo del techo de la caverna se desplomó justo a mi lado. Creo que me rozó el pelo. Cerré los ojos y me preparé para despedirme de este mundo. Entonces noté que el suelo se hundía y, de repente, rodé hacia los brazos del hombre más atractivo que jamás había visto.

Así fue como conocí a mi prometido, el rey Nome (qué romántico, ¿verdad?, ni siquiera yo podría haberlo planeado mejor), aunque, por supuesto, en ese momento no tenía ni idea de quién era ni de cómo demonios había llegado hasta allí (justo a tiempo, por cierto). Tampoco imaginé que poco tiempo después estaría organizando nuestra boda. Ni, por supuesto, que

me dedicaría a boicotear una conspiración extremadamente diabólica cuyo objetivo era acabar con la pobre e inocente de *moi*.

Pero estoy yéndome por las ramas. Volvamos a mi rescate.

Él me dejó con sumo cuidado sobre un trineo plateado que arrastraban varios de sus soldados. Todos iban vestidos con el mismo uniforme negro y tenían una especie de disco de luz sobre la frente. Esa luz fue la que nos iluminó el camino hacia el túnel. Me pregunté si habían nacido así, o si el rey Nome habría contratado a alguien como el Espantapájaros para llevar a cabo todo tipo de inventos ingeniosos.

En lugar de deslizarse sobre nieve, el trineo avanzaba sobre un suelo de piedras, pero no noté ningún bache, ningún balanceo. Me daba la sensación de estar avanzando sobre un suelo recién pulido. Además, estaba provisto de mantas de terciopelo rojo y cojines.

Mi salvador se subió en el trineo, a mi lado. Cogió una jarra plateada y empapó un trapo muy suave. Lo escurrió y me limpió todas las manchas de sangre y polvo de la cara. Lo hizo con un mimo y un cariño extraordinarios. Debía de haber algo especial en aquel agua, porque de inmediato me sentí mucho mejor. Sus criados empezaron a correr a toda prisa, lo cual fue una suerte porque a nuestras espaldas el túnel había empezado a derrumbarse. Pero sus soldados estaban bien entrenados; eran rápidos y fuertes, así que, en un abrir y cerrar de ojos, dejamos aquel caos y destrucción a nuestras espaldas.

Estábamos a salvo; nos habíamos alejado del palacio y nos habíamos adentrado en lo más profundo de aquel túnel. Fue entonces cuando levanté la cabeza para echarme un vistazo. Estaba peor de lo que imaginaba. El vestido había quedado destrozado. Al tratar de incorporarme, todas las varillas del corsé se me clavaron en el torso, aunque la sensación fue mucho más intensa; sentí que me estaban perforando la piel. Tenía moratones y arañazos por todo el cuerpo. Intenté invocar mi magia para reparar los daños, pero lo único que conseguí fue un parpadeo débil e inútil. Todavía estaba muy frágil, así que tendría que esperar a recuperarme para volverlo a intentar.

Centré mi atención en el hombre que tenía al lado.

—¿Quién eres? —pregunté, aunque, para qué engañarnos, ya tenía mis sospechas sobre la identidad del caballero de armadura plateada que me había salvado la vida.

—Soy el rey de Ev —respondió él con solemnidad—. Tuve un presentimiento, querida Dorothy. Sabía que corrías un gran peligro, así que vine a por ti. Llevo muchísimos años escondiéndome bajo el desierto de la Muerte... —Me quedé callada, pero, entre tú y yo, se suponía que él no podía hacer algo así—... Tratando de cumplir una misión: traer la paz al reino de Oz.

Arqué una ceja. Estaba herida y desvalida, pero sabía que el rey Nome no era famoso por ser el mayor pacifista del mundo mundial. Fue como si pudiera leerme la mente, porque, de repente, me interrumpió:

—Sé que en el pasado no he sido un líder perfecto —dijo—. Pero en Ev estamos desesperados, Dorothy, y solo Oz puede ayudarnos. Mi pueblo lleva años muriéndose de hambre. Nuestra tierra es estéril, un desierto en el que no crece nada. Los ciudadanos de Ev son pobres y han perdido toda esperanza.

No es problema mío, pensé.

—¿Tu reino es pobre? —pregunté.



—La tierra de Oz es pobre en unas cosas, pero rica en otras —respondió de forma misteriosa.

Ladeé la cabeza. No era muy amiga de las adivinanzas ni de los juegos de palabras. Aunque todas las brujas, e incluso el Mago (cuando estaba vivo), las utilizaban cada dos por tres. Pero ese hombre me había salvado la vida, así que seguí escuchándole.

Él rebuscó algo en su bolsillo; tenía la mano cerrada en un puño y, cuando la abrió,

vi un montón de rubíes. Eran rojos, como mis zapatos. Quise tocarlos; sin embargo, cuando acerqué los dedos, él cerró la mano y soltó una sonrisita.

Agachó la cabeza en un gesto de humildad.

—He cometido muchos errores, Dorothy. Y me arrepiento todos los días. Pero he cambiado y ahora quiero redimirme, por el bien de mi pueblo. Quiero compensar todo el mal que hice.

A ver, quien esté libre de pecado que tire la primera piedra. ¿Quién no ha hecho cosas de las que después se ha arrepentido? Sé que a lo mejor te cuesta creerlo, pero hasta «yo» me he preguntado alguna que otra vez si mis decisiones han sido las más acertadas para Oz. Voy a poner un ejemplo para que se entienda bien: ahora, echando la vista atrás, me arrepiento de haber sido tan bondadosa. Debería haber matado a Ozma y a Amy Gumm cuando tuve la oportunidad. Si hubiera sido menos compasiva, tal vez el Hombre de Hojalata, el Espantapájaros y el León seguirían vivos. Mi precioso palacio no se habría derrumbado encima de mí. Son cosas que van con el cargo de gobernante, por supuesto. Como líder, eres responsable de muchísimas cosas. Es imposible ser perfecto y cumplir las expectativas de todo el mundo. A veces, por el estrés o la presión, reaccionas de forma desmesurada; sabes que todo el mundo te está observando y juzgando, cuando, en realidad, lo único que quieres es hacer las cosas lo mejor posible.

En Kansas, el lugar donde nací, cuando un líder intenta hacer las cosas lo mejor posible, no se le pide nada más. Pero en Oz la gente esperaba que fuera

«perfecta». Así que entendía muy bien lo que el rey Nome me estaba diciendo. Necesitaba a alguien a su lado, alguien que le apoyara, que supiera cómo se sentía. Cualquier otro líder habría comprendido por lo que estaba pasando.

—Te entiendo perfectamente, rey Nome —dije, y le acaricié la mano. El tacto de su piel era parecido al de una piedra: liso y frío.

No fueron imaginaciones mías: cuando le rocé la mano, saltaron chispas. Jamás había conocido a un hombre que se pareciera tanto a mí. Sí, el Hombre de Hojalata estaba perdidamente enamorado de mí, pero siempre me había parecido un tipo asqueroso.

A ver, ya sé que es imposible resistirse a mis encantos. Soy la chica más guapa y atractiva de todo el reino de Oz. Incluso en ese estado, llena de heridas y cubierta de polvo, seguía siendo la más hermosa. Estaba acostumbrada a ese tipo de reacciones, por lo que no me sorprendió que el rey también se hubiera fijado en mí.

Sin embargo, estaba intrigada.

De repente, el rey Nome juntó las manos, entrelazó los dedos y cerró los ojos. Me picaba la curiosidad por saber qué iba a hacer. Separó las manos y me quedé estupefacta. Había convertido aquel montón de rubíes en un brazalete delicado de diminutas flores rojas enrolladas entre sí. Deslizó el brazalete en mi muñeca y, durante unos segundos, contuve la respiración.

Los criados del rey seguían arrastrando el trineo por el túnel; el rey Nome abrió una preciosa bolsa de cuero hecha a mano, con una filigrana de acero. Me ofreció un puñado de frutos rojos, que acepté enseguida. Con una delicadeza extrema, saboreé cada uno de aquellos frutos como si fuera una exquisitez culinaria. Poco a poco, el zumo de aquellos frutos fue mitigando la sequedad que sentía en la boca. El rey me observaba con detenimiento, pero no probó bocado. Cuando vio que me había recuperado, prosiguió con su discurso.

—Sobra decir que tú eres la legítima reina de Oz, Dorothy. No Ozma —dijo—. Y el pueblo de Oz lo sabe. Te lleva en su corazón.

—Me alegro de que pienses así —ronroneé.

Traté de disimular mi enfado, pero estaba furiosa con la engreída y estúpida de Ozma. Estaba harta de ella y de su magia de hada. ¡Siempre me arruinaba los planes! Era una aguafiestas de primera. Siempre creyéndose la mejor. Creyéndose que era la reina de todo lo mágico. Si no se hubiera entrometido en mi camino, si no hubiera intentado evitar que aprendiera algo de magia, la tía Em y el tío Henry aún estarían...

Enterré esa idea en lo más profundo de mi cabeza y parpadeé varias veces para que la imagen desapareciera. Yo había creado el tornado que se había

llevado por delante mi casa, pero mi objetivo había sido Ozma. Ella me había incitado a hacerlo. Por su culpa había perdido a mi única familia. Y ahora, gracias a Amy Gumm, había perdido a la familia que había formado en Oz.

El rey Nome se aclaró la garganta para recordarme que estaba esperando una respuesta.

—Estoy segura de que Ozma lo hará bien —contesté con tranquilidad, sin perder los estribos.

—Oh, yo también lo creo —dijo él, y dibujó una sonrisa—. Pero tú lo hiciste mejor, y lo sabes tan bien como yo. Oz te necesita, Dorothy. Debes cumplir con tus obligaciones. Es tu destino.

Debo admitir que me gustó oír eso. No confiaba en él, desde luego, pero era evidente que sabía muy bien cómo convencerme y tocarme la fibra sensible.

—¿De veras piensas eso?

—No lo pienso, lo sé.

Me cogió de la mano y me miró fijamente; tenía unos ojos plateados espectaculares. Se me aceleró el corazón de inmediato. Era tan atractivo, tan poderoso. Había oído historias sobre su magia. Sobre su fuerza.

Sentí algo. Algo cálido y luminoso. Una sensación parecida a la que me embargaba cuando la magia fluía por todo mi cuerpo. No era por su atractivo. Ni tampoco por el precioso brazalete que ahora decoraba mi muñeca. Era por su mirada. Me observaba sin ningún tipo de miedo. Y, además, era malvado. Tal vez más malvado que todas las brujas malvadas juntas. No se lo digas a nadie, por favor, pero eso me volvía loca.

—Lo he visto con mis propios ojos, Dorothy —añadió en voz baja—. Y por eso vine a rescatarte. Debes recuperar el trono de Oz para que el reino siga unido y no se rompa en mil pedazos. Para mí, sería todo un honor ayudarte.

Eso sí que no me lo esperaba. Intenté ocultar mi sorpresa.

—¿Y qué quieres a cambio? —pregunté, aunque la verdad es que intuía la respuesta.

—Tal vez un pequeño intercambio entre nuestros reinos —propuso.

Eché un vistazo a mis manos. El derrumbe del Palacio Esmeralda había arruinado mi manicura. Tenía los nudillos amoratados y llenos de cortes. Estaba agotada, pero no era tonta.

Sabía que quería algo más que un «pequeño intercambio». Lo que en realidad había querido decir era que si él me ayudaba a recuperar el control de Oz, yo estaría en deuda con Ev, es decir, con él, para siempre. No era una

novata ni una recién llegada al reino. Sí, el rey Nome era un tipo guapísimo y con un poder mágico incalculable, pero, después de todo lo que había pasado, fue un error por su parte subestimarme.

—¿De veras crees que Oz me necesita? —pregunté con coquetería, como si sus elogios me hubieran cautivado.

(¿Ver el futuro? Por favor. Ni siquiera Glinda puede hacer algo así.)

—Es una premonición —respondió él sin un ápice de duda.

Su voz solemne me provocó un escalofrío. No sabía si era verdad o no, pero sonaba divino.

—Nunca he ansiado el poder —murmuré, y agaché la mirada, fingiendo timidez—.

Lo único que quería era hacer de Oz un reino mejor.

—Naciste para liderarlo —insistió él. Después me cogió de la mano y la apoyó en su pecho.

No noté el latido de su corazón, pero todos tenemos nuestras rarezas, ¿verdad? Fingí meditar la propuesta.

—Glinda será un problema —dije, como si se me acabara de ocurrir.

—Glinda cambiará de opinión. Seguro que estará de acuerdo con nosotros —replicó él—. La bruja sabe muy bien lo que es mejor para Oz, igual que tú.

No estaba tan segura de eso. Durante los últimos meses, Glinda había sido como un grano en el culo. ¿Atacar a la Orden sin mí? ¿Como si «ella» estuviera al mando de todo?

Glinda jamás podría gobernar el reino de Oz, ya que era una bruja y no una reina. Eso me tranquilizaba. Cuando recuperara el trono de Oz, iba a encargarme personalmente de que pagara por su desobediencia. Por el bien de Oz. Tendría que comentarlo con el rey Nome, pero prefería hacerlo en otro momento.

—¿Dónde me llevas?

—A Ev. Allí estarás a salvo —contestó él.

Medité unos segundos. Tal vez fuera una zorra, pero no era ninguna idiota que acababa de caerse del guindo. Ahí había algo más, algo muy gordo. El rey Nome no me había rescatado por un deseo altruista de verme sentada en el trono de Oz. Y, aunque Oz fuera un reino rico y Ev un reino pobre, estaba convencida de que estaba tramando algo. Algo que, por supuesto, le beneficiaría a él, y no a mí.

Sin embargo, seguía vivita y coleando. Y de una sola pieza, más o menos.

Además, estaba escoltada por sus secuaces. Me estaban llevando —no a la fuerza, ni en contra de mi voluntad, desde luego— hacia un país lejano y remoto. Un país del que no podría escapar sin ayuda o magia. Resumiendo: no estaba en condiciones de discutir con él.

—Siempre he querido visitar Ev —mentí—. No quiero imaginarme el infierno que debiste de pasar para rescatarme. Y todavía no te he dado las

gracias como es debido.

Me zampé otro puñado de frutos rojos; tenía tanta hambre que ni me acordé de comérmelos de una forma seductora. Ups.

—No ha sido nada, de verdad —respondió él. Percibí un brillo amenazador en su mirada. Eso, y algo más. Le resultaba atractiva y le gustaba. Así que dibujé una sonrisa de oreja a oreja.

Estaba dispuesta a seguirle el juego hasta averiguar cuáles eran sus verdaderas intenciones. Necesitaba saber cuáles eran sus planes antes de hacer mi apuesta. Y, además, necesitaba recuperar mi energía.

El rey Nome podía ser un amigo muy peligroso, o un enemigo muy interesante. —Me muero de ganas por llegar —dije—. Pero ahora, si me disculpas..., debo

descansar.



—Por supuesto —dijo él. El brillo de su mirada se apagó y el rey Nome volvió a ser el anfitrión más amable del mundo. Si hubiese querido hacerme daño o matarme, no se habría tomado la molestia de rescatarme ni de llevarme en su trineo hasta Ev. Así que cerré los ojos.

Lo último que oí antes de sumergirme en un sueño profundo y reparador fue al rey Nome tarareando una canción antigua muy extraña acompañada del susurro del trineo deslizándose sobre la piedra.

## CUATRO

Oímos a las criaturas incluso antes de verlas, pero aun así no tuvimos tiempo de prepararnos. A lo lejos, tras una colina rocosa, se oía un escándalo, un ruido estridente que sonaba como un centenar de bicicletas oxidadas rodando sobre gravilla.

—¿Qué es ese estruen...? —empecé, y entonces los vimos.

Madison palideció de repente.

—Oh, por el amor de Dios —susurró—. Esa película me pareció una basura. —¿Qué película?

Estaba dándole la espalda a Madison y había adoptado una postura de lucha; la defendería con uñas y dientes si hacía falta, aunque, en el fondo, sabía que si nos atacaban, estaríamos condenados a una muerte segura.

—¿*Oz, un mundo fantástico*? Es como obligar a un niño de cinco años a ver *La naranja mecánica* —dijo—. Me dejó traumatizada de por vida. En fin, eso que veis son wheelers.

No le temblaba la voz, pero sabía que estaba aterrorizada. Sin embargo, Madison era una tía fuerte y muy valiente. Lo había visto en infinidad de ocasiones en el instituto: jamás se amedrentaba en una discusión, y mucho menos en una pelea.

—¿Qué es una película? —preguntó Nox.

Habíamos pasado miles de horas juntos charlando sobre la magia de Oz, pero jamás había tenido la oportunidad de contarle la magia que utilizábamos en mi mundo. La diminuta televisión que tenía en mi caravana había servido

como ventana a otros lugares, incluido Oz.

—Olvidalo —respondió Madison.

—Bueno, sean lo que sean esas cosas, preparaos para luchar —advirtió Nox.

Las criaturas empezaron a descender hacia nosotros.

Había al menos una docena de wheelers, aunque se movían con tal rapidez que perdí la cuenta. Eran criaturas aterradoras. No pude evitar fijarme en sus patas: avanzaban con las cuatro completamente extendidas. Eran larguísimas y muy delgadas, casi escuálidas. Y en el extremo de los brazos y las piernas advertí una gigantesca rueda repleta de pinchos oxidados que chirriaba como un demonio. Nos tenían rodeados. Aquellas criaturas iban vestidas con harapos; en su ropa distinguí retales llenos de manchas de mugre y sangre, pedazos de terciopelo bordado, trozos de metal, abalorios y piezas de armaduras centenarias. Y, lo más asqueroso de todo, en

toda la ropa había restos de comida podrida y otras cosas que prefería no saber qué eran. Olían a podredumbre. A muerte.

Sin embargo, lo más escalofriante de todo eran sus rostros; eran «casi» humanos. Su piel parecía fina y arrugada. La mayoría tenía varias cicatrices horribles o heridas abiertas en la cara. Su cabello estaba apelmazado. Entre los dientes sujetaban unos puñales sucios y oxidados. Nos tenían acorralados. No dejaban de dar vueltas a nuestro alrededor, pero en ningún momento nos tocaron.

Madison se tapó la nariz y la boca por el hedor.

—¡Deteneos! —gritó uno de los wheelers al resto. Su voz sonó profunda y rasposa, como la de un abuelo que se ha pasado toda la vida fumando en pipa y bebiendo whisky malo.

Los wheelers le obedecieron de inmediato y frenaron de repente.

El wheeler que había dado la orden se aproximó chirriando y me observó con detenimiento. Era el único que no tenía un arma entre los dientes, pero aun así era el más aterrador de todos. Tenía la tez muy bronceada y recubierta de una telaraña de cicatrices. Le faltaba un ojo. Y no lo llevaba tapado. No pude evitar fijarme en aquel agujero negro. Tenía el pelo largo y trenzado. Entre las trenzas advertí distintos abalorios y trozos de metal y hueso. Me observaba con su único ojo, de un color azul brillante. Sonrió y fue entonces cuando me di cuenta de por qué no necesitaba un puñal: todos sus dientes acababan en punta.

A Madison, que estaba a mi lado, le costaba respirar, pero no hizo ningún ruido.

Aunque suene raro, me sentí muy orgullosa de ella.

—Bienvenidos a Ev, queridos huéspedes —dijo el wheeler con desprecio. Su voz sonaba como decenas de latas arrastradas por un coche viejo y destartalado—. La princesa Langwidere requiere vuestra valiosa presencia en palacio.

Al oír la palabra «valiosa», los demás wheelers se pusieron a reír entre dientes. —¡Valiosa! ¡Valiosa! ¡La princesa considera que los huéspedes son valiosos! —

graznó uno de ellos, y el resto explotó en unas carcajadas horrendas que me pusieron la piel de gallina.

¿Langwidere? ¿Qué clase de nombre era ese? ¿Y quién diablos era esa princesa? Miré a Nox de reojo. Estaba más pálido de lo normal.

—No son buenas noticias —me susurró al oído.

—¿Puedes ser más concreto, por favor?

—No sé nada de esos wheelers, pero sí he oído hablar de Langwidere. Y todo lo que me han contado es... malo.

Había hablado en voz baja, pero los wheelers le habían oído. De inmediato se pusieron a ulular y a chillar como locos.

—¡Aquí nuestro amiguito con pies de mono no sabe quiénes somos! —bramó uno de ellos, y todos los demás volvieron a estallar en risotadas histéricas.

—Cortad el rollo de una vez —ladró Madison, y dio un paso al frente. Habló alto y claro; aunque estaba convencida de que debía de estar muerta de miedo, parecía tranquila y segura de sí misma. La mayoría de los wheelers siguió desternillándose de risa, pero unos cuantos enmudecieron y la miraron—. ¿Vais a matarnos? Porque si no está dentro de vuestros planes, tenemos asuntos muy importantes de los que ocuparnos. Así que, insisto, si no vais a descuartizarnos vivos, por favor, dejadnos en paz y largaos de aquí. ¿Verdad?

Madison miró a Nox, que se había quedado boquiabierto. Literalmente.

—¿Verdad? —repitió.

—Eh, verdad. —Nox cerró la boca. De repente se puso muy serio—. Exactamente.

Sí, ella tiene razón.

Las carcajadas de los wheelers se fueron apagando hasta que apenas se oía una risita por lo bajo. El cabecilla nos fulminó con la mirada y entrecerró el único ojo que tenía. Esbozó una sonrisa y soltó una carcajada.

—¡Una pies de mono atrevida! —exclamó, refiriéndose a Madison. Se inclinó de un modo amenazante sobre ella, hasta estar a apenas unos milímetros de distancia. Sin embargo, ella no se movió. Ni se acobardó. Entonces él abrió la boca y soltó una carcajada ensordecedora.

El aliento le apestaba a huevo podrido o a animal muerto, o a las dos cosas. El hedor era tan fuerte que incluso a mí me entraron ganas de vomitar. Se me revolvió el estómago. Entre los dientes tenía trozos de carne en descomposición. Pero Madison se mantuvo firme y no retrocedió ni un solo milímetro.

—Genial. Entiendo que no vais a matarnos, ¿me equivoco? —dijo—. Porque aquí mis colegas y yo seguimos vivos. Y la verdad es que sois más

molestos que un dolor de muelas. ¿Qué os parece si nos dejáis en paz de una vez?

—Las órdenes de la princesa eran claras: «traédmelos sin ningún rasguño» — admitió el wheeler, a regañadientes. Era evidente que no estaba de acuerdo con las órdenes.

—¡La princesa no dijo eso! ¡Dijo «traédmelos de una pieza»! ¡Podemos llevarlos con rasguños, pero de una pieza! —exclamó otro de los wheelers; estaba tan entusiasmado que no podía dejar de balancearse sobre aquellas ruedas oxidadas.

El cabecilla ladeó la cabeza, caviló la idea y después negó, agitando aquellas trenzas mugrientas y apestosas.

—Si quieres discutir con la princesa, allá tú —dijo.

De repente, el otro wheeler dejó de moverse. Parecía alarmado.

—No quiero discutir con la princesa —farfulló—. No, no, no.

—Nos acompañaréis a ver a la princesa —dijo el líder.

—No queremos acompañaros a ningún sitio —protestó Madison.

Y, al oír eso, todos los wheelers se echaron a reír otra vez.

—¡Quiere discutir con la princesa! —chillaban—. ¡Quiere discutir! ¡La pies de mono dice «no» a la princesa!

—No tienes elección —le dijo el jefe de los wheelers a Madison.

Y, sin previo aviso, se abalanzó sobre ella. Fue tan rápido que a Madison ni siquiera le dio tiempo a gritar. La agarró del brazo con su dentadura de sierra, y luego la arrastró hasta el wheeler más cercano. Este se agachó, apoyándose sobre los codos. Luego el cabecilla medio arrastró, medio lanzó a Madison sobre la espalda del otro wheeler. Pero Madison era de armas tomar y se aferró a la chaqueta bordada del wheeler. En ese momento me fijé en que tenía sangre en la manga de la camiseta. Estaba pálida y aterrorizada.

—Ahora, tú —anunció el líder, dirigiéndose a mí.

Tenía los dientes manchados de la sangre de Madison. Tragué saliva. Otro wheeler se inclinó delante de mí. El líder me mostró los dientes y luego dio un mordisco al aire. Trepé hasta la espalda de aquel wheeler. A mi lado, Nox estaba haciendo lo mismo. De cerca, el wheeler olía aún peor. Me fijé en los harapos que llevaba y fue entonces cuando me di cuenta de que estaban llenos de pulgas. Cerré los ojos y me concentré para no vomitar ahí mismo.

—Nos vamos —dijo el líder, y los wheelers empezaron a avanzar por aquel desierto inhóspito.

Oz me había regalado viajes terribles, pero atravesar un desierto montada a lomos de un wheeler bien se merecía el premio al método de transporte más horrible de todos los tiempos. El sol me hacía arder la espalda, absorbiendo toda la humedad de mi cuerpo. Me sentía deshidratada. Las ruedas de los wheelers estaban abolladas, por lo que el trayecto fue más bien un traqueteo



constante. Estaba agotada, pero no pude relajarme ni un segundo porque, de hacerlo, hubiera resbalado de aquella espalda huesuda y sucia. Conseguí rasgarme el bajo del vestido y pasarle un trozo de la tela a Madison, para que se tapara la herida. Seguramente necesitaría un par de puntos y una inyección para evitar una infección, pero, por ahora, eso era la único que podía hacer.

A medida que el sol iba calentando más el paisaje, el hedor iba empeorando. Miré a Madison por el rabillo del ojo. Estaba a punto de desmayarse. Incluso Nox, que estaba acostumbrado a todo tipo de cosas, tenía la cara de color verde.

El páramo que estábamos atravesando no tenía mejor aspecto, la verdad. Era un desierto infinito, aunque de vez en cuando pasábamos junto a diminutas aldeas. Sin

embargo, parecían abandonadas. Los techos de las casas se habían venido abajo y, en la mayoría de los casos, no quedaban las cuatro paredes en pie. Los animales estaban en los huesos. Se les notaban todas las costillas. Pastaban con total desánimo por aquel suelo rocoso e inerte en busca de algo que llevarse a la boca. Advertí varios rostros aterrorizados asomándose por las ventanas rotas de las casas. Pero enseguida volvían a esconderse. Daba la sensación de que todo el mundo temiera a los wheelers.

En un momento dado, uno de los wheelers se separó del grupo y se dirigió a toda prisa hacia una aldea. Soltó un aullido de regocijo, pero el líder enseguida le llamó al orden. La oveja descarriada volvió de mala gana y con el puñal entre los dientes. El líder le dio un buen mordisco en la oreja; él bramó de dolor.

—¡Seguimos las órdenes de la princesa! —gritó el líder—. Nada de juegos. Este asunto es muy serio.

El otro wheeler le lanzó una mirada asesina, pero, aun así, obedeció. No quería ni pensar qué sería un «juego» para los wheelers. La cara de pánico que ponía la gente cuando los veía pasar ya me daba una ligera idea.

Nox miró a Madison, que estaba comprobando el retal manchado de sangre.

—Si quieres sobrevivir aquí, tienes que dejar de intimidar a todo el mundo. A partir de ahora, nosotros nos encargaremos de tomar las decisiones.

Madison le miró con rabia.

—Perdona, pero tú ni siquiera me conoces.

—Tú eres la Madison que solía llamar a tu amiga «Amy, *la Sintecho*». ¿Verdad? Pues lo siento, pero sí te conozco.

Había olvidado que Nox no se había enterado de todo lo que había ocurrido en Flat Hill durante mi última visita, junto a las brujas. ¿Cómo le iba a explicar que había hecho las paces con Madison? Nox se había metido en mi cabeza durante mi ritual de iniciación con la Orden, por eso sabía muy bien

todas las humillaciones por las que Madison me había hecho pasar. Era lógico que no se imaginara que la había perdonado. De hecho, ni siquiera yo podía creerlo.

—No estuviste allí, Nox. Pasaron muchas cosas en Kansas. Madison arriesgó su vida por mí —expliqué.

Nox frunció el ceño.

—Una buena acción no borra todas las malas —refunfuñó él.

Me encantaba que fuera tan protector conmigo. Pero ahí había algo más. —Mira, sé que esta pataleta no es por Madison. Es por Mombi, ¿verdad? Él abrió los ojos como platos, sorprendido.

—¿Qué estás diciendo? Murió haciendo lo que más quería. Proteger a la Orden.

Proteger a Oz.

Inspiré hondo. A Nox le habían criado por y para proteger el reino de Oz a ultranza. Era el deber que él y las demás brujas habían asumido. Pero para él significaba algo más, igual que para Mombi.

—Murió protegiendo lo que más quería: a ti.

Nox parpadeó y apartó la mirada. Deseaba abrazarle. Rodearle con mis brazos para que pudiera desahogarse y soltar todo lo que sentía. Pero no podía hacerlo porque estaba pegada a la espalda de una criatura asquerosa.

—Chis —gruñó el wheeler que cargaba conmigo, y luego salió disparado para boicotearnos la conversación.

El sol se deslizaba lentamente por el cielo. Me pregunté si, en Ev, habría alguien que controlara el tiempo, igual que Dorothy solía hacer con el Gran Reloj. Daba la impresión de que una fuerza sádica y maléfica estuviera desacelerando el tiempo, aunque sospechaba que no era así. El viaje era tan terrible que se me estaba haciendo eterno. Traté de recordar todo lo que sabía acerca de Ev. Mombi me había hablado del rey Nome cuando encontré el diario personal de Dorothy, en Kansas. Me explicó que había intentado invadir Oz hacía mucho tiempo, pero Ozma se lo había impedido durante su primer reinado. Cuando apareció por sorpresa en Kansas, Mombi enseguida supuso lo peor, que querría utilizarme... y no iba desencaminada. El rey Nome había arruinado la fiesta de coronación de Ozma, había arrastrado a Madison hasta Oz y había asesinado a Mombi, con la inestimable ayuda de Glinda. No quería pensar en la última vez que había visto a la bruja. Estaba resignada, como si supiera que aquella iba a ser su última batalla. No se rindió en ningún momento. Era una guerrera empedernida. Se había metido en la refriega solo para que Nox y yo pudiéramos escapar. Pero si el rey Nome había podido con Mombi, la bruja más malvada de todas, las posibilidades que tenía para vencer al ciudadano más anciano y siniestro de Ev en su propio reino eran... pocas, muy pocas.

Estaba bastante segura de que la bruja jamás había mencionado a la princesa Langwidere. Me habría gustado preguntarle a Nox quién era, pero no quería que los wheelers escucharan nuestra conversación. Así que cerré la boca y los ojos, y me concentré. Busqué la magia que habitaba en mi interior.

La magia era la única arma que me quedaba. No teníamos ni idea de a qué nos íbamos a enfrentar ni de quién era esa tal Langwidere. Tenía que poder utilizar mis poderes, por si los necesitaba para salvar la vida, por enésima vez.

Sin embargo, cuando traté de despertar mi magia, ocurrió lo mismo que había sucedido en el camino: sentía que estaba allí, pero tras un muro infranqueable. Noté que las botas palpitaban, pero esta vez como si quisieran avisarme de algo. Como si

quisieran decirme que me anduviera con cuidado. Como si quisieran hacerme saber que quizá no podrían protegerme.

—Mira —dijo Madison en voz baja, devolviéndome así a la realidad.

En el horizonte advertí una mancha negra. Al principio, creí que era un espejismo causado por el calor y la deshidratación. Pero, a medida que nos acercábamos, aquel borrón fue haciéndose cada vez más grande, cerniéndose sobre el paisaje como una verdadera pesadilla.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—¡Princesa! ¡Princesa! —  
gritó uno de los wheelers, emocionado—. ¡Pronto!

¡Princesa! ¡La princesa trata a sus huéspedes muy bien!

Una vez más, todas aquellas criaturas horrendas explotaron a reír; algunas se separaron del grupo y empezaron a girar a nuestro alrededor, desafiándonos.

—¡Los pies de mono se creen mejores que los wheelers! ¡Ya veréis cuando la princesa os corte la cabeza! ¡Ya no seréis tan sabelotodo, listillos! ¡Los wheelers más granujas devorarán a las brujas!

El que me llevaba gruñó y dio una patada a sus compañeros. Me agarré fuerte a su espalda porque temía resbalar y caerme. No me cabía ninguna duda de que, fueran cuales fueran las órdenes de la princesa, esos monstruos no dudarían en atropellarme con sus ruedas de clavos si me caía al suelo.

—Nos toman el pelo, ¿verdad? —susurró Madison.

Nox se aclaró la garganta.

—Eh..., se la conoce precisamente por eso —respondió—. Por su colección de cabezas.

Madison abrió tanto los ojos que casi se le salen de las órbitas. Supongo que yo debí de reaccionar del mismo modo.

El palacio de la princesa Langwidere estaba tan cerca que incluso pude apreciar ciertos detalles. La verdad es que me había gustado de lejos, cuando no era más que una mancha oscura. Si era algo, era grande. Más que grande. Era enorme. Gigantesco. Pero lo más espantoso no era su tamaño, sino su aspecto: era como si el vampiro Lestat hubiera vomitado una catedral aterradora. Un bosque de torreones puntiagudos asomaba tras una edificación inmensa y descomunal de piedra negra. Se veían miles de diminutas ventanas negras que, en lugar de reflejar la luz del sol, parecían tragársela. En los torreones se habían esculpido centenares de cabezas y rostros, todos deformados y terroríficos. Algunos parecían estar gritando de dolor o de miedo. Otros, en cambio, mostraban unas sonrisas demoniacas pegadas a los labios. Un torreón parecía unirse con otro, como si fueran un montón de velas fundidas.

Pero el palacio no era lo peor. Lo peor era, sin lugar a dudas, el camino.

Era como una burla siniestra del Camino de Baldosas Amarillas; el camino que conducía al palacio de la princesa Langwidere estaba hecho de piedras negras muy frágiles, que se desmoronaban ante la menor presión. Había unas grietas tan anchas y profundas que los wheelers tuvieron que rodearlas para poder avanzar. El camino estaba escoltado por un sinfín de barrotes; y sobre la punta de cada barrote había una cabeza podrida clavada.

Madison estaba a punto de vomitar. No sabía si estaba asustada o sentía repugnancia. Aquellas cabezas estaban en distintos estados de descomposición. Algunas parecían recién cortadas, mientras que otras eran calaveras con pedazos de piel seca.

En cuanto los wheelers empezaron a rodar por el camino, percibí algo extraño. El zumbido suave, inconfundible y eléctrico de la magia. Tal vez no pudiera utilizarla, pero sí sentirla. ¿De dónde salía?

Y entonces fue cuando caí en la cuenta de algo: las cabezas no eran reales. Eran un hechizo. Un hechizo, por cierto, muy poderoso. Aunque estuvieran allí siempre, no dejaban de ser una ilusión, una especie de holograma mágico. ¿Por qué alguien se tomaría tantas molestias en decorar un camino que, al parecer, nadie usaba? ¿Por qué la princesa habría enviado a sus esbirros a buscarnos si no podían hacernos ningún daño?

Nada de aquello tenía sentido. ¿Y quién era esa chica?

Miré de reojo a Nox, y él hizo lo mismo. También lo había notado: a juzgar por su expresión, estaba pensando lo mismo que yo. Pero el tiempo se nos había agotado, porque estábamos a apenas unos metros de la puerta del castillo. Al igual que el resto del palacio, era una puerta dentada, deforme y tallada con cientos de rostros con muecas de sufrimiento. Una cosa me había quedado clara: la princesa Langwidere estaba obsesionada con las cabezas. Esperaba que no pretendiera añadir las nuestras a su colección.

Las puertas se abrieron casi a cámara lenta y produciendo un chirrido ensordecedor. Ante nosotros había un patio pavimentado con la misma losa negra que el camino que nos había llevado hasta allí. Los muros que protegían el palacio eran altísimos y había muchísimas ventanas que parecían



estar observándonos. Se me erizó el vello de la nuca. Me daba la sensación de que el castillo nos estuviera vigilando.

Los wheelers nos dejaron caer sobre el suelo. Como era de esperar, no lo hicieron con ninguna delicadeza. Después, nos rodearon y empezaron a lanzarnos miradas lascivas e insultos.

—¡Decid «hola-holita» a la princesa! —gritó el líder, que estaba eufórico—. ¡Nosotros nos vamos a quemar y quemar!

—¡Quemar! ¡Quemar! ¡Quemar! —repitieron los demás mientras se balanceaban sobre sus ruedas.

Y entonces, todos se dieron media vuelta y salieron disparados hacia las puertas, creando un estruendo ensordecedor de chirridos, risotadas y gritos. Las puertas se cerraron de golpe. Estábamos solos.

Y ahora estábamos atrapados.

## DOROTHY

*M*e desperté en una cueva oscura y húmeda. Debía de estar bajo los escombros del Palacio Esmeralda. «Todo ha sido un sueño —pensé—. Estoy muerta. Estoy bajo tierra, así que estoy muerta y enterrada.» Tenía la visión borrosa; parpadeé varias veces hasta recuperar la nitidez. Estar muerta no era tan distinto a estar viva. De hecho, era mucho mejor que estar viva. Hacía una eternidad que no me sentía tan bien, desde que la zorra de Amy había aparecido en Oz. De hecho, no podía estar más cómoda.

Fue entonces cuando me percaté de que estaba tumbada en una cama. En una cama «enorme». El tipo de cama que siempre había querido: sábanas de raso (negras con el ribete rojo, muy góticas, un pelín horteras, pero desde luego muy caras), una colcha de terciopelo (negro, por supuesto) y un somier tan alto que incluso se necesitaba una pequeña banqueta para subir y bajar (también negra y adornada con rubíes).

¿Estaba en el Infierno? ¿Por eso las sábanas eran negras? La tía Em y el tío Henry siempre me habían dicho que, si no rezaba cada noche o no alimentaba a las gallinas como era debido o no ordeñaba a Besie o no seguía alguna de las diez mil órdenes que me daban cada día, acabaría allí. Pero el tiempo me había demostrado que se habían equivocado en muchísimas cosas. Ni siquiera eran mis padres. De hecho, jamás había conocido a mis padres, por lo que podría decirse que había sido un milagro divino que saliera tan normal.

Me incorporé en aquella cama inmensa y miré a mi alrededor. Estaba en una cueva, eso era innegable. Pero no se parecía en absoluto a las cavernas que había bajo Ciudad Esmeralda, sino más bien a una habitación lujosa y

extravagante. Aquella sala recordaba a uno de esos cuadros espeluznantes que colgaban de la iglesia a la que la tía Em me obligaba a ir cada domingo en Kansas. Ya sabes a qué me refiero: cuadros con demonios atormentando a personas que habían cometido un pecado, ríos de sangre, imágenes muy gore, descuartizamientos y serpientes. Pues bien, imagínate que uno de esos pintores hubiera empezado a decorar casas. Ahí estaba yo.

No había ni una sola ventana, por supuesto. Estábamos en una cueva decorada con cortinas de terciopelo y obras de arte siniestras. Los cuadros y las esculturas retrataban a personas en posturas muy desagradables e indecentes. El resto del mobiliario seguía

la misma línea de estilo que la cama con dosel y el taburete; sobre todas las superficies se habían tallado unas criaturas repulsivas, parecidas a un elfo. Supuse que serían los distintos ancestros del rey Nome. Si mi familia fuera tan fea, lo último que se me ocurriría sería tallarla en piedra, pero para gustos los colores. Había rubíes encastados por todas partes. Y cuando digo por todas partes, me refiero a «por todas partes».

Miré al techo y casi me da un infarto. El rey Nome estaba cerniéndose sobre mí. Me asusté y solté un grito muy poco digno de mí. Y entonces recordé todo lo que había ocurrido.

Por suerte, no era él. Y nadie había atestiguado mi momento de debilidad. Lo que tenía sobre mi cabeza era un gigantesco retrato al óleo. Y no era a tamaño real, sino mucho mayor. Su mirada blanquecina parecía estar observándome, lo que me produjo escalofríos. Aparte de ese pequeño detalle, estaba guapísimo. Llevaba su corona de hierro y un atuendo majestuoso de terciopelo negro. Y, sobre una de sus manos, descansaba un bastón con un rubí gigantesco. A sus pies se enroscaban varias serpientes; todas tenían la boca abierta y mostraban una lengua de fuego. Le miraban con admiración, respeto y... amor.

De acuerdo. No estaba muerta. «Punto para Dorothy, *la Matabrujas*: Armagedón ha sobrevivido.» (Con un poco de ayuda, de acuerdo, pero había sobrevivido.) Evidentemente estaba en la habitación de invitados del rey Nome. O eso esperaba, porque no quería pensar que estuviera en su propia habitación.

Habría agradecido un poco de aire fresco, pero puesto que estaba en una madriguera subterránea supuse que no podría contar con ese privilegio. Y debía admitir que, aunque el estilo del rey Nome no coincidía con el mío, la habitación era preciosa. Del techo colgaban unos cristales puntiagudos y, en una de las esquinas, burbujeaba una fuente de agua negra. Fue entonces cuando me fijé en un armario gigantesco, también de color negro, cuya puerta estaba entreabierta y revelaba una exquisita colección de (sí, lo has adivinado) vestidos negros y rojos. Al menos no tenía que preocuparme de combinar bien la ropa. Me eché un vistazo. Alguien (que esperaba que no hubiera sido el rey Nome, porque eso habría sido excederse un poco) me

había limpiado el polvo y la sangre del cuerpo. Pero no solo eso, ese «alguien» también me había vestido con un picardías muy corto y muy estrecho de encaje negro y seda. Al otro lado de la cama había una bata a conjunto. Me la puse sobre los hombros y, de repente, me sentí vulnerable. Quería ponerme algo más de ropa, algo que pudiera elegir yo, así que chasqué los dedos para crear un pijama menos ajustado y sensual.

Pero no ocurrió nada. Supuse que aún debía de estar cansada después del calvario que había pasado y de la conmoción de perder la corona. Chasqué los dedos por

segunda vez y esperé a que la llama de la magia se encendiera. Pero lo único que conseguí fue una débil sensación de acidez en el estómago. Lo volví a probar. Varias veces. La respuesta fue *in crescendo*. Pero no lo suficiente.

¿Cabía la posibilidad de que en Ev no pudiera utilizar mi magia? ¿Cómo iba a persuadir al rey Nome sin mis poderes?

De *acueeeeeeeeeerdo*. Eso era un problema. Un problema que iba a tener que solucionar pronto.

Deslicé las sábanas y miré mis zapatos rojos de tacón. ¿Tendría algo que ver con los zapatos? La cabeza de chorlito de Amy Gumm había insinuado en más de una ocasión que esos zapatos eran «malos» para mí, pero no podía ser cierto. Habían sido un regalo de...

Glinda. La bruja que, tal y como se había demostrado, no quería lo mejor para mí. A ver, no soy tonta y siempre había tenido mis sospechas sobre ella. Después de todo, bajo esa capa de rosa y purpurina, seguía siendo una bruja.

Sin embargo, me daba lo mismo. Deseaba que los zapatos volvieran a funcionar como siempre lo habían hecho. Y lo deseaba... mucho. Igual que uno desearía quedarse en el famoso campo de amapolas después de sumirse en un sueño profundo y placentero. Igual que uno ansía más y más poder después de haber saboreado sus mieles. Sin esos zapatos, no era nada. Sin ellos, no era más que la pobre Dorothy Gale, una granjera que observaba el horizonte con los pies metidos en mierda de vaca. No quería volver a ser esa chica. Y no iba a permitir que ocurriera.

¿Qué le estaba pasando a mi magia? ¿El rey de Ev tenía algo que ver con eso?

Sin embargo, para pensar con claridad, necesitaba comer algo y una manicura completa. Estaba a salvo, o eso parecía, lo cual era un alivio, aunque no tenía ni la más remota idea de qué planes tendría el rey Nome reservados para mí.

Me pregunté si el rey Nome tendría a alguien como Jellia Jamb trabajando en el palacio; no parecía la clase de tipo que pudiera ayudarme en esos temas.

Oh, Jellia. ¿Te puedes creer que, a pesar de todo lo que me hizo, a veces todavía la echaba de menos? Nadie sabía aplicar la laca de uñas como ella. Ojalá no me hubiera traicionado. Ojalá no hubiera tenido que castigarla. Suspiré. No te imaginas lo difícil que es encontrar a una buena mano derecha hoy en día.

Ahí estaba, en las entrañas de la madriguera subterránea del rey Nome. Sin magia. Sin la posibilidad de volver a Oz. Ni al trono. Era Dorothy Gale, *la Matabrujas*. Tenía agallas y sabía que sobreviviría a eso. Pero ¿cómo?

Entonces alguien llamó a la puerta. Me animé. Con un poco de suerte, sería el desayuno. Estaba muerta de hambre. Así que levanté la cabeza y dije:

—¿Sí?



La puerta se abrió en silencio. Era el rey Nome.

—Estás despierta —dijo con esa voz suave y siniestra.

Pobre, no era culpa suya que todo lo que saliera por su boca sonara como si estuviera invocando al mismísimo demonio de las profundidades del Infierno.

Tras él apareció una doncella encorvada y arrugada. Iba ataviada con un vestido tipo saco, sin forma alguna, que escondía todo su cuerpo, salvo su cara. Tenía la tez pálida y era casi calva. Se parecía a un munchkin o, mejor dicho, al munchkin más triste y harapiento que uno pudiera imaginar. En Oz, los munchkins eran criaturas alegres y dicharacheras. Quizá los munchkins de Ev fueran de una raza distinta.

Sostenía una bandeja de plata con todo tipo de tazas, platos y boles humeantes. Dejó la bandeja sobre la mesita de noche y se escabulló hacia una esquina. Luego clavó los ojos en la moqueta roja que cubría el suelo de piedra. El rey Nome me dedicó la mejor de sus sonrisas.

—¿Has dormido bien? Sé que el viaje fue difícil y agotador.

—Genial —respondí con voz alegre, y eché un vistazo a la comida. Estaba muerta de hambre. Y no tenía ninguna intención de rebelarme contra el ser más malvado de Ev con el estómago vacío.

—Por favor, sírvete —ronroneó.

Esperaba encontrarme con un pastelito cantarín, o con un par, para qué engañarnos. Pero la comida típica de Ev no tenía nada que ver con las exquisiteces que servíamos en Oz. De hecho, no le llegaba ni a la suela de los zapatos. Había una sopa de color negro, una rebanada de pan seco y un plato enorme de lo que, a primera vista, parecían champiñones. Pero estaba decidida a comportarme como una señorita hasta averiguar qué estaba pasando. Aún no sabía si era una invitada de honor o una prisionera a la que estaban tratando bien. Mordisqueé la rebanada de pan con delicadeza, aunque, en realidad, habría preferido zampármela de un solo bocado.

—Te he asignado una doncella, porque, según tengo entendido, es una de

las costumbres entre los de tu especie.

Señaló a aquella criatura calva y mugrienta que seguía esperando pacientemente en la esquina. No se atrevía a mirarnos.

—Es una munchkin —añadió—. Pensé que agradecerías algo de familiaridad mientras estuvieras aquí.

Por un lado, estaba conmovida.

Por otro..., bueno, si quería hacerme sentir como en casa, no lo había conseguido, ya que, por sus palabras, intuí que no tenía ninguna intención de dejarme marchar. Además, me negaba a estar en Ev y sentirme como en casa. Quería volver a Oz. Él

había dicho que podría ayudarme. Pero, hasta el momento, no había hecho nada, salvo darme algo de desayunar y proporcionarme un buen quebradero de cabeza.

—Eso no es un munchkin —protesté.

Lo dije sin pensar. Había visto muchos munchkins en mi vida, y sabía que tenían la cara rellenita y mofletuda. Y con hoyuelos. A veces me daban ganas de pellizcarles las mejillas y otras de abofetearlos. Eso dependía del humor con que me hubiera levantado. Esa criatura, en cambio, tenía la cara delgaducha y demacrada. No parecía que fuera a empezar a cantar en cualquier momento, algo por lo que los munchkins eran conocidos.

—Te aseguro que sí. La conseguí hace muchos años del País de los Munchkins.

El rey Nome miró de reojo a la munchkin, que empezó a hacer reverencias como si no hubiera un mañana.

Si había secuestrado a munchkins y me había rescatado de un palacio en ruinas, era más que lógico pensar que podía viajar de Oz a Ev sin ningún problema. Lo que significaba que él era la clave para poder volver a casa. O, aún mejor, que esa pequeña munchkin lo podía ser. Si la criada supiera cómo lo había conseguido...

—Qué detalle tan considerado —dije.

—No es nada, de verdad. Sería todo un honor que esta noche me acompañaras en el banquete —ofreció, y dibujó una sonrisa de oreja a oreja. Su mirada plateada tenía un brillo peligroso—. Y no voy a aceptar un no por respuesta. Tengo cierta información que creo que te interesará, querida Dorothy. Supongo, y creo que no me equivoco, que estás teniendo algún que otro problemilla con tus zapatos mágicos.

—Tonterías —repliqué.

—Querida, sé que estás mintiendo.

No me gustó ni un pelo cómo había sonado eso. Fue un comentario... hostil. Además, ¿cómo podía saberlo? Medité sobre todas mis opciones. Mentir no era una de ellas. Tal vez si le seguía un poco el juego podría descubrir qué se traía entre manos.

Suspiré.

—Está bien. Tal vez esté teniendo algún problemilla, pero sin importancia. ¿Cómo lo has sabido?

—Porque yo creé esos zapatos —respondió. Su sonrisa se volvió casi empalagosa. —Tú... ¿los «creaste»?

Según tenía entendido, Glinda había creado esos zapatos. Ella misma me los había regalado. ¿Cómo era posible que él supiera de su existencia? ¿De dónde habían salido en realidad?

—En cierto modo, sí —puntualizó, como si acabara de revelar más información de la que debiera. Parecía estar cavilando si contarme algo más o no—. El material original de los zapatos proviene del reino de Ev —dijo al fin.

Glinda nunca se había tomado la molestia de mencionar ese pequeño detalle. No pude evitar emocionarme. Si de veras existía una mina llena del material mágico de mis zapatos, ¿no quería ni imaginarme todo lo que podría hacer! «Qué interesante — pensé—. Muy, pero que muy interesante.» El rey Nome y Ev resultaron ser una caja de sorpresas.

—Hmmmmm —murmuré—. La verdad es que los utilizo muchísimo.

Él sonrió.

—Soy consciente de ello, Dorothy. Pero ahora tenemos un trato. Y no estaría de más que tuvieras *in mente* todo lo que puedes perder si no cumples con tu parte.

De acuerdo. Eso no me hizo ni pizca de gracia. Sí, tal vez fuera atractivo, pero no era de la clase de personas que aceptaba la autoridad así como así. A no ser que fuera la mía, obviamente.

—Yo no he firmado nada —solté, molesta.

El rey Nome arqueó una ceja, así que traté de moderar el tono.

—Lo que quiero decir, señor..., por favor, perdóname. Pero entiendo que acabo de perder mi trono y que mi palacio se me ha derrumbado literalmente encima... Sé que estoy de un humor de perros, perdóname. Y discúlpame también porque ahora mismo no recuerdo las condiciones exactas de nuestro, bueno, nuestro trato. Si no me falla la memoria, acordamos que, a cambio de mi ayuda, tú me apoyarías para recuperar el trono. Pero creo que no discutimos los detalles, porque, de lo contrario, lo recordaría.

Él me dedicó una sonrisa divertida y, durante unos segundos, me sentí como un ratón atrapado por un gato. Con magia o sin ella, era Dorothy Gale, y no iba a dejar que un cavernícola atractivo me arruinara la vida. Le miré

fijamente y vi un destello de respeto en su mirada.

—Por supuesto, Dorothy —susurró con voz dulce—. Tu reputación como gran negociadora te precede. No se me ocurriría intentar arrinconarte para llegar a un acuerdo... Tal vez me haya pasado de la raya. Estoy acostumbrado a tratar con seres inferiores, seguro que tú me entiendes. Hacía mucho tiempo que no me topaba con un igual.

—Oh, sé muy bien a qué te refieres —comenté—. Por cierto, me encantaría cenar contigo esta noche. Y ahora, si me disculpas, necesitaría asearme un poco...

—Claro, cómo no —dijo con voz melosa, y realizó una pequeña reverencia. Luego se volvió hacia la puerta y añadió—: Por tu seguridad, te aconsejo que te quedes en tus aposentos hasta entonces.

—Por mi seguridad —repetí con tono sarcástico.

Sin embargo, él ya se había marchado, cerrando de un portazo. Y entonces oí el inconfundible sonido metálico de una cerradura. Me tenía encarcelada en esa habitación y, de momento, no podría salir sin su permiso.

Se me ocurrió una idea: aunque me había pedido disculpas, a su manera, había esquivado de forma muy astuta mi pregunta sobre los zapatos.

No hacía falta ser una lumbrera para saber que, en ese momento, yo era más bien una «prisionera». Pero me dio lo mismo; estaba lista para enfrentarme a ese desafío, y el rey Nome era un oponente intrigante y muy atractivo. Amy era demasiado obvia, demasiado previsible. Y muy chabacana. Y, a fin de cuentas, muy aburrida.

El rey Nome tenía razón. Era un trato entre iguales. Aunque diera la sensación de que fuera más bien entre enemigos acérrimos. Había conquistado a más de un hombre con mi irresistible y mágica caída de ojos. O con una demostración de mi ingenio arrollador. Y, si eso no funcionaba, recurría a algún hechizo para que cayeran rendidos a mis pies. Pero allí no podía utilizar mi magia, con lo que era una opción que podía descartar. Sin embargo, seguía siendo guapa. Si no podía convencerle para que reactivara el poder de mis zapatos, a lo mejor tendría que utilizar otras técnicas, como el engaño. Y, si conseguía distraerle con mi belleza arrebatadora, seguramente no se daría cuenta de lo que, en realidad, estaba maquinando.

Bostecé y me despecé. Aquella diminuta y triste criada que el rey Nome me había traído (¿cómo se llamaba, en realidad?), se escurrió hasta la cama.

—Buenos días, señora —saludó esa... mujer.

Ahora pude verla más de cerca, pero la verdad es que no tenía mejor aspecto que cuando había entrado en la habitación, junto al rey Nome. Tenía la cara marchita, surcada de diminutas arrugas; debajo de aquellas cejas pobladas y canosas asomaban un par de ojos negros. Me miraba atemorizada. Y, en lugar de pelo, tenía una pelusilla rubia que no lograba disimular su cráneo blanquecino. Iba vestida con una túnica negra que más bien parecía un

saco de patatas, aunque al menos estaba limpia. Si aquel era el mejor servicio que Ev podía ofrecerme, estaba perdida.

La miré de arriba abajo y tomé una decisión. El rey Nome tenía un castillo lleno de criados, pero dudaba que alguien le fuera leal por otro motivo que no fuera el miedo. Yo siempre había contado con tres fieles aliados: el Hombre de Hojalata, el Espantapájaros y el León. Necesitaba nuevos esbirros. La munchkin todavía no lo sabía, pero estaba a punto de convertirse en mi nueva mejor amiga.

—¿Quién eres? —pregunté, sin rodeos.

—Un regalo para ti, señora, de su majestad —murmuró.



—Sí, claro... —dije, y puse los ojos en blanco—. Pero no me refería a eso, criada. ¿Cómo te llamas?

—Bupu, señora.

Hasta su nombre era feo. Suspiré y me cargué de paciencia. Recordé el famoso dicho: allá donde fueres, haz lo que vieres. O, al menos, hasta que pudiera retomar el control de la situación. Tenía que aprovechar al máximo los recursos que tenía.

—¿En serio eres una munchkin? Porque no lo pareces. —Sí, señora —respondió la criatura, abatida y desalentada. —¿Y qué te ha ocurrido?

—El rey Nome me trajo aquí, señora. Durante un tiempo tuve que trabajar en los túneles. Con los cavadores.

Al pronunciar esa palabra, se estremeció.

—¿Los cavadores? ¿Quiénes son?

—Los guardias de su majestad, señora —murmuró.

Sí, eso era miedo, sin duda. Suspiré de nuevo. Ev iba a ser mi hogar, al menos durante un tiempo, así que necesitaba averiguar por qué estaba allí. Y aquella criatura fea y triste era la única que podía ayudarme. Di unos golpecitos sobre la cama, a mi lado.

—Tengo comida caliente —ofrecí—. Ven, siéntate y cuéntame todo lo que sepas sobre esos... túneles.

De pronto, abrió los ojos y empezó a sacudir la cabeza. Estaba claramente aterrorizada.

—No debo tocar la comida de la señora.

—No voy a castigarte —dije, en un intento de tranquilizarla, pero ella seguía inmóvil—. Te lo prometo. ¿Cuándo comiste por última vez?

Ella encogió los hombros, pero no dijo nada. Llené un bol con la crema de avena y se lo ofrecí.

—Hablo en serio. Vamos.

La mujer cogió el bol. Las manos le temblaban. Era evidente que esperaba que fuera un truco, una jugarreta. Cuando por fin tocó el bol con aquellas manitas tan regordetas, se encogió, como preparándose para lo peor. A ver, no te engañaré, a mí me encanta inculcar disciplina entre mis criados. Ya se sabe que en boca cerrada no entran moscas, por lo que insistía en que todos tuvieran el pico bien cerrado. Pero el rey Nome estaba maltratando a aquella pobre criatura. Escribí una nota mental y la archivé. No tenía ningún tipo de poder, ni influencia, ni podría sacarme de allí, pero conocía el lugar mejor que yo. Y, sin duda, conocía al rey Nome mucho mejor que yo. Si conseguía que confiara en mí, a lo mejor podría hacerme algún favor.

Bupu devoró aquella crema tan poco apetecible. Al menos había alguien en el mundo capaz de comerse aquella bazofia. Le rellené el bol y ella volvió a zamparse la crema a cucharadas. Después de haberse tomado hasta la última gota, me miró con los ojos brillantes.

—Señora, es muy amable —dijo, y esta vez su voz sonó un pelín más fuerte de lo normal. Debo admitir que estaba conmovida. Soy una señora amable; una lástima que nadie se dé cuenta.

—Y ahora ha llegado el momento de devolverle el favor a la señora — contesté con una sonrisa. De pronto, Bupu se tiró al suelo y se hizo un ovillo. Estaba muerta de miedo—. Cálmate. No voy a matarte. Solo quiero que me cuentes algunas cosillas del palacio.

Parecía haber enmudecido. Me miraba con ojos suplicantes. Iba a tener que armarme de paciencia.

—¿Cotilleos? —pregunté—. ¿Cómo funcionan las cosas por aquí? ¿Quién está al mando?

—Su majestad —masculló de inmediato—. Su majestad, el más sabio de todos los reyes, el más noble de todos los líderes, el más valiente de todos los...

—¿El más noble? —recalqué, arqueando una ceja—. ¿De todos?

Abrió los ojos como platos y empezó a mirar a su alrededor, nerviosa, como si estuviera buscando una salida.

—El más noble... de todos... los líderes, exceptuando a Dorothy — respondió con voz temblorosa y frágil.

Sonreí. Eso me gustó más. Mucho más. Aquella pobre y desdichada criatura me daba lástima. Estaba muerta de miedo. Más que eso, estaba aterrorizada. No podía culparla por no haber reconocido mi más que evidente superioridad. Tal vez el viaje desde Oz le había trastocado un poco la cabeza.

«Algo» le había ocurrido en Ev, de eso no me cabía la menor duda. Era la

munchkin más decrepita y achacosa que jamás había visto.

—Mira, no voy a romperte las piernas por haberte saltado el protocolo y no haberme tratado como merezco —dije, perdiendo un poco la paciencia—. Sé que aquí, en Ev, quien manda es el rey Nome. Es el rey, como su propio nombre indica. Pero quiero saberlo todo. Todo lo que ocurre entre bambalinas, ya me entiendes — dije, inspirada—. Así, durante la cena, podré complacer a su majestad —expliqué—. Bupu, estoy supernerviosa. El rey es muy poderoso y fuerte. ¿Qué será de mí si no me ayudas?

Mi estratagema había funcionado. Fue todo un alivio. Se me había acabado el repertorio de chorradas varias para convencerla. Ella asintió.

—Ahora entiendo, señora —murmuró, y esta vez su voz sonó un poco más firme. Me acomodé entre los cojines. Tal vez Bupu podría arreglarme las uñas después de

ponerme al día de todas las intrigas de palacio.

Estaba ansiosa por oír todo lo que tenía que decir. Cuando por fin se convenció de que no iba a apalearla por abrir la boca, se tranquilizó y empezó a parlotear. Parecía estar disfrutando del momento. Me desveló algunos de los enredos de la jerarquía de palacio.

Según Bupu, ella no era la única munchkin que el rey Nome había secuestrado; al parecer, tenía especial predilección por ellos. (Un dato interesante.) Los controlaba una munchkin, Esmeralda. A juzgar por el tono que Bupu había utilizado al hablar de ella, no le tenía un gran aprecio, pero tampoco comentó nada al respecto. Los troles de las cuevas, que eran criaturas mucho más grandes, más fuertes y más zopencas, aunque Bupu no lo dijo en ningún momento, se dedicaban a tareas más arduas y, sin duda, más agotadoras, como cavar túneles, forjar armas, cargar con sacos de piedra y carbón y un largo etcétera. Y los cavadores... Cuando pronunció ese nombre, Bupu enmudeció y la barbilla empezó a temblarle.

—Los cavadores... ¿cavan? —pregunté.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y qué más hacen?

Entonces volvió a encoger los hombros de esa manera tan extraña, como si quisiera hacerse pequeña e invisible.

—Hacen daño a la gente —susurró con un hilo de voz.

Supuse que los cavadores, con aquellos focos de luz clavados en la frente, eran los soldados del rey Nome. ¿Cómo los controlaba? ¿Podían usar magia? ¿Eran de la misma especie que él? ¿O eran criaturas completamente distintas? Traté de sonsacarle más información, pero Bupu se limitó a negar con la cabeza, con los ojos vidriosos y muy abiertos. Preferí no insistir más. Ya

habría tiempo para ahondar en el asunto. Ahora mi prioridad era otra: acicalarme.

—Tienes que ayudarme a elegir un vestido para esta noche —dije con un tono quizá demasiado dictatorial. Volvió a acongojarse—. Déjame adivinar —suspiré—. ¿En Ev no abunda la nobleza? No te ofendas, pero no estás lo bastante cualificada para el puesto de doncella personal.

La pobre mujer me observaba con aquellos ojos saltones, confundida y aterrorizada. En realidad, tampoco suponía un gran problema. Estaba acostumbrada a trabajar con diamantes sin pulir. Un par de días con ella y la convertiría en una doncella personal sofisticada y con un gusto extraordinario.

—Está bien, me comprometo a explicarte cómo funciona todo esto —dije—. Pero, antes de nada, busquemos algo para ti. No quiero que vayas con ese saco horrible.

Bajé de la cama de un salto, pero cuando apoyé los pies en la moqueta que recubría el suelo, ahogué un grito.

La siesta me había sentado de maravilla, pero, aun así, estaba hecha un completo desastre. Tenía el cuerpo amoratado y lleno de heridas. Me dolían hasta las pestañas. Por si no lo sabías, que se te caiga un palacio encima no es ninguna tontería. Te deja hecha polvo.

Bupu enseguida se plantó a mi lado, hecha un mar de lágrimas.

—¡Señora! ¡Señora!

La aparté de un manotazo.

—Estoy bien —farfullé, aunque la verdad es que no soné muy convencida. Está bien, no te engañaré: ni siquiera podía mantenerme en pie.

—¿Cómo irá la señora a la boda si no puede caminar? —soltó Bupu, sin pensar. Y entonces se llevó las manos a la boca y me miró horrorizada. Se le había escapado.

—Bupu —dije—. ¿De qué boda estás hablando?

A Bupu se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Se suponía que no podía decir ni una palabra —murmuró—. Ese no es mi trabajo. Mi trabajo es vigilarte y..., y... —tartamudeó, y entonces se echó a llorar.

—¿Y...? —insistí. Y entonces lo entendí todo. Claro. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?—. ¿Y contarle al rey Nome qué me traigo entre manos?

Ella asintió.

—Por favor, no le digas nada —suplicó—. Me arrancará la piel a tiras. Me

aseguró que los cavadores me despe-despe-despellejarían viva. Y sé que lo harán, lo harán sin dudar. ¡No sería la primera vez! —balbuceó, y empezó a tirarme de la manga. La pobre estaba desesperada.

—Querida, puedes estar tranquila. No voy a delatarte —dije. La cabeza me iba a mil por hora.

El rey Nome esperaba un informe completo de Bupu. Era una experta de la mentira y del engaño, por lo que manipular esa información me resultaría pan comido. Pero si además conseguía ganármela, podría utilizarla como agente encubierta. Poco a poco, mi plan empezaba a cobrar forma.

Sin embargo, antes necesitaba resolver el problema de mis zapatos. Necesitaba que recuperaran su poder. Y también necesitaba recopilar más información.

—Bupu, debes de ser muy fuerte —dije con voz melosa. Ella de inmediato cuadró los hombros y me miró a los ojos—. Te protegeré de los cavadores, te lo prometo. Pero tienes que contármelo todo. To-do. ¿De acuerdo?



Bupu volvió a asentar.

—¿De qué boda estabas hablando, Bupu? ¿A qué boda se supone que voy a asistir? —A la tuya, señora —respondió.

Nox, Madison y yo no tuvimos que esperar mucho tiempo. Al otro lado del patio, una de las paredes pareció hundirse hacia dentro. Fue entonces cuando me di cuenta de que era una puerta. Estaba camuflada de tal manera que jamás la habría distinguido del muro. Los tres intercambiamos miradas nerviosas.

—¿Qué se sabe de esta tía? —pregunté.

—Para serte sincero, no estaba seguro de que existiera —dijo Nox—. Empezamos a oír historias de la princesa justo antes de que aterrizaras en Oz. Pero, como ocurre con todas las noticias sobre Ev, es imposible saber si son ciertas o si son leyendas inventadas. El desierto de la Muerte no tiene un servicio de palomas mensajeras.

—Pero entonces sí que es posible atravesar el desierto. De lo contrario, no llegarían rumores.

—Mombi... —susurró. Luego se quedó callado durante unos segundos. Era evidente que no sabía cómo manejar sus emociones—. Existen... hechizos. Se ha hecho como mínimo una vez.

No se atrevía a mirarme a los ojos; no quería ser directo ni hablar claro. Estaba siendo ambiguo a propósito. Le habría dado un puñetazo en el estómago, pero me contuve. Al fin y al cabo era Nox y, aunque mis sentimientos por él habían cambiado, seguía siendo el mismo de siempre: un tipo reservado que se negaba a desvelar ciertos detalles hasta que considerara que había llegado el momento apropiado.

—Está bien —dije, tratando de no alterarme—. Está claro que el rey Nome

puede viajar de un reino a otro sin problemas. Pero eso no explica quién es esa tal Langwidere.

—No sé si quieres saberlo, la verdad —respondió Nox.

—Estamos a punto de entrar ahí y enfrentarnos a esa zorra —interrumpió Madison, que no dudó en golpear la puerta que se estaba abriendo—, pero aquí el señoritingo prefiere callarse cierta información porque cree que nos vamos a cagar de miedo. ¿En serio crees que una historia de miedo nos va a achantar, chaval? Por si no te has dado cuenta, nos enteraremos de todo en cero coma dos, así pues, ¿por qué no dejas de hacerte el misterioso y nos cuentas lo que sabes?

Nox se quedó mirándola, atónito. La situación en la que estábamos no era en absoluto divertida, pero reconozco que me entraron ganas de reír. Madison no soportaba aquel paripé del chico atractivo y enigmático.

Él clavó la mirada en la puerta y, de repente, se puso nervioso.

—Por lo visto, le gusta llevar cabezas ajenas, cabezas de otras personas. Se dice que tiene una... colección. Nadie sabe cuál es su aspecto real.

—Oh —exclamé. Bueno, eso me pareció asqueroso.

Madison, en cambio, puso los ojos en blanco e hizo un gesto de desdén.

—Eso es tan *El silencio de los corderos* que es imposible que sea real —dijo—. Alguien ha debido de plagiar el argumento para asustarte. Lo siento, pero no me lo trago.

—Estoy bastante segura de que Anthony Hopkins no ha llegado a Oz —respondí. —A ver, Amy, ¿no ves que estoy intentando levantar los ánimos? ¿Te importaría

colaborar un poco? —me espetó Madison.

—De acuerdo —murmuré—. Lo siento. Repasemos nuestras opciones: o nos quedamos en el patio, sin comida y sin agua en mitad de un desierto y morimos de deshidratación o achicharrados, o entramos en el terrorífico palacio de la princesa y nos aventuramos a un destino desconocido, y muy arriesgado, sin ningún arma y, lo peor de todo, sin magia.

Nox meditó sobre las dos opciones durante un minuto.

—Podríamos esperar a ver si los wheelers vuelven —propuso.

—Por el amor de Dios, decidme que esto no está pasando de verdad —gritó Madison al cielo—. Toc, toc, ¿hay alguien ahí? ¿Estás ahí, Dios? Soy yo, Madison.

—Lo sé —susurré—. Sé que no es una situación... ideal.

—¿Ideal? —ladró Madison—. Hay momentos en los que todavía dudo de si me he fumado un porro de marihuana y estoy alucinando. A ver, no me malinterpretes. Jamás haría algo así. Ahora tengo un hijo. Pero si todo esto es real —dijo, señalando aquel patio desértico—, prefiero actuar. Paso de

quedarme aquí esperando. Además, estoy a punto de sufrir una insolación.

—Las damas primero —invitó Nox, cediéndome el paso con una sonrisita.

Ante ese gesto tan cursi, no pude reprimirme más y le di un puñetazo en el hombro. Y entonces sí me dedicó una sonrisa de oreja a oreja, una sonrisa auténtica, una sonrisa que me derritió por dentro. Me daba la sensación de que habían pasado siglos desde que le había besado en Palacio Esmeralda. De pronto, noté un ardor en las mejillas, pero sabía muy bien que no era por el calor abrasador que nos estaba quemando ahí fuera.

Él me cogió la mano y la apretó.

—Lo conseguiremos —comenté con más seguridad de la que verdaderamente sentía—. No puede ser tan escabroso como el laboratorio del Espantapájaros.

—No. Puede ser aún peor —puntualizó Nox.

—Gracias por los ánimos —dije, pero no logré evitar una sonrisa. No sabía lo que nos esperaba tras esa puerta, pero íbamos a averiguarlo juntos.

Madison tenía razón: aquel pasillo frío y oscuro podría estar llevándonos a nuestra propia celda, pero, después de aquel viaje infernal por el desierto, agradecí estar a la sombra. Si salíamos de allí con vida, no volvería a subestimar la sombra.

Me quedé quieta durante unos segundos y parpadeé. Por fin mis ojos se ajustaron a aquel repentino cambio de luz. Cuando por fin me acostumbré a la penumbra de aquel pasadizo, me di cuenta de que las paredes estaban cubiertas de murales extraordinarios. Solté la mano de Nox y me detuve para contemplarlos de cerca.

Allí habían esculpido verdaderas pesadillas: demonios de varios brazos, de piel blanquecina y mantecosa (que me recordó a la piel de un delfín), con una cabeza deforme y gigantesca y unos ojos negros saltones asesinando a inocentes, monstruos de tres, cuatro o cinco cabezas devorando carne humana, decenas de personas hirviendo en cubas de aceite o torturadas con un sinfín de artilugios demoníacos... A la mayoría de ellos les faltaba la cabeza. Los monstruos de los murales jugaban a los bolos con ellas, llevaban collares con varias cabezas atadas u holgazaneaban en tronos hechos de calaveras...

—Alguien ha visto muchas pelis de Eli Roth —dijo Madison por lo bajo. Arqueé una ceja—. O me dejáis ser una cotorra sabelotodo, o me pongo a gritar como una histérica —dijo—. Supongo que preferís que sea una sabionda, ¿verdad?

—Sí —contestó Nox—. Sabelotodo, por favor. ¿Podemos seguir avanzando? —Claro —respondió.

Tendríamos que enfrentarnos a la misteriosa princesa Langwidere tarde o temprano; tal vez lo mejor era no retrasar el momento y acabar con todo eso lo antes posible. Sin decir nada más, le seguí por aquel pasillo tenebroso, tratando de ignorar todas aquellas escenas que parecían sacadas de *Saw 5*. Madison se quedó unos pasos por detrás.

El pasillo parecía una montaña rusa; serpenteaba, subía, bajaba en picado... La escasa iluminación provenía de unas cuantas antorchas sobre las que ardía una llama verdosa y pegajosa, una especie de masa pringosa. Aquellas antorchas no desprendían ningún calor, pero cuando Madison trató de tocar una, apartó la mano enseguida y soltó un grito de dolor.

—Me ha quemado —dijo, y lanzó una mirada asesina a aquel fuego verde—, pero no es fuego. Es como si..., es como si me hubiera congelado el dedo.

El resplandor era muy suave, pero al menos nos servía para guiarnos en aquel túnel infinito. En ciertos lugares, apenas había luz y las sombras que danzaban sobre las paredes resultaban aterradoras. Era como estar en una casa del terror, solo que aquello era real, y no una atracción de feria. Me puse nerviosa y, tras unos segundos, me

entró la paranoia. Estaba segura de que en cualquier momento algo aparecería de entre la oscuridad y nos despedazaría.

Pasamos por una serie de habitaciones enormes y oscuras, por supuesto. Me llamó la atención el salón para banquetes; el techo era abovedado y estaba revestido de oro. Todas las paredes estaban decoradas con florituras doradas en forma de enredaderas y plantas trepadoras. En el centro de la sala había una mesa de piedra muy estrecha, pero infinita. Allí cabrían varias decenas de personas. Alrededor de la mesa había muchísimas sillas de madera, todas con respaldos altos. Sin embargo, no había dos sillas iguales. Cada una estaba tallada con motivos distintos. También pasamos por habitaciones que parecían salas de estar, con sofás de terciopelo negro y decoración dorada, y habitaciones repletas de armarios negros y figuras oscuras que me observaban en silencio. Enseguida caí en la cuenta de que no eran esculturas, sino nuestro propio reflejo. Aquellas tres siluetas nos contemplaban desde unos espejos altos y barrocos. No vi a nadie. Absolutamente a nadie.

Todas las habitaciones estaban llenas de espejos, y de bustos. Dibujos de cabezas entretejidos en las alfombras, tallados en las sillas y en los cabezales, retratos de cabezas decorando las paredes, cortinas de terciopelo con cabezas bordadas.

—Todo esto me da muy mala espina —susurró Madison mientras seguíamos avanzando.

—Ni que lo digas —murmuré. Nox se llevó un dedo a los labios, indicándonos que no hiciéramos ningún ruido. Madison puso los ojos en blanco y él negó con la cabeza —. Me parece que he oído algo —siseó.

En aquel silencio tan aterrador, traté de afinar el oído. Y entonces lo oí: unos rasguños muy débiles, como si un ratón estuviera correteando por las paredes. Pero también se oía por el techo. Y estaba bastante segura de que, fuera lo que fuese, no era un ratón.

Nox estiró el cuello y entrecerró los ojos, haciéndome así una pregunta muda. Me encogí de hombros. ¿Qué íbamos a hacer? ¿Dar media vuelta, salir



de aquel maldito patio amurallado y correr hasta el desierto de la Muerte con la esperanza de que el Camino de Baldosas Amarillas volviera a rescatarnos? Tal y como mi madre solía decir (antes de ser una yonqui de las pastillas, claro está): en esta vida no hay atajos.

Mi madre... no. Desterré esa imagen de mi mente. No podía pensar en ella en ese momento.

—Hagámoslo —dije, y con paso decidido me dirigí hacia ese sonido.

De repente, el pasillo daba a una habitación enorme. La inmensidad de aquel salón me dejó boquiabierto. Sobre nuestras cabezas se alzaba un techo monstruoso, como el de una catedral. Al fondo de aquella sala había un trono inmenso, escoltado por dos

columnas de mármol negro. El suelo estaba tan pulido que emitía un brillo sobrenatural. Sin embargo, no fue ese brillo el que nos cegó de repente. Cada superficie del salón estaba recubierta de espejos. Cada pared, cada repisa, cada esquina, cada rincón y cada recoveco.

Poco a poco, mis ojos se fueron adaptando a ese brillo cegador; segundos después, miré a mi alrededor y escudriñé la habitación. Las ventanas no se habían abierto al azar, sino por una razón muy astuta: para que la luz que se filtraba por el cristal intensificara aún más el brillo. El efecto desorientaba, pero debo admitir que era hermoso; en cierto modo, me recordó a las brumas multicolores de las cascadas de Arcoíris. Pero la imagen también era siniestra: los espejos, que estaban hechos de miles de cristales minúsculos, reflejaban únicamente nuestras cabezas, de manera que daba la impresión de que cientos o incluso miles de cabezas guillotizadas nos estuvieran observando desde todos los ángulos.

Aquel ruido venía del otro extremo de la sala; allí había una figura vestida de negro de pies a cabeza. Era la única persona, además de nosotros, que había allí. Estaba inclinada sobre una mesa, justo delante del trono. Nos acercamos poco a poco, con sigilo y con mucha mucha prudencia. La figura era una mujer. Llevaba una especie de kimono de seda negra con distintos rostros bordados con hilo dorado. Una melena muy brillante y de color azabache se deslizaba por su espalda, como si fuera una cascada de agua negra.

Sin embargo, ocultaba su rostro tras una máscara plateada misteriosa e inexpresiva. Sobre la mesa había un libro abierto; un libro muy grueso que me recordó a un libro

de contabilidad. El sonido que habíamos percibido en el pasillo era el ruido de una pluma deslizándose por un papel muy rugoso. La pluma parecía de la Edad Media. Aquella mujer misteriosa estaba garabateando varias líneas de números y, de vez en cuando, sumergía la punta de la pluma en un tarro de tinta negra. Con el sigilo de un gato, los tres atravesamos el salón y nos plantamos delante de ella, pero en ningún momento dejó de escribir; de hecho, ni siquiera levantó la mirada.

—Hola, soy Amy Gumm y este...

—Sé muy bien quiénes sois —interrumpió la desconocida, que seguía enfrascada en su escritura—. Esperad a que acabe.

Cuando habló, los labios de la máscara se movieron. Literalmente. Como si formaran parte de ella, como si aquel fuera su verdadero rostro.

Los tres intercambiamos una mirada. ¿Quién era esa mujer? ¿La secretaria de Langwidere? ¿Y por qué iba disfrazada de ese modo? ¿Cuál era su cometido? ¿Azotarnos con el látigo de la insolencia?

Eché un vistazo a las botas y meneé los dedos. Madison estaba inquieta y no dejaba de moverse. Nox era el único que parecía mantener la compostura; se mantuvo inmóvil y, aparentemente, estaba calmado, como si todo aquello fuera de lo más normal. Nox se había criado en Oz, por lo que tal vez todo aquello sí le parecía normal.

Por fin, la mujer llegó al final de la línea y dejó la pluma en el plumero. Tenía unas manos preciosas, con unos dedos largos y delicados y la tez pálida. Se retiró la melena, y luego, al fin, levantó la mirada. Tras aquella máscara de plata, vislumbré un par de ojos extraordinarios: eran de color verde con manchitas doradas, como las de un gato.

—Bueno, bueno, bueno —dijo—. Pero ¿qué me han traído los wheelers hoy? La boca de la máscara se estiró hasta formar una sonrisa irónica.

—Somos ciudadanos de Oz —empezó Nox—. No tenemos nada en contra de tu país. El Camino de Baldosas Amarillas nos ha traído a...

—¿Cómo puedes seguir mintiendo como un bellaco, después de tantos años? —interrumpió la mujer—. Por supuesto que tenéis algo en contra de mi país, Nox.

Pronunció su nombre con un desprecio absoluto, como si fuera un insulto. Nox se quedó de piedra.

—¿Cómo sabes quién soy? —preguntó en voz baja.

—Oh, Nox —contestó ella—. Lo sé todo sobre ti. Tú has querido olvidar el pasado, pero yo lo recuerdo todo. Todo.

Miré a Nox de reojo. Su cara era un poema. Sabía que estaba tan confundido como yo. Él jamás había puesto un pie en Ev; ¿cómo podía haber conocido a esa mujer? ¿Quién demonios era? Entonces aquella boca plateada se abrió y se oyó una carcajada, una carcajada fría y cruel que me provocó escalofríos.

Primera duda resuelta: no era una secretaria.

Sin pensármelo dos veces, di un paso al frente.

—¿Eres la princesa Langwidere? —pregunté, tratando de mantener un tono de voz tranquilo y firme—. Soy Amy. Amy Gumm. Estoy con Nox y, bueno, con mi amiga Madison. No pretendíamos molestarte, te lo prometo. De hecho, estamos dispuestos a... irnos por donde hemos venido —añadí.

Sí, lo reconozco. No iba a ganar ninguna medalla por dar discursos diplomáticos.

Pero, aun así, no entendía por qué esa tía tan rara y repulsiva seguía riéndose de mí.

—Supongo que tú debes de ser su última conquista —dijo cuando por fin dejó de desternillarse—. No te hagas ilusiones, querida. La lista es interminable y me temo que aún embaucará a muchísimas mujeres más. Nox es un chico atractivo, ¿verdad?

Siempre ha tenido un don con las mujeres. Tan solitario, tan reservado, tan enigmático. «Solo tú puedes salvarlo» —añadió con tono de burla.

—Mira —dijo Nox, apretando los dientes; fuera quien fuese, sabía muy bien cómo provocar a Nox—, no sé quién eres, pero deberías pensar...

—Oh, Nox —interrumpió ella—. ¿De veras ha pasado tanto tiempo? ¿Cómo has podido olvidarme tan fácilmente?

Y, de repente, unas líneas empezaron a formarse sobre aquella máscara siniestra. Poco a poco, la máscara se fue desmoronando, como si fueran los pétalos de una flor. Cada vez que se desprendía un trozo, se formaba una nube de humo brillante y desaparecía. Bajo la máscara apareció un rostro del montón. No era una cara bonita, pero tampoco horripilante. Aquella muchacha habría pasado totalmente desapercibida. Era normal y corriente, sin más. De hecho, me daba la sensación de que si apartaba la mirada, olvidaría aquel rostro de inmediato.

Había algo casi asombroso sobre sus facciones. Algo casi... hechizante.

Nox, en cambio, se había quedado de pasta de boniato.

—¿Lanadel? —susurró. No podía creer lo que estaba sucediendo. La observaba sin pestañear y con la boca abierta. Jamás le había visto tan sorprendido, tan desconcertado.

—Espera un segundo, ¿la conoces? —pregunté.

La tensión podía cortarse con un cuchillo, desde luego. La hostilidad era casi palpable. Los dos se miraban fijamente, pero él fue el primero en ceder y apartar la mirada, lo cual me sorprendió muchísimo. Tenía las mejillas sonrojadas, como si estuviera cohibido o abochornado.

—Quién fuese en otra vida, ya no importa —dijo la mujer.

—Pero tú... estás..., estás... —tartamudeó Nox, que parecía tan nervioso que no era capaz de articular una sola frase.

—¿Viva? Por desgracia para ti, sí.

—Yo no..., es imposible que...

—¿Sobreviviera? —acabó ella con una sonrisa—. Siento mucho decepcionarte, Nox. Escuchadme bien. No sé por qué el camino os ha escupido aquí, a las puertas de mi casa, pero no es el mejor momento de remover el pasado.

Y entonces se levantó, se dio media vuelta y se marchó, arrastrando su túnica de seda por el suelo. Había algo en ella que no encajaba. No era alta, pero tampoco bajita. No era delgada, pero tampoco voluptuosa.

Era imposible describirla. Era como si toda ella fuera un disfraz.

—¿Por qué estáis aquí? —preguntó con brusquedad.

Inspiré hondo. No tenía ni la más remota idea de cómo había conocido Nox a aquella mujer y, para ser sincera, prefería no saberlo. Sin embargo, todo aquello me daba mala espina. Estaba segura de que iba a hacernos algo malo. A todos. Y quería salir de ese palacio de una pieza.

—No lo sabemos —admití—. La verdad es que... —Amy —llamó Nox con voz de alarma.

Enseguida comprendí por qué lo había hecho. Desvelarle toda la verdad a una desconocida habría sido un error, un error muy estúpido. Y más a sabiendas de que estaba del lado del rey Nome. Sin embargo, tenía la impresión de que no era así. El camino nos había llevado hasta allí por un motivo. Tal vez quería que la conociéramos. Además, estaba harta de hacer las cosas al estilo de los malvados.

—Nox, basta ya de secretos —dije. Y, al oír eso, algo se revolvió en la mirada de Langwidere, algo que podría haber sido respeto—. Como ya te he dicho, no sabemos por qué estamos aquí. El camino nos ayudó a atravesar el desierto de la Muerte y después nos dejó aquí.

Sin dar muchos detalles, le expliqué que habíamos tenido que huir de Oz y que, gracias al camino, habíamos logrado salir con vida. No pude contarle toda la historia porque habría tardado varias horas o incluso días.

Mientras hablaba, ella apenas dijo nada. Solo me interrumpió en un par de ocasiones para preguntarme sobre el rey Nome. Y cuando le revelé que el rey Nome y Glamora habían matado a Mombi, abrió los ojos como platos, pero no hizo ningún comentario al respecto.

Nox no musitó palabra. Me gustó que, por una vez, fuese yo quien tomara las decisiones. Además, ¿por qué no iba a hacerlo? Ya no era una cría inocente y vulnerable. Al igual que él, había vivido situaciones que me habían hecho crecer, madurar. Me había sometido a un entrenamiento duro y exigente, y había luchado como una guerrera.

Nox ya no era mi niñera, ni yo su perrito faldero. Ahora, éramos iguales.



Cuando terminé de hablar, Langwidere se quedó callada durante un buen rato. Madison se había sentado sobre aquel suelo reluciente, apoyando la barbilla sobre las rodillas. Pese a su bravuconería, estaba sobrepasada, abrumada por la situación. Sabía muy bien cómo se sentía. Y Madison no tenía a una anciana compasiva y cariñosa que la ayudara a adaptarse. Por suerte, yo había tenido a Gert. Me habría sentado a su lado sin dudarlo. Estaba agotada; todos lo estábamos. Pero preferí mantener el tipo y aguantar.

—Lanadel —dijo Nox, de repente—. Langwidere... ¿Cómo llegaste hasta aquí?

¿Qué estás «haciendo» aquí?

Ella se acercó a una de las ventanitas que daban a aquel páramo inhóspito. Los espejos de las paredes reflejaban cada uno de sus movimientos; la imagen me recordó a «la casa de los espejos», la típica atracción de feria. El efecto era espeluznante y desconcertante; a medida que iba avanzando hacia la ventana, se me hacía más difícil localizarla, ya que todas las imágenes parecían su reflejo.

—Después de que Mombi y tú me enviarais aquí como espía, el rey Nome me capturó —explicó. Entonces se arremangó la túnica y dejó al descubierto una muñeca esbelta y delicada. No pude evitar fijarme en la pulsera que llevaba. Era claramente un brazalete de plata, con un candado y una llave de color rubí.

Un segundo. ¿Aquella chica había formado parte de la Orden? ¿Qué estaba sucediendo allí? Miré a Nox y él negó con la cabeza, advirtiéndome de que me quedara callada. Pero si algo no sabía hacer en esta vida era eso, quedarme callada.

—Él... me interrogó para sonsacarme información sobre la Orden — continuó. Su voz sonó firme y tranquila, pero, al pensar en los «interrogatorios» que había presenciado en el palacio de Dorothy, me estremecí—. Y, cuando consiguió lo que quería, me convirtió en su espía.

—¿Trabajas para el rey Nome? —pregunté. De ser así, estábamos en un buen lío.

Ella encogió los hombros.

—Sobrevivo. Por ahora. Y eso significa tenerlo contento.

—¿Sabe que estamos aquí? —preguntó Nox.

—A ver, «yo» no se lo he dicho —respondió ella—. Pero tampoco hace falta. Él está conectado a la magia de Ev, del mismo modo que vosotros lo estáis a la de Oz. Si el camino os ha traído hasta aquí, sospecho que lo habrá notado.

—Entonces, ¿no estamos seguros? —apuntó Madison, que seguía sentada

en el suelo.

Langwidere la miró por el rabillo del ojo y dibujó una sonrisa sesgada.

—En los tiempos que corren, uno no está seguro en ningún sitio.

De pronto, Madison se puso en pie y la fulminó con la mirada.

—Está bien, dejémonos de tonterías. ¿Por qué no nos matas ya y zanjamos el tema? Porque estoy supercansada y un poco hartita de oíros parlotear como loros.

Por primera vez desde que se había quitado la máscara, Langwidere pareció asombrada. Y entonces se echó a reír. Sin embargo, en esta ocasión no fue una risa cruel ni despiadada. Fue la carcajada de una muchacha joven e inocente. Quizá de la chica que una vez había sido, antes de que el rey Nome la pervirtiera.

Empecé a sentir un poco de lástima por ella. Solo un poco.

—Podéis descansar aquí —propuso—. Al menos, de momento. —Luego miró a Nox y su mirada se endureció de nuevo—. Hasta que decida qué hacer con vosotros.

—¿Ahora somos tus prisioneros? —inquirió Nox.

—Quiero que os sintáis como invitados de honor —recalcó ella con una sonrisita. Había pronunciado la palabra «honor» con desdén—. Corren tiempos muy extraños —añadió, y se volvió de nuevo hacia la ventana—. Sois la segunda visita que recibo de Oz. El rey Nome está tramando algo, y necesito averiguar qué es.

—¿La segunda visita de Oz? —pregunté.

Ella se dio la vuelta y arqueó una ceja.

—¿Es que no os habéis enterado?

—¿Enterado de qué? —preguntó Nox.

—Dorothy está aquí —contestó ella.

Nox y yo nos miramos.

—¿Dorothy está viva?

—Me temo que sí —dijo ella, y luego se encogió de hombros—. Y lo seguirá estando, hasta que yo la mate.

## DOROTHY

No estaba segura de haber oído bien a la munchkin.

—¿Mi boda, Bupu? ¿A qué te refieres?

Ella miró a su alrededor, ansiosa.

—Por eso te traje aquí —susurró, como si el rey Nome estuviera justo detrás de nosotras, espiándonos.

—¿Él quiere casarse conmigo?

A ver, era comprensible. Entendía que quisiera casarse conmigo. Pero debo reconocer que me pilló por sorpresa. Durante todo el tiempo que había estado en Oz, el rey Nome jamás había intentado conquistarme y, mucho menos, besarme.

—No debía decírtelo —farfulló Bupu, con la cabeza agachada—. Pero me has tratado tan bien que no querría que el rey Nome te hiciera daño, señora.

Eso ya me gustó menos.

—¿Qué quieres decir con hacerme daño?

La pobre criatura se sobresaltó, alarmada, como si se le hubiera escapado algo muy importante.

—¡Es lo que hace con todo el mundo! O con casi todo el mundo —añadió, muerta de miedo—. A lo mejor contigo será diferente. No me hagas caso.

—Hmmm —murmuré. Empecé a dar vueltas por la habitación, para desentumecer un poco el cuerpo y activar la musculatura—. Sé que se trae algo entre manos, pero no consigo adivinar qué puede ser. Imagino que no se conformará con una simple boda. Él ansía algo más y algo me dice que es el reino de Oz.

Bupu asintió con la cabeza.

—Eres muy lista, señora.

Suspiré.

—Ya lo sé, Bupu. Pero necesito algo más de información para poder adelantarme a él y arruinarle los planes. Ayúdame a prepararme, por favor.

Quería estar radiante para mi gran cita con el rey Nome; verme espectacular siempre me había dado seguridad. Pero sin magia sabía que no lograría los resultados que quería. Me cepillé la melena, que estaba alborotada y, lo peor de todo, con un

montón de puntas abiertas. Qué asco. Y estaba convencida de que conseguir en Ev una buena mascarilla era como pedir un milagro divino.

Bupu, pobre alma cándida, hizo todo lo que pudo. No sabía distinguir un par de *stiletos* de un colador y tampoco conocía ninguna otra tela que no fuera la de saco. Era evidente que jamás había vestido a un miembro de la realeza, por no hablar de la peluquería y el maquillaje. Era un absoluto desastre, por lo que no iba a tener más remedio que hacerlo yo sola. Y, para colmo, tendría que hacerlo rápido.

Sin embargo, por sorprendente que parezca, disfruté del desafío. Ciudad Esmeralda me había ablandado, aunque hasta entonces no me había dado cuenta. Allí todo el mundo me adoraba, me veneraba. Se me concedían todos los caprichos y los criados parecían avanzarse a mis deseos. Tenía varios vestidores repartidos por el palacio. Los armarios estaban llenos de vestidos preciosos y, además, tenía toda la magia de Oz a mi disposición para crear nuevos modelitos.

En Ev, en cambio, estaba lejos de la civilización. Y con lo único con lo que contaba era un ropero con varios vestidos de gala que el rey Nome había elegido para mí, una doncella mugrienta sin experiencia alguna y, por ahora, ni una pizca de magia.

Para mí, la elegancia y el estilo eran dos valores fundamentales. Y estaba dispuesta a mantenerlos costara lo que costara. Las condiciones eran horribles, desde luego, pero eso no me desanimó, sino todo lo contrario. Me miré al espejo y me di cuenta de que estaba hecha un desastre: magullada, amoratada y demacrada. Aquel iba a ser un gran reto.

Bupu me había dicho que no tenía mucho tiempo para acicalarme; entre la siesta, la visita del rey Nome y la charla con Bupu, el tiempo había pasado volando. Si quería lucir mi mejor versión, tendría que espabilarme porque apenas me quedaba tiempo.

Me pellizqué las mejillas para añadir un toque de color y me cepillé el pelo varias veces hasta conseguir que brillara. Pensé en mi nuevo amigo. O enemigo. O lo que fuese. Casi, repito, casi le admiraba. Era un hombre

valiente e implacable, sabía muy bien lo que quería y no dejaba que los deseos de otras personas entorpecieran su camino.

Pensándolo bien, teníamos muchas cosas en común. Soñar a lo grande implica ser osado, intrépido. Y no es fácil luchar por lo que crees cuando todos los que te rodean se dedican a taladrarte con comentarios ridículos, como que mi enfoque era demasiado dictatorial o que debería tener en cuenta los derechos humanos o munchkin. ¿Dónde estaban esos defensores de los derechos humanos cuando yo era niña y vivía rodeada de pobreza y barro, en mitad de la nada? Tenía que dar de comer a las gallinas a las cinco de la mañana, ¡cada día! Mi lista de tareas diarias era infinita. Y muy aburrida. Pero, además, como colofón, tenía que aguantar las miraditas y risitas de todos esos



inútiles que se negaban a creer todas las cosas mágicas que había visto en Oz. Esa clase de opresión habría acabado con cualquiera. Pero no conmigo, porque yo era una persona fuerte y con las ideas muy claras.

Además, y no es por presumir, yo era una fuente inagotable de recursos. — Prepárame el baño, Bupu —ordené; me acerqué al armario y eché un vistazo a

los vestidos que había elegido el rey Nome para mí.

No había ninguno que me gustara, por supuesto. No encajaban en absoluto con mi estilo. Con el de un guardián de criptas, tal vez sí. Lo mejor habría sido que secuestrara a una princesa vampiro, y no a una extranjera convertida en reina, como yo.

—Supongo que es imposible encontrar algo con un poco de color por estas tierras —gruñí. Todo lo que había allí era de color negro. Recorrí toda la sala e intenté abrir todas las puertas. La mayoría de ellas estaban cerradas con llave, pero, de repente, logré abrir la del cuarto de baño. Tenía a Bupu pegada como una lapa, ansiosa por ayudarme.

Sin embargo, no iba a necesitar que Bupu me llenara la bañera de agua espumosa y aromatizada. Delante de mí tenía una bañera de mármol a rebosar de agua caliente. Parecía que me hubiera leído la mente. Me quité el camisón de encaje que llevaba puesto y me sumergí en el agua. En cuanto mi piel entró en contacto con aquel líquido tan caliente, noté un escozor en todas las heridas.

—¡Oh, no! —gritó Bupu al ver todos los rasguños y cortes que tenía. Salió corriendo del cuarto de baño y, unos segundos después, apareció con una especie de ungüento que olía a moho. Parecía carne podrida—. Esto te irá de maravilla —dijo—. Está hecho de las mejores setas curativas del reino.

Al parecer, todo en ese reino estaba hecho de hongos.

—Oh, no pasa nada —empecé, pero la munchkin me ignoró por completo y empezó a untarme los hombros con esa masa apestosa.

Iba a necesitar darme otro baño para deshacerme de aquel hedor, pero, para mi sorpresa, el ungüento funcionó, y vaya si funcionó. Enseguida noté una sensación cálida por todos los músculos. Me zambullí en el agua y suspiré. Dejé que Bupu me masajeara el resto del cuerpo.

Bupu era una criatura torpe, desde luego. Y estúpida, sin lugar a dudas. Pero era la primera persona que conocía (en fin, sin contar a la tía Em y al tío Henry, que en paz descansen) que parecía cuidarme de corazón. Sí, el Espantapájaros y el León también habían velado por mi seguridad, pero en varias ocasiones llegué a desconfiar de ellos. A veces me daba la impresión de que tenían intenciones ocultas que, obviamente, no compartían conmigo. Y cómo olvidar al pobre y fiel Hombre de Hojalata..., pero su

(comprensible) amor por mí le había cegado tanto que no consiguió hacer mis deseos realidad. Y, por supuesto, en otros momentos, había contado con *Toto*. *Toto* había sido como un amigo para mí. Tenía todas las cualidades: dulce, achuchable y leal hasta el final.

*Toto*, por desgracia, era un perro.

Y aunque la tía Em y el tío Henry fueran familia, sangre de mi sangre, jamás creyeron que había estado en Oz hasta que lo vieron con sus propios ojos. Y cuando llegamos aquí los tres, enseguida se encargaron de hacerme saber que no pensaban apoyarme. Ahora, en cambio, estaba con esa criatura amable, humilde y, al parecer, transparente. No estaba maquinando nada a mis espaldas.

Bupu no me quitaba ojo de encima. Estaba inquieta, nerviosa. Poco a poco, gracias a su unguento y al agua caliente de la bañera, el dolor fue disminuyendo. Las heridas ya no me escocían, aunque sí notaba un ligero hormigueo. Apoyé la nuca en el borde de aquella inmensa bañera de piedra y empecé a darle vueltas a la cabeza.

¿Por qué el rey Nome me había rescatado? ¿Qué estaba haciendo en su palacio? ¿Y por qué demonios querría casarse conmigo? ¿Por amor? Seguramente sí, pero no solo por eso. Quería algo. Algo que yo tenía. Algo más aparte de mi belleza arrebatadora y encanto legendario.

Y entonces caí en la cuenta. Claro. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Los zapatos. Tal vez fuesen suyos, pero no podía usarlos. Nadie, salvo yo, podía usarlos. Pensé en Glinda y le di las gracias: maldita traidora. Me había hecho creer que era mi mejor amiga y luego me había apuñalado por la espalda. Por lo que a mí respectaba, estaba muerta.

Sin embargo, ella me había regalado esos zapatos. Tal vez sus motivos no habían sido del todo... honestos. Está bien, no lo habían sido en absoluto. Pero como reza el dicho: «Santa Rita, Rita, lo que se da no se quita». Además, los tenía pegados a mis pies y no podía quitármelos, por lo que, si el rey Nome los quería, me necesitaba. Esa sería mi primera moneda de cambio. Dudo que Glinda hubiera imaginado que, gracias a ella, tendría algo con lo

que negociar con el rey Nome. Aún no había averiguado para qué quería esos zapatos, pero sabía muy bien que eran mágicos y muy poderosos.

Si conseguía recuperar mi magia antes de que él me arrebatara mi tesoro máspreciado, estaría en mejor posición para negociar con él. Y a lo mejor, quién sabe, podría darle la vuelta a la situación de forma que los dos saliéramos ganando. Eso suponiendo que el rey Nome se comportara como un caballero e hiciera gala de su enorme generosidad. De lo contrario, estaba perdida.

Si los zapatos de Glinda me habían llevado de Kansas hasta Oz, también podrían ayudarme a cruzar el desierto de la Muerte y devolverme a casa, al lugar donde debía estar.

Llevaba demasiado tiempo pensando en la bañera. La tía Em siempre decía que, si quería cambiar una situación, tenía que pasar a la acción: eso era lo que iba a hacer.

Está bien, lo reconozco. Nunca dijo algo así, pero sabía que estaría de acuerdo conmigo en que la prioridad era seguir con vida. Estaba mentalizada de que solo sobreviviría uno. E iba a ser yo. Estaba dispuesta a dejarme la piel para escapar de las garras del rey Nome.

Sin embargo, había una vocecita en mi cabeza que no dejaba de incordiarne. Jamás había conocido a alguien como él. Ni en Oz ni en Kansas. Jamás había conocido a alguien que me hiciera sentir tan...

Especial. Viva. Despierta. Y era una sensación que me encantaba. Y, por qué no, una sensación de la que podría enamorarme.

—¡Tráeme una toalla, Bupu! —ordené—. La señora quiere vestirse.

Salí de la bañera chorreando varios litros de agua y después me sequé con la toalla. Había llegado el momento de elegir el vestido menos feo de la colección del rey Nome.

Un buen vestido era la mejor armadura que una mujer podía ponerse.

No estaba segura de haberla oído bien.

—¿Dorothy está viva? Su castillo se derrumbó literalmente encima de ella. Es imposible que pudiera sobrevivir a eso. Nosotros nos salvamos por los pelos.

Lang se encogió de hombros.

—No hizo falta que «sobreviviera». El rey Nome llevaba mucho tiempo esperando la oportunidad perfecta. Y, cuando llegó, no la dejó escapar. Hace muchos años construyó un túnel kilométrico debajo del desierto de la Muerte, hasta Palacio Esmeralda. En cuanto se enteró de que el palacio estaba viniéndose abajo, la sacó de allí. Y lo hizo en un periquete, creedme. Dorothy lleva varios días en Ev.

No podía creerlo. Era imposible. La habíamos abandonado a su suerte, pero en ningún momento se me pasó por la cabeza que sobreviviría. De hecho, asumí que moriría. No había tenido el valor de matarla con mis propias manos. Recordé la cara que había puesto Lulu después de que el Palacio Esmeralda se derrumbara y tras confesarle que no había sido capaz de matar a Dorothy. Lulu me había mirado como si la hubiera traicionado.

Y, en cierto modo, así había sido. Mi cometido en Oz, desde el primer día en que había puesto un pie allí, había sido matar a Dorothy. Esa había sido mi misión más importante y, por qué no decirlo, la única que me habían encomendado. Para eso me habían entrenado. Para eso me habían enseñado a utilizar la magia. Y para eso había aprendido a luchar como una guerrera. Para destruir a Dorothy.

El palacio se estaba hundiendo y, en ese momento, decidí dejar allí a

Dorothy.

Pensaba que lo que me había empujado a tomar esa decisión había sido la compasión.

Sin embargo, ahora que sabía que Dorothy seguía viva parecía más bien... un fracaso.

Sin embargo, una parte de mí, una minúscula parte de mí confiaba en la posibilidad de que Dorothy pudiera sobrevivir. Lo que significaba que esa minúscula parte de mí creía que no tenía que matarla para salvar el reino de Oz. ¿Y si eso era a lo que se había referido Lurline al decirme que intentara encontrar otro modo?

¿Qué había ocurrido en realidad? ¿Mi decisión había sido un fracaso... o la única esperanza de Oz?

—Espera un segundo —dije—. Creía que yo era la única que podía matar a Dorothy. De hecho, ¿no fue por eso por lo que me trajisteis a Oz? —pregunté a Nox.

Lang resopló con cierto desdén.

—No eres tan tan especial —farfulló—. Dorothy puede ser del Otro Sitio, pero sigue siendo humana. Y, ya que tú no fuiste capaz de rematar el trabajo, a lo mejor ha llegado el momento de que alguien se ocupe de ella.

Ese comentario me sentó como una patada en el estómago. Sabía que la había pifiado, pero no iba a dejar que esa chalada me humillara ni que se riera de mí. Pero antes de que pudiera contestarle como es debido, Nox se interpuso.

—¿Qué se trae el rey Nome entre manos? —preguntó.

Lang le lanzó una mirada asesina, como si el mero hecho de que él abriera la boca la molestara. Y la ofendiera. Era evidente que ahí había resentimiento.

Y entonces até cabos. Era tan evidente que aún no entiendo por qué tardé tanto en darme cuenta. Langwidere había estado en la Orden o, como mínimo, había conocido a Nox y a Mombi. ¿El Camino de Baldosas Amarillas nos había dejado tirados en Ev para que conociéramos a la «exnovia» de Nox?

—Todavía no lo sé —respondió ella con frialdad—. Pero no es problema vuestro. Tampoco sé por qué el camino os ha traído hasta aquí, pero os aseguro que no me servís para nada. Si necesitáis descansar, podéis quedaros un par de días. Pero después... quiero que os marchéis, que sigáis vuestro camino.

—No sabemos cuál es nuestro camino, Lanadel —murmuró Nox, exasperado.

—Ya no me llamo así —espetó ella.

—Eh, ya nos habíamos dado cuenta, bonita —interrumpió Madison—. Todo el mundo quiere matar a esa tal Dorothy, ¿verdad? Entonces...

—Entonces déjanos ayudarte —acabé, al ver por dónde iba—. Como ya te he dicho, la Orden me reclutó precisamente para eso. No tienes por qué enfrentarte a Dorothy tú sola.



Esta vez, tanto Nox como Lang me miraron sorprendidos.

—Dorothy es un problema para todos —proseguí—. Llevamos muchísimo tiempo tratando de vencerla... y, hablando claro, sin mucho éxito. ¿Qué te hace pensar que vas a poder derrotarla tú solita?

Lang arrugó la frente.

—Has dado en el clavo —dijo ella—. Tú no fuiste lo bastante fuerte. Así que dime, ¿para qué querría tu ayuda?

No hacía falta ser un lince para saber que ese no era el mejor momento para dejar caer que podría haber matado a Dorothy, pero que no había tenido el valor necesario para hacerlo. Ni para mencionar que ser malvado no era lo mismo que ser bueno. Ni para confesarle que, a pesar de todo lo que había hecho Dorothy en el pasado, no había sido capaz de asesinarla cuando estaba indefensa.

Rememoré los últimos instantes que había pasado junto a ella. Estábamos en las cavernas, justo debajo del Palacio Esmeralda. La vi débil, vulnerable. Yo, en cambio, me sentía fuerte y poderosa. Había tenido la oportunidad perfecta para poner el punto final a la historia. Dorothy había arrasado poblados enteros. Había asesinado a muchísima gente, incluidas personas que yo había querido mucho. Por sus ansias de poder, había estado a punto de destruir Oz. Y, sin embargo, no había sido capaz de matarla.

Y, para ser sincera, no estaba segura de poder hacerlo ahora. De ser así, me habría convertido en alguien como ella. ¿Qué ocurriría si la mataba? ¿Sería el fin de la historia? ¿Y si la magia de Oz me trastornaba y acababa convirtiéndome en alguien tan retorcido y malo como ella?

Nox me había asegurado en una ocasión que, si me transformaba en un monstruo, no le temblaría el pulso. Me mataría. Pero habían ocurrido muchas cosas entre nosotros desde entonces. Si la magia de Oz me corrompía y empezaba a convertirme en un monstruo..., ¿sería capaz de hacerlo? ¿Y si, en el fondo, la única diferencia entre Dorothy y yo era el efecto que tenía la magia de Oz sobre nosotras?

Sabía que alguien tenía que detener a Dorothy, ya fuera matándola o encontrando un modo distinto de derrotarla. Y también sabía que Lang, o quienquiera que fuese esa chica, no podría conseguirlo sola. Nos necesitaba, le gustara o no. Y por eso estaba decidida a encontrar una manera de convencerla.

Costase lo que costase.

Alcé la mirada. Lang me observaba fijamente, como si me estuviera leyendo los pensamientos. De repente, recé por que no tuviera el mismo poder de Gert y estuviera oyendo todo lo que se me estaba pasando por la cabeza.

—¿Chicos? —llamó Madison—. Me estoy muriendo de hambre. ¿Os importa que dejemos el debate para más tarde y comamos algo?

—Por supuesto. Perdonadme, he sido una anfitriona horrible —dijo Lang,

aunque no sonaba en absoluto apenada por ello.

En cuanto las palabras salieron de su boca, un gigantesco escarabajo negro se arrastró desde un rincón hacia el centro de la sala. Era del tamaño de una vaca, como mínimo, pero reconozco que, hasta entonces, no lo había visto. Sobre su espalda, cargaba con varias sillas, bandejas y montañas de platos. Era una criatura monstruosa, pero no por su tamaño. De su cuello y de algunas partes de su cuerpo, salían varias decenas de cabezas, todas de distintos tamaños y formas. Algunas eran casi humanas; otras, de insecto. Las expresiones de aquellos rostros eran muy distintas; algunas caras sonreían, dejando al descubierto varias filas de dientes, otras lloraban y otras parecía que estaban desencajadas, por rabia, ira o temor. Aquella multitud de bichos nos

observaba con sus ojos negros y brillantes. Las bocas humanas se movían constantemente, como si estuvieran diciendo algo, pero no se oía ningún sonido. Aquella criatura era vomitiva. Podría decirse que estaba en la misma categoría que los wheelers: monstruos asquerosos y repulsivos que no quería volver a ver, y mucho menos estar a su lado mientras ponían la mesa y disponían los platos con aquellas patas largas, negras y peludas.

Madison estaba a punto de desmayarse.

—Dudo mucho que vaya a hacernos daño —susurré, en un intento de tranquilizar a Madison. O, tal vez, de tranquilizarme a mí.

—Los bichos me aterran —murmuró ella—. Es un terror irracional, paranoico. Y me entran sudores fríos.

—Después de tanto tiempo juntas... y no tenía ni idea —dije. No pude ocultar una sonrisa—. Una cucaracha en el estuche lo habría cambiado todo.

—Greta no es una «cucaracha» —soltó Lang, y las dos enmudecimos—. Y puede oírlos. Varios mordiscos suyos pueden ser venenosos. Así que yo de vosotras andaría con mucho cuidado y vigilaría mis palabras.

—Lo siento —se apresuró a decir Madison. Aun así, cuando el escarabajo dejó una silla justo delante de ella, vi que se ponía tensa y nerviosa.

No sé si un escarabajo con varias cabezas puede hacer una reverencia con aire sarcástico, pero esa fue mi sensación. Greta colocó el resto de las sillas alrededor de la mesa y dejó todos los platos delante de la princesa. Lang destapó los platos y los deslizó por encima de la mesa.

—Comed —ordenó, con brusquedad—. Y sentaos.

Nos sentamos sin rechistar. Se me quitó el apetito de repente. Los platos que Lang nos había servido para cenar eran una montaña de algo parecido a champiñones. Hongos por todas partes. Al menos había agua para beber.

—Es mucho más de lo que cualquiera puede comer aquí en una semana —farfulló Lang al verme mirar aquella masa marrón tan poco apetecible.

—Claro —dije, y me serví una buena cucharada en el plato—. Estoy segura de que está delicioso.

No lo estaba. Ni un poquito. Pero al menos llenaba bastante. Los tres masticamos aquellos hongos, o lo que fueran, en silencio.

—Ahora que ya nos han presentado y todo eso, ¿te puedo hacer una pregunta? ¿Por qué tantas cabezas? —preguntó Madison, y luego se zampó una buena cucharada de champiñones. Lang arqueó una ceja—. A ver, me refiero a la colección de cabezas que tienes en la entrada de tu... casa. ¿Y qué me dices de la decoración?

Es un pelín inquietante, para serte sincera. Me recuerda a Vlad, *el Empalador*, y no a Martha Stewart.

—No conozco a Vlad ni a Martha —contestó Lang—. ¿Son las brujas del Otro Sitio? Las cabezas son elementos decorativos, nada más.

—¿Esas cabezas decapitadas, esas personas, son elementos decorativos? ¿Hablas en serio?

—Esas cabezas no son reales —apuntó Nox—. Son un espejismo. Una ilusión. Todo esto —dijo, e hizo un gesto señalando el palacio, los espejos y su ropa— es una ilusión. Una máscara. ¿Verdad?

—Has dado en el clavo —comentó Lang, y se encogió de hombros—. Sé muy bien lo que la gente dice de mí: que llevo las caras de las personas que asesino cosidas sobre la mía. Que cambio de identidad con la misma facilidad que una mujer se cambia de ropa. Siempre he hecho oídos sordos a los rumores. De hecho, yo suelo ser quien los esparce. Para mí, ser irreconocible merece la pena. Nadie sabe qué aspecto tengo. Podría estar en cualquier sitio o ser cualquier persona.

—Me estoy haciendo un lío. Al llegar aquí, Nox nos contó que eras famosa por despellejar a gente viva, o algo así. ¿Es mentira? —preguntó Madison.

Lang esbozó una sonrisa.

—La Orden me enseñó muchas formas de tortura —respondió ella con una voz dulce y agradable—. Nox puede contarte todos los detalles. Pero, en realidad, hacer daño a gente inocente no es mi estilo. Los rumores me permiten moverme por Ev a mi antojo. Gracias a ellos, y a los wheelers, nadie se atreve a entrar en mi palacio. Ni siquiera el rey Nome sabe qué parte es verdad y qué parte es decoración pura y dura. A él, en cambio, le encanta despellejar a la gente.

Madison se quedó muda.

—Y el rey Nome y tú... —murmuró Nox; no fue capaz de terminar la frase, aunque intuía lo que estaba a punto de decir. ¿Cómo era posible que

trabajara para ese monstruo? ¿Sobre todo después de haber estado en la Orden?

Lang echó un vistazo a su pulsera plateada. Y, ahora que la tenía a apenas un metro, me di cuenta de que la piel de su muñeca no solo era pálida, sino que además tenía dibujada una telaraña de cicatrices también plateadas.

—Es irrompible —dijo ella al percatarse de que estaba observando su pulsera—. El rey Nome se toma los contratos muy en serio. Intenté quitármela con magia. Probé de todo: un martillo metálico, cuchillos hechizados y media docena de hechizos. Todavía recuerdo cómo se reía de mí. —Entonces se retiró la tela del vestido que le tapaba el cuello y advertí varias cicatrices en la nuca y la espalda. Eran cicatrices negras y gruesas. Tenían que haberle dolido horrores—. Como veis, no solo se reía. En más de

una ocasión me mandó a varios cavadores para que me azotaran —añadió—. Después de un tiempo, aprendí a tenerle contento. A no irritarle. Ahora soy una experta de la mentira y el engaño.

—Pero la Orden te envió aquí a espiar. ¿Cómo pasaste a ser su prisionera? —preguntó Nox—. ¿Qué pasó?

Su mirada verde se iluminó de rabia.

—¿La «Orden»? —preguntó, pronunciando la última palabra con gran desprecio—. ¿Qué hizo la Orden por mí, Nox? La Orden ni siquiera fue capaz de derrotar a Dorothy. No trabajo a las órdenes de nadie. Hago todo lo que me pide el rey Nome para seguir viva. Quiero bajarle los humos a ese estúpido, pero, para eso, necesito estar viva. Le mataré. A él y a Dorothy.

—Pues parece que te está yendo de maravilla —dijo Nox, señalando el espléndido palacio.

Le habría pateado el culo. Estaba claro que, a pesar del trabajo que estaba haciendo para el rey Nome, le odiaba con toda su alma. Y era comprensible: según su versión, la había capturado y esclavizado después de que la Orden la enviara a Ev. Sin embargo, Nox parecía empeinado en llevarle la contraria a aquella pobre chica, y no entendía por qué. O eso, o no se estaba dando cuenta de que todo lo que estaba diciendo eran tonterías.

Y eso, conociendo a Nox, era bastante probable. Era muy bueno en el combate cuerpo a cuerpo. Ahora bien, no tenía ni una pizca de tacto.

—El rey Nome no me regaló este palacio. Me lo he ganado yo. En Ev no hay mucha gente con dinero, pero los pocos ricos que viven aquí invierten cantidades ingentes de dinero en mis clubes de apuestas.

Creí no haberla oído bien.

—¿Tus clubes? Te refieres a... ¿discotecas?

Ella encogió los hombros.



—La gente necesita beber, incluso cuando se han quedado sin blanca. Y apostar les hace sentir que tienen la oportunidad de mejorar su vida. Es una especie de servicio público, pero además me acerca a la acción. En Ev no hay mucho que hacer. Las pocas personas importantes, o con cierta relevancia, que viven en Ev se pasan el día en mis clubes, así que me dedico a escuchar todo lo que sale de sus bocas. Ese es el trabajo que hago para el rey Nome. El trabajo que hago para mí... —explicó, y luego se quedó callada para dejar que digiriéramos lo que acabábamos de escuchar.

—¿Engañas a la gente y les robas información para después dársela a un tipo horrible que utiliza su magia para tenerte encerrada como a una prisionera? —resumí.

—Es un intercambio. Yo les ofrezco un lugar donde poder olvidar sus penas. Ev es un reino peligroso y muy violento, pero, entre los muros de mis clubes, los clientes se sienten seguros. Yo me encargo personalmente de garantizarles esa seguridad. Y cuando uno se siente seguro, habla más de la cuenta. Sin embargo, nadie es tan estúpido como para charlar sobre política en mis locales. Todos saben para quién trabajo. Pero recopilé información suficiente como para alimentar al rey Nome con chismes y habladurías. Es mi forma de tenerlo contento. Y me guardo el resto de la información para mí.

—Eres una mafiosa. Una pandillera —dijo Madison. Parecía impresionada.

Lang se encogió de hombros.

—Prefiero la palabra «empresaria». Vi una oportunidad y decidí aprovecharla. En cierto modo, mis clubes reúnen a la gente. Tanto ricos como pobres se juntan alrededor de las ruletas rusas y de las mesas de juego. Hay que cumplir un código de vestimenta, pero lo cierto es que no prohíbo la entrada a nadie... a menos que no sepan comportarse. Al principio tuve que ser muy estricta con eso, pero ahora que todos conocen mi reputación, la gente ya no suele armar ningún lío.

La mayoría de los prisioneros no dirigía imperios propios de Las Vegas.

—Al rey Nome le gusta pensar que es generoso. Y las apuestas son, al fin y al cabo, una distracción sana para las masas, lo cual le beneficia.

—¿Distracción de qué? ¿Sabes por qué el rey Nome rescató a Dorothy y la trajo hasta Ev? —preguntó Nox.

Lang negó con la cabeza y su melena espesa y reluciente le acarició los hombros de una manera muy curiosa. De inmediato noté el hormigueo de la magia en la punta de los dedos. Me habría gustado coserme los rotos del vestido, o directamente cambiarme de vestido. También habría agradecido un peine para desenredarme el pelo. Y un toque de brillo en los labios no me habría venido mal... Espera, ¿quién era? ¿Madison? Nox me había visto en peores condiciones; no era la primera vez que me veía cubierta de sangre y mugre. Y no solo eso, también me había visto convertirme en un monstruo.

Literalmente. Y, aun así, seguía ahí, a mi lado. Yo era una chica fuerte, divertida, competente y guerrera. No es que Lang estuviera coqueteando con mi «casi» novio. En cualquier caso, la actitud que estaba mostrando hacia él dejaba entrever que le despreciaba.

Pero entonces recordé un verso de *Romeo y Julieta* que nuestro profesor de inglés, por llamarlo de algún modo, porque en realidad todavía no había acabado la universidad, nos había obligado a aprender de memoria: «Mi único amor nació de mi único odio». El odio era un sentimiento muy fuerte, desde luego. ¿Lo que estaba

sintiendo eran celos? ¿Una especie de pinchazo constante en la barriga? Jamás había tenido motivos para estar celosa.

De hecho, nunca me había enamorado de nadie. Hasta que conocí a Nox. El amor infantil y estúpido que había sentido por Dustin era una tremenda tontería si lo comparaba con lo que sentía por Nox. Y al darme cuenta de que no tenía ni idea de qué se le podría estar pasando por la cabeza, de que a lo mejor había vivido una historia de amor con alguien antes de conocerme (una historia de la que no sabía nada y en la que, evidentemente, no era la protagonista), me volví loca.

Si el amor era eso, inquietud y desasosiego, entonces el amor era un asco.

Solté un suspiro. Los celos eran agotadores. Me dolía la cabeza de tanto pensar.

—¿Quieres contarnos algo, Amy? —preguntó Madison.

Todos me estaban observando.

—Estoy bien, gracias —murmuré.

—Antes me ha parecido oír algo sobre descansar... —comentó Madison, esperanzada.

—No podéis quedaros aquí mucho tiempo —dijo Lang—. No puedo dejar que el rey Nome se entere de que estáis aquí. Vuestra presencia en mi palacio pone en peligro todo por lo que he trabajado. No soy su única espía. La magia que rodea este lugar sirve para ocultar todo lo que pasa en el interior a ojos de los demás, incluso del rey Nome. Pero acabará enterándose. Es cuestión de tiempo.

—Si no quieres que te ayudemos, nos marcharemos —resolvió Nox con aire arrogante—. Es evidente que el camino nos trajo aquí por otro motivo.

Me entraron ganas de estrangularle. ¿En qué demonios estaba pensando? Nox siempre había sido un chico estratega, pero me daba la sensación de que se estaba dejando llevar por las emociones. Estábamos en un país totalmente

distinto y Lang era la única posible aliada que habíamos encontrado. Nuestra magia no funcionaba, y no sabíamos por qué. No teníamos comida, ni agua, ni un lugar donde refugiarnos o escondernos del rey Nome. Aunque Lang fuera quisquillosa e inestable, era la única que podía ayudarnos a averiguar por qué el camino nos había traído hasta Ev, y qué paso debíamos dar después. Quizá la relación con Nox no había acabado con un «y vivieron felices y comieron perdices», pero era evidente que su magia era muy poderosa. La necesitábamos más que ella a nosotros, sobre todo teniendo en cuenta que no podíamos acceder a nuestro poder. Así que cabrearla no era la mejor estrategia, desde luego.

—Lo que Nox quiere decir es que no pretendemos ponerte en peligro —añadí enseguida—. Pero si pudiéramos descansar un poco antes de proseguir con el viaje, te estaríamos muy agradecidos.

Nox volvió a abrir la boca para decir algo, pero esta vez le di una patada. Pilló la indirecta a la primera y cerró la boca.

Lang me miró con cierta cautela.

—Solo una noche —dijo.

—Es muy generoso por tu parte —murmuré—. Gracias.

Una noche no era mucho tiempo. Pero, con un poco de suerte, bastaría para dar con la manera de convencer a la princesa de que nos ayudara. O de que nos dejara ayudarla.

Lang le hizo una seña a Greta; el escarabajo se levantó sobre todas sus patas. Era realmente enorme. Madison tragó saliva.

—Greta, acompáñalos a las habitaciones de invitados —ordenó Lang, y luego esbozó una sonrisita—. Perdonadme, pero tengo que dejaros.

El aire que envolvía su rostro se iluminó y pareció solidificarse. En cuestión de segundos, la máscara de plata reapareció sobre su piel. Pero aquel truco de magia no acabó ahí. El resplandor se fue extendiendo hasta ocupar todo su cuerpo. El kimono se enroscó a su alrededor.

Y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció.

Madison se quedó con la boca abierta.

—Guau —musitó—. Eso ha sido...

—Mágico —terminé.

—¿Tú también puedes hacer eso?

—Nunca he probado el truco de la máscara. Pero ¿desaparecer? Por supuesto que sí —contesté.

Madison estaba alucinando.

—Demuéstralo.

—Ahora mismo es un poco complicado —empecé, pero Greta parecía tener prisa.

Con una de sus cabezas, señaló una puerta con un marco de espejo.

—Puf —murmuró Madison entre dientes; por si acaso, prefirió mantener una distancia prudencial.

Greta nos condujo hacia un pasillo infinito. Albergaba la esperanza de que la siniestra doncella de Langwidere no se ofendiera a la primera de cambio. Aunque suene extraño, parecía que Greta estuviera sonriendo. Pero era una sonrisa de suficiencia. Eso en el caso de que un escarabajo gigante con miles de expresiones diferentes pudiera sonreír con suficiencia, desde luego.

Greta nos llevó hasta otro pasadizo infinito con varias puertas. La decoración era tan siniestra como el resto del palacio de Lang. Decenas de cabezas nos sonreían desde las paredes; cuando llegamos al final del pasillo, nos topamos con una gigantesca

guillotina con una cuchilla de plata reluciente. Una persona normal habría colocado una mesita auxiliar.

—Hogar, dulce hogar —dijo Nox.

Greta agitó una pata, señalando tres puertas cerradas y después se dio media vuelta y se marchó. Cuando el escarabajo pasó junto a Madison, esta se pegó a la pared y cerró los ojos. Habría jurado que Greta la rozó a propósito. Y también habría jurado que aquel escarabajo gigante se estaba desternillando de risa. Sin embargo, pese a los murales horribles que adornaban el pasillo, las habitaciones eran muy normalillas: pequeñas, sencillas, con paredes blancas y mobiliario austero. Me dejé caer sobre la cama y solté un suspiro de alivio. Por fin habíamos dejado atrás aquel cementerio de miradas inquisitivas y no podía estar más agradecida.

—¿Y ahora descansamos? —preguntó Madison, emocionada, y se sentó a mi lado. Nox, en cambio, no dejaba de dar vueltas por la habitación, meditabundo y

concentrado.

Sacudí la cabeza.

—Tú sí, Madison —respondí—. Pero Nox y yo tenemos trabajo que hacer. Se nos tira el tiempo encima y necesitamos un plan. Lang no tardará en echarnos de aquí a patadas. Y en cuanto el rey Nome se entere de que estamos en Ev, correremos un grave peligro. No sé cuánto tiempo tenemos. Por lo visto, los wheelers solo responden ante Lang, pero si por casualidad informaran al rey Nome, o si él puede presentir que alguien ha cruzado el desierto de la Muerte... —empecé.

Pero, como ya era habitual, había muchas cosas que todavía no sabíamos. Si Lang nos había encontrado, el rey Nome no tardaría mucho en hacerlo.

Sin embargo, antes de nada quería averiguar en qué punto estábamos con Langwidere, y por qué se mostraba tan impaciente por echarnos de su casa. Intuía que tenía algo que ver con Nox. Probablemente mucho que ver. Y, si averiguaba de qué se trataba, seguramente acabaría arrepintiéndome. Pero si



algo había aprendido en Oz en todo ese tiempo era que conocer la verdad siempre era la mejor opción, incluso cuando la verdad era dolorosa, lo cual allí era bastante frecuente. Así, al menos, no me pillaría desprevenida. Estaba acostumbrada.

Sin embargo, esta vez había sentimientos de por medio. Y si la historia entre Nox y Lang había sido una historia de amor (y si él se había llegado a enamorar de ella), sabía que me rompería el corazón. Y también sabía que, aunque me destrozara por dentro, era lo bastante fuerte como para sobrellevar el dolor. La Amy de Kansas habría echado la culpa de todos sus problemas a su madre drogadicta, o al acoso incansable de Madison, o a su falta de amigos. Pero ahora era una persona totalmente distinta. Y había aprendido que todo el mundo tenía una historia, incluso Madison.

Nox podía contármelo todo. Lo soportaría.

Respiré hondo y le miré.

—Bueno, ahora que por fin estamos a solas... ha llegado el momento de que cuentes cómo conociste a Langwidere.

El comentario dejó a Nox paralizado. Enseguida distinguí pena y preocupación en su mirada, así que me armé de valor para lo que estaba a punto de escuchar.

«¿Y si todavía está enamorado de ella?», pensé de repente.

De acuerdo, ni la nueva Amy ni la vieja Amy podría afrontar tal cosa.

Estaba tan preocupada por la respuesta que ni siquiera me di cuenta de que estaba hablando.

—Cuando la conocí se llamaba Lanadel.

—Eso ya me ha quedado claro. ¿Quién es para ti?

—Entrenó con la Orden antes de que Mombi la enviara aquí. Es una historia muy larga.

Arqueé una ceja.

—Ya te lo contaré —dijo él—. Te lo prometo. Pero ahora mismo no importa. Estoy seguro de que prefiere que no estemos aquí, pero dudo mucho que nos haga daño.

—¿Dudas mucho? —preguntó Madison.

Nox se encogió de hombros.

—La última vez que la vi fue hace muchos años y no..., en fin, no nos despedimos con un fuerte abrazo, por decirlo de algún modo.

Le escuchaba con gran atención. Al parecer, no iba a reconocer que había

mantenido una relación sentimental con ella. Pero así era Nox, un chico reservado y poco previsible. Jamás sabría si seguía sintiendo algo por ella, a menos que él decidiera reconocerlo públicamente, lo cual, por cierto, no era en absoluto su estilo.

—Pero sé que odia a Dorothy... incluso más que nosotros —prosiguió—. Y, por lo que ha dicho, el rey Nome no es santo de su devoción. Estamos en el mismo bando, más o menos.

—¿Y qué bando es ese? ¿Malvado? ¿Bueno? —preguntó Madison.

—Malvado y bueno es lo mismo —respondió Nox.

—No siempre —murmuré entre dientes.

Él me dedicó una sonrisa. El corazón se me aceleró de inmediato. «Tranquilízate», pensé para mis adentros.

—Está bien, no siempre —comentó él—. Pero todos queremos derrotar a Dorothy, así que ya tenemos algo en común. Y si Dorothy se ha aliado con el rey Nome...

—¿El enemigo de mi enemigo es mi amigo? —preguntó Madison.

—Bienvenida al maravilloso mundo de Oz —dije.

Nox apoyó la espalda sobre la pared y fue deslizándose hasta sentarse en el suelo, con las piernas estiradas.

—Supongamos que Dorothy y el rey Nome hayan firmado una alianza. Entonces sí tendría sentido que el camino nos hubiera traído hasta aquí. Quiere que los detengamos —concluyó Nox.

—A no ser que lo hiciera sin motivo alguno. A lo mejor fue algo casual, fortuito —le contradije—. De hecho, el camino es conocido por eso, por no tener un rumbo definido.

Nox hizo una mueca.

—Pongámonos en el mejor de los casos.

—Me encanta que el «no tenemos ni idea de por qué, pero creemos que tal vez haya un motivo por el que estemos aquí, aunque somos incapaces de imaginar cuál es» sea el mejor de los casos —concluyó Madison.

No pude contener la risa.

—Sí, así es como las cosas funcionan en Oz. Siempre hemos creído que el camino no tiene rumbo porque así lo demostró en el pasado. Pero, en mi opinión, sí tiene rumbo. Y voluntad propia. Siempre ha actuado por el bien de Oz. Nox tiene razón; es imposible que nos haya dejado aquí porque sí. Tiene que haber una explicación. Pero si no fuimos capaces de vencer a Dorothy..., menos podremos derrotarlos a los dos juntos. El rey Nome tiene un poder increíble.

—No subestimes a Lang. Ella también es muy poderosa —apuntó Nox, mirándome a los ojos. Sabía que estábamos pensando lo mismo.

—El camino nos trajo «aquí» —resumí—. Nos dejó a las puertas de su casa. Y eso significa que, si nos unimos a ella, tendremos una posibilidad. O eso creo.

—Significa que aquí hay algo que necesitamos —añadió Nox. Después se quedó unos segundos callado y pensativo—. Ojalá tuviéramos algún modo de

ponernos en contacto con Ozma. Si alguien puede ayudarnos a averiguar qué quiere el camino, es ella. Pero...

No terminó la frase: no hacía falta. Ni siquiera podíamos saber si Ozma seguía viva.

Mombi había muerto y Glinda se había hecho con el control de su hermana, Glamora.

No hacía falta ser adivino para imaginar que las cosas en Oz debían de estar... mal.

Muy mal. Tal vez incluso peor que con Dorothy sentada en el trono.

«No. Nada puede ser peor que eso», pensé. Cuando Dorothy controlaba el reino, Ozma no era más que una marioneta, así que ella no dudó en dar rienda suelta a sus delirios de grandeza. No permitiría que Glinda volviera a engañarla. Dorothy era un peligro, y muy poderosa. Seguramente tan poderosa como Glinda, sobre todo ahora que se había dado cuenta de que Glinda iba por libre. No podía dejarme llevar por el

pesimismo. El camino no se habría molestado en rescatarnos de las garras del rey Nome y atravesar el desierto de la Muerte si no hubiera una esperanza, si Oz ya se hubiera perdido para siempre, me dije a mí misma. Todavía nos quedaba un poco de tiempo. Debíamos averiguar por qué estábamos allí, resolver lo que tuviéramos que resolver, regresar a Oz y devolver a Ozma lo que se merecía: el trono de Oz.

Y, cuando por fin lográramos todo esto, quizá, tan solo quizá, Nox y yo podríamos dedicarnos un poco de tiempo y disfrutar de una reconciliación llena de besos.

—¿Por qué no podéis hablar con Ozma? No sé, ¿no podéis hechizar un teléfono o algo parecido?

Nox frunció el ceño.

—¿Un teléfono?

—Sí, ya sabes, E. T., mi casa, teléfono... Eso solo sirvió para confundirle todavía más.

—Madison, en Oz no hay teléfonos —expliqué—. Telepatía sí. Teléfonos no. Pero intentar ponernos en contacto con Ozma desde la otra punta del desierto de la Muerte sin magia... —empecé. Había algo que no se me había ocurrido hasta entonces. Algo importante. Algo que Lurline me había dicho.

Traté de recordar la conversación que habíamos tenido durante mi breve pero intensa visita a su mundo. Había bebido un sorbo de agua de su balsa. Después había paseado por su jardín. Y luego...

Las palabras de Lurline se concretaron en mi mente y, de súbito, oí la voz del hada como si estuviera a mi lado, repitiéndolas una por una. En cuanto percibí su voz, las botas se iluminaron. Era una luz muy suave, casi imperceptible, pero ahí estaba, el inconfundible resplandor plateado.

«Te ayudaré en todo lo que pueda. Te escucharé cuando pronuncies mi nombre. Sé fuerte. No imaginas el poder que tienes.»

—¿Amy? ¿Qué estás haciendo? —dijo Nox. Sin despegar la mirada de mis zapatos, se levantó de un brinco. Estaba tan sorprendido como yo—. ¿Cómo has podido hacerlo sin magia?

—Es Lurline —murmuré—. Tenemos que avisarla.

Al oír eso, Nox arrugó la frente. Estaba confundido.

—Me aseguré que, si en algún momento la necesitaba, podría oírme —expliqué, emocionada—. Y estas botas son tuyas, ¿verdad? Se crearon con magia de hada, no solo con magia de Oz. En cierto modo, encarnan... la magia original de Oz. No tengo suficiente poder para conseguir que nos lleven de vuelta a Oz, pero apuesto a que las botas pueden ayudarnos a ponernos en contacto con ella de algún modo.

Nox asentía con la cabeza, aunque seguía un poco confundido.

—«De algún modo» es un poco ambiguo —murmuró—. ¿Estás pensando en algún hechizo en especial? No sé cómo podrás utilizar las botas sin tu magia, la verdad.

—Yo tampoco, pero es lo único que se me ha ocurrido —dije. —Y merece la pena intentarlo —añadió—.  
¿Qué necesitas? —No estoy muy segura —dije.

Cerré los ojos y me concentré, como había hecho en Oz cada vez que quería invocar aquella sensación indescriptible de poder, la sensación de que «algo» en mi interior se despertaba, un «algo» que solo existía en Oz. Me había dejado la piel aprendiendo a controlar y manejar ese «algo».

Sin embargo, como ya me había ocurrido antes, lo único que logré fue toparme con aquella especie de muro de gelatina. No podía acceder a mi magia. Ni siquiera podía tocarla. Pero sabía que estaba ahí.

El problema era que no tenía lo que necesitaba para acceder a ella. «Vamos, Lurline. Muéstrame qué debo hacer. Por favor.»

Y entonces Nox se acercó y me cogió de la mano. El contacto de su piel despertó algo. No era magia..., sino algo distinto. Confianza. Amor. Seguridad.

«Mi hogar. Nox es mi hogar», pensé. Y al pensar en esa palabra, el muro que se había erigido entre mi poder y yo empezó a disolverse.

«Lurline. Ayúdame.»

No sé si llegué a pronunciar las palabras en voz alta o no. Pero en cuanto las pensé, empezaron a tomar forma. Visualicé una puerta y, aunque suene inverosímil, sabía que esa puerta se había formado porque le había pedido ayuda al hada. Apreté los ojos y, sin soltar la mano de Nox, atravesé el portal que yo misma había creado.

Y, de repente, empecé a caer.



## DOROTHY

*T*raté de convencer a Bupu de que se arreglara para la cena, pero, en cuanto oyó la propuesta, reuló, horrorizada. Al principio creí que se había ofendido; entre tú y yo, el saco que llevaba como vestido le sentaba fatal (debo reconocer que yo misma le habría cortado la cabeza a la doncella que se hubiera atrevido a sugerirme un modelito tan esperpéntico), pero después caí en la cuenta de que la idea de asistir a la cena era lo que realmente la aterrorizaba. Cuando volví a insistir, la pobre se arrodilló sobre el suelo de la habitación.

—¡Me matarán! ¡Me asarán y me comerán viva!

—Por supuesto que no —dije, aunque no estaba del todo segura. De hecho, yo también tendría la tentación de hacer algo así después de ver la dieta tan estricta que seguían en Ev—. Bupu, no puedo asistir a un banquete sin mi doncella personal. Además —añadí en un momento de inspiración—, tengo un trabajillo para ti.

Ella alzó la mirada. Tenía los ojos llenos de lágrimas. —¿Un trabajillo? ¿Para mí? ¿Además del que ya tengo?

—Sí, querida —contesté, e hice un gesto pomposo con la mano—. Estás todo el día de aquí para allá, ¿verdad? Por lo que supongo que conoces el palacio como la palma de tu mano.

—He tenido que hacer muchos trabajos antes de pasar a ser tu doncella personal —respondió ella, confundida.

—Entonces a nadie le sorprendería verte dando un paseo por el palacio en cuanto nos abran la puerta de esta habitación para asistir al banquete, ¿verdad?

—No, supongo que no —contestó Bupu, que no dejaba de mirarme con el ceño fruncido.

Suspiré y traté de no perder la paciencia. No podía esperar que todo el mundo cogiera las indirectas al vuelo. No todos eran tan rápidos y vivos como yo, salvo el Espantapájaros, claro. Pero ya no podía contar con él, porque estaba muerto, y todo por culpa de esa zorra de Amy Gumm. A ver, técnicamente, lo maté yo, pero fue ella quien lo destrozó: me dejó sin alternativa. Oh, cómo echaba de menos al Espantapájaros. Era una criatura un poco espeluznante, eso es cierto, y debo admitir que algunos de sus experimentos eran..., en fin, no voy a decir que se le fuera la

mano, pero sí un pelín desmesurados. Pero siempre me había apoyado. Bueno, casi siempre. Tenía los mismos objetivos que yo. Y era un tipo muy inteligente. Se conocía la historia de Oz de cabo a rabo. Había estado conmigo desde el principio, incluso desde antes de que el Mago le concediera un cerebro privilegiado. En aquella época, recuerdo que siempre me sacaba una sonrisa. Y, cuando consiguió el cerebro, me ayudó a convertirme en la mujer que soy ahora.

Sin embargo, el Espantapájaros estaba muerto, y no podía olvidarlo. Al final, incluso él me había fallado. Tenía que dejar de engañarme de una vez por todas: en ese momento, Bupu era todo lo que tenía.

—Así pues, si por casualidad escucharas algunas... conversaciones —continué—, relacionadas con el futuro de tu señora en el palacio... Al igual que te enteraste de los planes del rey Nome para casarse conmigo...

Al fin noté cierta comprensión en aquellos ojos diminutos y apagados. Cuadró los hombros y estiró la espalda en una demostración de orgullo; fue un gesto bastante cómico, pero Bupu lo hizo con tal dignidad que no tuve más remedio que contener la risa.

—Voy a muchos sitios —confirmó, y se puso a asentir como una histérica—. Me mantengo alejada de los cavadores y de otros criados. Nadie me valora. Ni siquiera creen que pueda entender una conversación. Me toman por una esclava idiota. Y sé muchas cosas. Estoy bastante al día de todo lo que ocurre por aquí. —Y entonces sonrió de oreja a oreja, orgullosa—. Los criados del palacio no se muerden la lengua cuando yo estoy delante —añadió, y movió las cejas para añadir más énfasis.

—Entonces tienes que asistir al banquete conmigo —resolví—. Quiero que escuches todo lo que la gente dice. Yo tendré que estar pendiente del rey Nome, así que necesito que te enteres de todo. Y que lo recuerdes para luego contármelo. ¿Está claro?

—Es la primera vez que alguien me confía una misión tan importante, señora —susurró. Bupu no podía creerse que acabara de encomendarle una tarea que implicaba tanta responsabilidad.

—Muy bien, Bupu —dije.

Estaba tan emocionada que parecía que iba a ponerse a saltar de alegría en cualquier momento. Me aclaré la garganta y al oír ese ruido se quedó inmóvil.

No quise decir nada en ese momento, pero la verdad es que tenía mis dudas sobre Bupu. No ponía la mano en el fuego por ella y no sabía si lograría reunir información valiosa para mí. Eso suponiendo que no la mataban por intentar espiar a los invitados del rey Nome, lo cual, por cierto, era una posibilidad. Pero era mejor que nada. Además, tener una misión secreta era lo que necesitaba para animarse un poco. De

pronto empezó a dar vueltas por mi habitación, ahuecando almohadas, estirando vestidos y farfullando palabras incomprensibles entre dientes.

—¡Polvo! ¡Fuera, fuera! —exclamó, y dio un capirotazo a una mota de polvo que había sobre las sábanas.

Por fin dio su brazo a torcer y decidió cambiarse aquel saco raído y mugriento que llevaba como vestido por un..., en fin, por un traje de terciopelo varias tallas más grande que también parecía un saco. Pero al menos era un saco elegante. Le dije que se parecía un poquito a una munchkin de Oz. Al oír mi cumplido, dio un par de piruetas y yo sentí algo parecido a orgullo. Si la memoria no me fallaba, era lo primero que hacía por alguien desde que había aterrizado en Oz. Además de repartir felicidad, por supuesto.

Cuando llegaron los criados del rey Nome a recogernos, Bupu estaba lista. Esos criados eran munchkins, igual que Bupu, pero eran munchkins maliciosos y vengativos. Ni siquiera se tomaron la molestia de mirar a la pobre criatura. Fue un escarnio público, pero ella hizo de tripas corazón e intentó disimular. Me pregunté si debería quejarme al rey Nome; saltaba a la vista que me había endosado a su segunda mejor munchkin. No estaba acostumbrada a las cosas de mala calidad, y mucho menos a sentirme insultada.

Sin embargo, Bupu era dulce. Quizás el rey había creído que con la ternura y personalidad de Bupu me camelaría.

Los munchkins de librea del rey Nome (que eran incluso más pálidos que Bupu) nos acompañaron por un laberinto de túneles de piedra. La única luz provenía de los numerosos candelabros sobre los que titilaban una especie de cristales. Mientras avanzábamos por aquella maraña de pasillos, traté de recordar el camino que habíamos seguido, pero enseguida perdí la cuenta de los giros que habíamos dado. Me planteé si estaríamos dando tumbos sin ton ni son, si estarían tratando de marearme a propósito para que así no pudiera escapar del rey Nome. Incluso Bupu parecía estar confundida.

Me llamó la atención la cantidad de criados que el rey Nome había

mandado a buscarme. Los conté varias veces para asegurarme. Eran ocho. Advertí unos bultos bajo sus uniformes. Eran armas, sin lugar a dudas. Su piel, además de ser más blanca que la nieve, estaba llena de cicatrices horribles y a varios de ellos les faltaban dedos o trozos de oreja... Parecían guerreros profesionales que habían librado varias guerras.

Aquellos munchkins no eran criados, ni mayordomos, ni ayudas de cámara. Eran soldados. Y entonces caí en la cuenta de que no me estaban acompañando, sino escoltando. Eso, junto con el detalle de que el rey había cerrado la puerta de mi

habitación con llave, me hizo llegar a una conclusión: aquello no me estaba gustando un pelo.

Cada vez tenía más claro que, cooperara con él o no, no tendría más remedio que obedecer todas sus órdenes. Supongo que a estas alturas ya te habrás dado cuenta de que no obedezco las órdenes de nadie.

Solo las mías. Y punto.

Estaba que echaba humo por las orejas. ¿Quién se creía que era? Tal vez fuera el mandamás en Ev. Pero yo era Dorothy, *la Matabrujas*. Y no iba a dejar que me tratara como a una prisionera. Sin embargo, sonreí como la reina que era. Aunque ahora estuviera en desventaja, no pensaba rendirme. Encontraría el modo de salirme con la mía. Sabía que podía manipular al rey Nome. Y, como ya he dicho antes, el desafío me había entusiasmado. Había logrado varias hazañas en Oz. Pero jamás había vencido a un déspota centenario que me creía su prisionera. Empezaba a sentirme viva de nuevo, y eso era algo muy bueno.

Por fin los munchkins empujaron una puerta de madera maciza. Debía de pesar como una tonelada. Al empujarla vislumbré una cueva con un techo que era al menos el doble de alto que el de mi habitación. La luz de aquel salón me dejó sin habla, lo que de por sí ya era bastante difícil. Aquella luz tan hermosa provenía de una especie de candelabro gigantesco que se extendía hasta las paredes de piedra como si fuera la rama de un árbol.

Para mi sorpresa, la cena que el rey Nome había organizado no estaba nada mal. No se acercaba, ni por asomo, a las cenas que servíamos en Oz. Y no podía compararse con los banquetes de Palacio Esmeralda. No es por alardear, pero las fiestas que había celebrado en palacio habían sido legendarias. No sé quién dispuso la mesa, pero era evidente que no sabía distinguir un tenedor de ensalada de una cucharilla de postre. Pero al menos todo el mundo se había arreglado para la ocasión. Al parecer, el terciopelo era la tela *du jour* en Ev, seguida muy de cerca por el raso y el brocado. Varios de los asistentes se habían enfundado unos trajes que más bien parecían tapices del siglo pasado.

La compañía era deprimente. Además de criados munchkins, también había otras criaturas flacas y pálidas, muy parecidas al rey Nome (¿serían familia?), y unos treinta soldados que no eran munchkins. Supuse que esos eran los cavadores que tenían a Bupu tan aterrorizada. Me asomé por encima de aquella montaña de paté de champiñones y me fijé en ellos. En ese momento entendí por qué Bupu les tenía tanto pavor. Eran los únicos que no se habían arreglado para el banquete. Pero su vestimenta no era lo que les hacía tan espantosos.



Eran seres flacos y fibrosos, más pálidos que el pan, y su armadura estaba hecha de trozos de metal y cuero viejo. La mayoría tenía los brazos llenos de tatuajes siniestros. A muchos les faltaban dedos u ojos y un par no tenían la oreja entera, sino una especie de bulto asqueroso que les colgaba de un lado de la cabeza.

Aunque casi todos eran calvos, había uno o dos que se habían atado el pelo en unas trenzas de las que también colgaban tiras de cuero y huesos. Me pareció una falta de modales que no se hubieran molestado en arreglarse para la ocasión. Me sentí incluso insultada. Si la información de Bupu era cierta, el rey Nome había planeado pedirme la mano cuando sirvieran el postre. ¿Es que un momento tan importante no se merecía más atención?

Después de todo, con lo poco que había tenido a mano, había conseguido casi un milagro. Todavía parecía la atractiva y hermosa reina de dos reinos. Bupu resultó ser una peluquera terrible, pero al menos me había cepillado el cabello cien veces, ni una menos. Era lo mínimo que podía hacer por mí. También había tenido que enseñarle a contar, pobrecita. Había elegido el vestido más favorecedor de la colección que el rey Nome había seleccionado para mí y, aunque no había podido hacer nada con el estilo anticuado del vestido, había utilizado uno de los colgadores de la pared para ceñirme la cintura y así presumir de mi estupenda figura. Yo era, sin ningún tipo de duda, la chica más guapa que jamás se había sentado a la mesa del rey Nome en toda la historia del reino. Aunque, por el aspecto de los asistentes, el listón tampoco estaba muy alto.

Varios munchkins cargaban con bandejas plateadas llenas de comida. Reconocí algunos platos, pero la mayoría de ellos eran totalmente nuevos para mí.

Una munchkin vanidosa y engreída, visiblemente más sana que los demás, estaba dando órdenes al resto. Llevaba un lazo de terciopelo verde atado alrededor de la calva y un anillo con multitud de llaves alrededor del cuello. «Esa debe de ser Esmeralda», pensé. Y quizá, tan solo quizá, una de esas llaves abría la puerta de mi habitación.

A lo mejor no necesitaba ganarme el favor del rey Nome para escapar.

Puede que solo necesitara un plan. Y un poquito de ayuda de Bupu.

Uno de los munchkins me ofreció un cuenco a rebosar de lo que, a primera vista, parecían unas raíces largas y retorcidas, pero en cuanto cogí el tenedor para servir, empezaron a moverse como gusanos.

—No, gracias —me apresuré a decir, y dejé el tenedor en su sitio.

Aquel gesto no pasó desapercibido para el rey Nome, que no pudo evitar sonreír. La situación le divertía, desde luego. Pero en cuanto nuestras miradas se cruzaron, él borró esa sonrisita de suficiencia. Con suma delicadeza, cogí una rebanada de pan.

Aunque el pan era duro y seco, al menos era comida conocida. Después me serví una copa de vino.

Debo reconocer que en Ev sí sabían lo que era un buen vino.

Cuando sirvieron el último plato (una especie de masa con púas que parecía una montaña de escarabajos bañada en una salsa marrón que, por supuesto, no pensaba ni probar), miré de reojo a los pies de la mesa, donde Bupu había estado acurrucada hasta entonces. Había desaparecido. Admito que me sorprendió no haberme dado cuenta de que se había ido. A mi lado, uno de los cavadores soltó un rugido de placer y clavó sus asquerosas pezuñas en el cuenco de bichos que tenía delante de él. Los escarabajos, o lo que quiera que fueran, emitieron una especie de chillido y empezaron a corretear por la mesa, aterrorizados. Tragué saliva y dibujé una enorme sonrisa en un intento de disimular. Fue una imagen repugnante, la verdad. Como quien no quiere la cosa, eché un vistazo al salón, pero no conseguí ver a Bupu.

Tal vez la hubiera subestimado y fuera mejor espía de lo que imaginaba. ¿Acaso la criatura había intentado escapar? No, desde luego que no. Aunque solo había compartido con ella unas horas, confiaba en su lealtad. De repente, el rey Nome dejó el tenedor sobre la mesa y se levantó. Y, casi de forma automática, todo el mundo dejó de comer.

—Mis queridos invitados —empezó—, muchas gracias por haber asistido al banquete que he organizado en honor de la única y legítima gobernante de Oz, la hermosa y sin duda muy poderosa Dorothy Gale.

Esboqué una recatada sonrisa y bajé la mirada. Varias patitas peludas se meneaban en mi plato.

—Ha accedido amablemente a honrarnos con su presencia esta noche. Y no podemos estar más agradecidos —prosiguió. Estiré aún más mi sonrisa y fui mirando a todos los asistentes. Los cavadores me observaban con ojos inexpresivos. «Cuando vuelva a ser la directora de esta orquesta me encargaré de que mostréis el respeto que merezco», pensé mientras apretaba los dientes y sonreía como solían hacerlo las chicas de los concursos de belleza a los miembros del jurado—. De hecho —continuó el rey Nome—, su belleza y

nobleza me han impactado tanto que por primera vez en cien años, o incluso más, me he emocionado. Su majestuosidad me ha llegado al corazón.

A ver. Sabía que estaba mintiendo como un bellaco, por supuesto. Estaba segura de que había maquinado algún plan siniestro para adueñarse del reino de Oz y, para conseguirlo, me necesitaba. Pero ¿qué chica no se derretiría, aunque fuera solo un poquito, ante tal proclamación de la persona más poderosa de los dos reinos? Sin

embargo, el hecho de que me hubiera despojado de mi magia atenuaba el cumplido.

Fingiendo timidez, alcé la mirada.

Y, para mi sorpresa, él me estaba mirando. Su expresión era... De haber sido más ingenua, habría asegurado que estaba diciendo la verdad. Me dio un vuelco el corazón.

¿Era posible que un ser como el rey Nome se hubiera encaprichado de mí? Y de ser así, ¿podría utilizar ese sentimiento para mi propio beneficio?

Ignoré por completo aquella vocecita impertinente que sonaba en mi cabeza. La misma que estaba insinuando que a lo mejor aquel comentario había avivado una ilusión. Una chispa. El rey Nome no era un hombre guapo. Tampoco era joven. Y, obviamente, no era un encanto.

Pero era poderoso. Increíblemente poderoso. Y el poder siempre ha sido una cualidad irresistible para mí.

Le puse ojitos y él parpadeó. Había conseguido sorprenderle y me pareció ver un destello de satisfacción. Durante ese breve instante, la pelota estuvo en mi tejado. Esa sensación de estar por delante de él me encantó.

—He estado pensando —añadió a toda prisa (había bajado la guardia, y eso no le gustó ni un pelo)— y se me ha ocurrido un modo perfecto de unir nuestros reinos.

Abrí los ojos como platos, como si no tuviera ni idea de lo que estaba a punto de decir, aunque lo sabía muy bien.

—Dorothy —dijo el rey Nome—, ¿reinarías a mi lado... para siempre? ¿Como mi reina?

«Para siempre.» Esas palabras me rechinaron. Está bien, no me gustaron nada.

Absolutamente nada. Sobre todo viniendo de él. Para siempre era mucho

tiempo.

«Reina», en cambio, era una palabra que me encantaba. No era una tontería, como lo que había tenido que oír cuando gobernaba Oz: «gobernante provisional hasta que Ozma recupere el sentido común». Por fin podría decir adiós a ese aquelarre de brujas malvadas que no me quitaban el ojo de encima y a la traidora Glamora. O Glinda. O quien fuera que fuese ahora. Y, lo mejor de todo, podría decir adiós a Amy Gumm. Tendría todo el tiempo del mundo para recuperar mi magia, desbaratar los planes del rey Nome y encontrar el modo de regresar a Oz y hacerme con el trono. El rey Nome me estaba ofreciendo una solución a mi dilema. La solución no me desagradaba en absoluto, y ni siquiera había tenido que pedirle ayuda. Además, mientras trataba de averiguar cómo volver a Oz, estaría al mando de Ev. Mi primera decisión como reina sería hacer algo con la comida. Y luego renovar el armario.

Lo único que me preocupaba de ser coronada como reina de Ev era mi marido, el rey. Pero estaba convencida de que podría lidiar con él.

O bastante convencida, para ser más exactos.

En ese momento me di cuenta de que todo el mundo me estaba observando, incluso los munchkins.

—No aceptaré un no como respuesta —ronroneó. No sé cómo lo hizo, pero no sonó a amenaza. Qué tierno.

—Señor —suspiré, y luego me abaniqué el pecho con la mano. Sé que queda feo que lo diga yo, pero tengo un pecho precioso—. ¡Qué sorpresa tan maravillosa acabas de darme!

Me levanté de la silla y, con expresión de orgullo, miré a mi alrededor. Todos se habían quedado mudos. Estaba dispuesta a enseñarles cómo actuaba una verdadera reina. Barbilla alta, melena brillante, cintura de avispa. Mis zapatos rojos tenían más poder que todas esas criaturas de circo juntas. Me encargaría personalmente de enseñarles de qué estaba hecha Dorothy Gale.

Y no iban a olvidarlo.

Tomé al rey Nome de la mano, entrecrucé mis dedos con los suyos y alcé las manos como solo una reina sabe hacer.

—Es un honor para mí aceptar tu propuesta —anuncié.

El silencio que reinaba en el salón era sepulcral. Los munchkins se quedaron paralizados. Todos me miraban con la boca abierta. Advertí algo borroso por el rabillo del ojo. Me pareció que era Bupu, pero no podía jurarlo.

—Bueno, querida, tampoco es que estuvieras en posición de rechazarla —murmuró el rey Nome. Un segundo después me acarició la mejilla con un dedo esquelético y esbozó una sonrisa maliciosa.

Yo le respondí con una sonrisa radiante.

—Jamás se me ocurriría rechazar una oferta tan maravillosa de un hombre tan maravilloso como tú —respondí con voz ronca.

Una vez más, advertí ciertas dudas en su mirada.

Supongo que el rey Nome esperaba que me pusiera hecha una furia y armara un escándalo. O tal vez que pusiera ciertas condiciones o exigencias. Así pues, al ver que aceptaba su propuesta sin rechistar, se puso nervioso. Mi sonrisa le tenía desconcertado.

Aquello era un juego entre dos.

—De hecho, señor —empecé, pero entonces sucedió algo que me pilló desprevenida. Mis zapatos cobraron vida. Empezaron a irradiar una luz roja muy intensa. El silencio se rompió de repente cuando se oyó un crujido parecido al de un trueno. Parecían haberse incendiado: no dejaban de brotar chispas deslumbrantes de color rojo.



Tardé varios segundos en darme cuenta de que la luz provenía de mis zapatos. No entendía qué estaba ocurriendo. Di un paso atrás. Los cavadores se sobresaltaron y los munchkins se dispersaron. El rey Nome me agarró de la mano, pero esta vez la apretó con tanta fuerza que por un momento pensé que iba a romperme los dedos.

—¿Qué estás haciendo? —me siseó al oído.

—¡No lo sé! ¡No lo estoy haciendo yo! —protesté, pero él no me creyó.

Tiró de mí y me sacó del salón para banquetes. Prácticamente me arrastró por los pasillos y me llevó a mi habitación. A mis espaldas oía un jadeo frenético. Era la pobre Bupu, intentando seguirnos el paso.

—No sé qué crees que estás haciendo —gruñó, y me arrojó a mis aposentos —, pero no vas a salirte con la tuya. Y menos en mi palacio, querida.

Bupu consiguió escabullirse en la habitación justo a tiempo. El rey Nome me miraba con una rabia indescriptible.

—Te quedarás aquí hasta que descubra lo que has hecho —rugió.

—Señor... —protesté.

Pero él me cerró la puerta en las narices. Me senté en el borde de la cama, y Bupu, pobre alma cándida, trató de consolarme.

No te engañaré, no estaba desconsolada, sino en estado de *shock*. Lo que había visto en el salón para banquetes me había dejado consternada.

No podía quitarme de la cabeza la imagen que había visto durante el primer destello de luz roja. Amy. Había visto a Amy Gumm. Estaba en una especie de cueva. Pero no estaba sola, sino con ese guerrero tan pesado y aburrido. Tenía mis zapatos. Pero eso no era lo más importante. Me habría jugado el cuello a que la visión era real. Y estaba segura de que Amy estaba en Ev.

Amy estaba aquí.

El hormigueo que sentía en los dedos de los pies era la prueba de que podía

utilizar mi magia.

—¿Señora? —preguntó Bupu con voz temblorosa.

—Necesito pensar —espeté.

Noté que me tiraba de la manga.

—Señora, por favor, perdóname, pero esto es muy importante.

—¡Cierra el pico, pesada! —bramé.

Bupu se acobardó, pero siguió tirándome del vestido.

—¡Me he enterado de algo muy importante en el  
banquete! Al final, abrí los ojos y la miré. —¿Sí?  
¿Cómo?

—Me escondí debajo de la mesa —explicó, orgullosa de su hazaña, pero luego su expresión cambió y se tornó angustiada y preocupada—. Oí a los guardias del rey hablar sobre ti —dijo—. Son malas noticias.

—Oh. ¿Cómo de malas?

Ella miró a su alrededor, con los ojos como platos, y luego bajó el tono.

—Señora, el rey Nome no pretende casarse contigo. Va a matarte.

*D*e repente, Nox, Madison y el palacio de Langwidere desaparecieron y yo me sumergí en una negrura absoluta. Se me escapó un grito de asombro y miedo, pero la oscuridad que me rodeaba pareció tragarse mi voz.

Segundos después me di cuenta de que no estaba cayendo al vacío. Estaba «volando». Eché un vistazo a mis pies y vi que brillaban con una luz plateada muy agradable. Y en ese momento dejé de tener miedo. Sentí el mismo torbellino de emociones que me había sacudido cuando había conocido a Lurline.

Mi casa. Me sentía en casa.

Poco a poco, la penumbra comenzó a iluminarse; unos rayos de luz dorada se asomaron por el horizonte y, cuando alcé la mirada, vi que el cielo se iba aclarando, como si estuviera amaneciendo. Estaba sobrevolando una jungla bella y frondosa. Bajo mis pies se extendía una alfombra de árboles de todas las tonalidades de verde. Sobre las copas de los árboles había decenas de flores de color rojo que se abrían para dar la bienvenida a aquel resplandor dorado tan cálido. Contuve la respiración. Había visto un montón de cosas hermosas en Oz, pero aquello era... otra cosa. Era algo totalmente ajeno y extraño, pero, al mismo tiempo, familiar.

Nunca había estado allí. Pero sabía dónde estaba.

—Bienvenida de nuevo, Amy.

Era la voz de Lurline. Era inconfundible. Era imposible saber de dónde salía porque... salía de todas partes. Su voz me envolvía. Formaba parte del aire que estaba respirando y de la brisa que me arrastraba sobre aquel bosque

florecente.

—¿Dónde estoy? —pregunté, aunque en el fondo ya lo sabía.

—Estás de nuevo en mi país —respondió ella, confirmando así mis sospechas—. En el mundo entre los mundos. Ahora mismo, estás a salvo. Pero me temo que no por mucho tiempo, querida. Ya te lo advertí la primera vez que nos vimos: tu cometido aún no ha acabado.

—Lo sé —dije—. Pero me parece... imposible. No es que no lo hayamos intentado —añadí enseguida. No quería que pensara que no había aprendido nada desde la última vez que la había visto—. El problema es que no sabemos qué hacer. Mombi está muerta, no podemos recurrir a nadie de Oz, Dorothy se ha aliado con el rey Nome, Lang no acepta nuestra ayuda... En fin, no consigo entender por qué el camino nos llevó hasta su reino.

—El camino es sabio, pero difícil de entender —dijo Lurline—. Como ya te dije, todavía me quedan muchas cosas por aprender. Soy un hada, no una vidente. —Me pareció oír una risita en su voz—. Pero lo que sí sé es que Langwidere es una pieza crucial. Debéis ganaros su confianza.

—Nos odia —repliqué.

—Está dolida —puntualizó Lurline—. Más de lo que imaginas. Igual que tú. E igual que Dorothy. Pero, querida, a medida que uno aprende y evoluciona, también debe olvidar el pasado y curar las heridas. De lo contrario, no podrá acceder al futuro. Además, tengo noticias. Noticias que te animarán, créeme.

El aire que tenía justo delante empezó a temblar y a solidificarse, o algo así. Era como si estuviera volando hacia una ventana inmensa pero inalcanzable. Y detrás de aquel muro sólido, me pareció vislumbrar...

—¿Eso es Oz? —pregunté en voz baja al reconocer las ruinas del Palacio Esmeralda. Allí habíamos celebrado la coronación de Ozma. Cientos y cientos de puntos negros se movían de un lado para otro. Y entonces lo entendí: estaba contemplando una batalla.

—Sí, lo es. Y ahora mismo se está librando una gran batalla —contestó Lurline con voz grave, leyéndome los pensamientos—. Fíjate bien, querida. No todo está perdido.

Y eso hice. Me fijé bien y por fin pude apreciar todo lo que estaba ocurriendo al otro lado de la ventana. Reconocí escuadrones de soldados de Glinda, todos ataviados con armaduras iguales, blandiendo espadas y luchando como demonios.

Entonces me percaté de contra «quiénes» estaban luchando. Mis amigos. Vi a Lulu, revolviéndose entre la refriega, disparando su pistola una y otra vez. Tenía la boca abierta. Aunque no podía oír nada, sabía muy bien que estaba aullando, chillando de felicidad. Winkies, munchkins y monos (con alas y sin alas) luchaban unidos para derrotar a los soldados de Glinda. Gert estaba en el centro de la refriega; había creado una nube de humo rosa y

había logrado derribar a más de diez soldados de Glinda de una sola acometida.

A pesar del caos que reinaba en el campo de batalla, hubo algo que no me pasó desapercibido: el ejército de Glinda estaba retrocediendo. Y eso me gustó. Por primera vez en muchísimo tiempo, sentí algo parecido a la esperanza llenándome el pecho.

Y entonces la ventana se movió y me mostró una parte distinta del campo de batalla; esta vez ahogué un grito de sorpresa: Ozma se cernía sobre la melé, con sus hermosas alas desplegadas, arrojando rayos mágicos al ejército de Glinda. Y junto a ella estaba Mombi.

—¿Mombi...? ¿Mombi está viva? —pregunté, atónita. Estaba deseando contárselo a Nox. Rememoré la primera vez que la había visto, con todas sus telarañas púrpuras

y demás. Me había aterrorizado, la verdad. Pero no podía alegrarme más de que estuviera ahí. Y sabía que Nox sentiría lo mismo.

La silueta que estaba al lado de Mombi se dio la vuelta y entonces reconocí aquel perfil griego. Antes de enamorarme de Nox, había sentido un flechazo por él, por Pete.

—¿Pete está luchando por nosotros?

—Ozma y Pete siguen conectados, como ya sabrás —dijo Lurline—. Pete te traicionó para salvarse a sí mismo. Pero la culpa le carcome por dentro.

—No me extraña —murmuré.

—Y Mombi sobrevivió al ataque del rey Nome. Él se distrajo tratando de rescatar a Dorothy del Palacio Esmeralda. El ejército de Ozma está librando la última batalla de Oz. Estamos muy orgullosas de ella —comentó Lurline con voz maternal, llena de orgullo.

Y, de repente, vi algo que me sobresaltó. Estuve a punto de ponerme a chillar. Glamora se estaba acercando peligrosamente a Ozma, seguida de una ola de magia rosa crepitante. La verdad había quedado al descubierto: la amable benevolencia de Glamora había desaparecido por completo. Tenía la cara desdibujada, con una expresión retorcida y malvada. La terrible cicatriz, un pequeño recuerdo de Glinda, se veía enorme y más asquerosa de lo normal, como si su hermana, que era quien controlaba su cuerpo, hubiera vuelto a abrir la herida.

Por suerte, Ozma la vio venir y se preparó. Agitó las manos y una telaraña de hilos dorados empezó a tejerse a su alrededor. Glamora se estrelló contra la telaraña de Ozma, lo que provocó una explosión de chispas, pero las defensas de Ozma se mantuvieron en pie. Glamora se apartó enseguida. Allí donde su cuerpo había tocado la telaraña de Ozma, había quemaduras.

La bruja y el hada no se rindieron y siguieron luchando cuerpo a cuerpo. Ozma era la viva imagen de una guerrera entrenada y fuerte. Glamora, en cambio, parecía estar a punto de desmayarse.



—La magia que la mantiene conectada con su hermana la está agotando — explicó Lurline—. Glinda lleva mucho tiempo pervirtiendo el poder, y ahora lo está pagando. Robar magia de Oz, esclavizar munchkins, negarse a morir cuando le había llegado el momento...

Lurline no estaba de acuerdo con todas las decisiones que había tomado la bruja, desde luego. Pero al oír el tono de su voz, advertí algo más.

Arrepentimiento.

—¿Existe algún otro modo de detenerla? —pregunté.

Aunque no podía apartar la mirada del campo de batalla, no podía dejar de pensar en otra persona en particular. Una persona a la que también quería pararle los pies.

Lurline suspiró. Aunque no podía verla, sabía que se estaría encogiendo de hombros.

—El poder siempre corrompe a los que no han aprendido a servirlo como es debido —dijo Lurline—. Lo que está ocurriendo ahora, ya ha ocurrido antes. Y lo que ha ocurrido antes, volverá a ocurrir.

—¿Lo mismo? —pregunté, asombrada.

—Es un ciclo —respondió la bruja.

Mientras, delante de mis narices, Ozma gastó su último cartucho: lanzó un relámpago de magia dorada que se clavó en el pecho de Glamora. La bruja se desplomó sobre el suelo, como un peso muerto. No se movía. Ozma extendió los brazos y tuve que apartar la mirada. No quería ver el ataque que acabaría con la vida de Glamora. No sentía ningún aprecio por Glinda. Pero Glamora había sido mi amiga. Y, fuese lo que fuese ahora, lo último que quería era verla sufrir. Estaba convencida de que la Orden se equivocaba al intentar aprovecharse de nuestro amor para utilizarnos, a Nox y a mí, como piezas de ajedrez; pero, aun así, quería a las brujas. A todas ellas. Me habían enseñado todo lo que sabía sobre la magia, ayudado a enterrar a Amy, *la Sintecho*, y a convertirme en quien era ahora.

—¿Y no puedes hacer nada? —pregunté, con cierta desesperación.

Lurline negó con la cabeza.

—Ahora todo depende de ella. Glinda y Glamora llevan luchando mucho tiempo.

Imagina una guerra interna, una guerra entre el bien y el mal en un mismo cuerpo.

Pero deberías mirar.

Casi a regañadientes, levanté la cabeza y miré.

El rostro de Ozma desprendía paz, tranquilidad. Casi era un gesto amable. Me fijé en sus manos. De sus dedos salían unos rayos dorados preciosos. Esos mismos rayos envolvieron a Glamora y, al inmovilizarla, se transformaron en cuerdas. Atrapada en su red, el cuerpo de Glamora comenzó a desdibujarse, a borrarse.

Y entonces, en un movimiento brusco y violento, Ozma bajó los brazos y entonó un hechizo que no fui capaz de oír. Tras pronunciar el hechizo, Glamora y las cuerdas desaparecieron.

—¿No la ha matado? —susurré—. ¿Y si escapa?

—¿Qué ocurriría? —replicó Lurline—. Siempre recordará la misericordia de Ozma. Y, aunque eso no vaya a cambiar los planes que la bruja haya maquinado, sé que se mantendrá un equilibrio de compasión.

Compasión, pensé. Ni buenos. Ni malvados.

Perdón. Y empatía. Y amor. Pero ¿a quién habría salvado? ¿A Glinda? ¿O a Glamora?

Ozma apartó la mirada del campo de batalla y, durante una milésima de segundo, nuestras miradas se cruzaron. Ella entrecerró los ojos y luego sonrió.

—Buena suerte, Amy —articuló.

—¿Puede verme?

—Puede verme a mí —corrigió Lurline—. Pero sabe que estás aquí, conmigo. No pierdas la esperanza, Amy. Debes regresar a Ev y acabar con la misión por la que estás aquí. Debes derrotar a Dorothy.

De pronto, la visión de Oz comenzó a difuminarse.

—No pude hacerlo, Lurline —admití—. No fui capaz de matarla.

Y entonces caí en la cuenta de lo que había dicho. No había dicho que matara a Dorothy, sino que la derrotara.

Tenía razón. Había otro modo de conseguir el mismo objetivo. Eso era lo que Lurline estaba tratando de decirme. Y precisamente por eso me había mostrado la batalla que Ozma acababa de librar contra la bruja. Los malvados se habían equivocado. Matar a Dorothy no era el único modo de acabar con ella. Sin embargo, en mis manos estaba encontrar la manera de conseguirlo.

Intuí que estaba sonriendo.

—Hace mucho tiempo, Dorothy era como tú. Una chica testaruda, inteligente y valiente. Ansiosa por vivir aventuras maravillosas. Ninguno de nosotros era completamente malvado o bueno. O maléfico, dicho sea de paso. Al final, las vivencias son las que nos definen.

Fue un consejo bastante críptico, la verdad, pero intuía que no podría sacarle más información.

—Sé fuerte, querida —murmuró Lurline. Habría jurado haber notado el

roce de sus labios en mi frente, como si me hubiera dado un beso.

Un beso de hada. El mismo beso que Gert me había dado en una ocasión, después de mi primera batalla en Oz. La batalla en la que la bruja había perdido la vida. Y yo lo había visto con mis propios ojos. Sentí una oleada de calor por todo el cuerpo. Su beso había borrado cualquier rastro de cansancio y de miedo. Me sentía a salvo.

—Adiós, querida Amy. En realidad no es un adiós, sino un hasta pronto — dijo.

Su voz sonó distante, lejana. A mis pies, la jungla frondosa y exuberante empezó a desdibujarse, volviéndose así un páramo polvoriento. A mi alrededor, todo se tornó negro de nuevo. La penumbra volvió a envolverme, pero esta vez no sentí miedo.

—¡Amy! —oí gritar a alguien, a lo lejos—. Amy, ¿qué ha pasado? ¡Amy! Aquella voz rezumaba pánico y... me resultaba familiar.

—Nox —murmuré.

—¡Amy! —exclamó, pero esta vez con alivio.

Abrí los ojos. Ni siquiera me había dado cuenta de que los había cerrado. Estaba en la habitación de invitados de Lang. Nox y Madison me miraban con los ojos como platos; estaban asustados.

—Madre del amor hermoso —susurró Madison—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? Has sufrido, no sé, un ataque epiléptico o algo así. Esos zapatos se encendieron y pusiste los ojos en blanco y...

Tenía que interrumpir aquel parloteo incesante.

—Tranquilízate —dije—. Estoy bien, de verdad. Nox, no vas a creerlo, pero Mombi está viva.

—¿Qué?

—¡La he visto! —exclamé, entusiasmada—. Ahora mismo. He estado con Lurline. —Ataque epiléptico, lo que yo decía —farfulló Madison, que me miraba con

expresión de preocupación—. No has estado con nadie, Ames.

Sacudí la cabeza, impaciente.

—No, escuchadme bien. Los he visto con mis propios ojos. A ellos... y a Mombi.

Está viva, Nox.

Él se dio la vuelta. Le temblaba todo el cuerpo. Jamás le había visto llorar, pero cuando me acerqué a él y le abracé, me di cuenta de que no estaba llorando..., sino riéndose.

—Matar a una bruja no es fácil —dijo entre risas.

Dibujé una sonrisa triste, pero antes de que pudiera responder, oí unos

pasos acercándose por el pasillo. Unos segundos después, Langwidere abrió la puerta sin siquiera molestarse en llamar. Estaba hecha una furia, pero también advertí pavor en su mirada. Se había quitado la máscara y llevaba un kimono superajustado. Y estaba jadeando.

—¿Qué demonios te pasa? —espetó—. ¿Qué crees que estás haciendo? Todos nos quedamos mirándola, asombrados.

—¿Cómo se te ocurre hacer algo así? ¿En qué estabas pensando? ¿Cómo has podido utilizar magia aquí? Ahora, gracias a ti, Dorothy sabrá que estáis aquí. Es como si hubierais acudido al palacio del rey Nome y aporreado la puerta. Lo que acabas de hacer ha enviado una señal tan poderosa que incluso habrá llegado hasta Oz.

Nox y yo intercambiamos una mirada.

—No pensé que... —empecé.

—No —ladró ella—, eso ya ha quedado bien claro. Tenéis que marcharos de aquí antes de que vengan a buscaros. No pienso hundirme con vosotros. No sois más que una panda de idiotas.

—Lo siento —murmuré—. Sé que ha sido un riesgo imperdonable. Pero he visto a Lurline, Lang. Me ha dicho que debemos unirnos. El camino nos trajo hasta aquí por un motivo. Y tú lo sabes tan bien como yo.

—Lurline es una leyenda —espetó Lang. Pero, por primera vez, me pareció verla titubear.

Estaba dudando. Una parte de ella sabía que no me equivocaba.

Nox también se percató de ese detalle y se metió en la conversación.

—No tenemos adónde ir. Lang; nosotros también queremos matar a Dorothy, igual que tú. Y, ya puestos, acabar con el rey Nome. Acabarán encontrándonos, tarde o temprano. Lo único que podemos hacer es adelantarnos y actuar con rapidez. Tienes que dejar que te ayudemos.

—No estáis en posición de darme un ultimátum —replicó Lang—. Yo lucho sola.

—Eso no fue lo que aprendiste en la Orden —rebatió Nox.

—Aprendí muchas cosas en la Orden. Por ejemplo, tú me enseñaste una lección que jamás olvidaré: abandonar a la gente que más quieres y mandar a tus aliados a una misión peligrosa y casi mortal.

Nox se quedó en silencio durante un buen rato.

—¡Lo siento, Lanadel! —dijo al fin. Oír su verdadero nombre la dejó petrificada—. Sé que crees que cometí un terrible error. Pero no tuve elección. Tenía que hacer lo que era mejor para la Orden. Y lo sabes. Jamás os habría obligado a correr tal riesgo si hubiera tenido otra opción.

—¡Tú la mataste! —acusó ella.

Y, por fin, Nox pareció ablandarse un poco.



—Lang, Melindra no está muerta.

¿Melindra? ¿Qué tenía que ver Melindra en todo eso? Sabía que Melindra y Nox habían tenido... una historia juntos. Y también sabía que Melindra no era la presidenta de mi club de fans. Pero habíamos entrenado juntas, habíamos luchado juntas. No la consideraba mi mejor amiga, desde luego, pero confiaba plenamente en aquella chica medio metálica, medio humana.

—Estás mintiendo —dijo Lang—. Nadie sobrevive a los experimentos del Espantapájaros. Nadie.

—Ella sí —intervine—. Nox no está mintiendo. Y lo sé porque yo la he conocido. No tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo, pero si Nox pretendía convencer a

Lang de que Melindra seguía viva, lo mínimo que podía hacer era ayudarle.

—Está viva. O, al menos, cuando nos marchamos de Oz lo estaba.

Sentí lástima por Lang. Quién sabe el tiempo que llevaba maquinando su venganza y ahora..., y ahora se enteraba de que, después de todo, Melindra estaba viva.

—¿Qué le hizo ese monstruo? ¿Cómo consiguió escapar?

—Melindra es la mejor guerrera que la Orden ha tenido entre sus filas — explicó Nox—. Tú lo sabes tan bien como yo. Sobrevivió. Está... distinta. Pero sobrevivió.

Por supuesto, pensé. Lang había formado parte de la Orden antes de que torturaran a Melindra y la transformaran en una de las perversas criaturas del Espantapájaros. Nox se había olvidado de mencionar ese pequeño detalle, pero sospechaba que lo había hecho a propósito, así que cerré el pico.

Lo que sucedió después me dejó totalmente atónita: a Lang se le llenaron los ojos de lágrimas. Se dio media vuelta y clavó la mirada en la pared. Nox se acercó para darle un abrazo, pero después se arrepintió y ni siquiera la tocó. Su coraza se había venido abajo; su rostro era una máscara de emociones y de dolor. Me habría gustado darle un abrazo de oso, pero sabía que Lang era una chica arisca, así que se lo habría tomado como un ataque, y no como un gesto de consuelo. Al final, llegó a una especie de decisión interna. Soltó un suspiro, cuadró los hombros y se retiró el pelo de la cara.

—No pienso aceptar la propuesta. Aborrezco la simple idea de unirme a vosotros, igual que os aborrezco a vosotros. Pero os llevaré a uno de mis escondites de contrabando —dijo—. Es un sitio custodiado, así que allí estaréis a salvo. Al menos por ahora. Luego ya decidiré qué hacer... y cómo librarme de vosotros sin jugarme el pellejo.

Por fin respiré tranquila. Estábamos a punto de conseguir que Lang nos ayudara. No sabía qué acababa de ocurrir entre ellos dos. Miré de reojo a Nox, pero él se encogió de hombros, como si tampoco lo hubiera entendido. Nox podía ser muchas cosas, pero no se le escapaba ni una. Era demasiado listo para eso. Me mordí la lengua y me guardé todas las preguntas para más

tarde. De momento, teníamos que seguir con vida para derrotar a Dorothy y largarnos de Ev.

—Vamos —dijo Lang.

Y sin esperar a escuchar nuestra respuesta, salió de la habitación.

No tuvimos más remedio que seguirla.

*P*or suerte para mí, esta vez no íbamos a viajar montados en wheelers.

Había vivido muchas situaciones espeluznantes en Oz y había visto a criaturas realmente asquerosas, por lo que era bastante difícil encontrarme con algo que pudiera ponerme los pelos de punta. Aun así, prefería no tener que volver a toparme con esos cacharros sobre ruedas nunca más. Lang nos llevó por varias escaleras de caracol y luego nos guio por un auténtico laberinto de túneles hasta, al fin, llegar a una especie de cueva iluminada por antorchas.

En un extremo de la cueva había un riachuelo negro que serpenteaba hacia un túnel de techo altísimo; ese mismo arroyo se extendía por la cueva formando una especie de estanque cuyo fondo no podía apreciarse. Sobre el agua se había construido un muelle y, atado a este, había un barco de madera negra que se había tallado en forma de dragón. Unas escamas de color carbón brillaban a ambos lados de la embarcación y la brisa que soplaba desde el túnel agitaba las velas, que también eran de color negro e imitaban la forma de un ala.

Otro escarabajo repleto de cabezas y ataviado con el uniforme de un capitán (rematado con diminutos sombreros de marinero repartidos por todas las cabezas) se sobresaltó cuando nos vio aparecer. Lang nos condujo hasta el muelle y el capitán nos ayudó a subir a bordo del barco.

Madison rechazó la ayuda de aquel brazo segmentado. Era evidente que la criatura le provocaba repulsión. Al intentar subir sola, se dio un golpe en la espinilla y murmuró alguna grosería. El escarabajo se reunió con nosotros, en la cubierta, y, de repente, el barco batió las alas. Madison soltó un grito de asombro e incluso Nox pareció alarmarse.

—¡Está vivo! —exclamé.

—Por supuesto que está vivo —dijo Lang, un poco desconcertada—.  
¿Cómo viajáis por agua en el Otro Sitio?

Me planteé si debería explicarle que Kansas era un estado rodeado de tierra y que, para viajar, utilizábamos coches, no dragones. Pero al final decidí no hacerlo y me acomodé en el banco que había tallado junto al cuerpo del barco.

Pero no estaba tallado. En cuanto me puse cómoda, me di cuenta de que no era un banco de madera, sino una especie de arista de hueso recubierta con una piel curtida. Además, puesto que formaba parte del cuerpo del dragón, estaba ligeramente caliente.

El capitán controlaba el barco-dragón con unas riendas largas y de cuero. Traté de no pensar en los dientes largos, afilados y letales que tenía el barco.

El río nos llevó por lo que, al parecer, era una serie infinita de túneles tenebrosos y canales subterráneos. En ciertos lugares nos topamos con algo de tráfico, la mayoría de ellos campesinos independientes vestidos con trapos hechos jirones. Nos cruzamos con esquifes hechos de trozos de madera y retales de tela, pero también con barcos parecidos a los nuestros, que transportaban a gente importante y rica.

Durante el viaje les conté a Nox y a Lang lo que Lurline me había mostrado. No estaba del todo segura, pero me daba la sensación de que Lang se iba ablandando a medida que yo hablaba. Como si por fin empezara a creer que estábamos de su lado.

Cada vez que nos cruzábamos con un barco, Lang nos indicaba que nos agacháramos. El barco extendía las alas para que así nadie pudiera percatarse de nuestra presencia.

Pasar desapercibidos era primordial en esa situación. Y era consciente de ello. Aun así, no pude evitar echar un vistazo a mi alrededor cada vez que se me presentaba la oportunidad. El paisaje era siniestro, hermoso y distinto a todo lo que había visto en Oz.

Nox me guiñó un ojo y me acerqué a él.

—¿Estás completamente segura de que era real? —preguntó.

—Está viva. Y están ganando la batalla.

Apoyó la barbilla sobre mi hombro y prosiguió.

—A veces la odio. Bueno, no. La odio y punto. Pero quiero que siga viva para poder seguir odiándola. ¿Tiene sentido?

Asentí con la cabeza.

—Podría haber dicho lo mismo sobre mi madre durante toda mi infancia y

adolescencia.

—¿Ya no la odias?

—Está mucho mejor. O, al menos, lo intenta. Eso no borra todos los años que estuvo desquiciada. Y tampoco significa que no vaya a ocurrir de nuevo. Pero hoy por hoy no la odio.

El barco cambió de rumbo de repente; sin querer, me abalancé sobre él. Antes de que pudiera apartarme, Nox me atrajo hacia él y me besó. Fue un beso diferente a los que nos habíamos dado antes. Fue mucho más intenso, más sentido, más necesitado. Sentí que me derretía y, por un momento, me olvidé de todo. Lang se aclaró la garganta y entonces nos separamos.

—Estamos muy cerca. Debo cambiarme —anunció. Nos dio la espalda y advertí el inconfundible brillo plateado de la gargantilla que llevaba. Se dio la vuelta y tuve que

ahogar un grito.

Ahora mostraba un rostro —¿o era la cabeza entera?— de una anciana bastante feúcha. También se había cambiado de ropa: llevaba una especie de mono de color verde grisáceo. Parecía una trabajadora que había subido al barco de su jefe para hacer algún encargo.

Y, de hecho, ese era el objetivo. Lang estaba demostrando que era una experta en el arte del disfraz.

—Así que los rumores son ciertos —dije, con tristeza absoluta.

Ella se encogió de hombros.

—No te confundas; no me dedico a matar a gente y cortarles la cabeza. Pero la magia me permite «convertirme» en otra persona.

Madison estaba verde; por un momento temí que fuera a vomitar.

—¿Aquí todo el mundo vive bajo tierra? —pregunté, tratando así de cambiar de tema.

—Algunos granjeros tienen establos exteriores —respondió Lang. Pensé en las aldeas ruinosas y estrafalarias que había visto de camino a palacio—. Pero casi todos los ciudadanos de Ev trabajan como esclavos en las minas de joyas del rey Nome.

—¿Esclavos? —preguntó Nox.

Lang le fulminó con la mirada.

—No somos tan libres como lo sois en Oz —replicó ella con tono sarcástico. Rememoré una visión que no había sido capaz de olvidar: los munchkins trabajando en las minas mágicas de Oz.

—El Oz de Dorothy no es muy libre que digamos —murmuré—. ¿Y qué me dices de los wheelers? —pregunté. Las terribles criaturas que nos habían ayudado a cruzar el desierto todavía me provocaban escalofríos.



—Cumplen con su función —respondió ella—. Hacen que la gente me tenga miedo. —¿Intimidando a todos los que viven cerca de tu palacio? — preguntó Nox con

ironía.

A Lang, aquel comentario no le sentó nada bien.

—Los wheelers son las únicas criaturas de Ev que merodean únicamente por la superficie. Para ellos sería muy fácil colarse por los túneles subterráneos, por lo que nunca, bajo ningún concepto, corren bajo tierra. Y aunque son impredecibles, son guardianes estupendos.

—Pero parecían más que dispuestos a incendiar las aldeas de los granjeros — apuntó Madison—. Y estaban ansiosos por hacernos daño.

—Saben muy bien cuál es su lugar aquí —respondió Lang—. Jamás se atreverían a desobedecer mis órdenes. En cuanto a las aldeas... —dijo, encogiéndose de hombros

—. Es inevitable que haya algunas bajas... o víctimas. Pero el fin justifica los medios. Es una lección que aprendí de los mejores.

Y le lanzó a Nox una mirada fulminante. Me pareció ver una expresión de dolor en su mirada, pero fue algo tan fugaz que por un momento pensé que hubieran sido imaginaciones mías. Me moría por saber qué había ocurrido entre ellos: me estaba volviendo loca, pero tendría que esperar a poderlo hablar con Nox a solas.

Lang no trató de disimular la pobreza extrema que reinaba en Ev. Era algo bastante evidente, a pesar de los túneles decorados con murales de joyas y de los preciosos barcos dragón. A orillas del río había varias casitas minúsculas desperdigadas, lo que me recordó a Dusty Acres. Por lo visto, en Ev la injusticia era algo normal, el pan de cada día. Me pregunté si Lang siempre había sido una chica tan dura e insensible, o si le habría ocurrido algo durante su época junto a la Orden que la hubiera convertido en esa agente doble tan implacable y pragmática. Tal vez por eso se empeñaba en mostrar distintos rostros, porque no quería ser solo una persona.

Todo lo que había visto y había hecho, todo el sufrimiento que había atestiguado, empezando por el día en que había puesto un pie en Oz, también me habían convertido en una chica más fuerte, más insensible. Me había dado cuenta de ello mientras explicaba la historia de Oz a Madison, días antes. No me había quedado más remedio que volverme así. De lo contrario, habría perdido la chaveta. Había tenido que pelear para matar, sin arrepentirme de las muertes que dejaba a mi paso.

Igual que Nox.

Y, al fin y al cabo, igual que Dorothy.

Sin embargo, Dorothy había dado un paso más, desde luego. No luchaba por combatir la injusticia, sino que, desde que había regresado a Oz, se había dedicado precisamente a crearla. La primera vez que había viajado a Oz, había actuado como yo. Había intentado ayudar a sus amigos y mantenerlos a salvo. Pero cuando volvió por segunda vez, prefirió torturar y matar a gente. Y por diversión. Había convertido la guerra en una afición. Había esclavizado

a muchísima gente. Había transformado a criaturas de cuento en sus soldados. Algo tuvo que ocurrir para que cambiara de ese modo. Algo transformó a la chica ingenua de Kansas en el monstruo que era ahora. No sabía qué había sido, pero era la clave para entenderlo todo. De eso no me cabía la menor duda. Si quería poner punto final a su poder sin tener que matarla, tendría que averiguar qué era. Quería ser compasiva, pero vencerla. Algo me había impedido matarla cuando tuve la oportunidad de hacerlo, lo que significaba que yo no era como ella.

Me daba la sensación de tener decenas de hilos distintos entre las manos, todos de una textura y una longitud diferente, y estaba preparada para intentar tejerlos entre

sí... Pero también me daba la sensación de que algunos de esos hilos se me escapaban de las manos. Me faltaba algo, algo muy importante. Algo que me ayudaría a atar todos esos cabos sueltos. Algo que Lurline había intentado decirme.

Y ese algo era lo que me había unido a Dorothy, lo que había convertido a huérfanos como Nox, y presuntamente a Lang, en guerreros despiadados. Si pudiera deshacer ese embrollo de hilos y coserlos entre sí... Pero, por ahora, el nudo era demasiado denso como para deshacerlo.

Deseaba derrotar a Dorothy, pero no solo porque fuera mi misión, sino porque quería seguir con mi vida. Quería volver a ver a mi madre. Quería tener la oportunidad de compartir una vida con Nox. Nuestra relación siempre había estado rodeada de guerras e intrigas. También quería que Madison volviera a casa sana y salva para así reunirse con su familia y con su hijo. Sentía que mucha gente dependía de mí. Tenía demasiadas preocupaciones, preocupaciones mayores que la Orden y que una misión. Tenía familia. Y amigos.

El barco dragón aminoró la velocidad y dejé de pensar. Por ahora, lo único que debíamos hacer era sobrevivir. Ya pensaría en qué hacer cuando estuviéramos a salvo.

Si es que uno podía estar a salvo en Ev, claro.

—Señora, hemos llegado —anunció el capitán. Sin embargo, no se oyó una voz, sino varias: un coro de voces espeluznante que rompió el silencio.

—Bien —resolvió Lang con tono distante—. Ya conoces el camino. Llévanos a casa.

El dragón se quedó inmóvil en mitad del río. Había corriente, pero pareció clavar las patas en el fondo para mantener el equilibrio. El capitán alzó los brazos y empezó a tatarrear una canción muy extraña. Cada una de sus bocas articuló una palabra distinta, en una melodía diferente. Las melodías se entrelazaban, formando así un tapiz de sonidos que me provocó escalofríos. La música transmitía dolor, nostalgia y añoranza. No comprendí ni una

palabra, pero, aun así, sabía que eran palabras llenas de tristeza.

¿Habría algo en Ev, además de angustia y melancolía?

El marinero continuó con la canción y, de repente, se abrió una grieta en la roca que había delante de nosotros. Poco a poco, el barco fue avanzando hacia la fisura. Y, de repente, el cántico se volvió mucho más intenso. La grieta se ensanchó lo suficiente como para que pudiéramos meternos; justo cuando pasamos, la roca se cerró de golpe a nuestra espalda y la melodía empezó a sonar más suave. Segundos después, el marinero enmudeció.

La oscuridad era absoluta. Era tan intensa que incluso parecía estar viva. De repente, sentí las toneladas de roca sobre nosotros, el peso de la piedra que nos separaba del cielo abierto. Tragué saliva e intenté calmarme. La sensación era

demasiado sofocante. «Respira —pensé—. Solo respira. El techo no está derrumbándose. La piedra no se está moviendo. Estás a salvo.»

—Cuesta un poco acostumbrarse —dijo Lang, que estaba detrás de mí.

Me giré, pero la penumbra parecía habérsela tragado. El tono de su voz sonó casi compasivo.

Oí un chasquido y luego un silbido. Poco después caí en la cuenta de que el barquero estaba encendiendo un farol con una cerilla. El resplandor apenas se percibió en aquella negrura tan inmensa, pero al menos ahora podía ver algo. Estábamos en un túnel estrecho y bajo, y la roca casi nos rozaba las cabezas. El dragón había plegado las alas y había sumergido la cabeza en el agua para evitar chocar con el techo del túnel.

—No sé si prefiero estar a oscuras —dijo Madison. A pesar de aquella iluminación tan tenue vi que estaba pálida.

—A mí me pasaba lo mismo al principio —contestó Lang mientras el barco reanudaba el rumbo—. Es curioso cuánto pueden cambiar las personas. Ahora, cuando subo a la superficie, me siento desnuda. Creo que tardaría varios años en volver a acostumbrarme a vivir en el exterior.

Nox también había palidecido. Le cogí de la mano y él me dedicó una mirada de agradecimiento. Lang se percató del gesto de cariño, frunció el ceño y apartó la mirada.

—Casi hemos llegado —dijo—. Quedan solo unos minutos.

—¿Qué era esa canción? —le pregunté al barquero, pero él no respondió.

—No le habla a nadie, salvo a mí —explicó Lang—. Es un hechizo que solo conocen mis criados; solo puede ser cantado por una persona con muchas voces. Es el único modo de llegar al lugar donde os estoy llevando.

—¿Por qué utilizas la magia de ese modo? —preguntó Madison.

Lang se quedó en silencio, pero Nox decidió responder por ella.

—Para que nadie pueda torturarla. Supongo que sus criados no sienten ningún tipo de dolor.

Tras esa declaración, todos nos quedamos mudos durante un buen rato.

Por fin llegamos a una cueva enorme, donde el agua formaba una especie de lago inmenso de aguas muy tranquilas. Era tan grande que el farol no llegaba a iluminar la orilla. Respiré tranquila en cuanto vi que el techo ya no era tan asfixiante. El dragón aceleró la marcha, probablemente porque sabía que estaba a punto de llegar a su destino; enseguida advertí una diminuta playa de guijarros. Lang se descalzó. Con un movimiento ágil y delicado, saltó de la borda del barco y empezó a nadar hacia la orilla.

—Supongo que deberíamos seguirla —murmuró Nox.

Con mucho cuidado, me sumergí en el agua. Nox esperó a Madison y le ofreció la mano, pero ella la apartó casi de un manotazo. El agua era negra y me cubría hasta la cadera. Estaba congelada. Con una torpeza increíble, chapoteé hasta la orilla. Noté algo muy grande y recubierto de escamas en las pantorrillas. Entré en pánico y, medio a rastras, medio corriendo, llegué a la playa. Madison, que nadaba detrás de mí, soltó un grito y supuse que se habría topado con lo mismo que yo.

—¡Son inofensivos! —gritó Lang desde la playa.

Sin embargo, no iba a quedarme en el agua para descubrir si estaba diciéndonos la verdad. Y, por lo visto, Nox y Madison tampoco.

—Podéis cambiaros —dijo Lang.

Teníamos la ropa empapada. Un instante después, desenterró una bolsa de cuero llena de provisiones. Se enfundó unos pantalones de cuero muy ajustados, una camisa bastante vaporosa y un par de botas. Se recogió el pelo en una coleta alta. Parecía una mezcla de roquera y monitora de aeróbic.

Hurgué en la bolsa y elegí un modelito parecido. Mis zapatos habían salido secos del agua, lo cual era un milagro; al parecer, las botas mágicas eran resistentes al agua. O no, quién sabe. Nox se cambió de espaldas a nosotras. Cuando se puso una camisa limpia, no pude evitar fijarme en aquella espalda tan atractiva y musculada.

—Te has quedado embobada —susurró Madison, y me dio un codazo en las costillas.

—Qué va —respondí, y me ruboricé.

—Ya, claro —dijo, y puso los ojos en blanco.

Me volví y me di cuenta de que el barco dragón se alejaba, dirigido por aquel capitán tan estafalario. Lang encendió otro farol. La luz que desprendía era un titileo de color ámbar que creaba sombras siniestras y



espeluznantes sobre los guijarros de la playa.

—Venga —dijo—. Podéis descansar un par de horas. Después ya decidiremos qué hacer. Conozco hechizos de alarma que despertarían hasta a un muerto, pero no deberíamos utilizarlos, al menos no de momento. Nadie sabe de la existencia de este lugar.

Descansar. El sonido de aquella palabra me causó nostalgia. ¿Cuándo había sido la última vez que había podido descansar de verdad?

Pensé en la pequeña habitación que mi madre me había preparado en Kansas mientras esperaba mi regreso. Nunca se dio por vencida, ni siquiera cuando todo apuntaba a que su hija estaba muerta. Se negaba a aceptar la realidad, dejó el alcohol por completo por si volvía a casa y, por fin, empezó una relación con un hombre que

no era una bola de grasa ni un fracasado de la vida. Seguí la luz del faro de Lang por la playa de guijarros. Entramos en otro túnel. Este era más tosco que el palacio de Lang. Por suerte, no estaba decorado con decenas de cabezas. No era tan sinuoso ni mareante; era como si Lang nos estuviera guiando hacia las profundidades de la misma Tierra. Todos avanzábamos en silencio; nuestra respiración retumbaba en aquel túnel tan estrecho y oscuro.

Por enésima vez me pregunté qué estaría haciendo mi madre en esos momentos. En esta ocasión no había sido la única que se había esfumado de la faz de la Tierra;

la magia del rey Nome había destruido el instituto y había arrastrado a Madison hasta Oz. Las chicas que habíamos desaparecido éramos dos. Y, en mi caso, era la segunda vez. Quería creer que mi madre estaría bien, pero no podía engañarme. Cuando aparecí de repente en casa, apenas llevaba un mes sobria. Había perdido la caravana, es decir, nuestro único hogar. A mí. Lo había perdido todo, incluso a su mascota, *Star*. Su nuevo novio, Jake, parecía un buen tipo, pero me pregunté si habría conseguido ayudarla a mantenerse sobria o si ella habría recaído y habría vuelto a las andadas.

Debía admitir que, la primera vez que había desaparecido, había dado en el clavo al confiar en que seguía viva. Pero dudaba que pudiera conservar la esperanza una segunda vez.

Y, aun asumiendo que pudiera derrotar a Dorothy y encontrar una forma de regresar a Kansas, no estaba segura de querer volver.

—¿Qué ocurre? Te veo muy triste —susurró Madison.

El comentario me sobresaltó.

—Sí, lo siento —murmuré—. Es que estaba pensando en...

—¿Kansas? —adivinó ella.

—Sí. ¿Y tú? ¿Estabas...?

—¿Intentando no pensar en ello? Sí —admitió—. No dejo de darle vueltas,

¿sabes? No soy capaz de olvidar la imagen del subdirector Strachan ni el momento en que se convirtió en ese tío repulsivo y después me arrastró a través..., en fin, de esa cosa. Dustin Júnior se me escurrió de las manos. ¡Lo solté! ¡A mi hijo! —exclamó, y sacudió la cabeza—. No paro de preguntarme si hay algo que podría haber hecho de otra manera. ¿Qué error cometí para acabar aquí, sin él? Este no es lugar para mí, Ames. No quiero estar aquí. Y ahora todo es... Esto parece una jodida pesadilla.

—Lo sé —dije.

Y era verdad. Vaya si lo sabía. Entendía perfectamente cómo se sentía. De hecho, era la única persona que podía comprenderla en ese momento. Lang y Nox habían perdido a sus padres, pero habían seguido viviendo en el lugar donde se habían criado. No les habían arrancado a la fuerza del mundo que les había visto crecer para después

arrojarlos a un reino que parecía sacado de una película antigua, con personajes cursis, un decorado espantoso y una chica guapa con un vestido de cuadros. Era imposible tratar de describir esa sensación a alguien que había nacido en un mundo donde la magia era de lo más normal, donde las brujas eran reales y el León Cobarde devoraba gente viva delante de tus narices.

Sin embargo, no fui del todo sincera con Madison. No le dije que, cuando aterricé por primera vez en Oz, me alegré de no estar en Kansas. Me alegré de haber podido escapar de la caravana ...y de mi madre. Y de Madison. Admito que me sentí halagada cuando la Orden me aseguró que me necesitaba. Por primera vez en mi vida, alguien me eligió «a mí». Oz me había convertido en una chica más fuerte. Me había dado magia, amigos y amor. Oz me había dado algo por lo que luchar.

Sin embargo, preferí no decirle nada de eso a Madison. Añoraba a su bebé. Y estaba a puntito de venirse abajo porque la situación la estaba desbordando.

—No podrías haber hecho nada para evitarlo —dije—. Sé que escucharlo no te consolará, pero no hiciste nada mal.

—Lo solté —repitió, y luego apartó la mirada—. No quiero hablar más del tema. —¿Alguna vez has visitado la isla del Cielo, Amy? —preguntó Lang, interrumpiendo

así nuestra conversación. Aunque fingió no estar escuchándonos, estaba segura de que no se había perdido nada. Su intención era desviar el tema y darle a Madison algo diferente en que pensar. Por primera vez, me sentí agradecida.

—No —respondí.

—Amy aprendió el arte de la magia en las cuevas —explicó Nox—. Después de que tú... te marcharas, se volvió un lugar muy peligroso. A lo mejor, cuando todo esto acabe podrás verla, Amy.

—¿Qué es la isla del Cielo? —preguntó Madison.

Y, sin dejar de andar, Lang nos relató la historia. Nos contó que era el lugar

donde había aprendido a usar magia, una isla envuelta en nubes esponjosas que cambiaban de color constantemente. Nos habló de un río por el que fluía limonada, de un cielo de color azul en el que siempre brillaba el sol, aunque nunca hacía demasiado calor. Después de tanto tiempo bajo tierra, el mero hecho de pensar en un cielo despejado me resultó asombroso. Qué imagen tan hermosa, pensé. El modo en que Lang hablaba de las nubes de colores que deambulaban por la isla era tan vívido que hasta podía visualizar el paisaje. A mi lado, Madison soltó un suspiro.

—A mí no me importaría ir —comentó.

—Sé que esto no es muy bonito, de veras —dijo Nox—, pero en Oz también hay cosas realmente hermosas. Luchamos porque no queremos que desaparezcan.

Al oír aquel comentario, Lang se puso tensa, rígida. No había sido un comentario acertado, desde luego.

—¿Ah, sí? —replicó Lang, con tono autoritario—. ¿Eso es lo que hace la Orden, Nox? Después de tantos años, lo mínimo que podrías haber hecho era cambiar el discurso.

—Langwidere... Lanadel —corrigió. Luego suspiró y se encogió de hombros—. Piensa lo que quieras —añadió—. Por ahora, todos queremos lo mismo. Derrotar a Dorothy de una vez por todas.

—Por ahora —farfulló Lang con el mismo tono.

Todas las imágenes de la isla del Cielo se desvanecieron de mi cabeza en cuanto oí la pura y cruda realidad. Lang nos estaba protegiendo porque, al hacerlo, se protegía a sí misma, no por nada más. En cuanto tuviera la oportunidad, nos dejaría tirados sin ningún tipo de remordimiento. Tenía que encontrar la manera de convencerla de que luchara con nosotros. De lo contrario, estábamos perdidos.

Por suerte, no tuvimos que andar mucho más por aquel túnel porque enseguida nos topamos con una puerta de hierro. Lang apoyó la palma de la mano sobre el metal y murmuró algo parecido al cántico que había entonado el barquero. Al principio no ocurrió nada. Sin embargo, unos segundos después, la puerta se abrió con un chirrido ensordecedor.

—Está claro que hay que engrasar las bisagras —observó Lang—. Hace mucho tiempo que no vengo por aquí.

Al otro lado de la puerta había un túnel que conducía a una sala. Miré a mi alrededor y advertí varios pasillos. Uno conducía hacia una cocina diminuta, otro hacia un cuarto de baño, en el que, por cierto, había una bañera. Casi salto de alegría. Otros llevaban a dormitorios minúsculos. En la sala principal había una mesa de madera y varias sillas desperdigadas. A primera vista, parecían cómodas. Toda la estancia estaba iluminada por una especie de tubos de cristal que recorrían las paredes, como si fueran venas. Era una casa pequeña y muy modesta, pero al mismo tiempo acogedora.

Lang nos mostró la despensa; las estanterías estaban a punto de partirse por el peso de los botes y barriles de comida envasada.

—Aquí se puede sobrevivir una larga temporada —dijo Nox.

—Esa es la idea —replicó ella con una frialdad increíble.

—Estoy a punto de desmayarme —anunció Madison.

Lang debió de compadecerse de ella, porque enseguida se ablandó.

—Podéis elegir cualquiera de estas habitaciones —dijo—. La mía está al otro lado del pasillo. Si queréis comer o beber algo, por favor, servíos. Todavía no sé qué voy a

hacer con vosotros. Está a punto de amanecer. El rey Nome no tardará en darse cuenta de que no estoy en el palacio... y enseguida atará cabos.

De forma casi inconsciente, echó un vistazo a la pulsera de plata que llevaba alrededor de la muñeca. Se percató de que todos la estábamos mirando y trató de explicarse.

—Puede localizarme a través de este brazalete —murmuró—. Los muros que rodean este sitio son casi impenetrables, pero estoy convencida de que enseguida sospechará que estoy en un lugar inaccesible para él.

Lang todavía no se había ganado mi confianza, pero sabía que estaba arriesgando su vida por ayudarnos. Podría habernos echado de su palacio de una patada, o entregarnos al rey Nome. Pero no lo hizo. En realidad, su objetivo no era ayudarnos, sino hacer daño a Dorothy. Fuera cual fuera el motivo, seguíamos vivos gracias a ella.

Sabía que, en el fondo, una parte de ella estaba de nuestro lado. Y, gracias a esa minúscula parte, aún no habíamos muerto. Por primera vez en mucho tiempo, me sentí esperanzada. Quizá sí podríamos salir de Ev con vida. Tal vez, después de todo, sí podríamos vencer a Dorothy. Y, cuando lo hiciéramos, pensaba salir de ese infierno subterráneo lo más rápido posible.

Tal vez Lang estuviera acostumbrada a aquella oscuridad constante, pero yo me moría por salir al aire libre, ver la luz del sol y oler algo que estuviera vivo. Necesitaba huir de aquellas cuevas de piedra, de aquella penumbra infinita y de aquella agua fría y oscura llena de criaturas invisibles pero aterradoras.

Lang se dio media vuelta y se marchó; la piedra del pasillo amortiguaba sus pasos.

—Muy bien. Buenas noches a ti también —murmuró Madison.

Su voz sonó indefensa, triste. Pero no había nada que pudiera decir o hacer para subirle el ánimo. Por la mañana trataría de tranquilizarla y mostrarle todo mi apoyo, pero era evidente que no podría devolverle a su familia ni mandarla de vuelta a Kansas con tan solo chasquear los dedos. Madison



desapareció en una de las habitaciones y, sin ningún tipo de discreción, cerró la puerta y echó el pestillo. No quería charlar con nadie, y yo no pretendía presionarla aún más.

—Voy a preparar un poco de té o algo —dije.

Estaba agotada, pero demasiado nerviosa como para meterme en la cama. No habría pegado ojo. En ese momento me di cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, estaba a solas con Nox. Y estaba como un flan. A pesar del escándalo que habían armado las brujas en un intento de separarnos, e incluso enfrentarnos, y a pesar de que en más de una ocasión nos habíamos dado por muertos, Nox y yo cada vez nos sentíamos más unidos.

La verdad es que no tenía mucha experiencia con chicos. Está bien, no tenía ningún tipo de experiencia. Mi única relación con el sexo masculino se limitaba a ahuyentar a los ligues asquerosos de mi madre, que, por casualidades de la vida, tenían una curiosidad enfermiza por su hija adolescente. Así que cada vez que me quedaba a solas con él, me temblaban las piernas porque no tenía ni idea de qué hacer.

—A mí también me apetece un té —respondió él.

Rebusqué entre los tarros de Lang y, por fin, encontré algo que se parecía ligeramente al té: un bote relleno de ramitas secas de color gris que olían igual que el té verde que mi madre solía beber cuando dejaba el alcohol; crucé los dedos y recé porque no fuera una poción que nos convirtiera en ranas, o escarabajos, o en algo incluso peor.

Mientras calentaba un poco de agua, Nox mezcló varios ingredientes y formó una especie de masa verde que enseguida echó en la sartén.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Nox? —bromeé.

Él sonrió.

—Mombi nunca abandonó sus tareas como bruja, ni siquiera cuando yo era un crío.

Seguía unos horarios dementes y, a veces, no aparecía por casa hasta por la mañana.

Pero siempre que llegaba a casa, preparaba esta receta.

Sirvió las tortitas verdes en dos platos y me ofreció uno.

—¿Era su forma de cuidar de ti? —comenté, y llevé el té a la mesa. Nox se sentó en el banco de madera, a mi lado. Estaba muy cerca. Nuestras piernas se rozaron y, de inmediato, se me aceleró el corazón.

—Debería hablarte de Melindra —susurró.

El comentario me pilló fuera de juego.

—De acuerdo —respondí.

Se humedeció los labios varias veces. Tenía la mirada clavada en el suelo, como si no supiera por dónde empezar.

Respiré hondo y decidí tomar la iniciativa.

—¿Estás enamorado de ella? —pregunté, sin rodeos.

Nox se quedó atónito.

—¿Qué? ¡No! ¿Eso es lo que...? No, Amy, no es eso, te lo aseguro. Lang estaba enamorada de ella.

Me quedé muda durante unos segundos.

—¿Espera, qué?

—Cuando Lang llegó a la Orden para iniciar su entrenamiento, no tenía a nadie. Estaba totalmente sola. Toda su familia había sido masacrada en uno de los famosos saqueos de Dorothy. Todo esto pasó mucho antes de que tú vinieras. En aquella época

no nos imaginábamos que Dorothy pudiera ser tan despreciable. Luego empezaron a correr rumores... y decidimos estar preparados para la guerra, por si algún día llegaba. —Soltó una risa cargada de amargura—. Y no andábamos desencaminados, la verdad. En fin, el caso es que Lanadel atravesó las montañas sola, a pie, muerta de hambre. Habían asesinado a su familia. El viaje duró semanas. Su único propósito era encontrar a la Orden, aunque por entonces no se sabía que existiera de verdad. Éramos una especie de leyenda. Se oían historias, pero nunca nadie nos había visto. Sin embargo, ella jamás perdió la esperanza. Estuvo a punto de morir, pero Gert la encontró, así que empezó a entrenar con nosotros. Era buena. Muy buena, en realidad. Una de las mejores guerreras con las que he trabajado; no tenía formación ni experiencia. Pero tenía una motivación. Lo único que la hacía seguir adelante era la idea de vengar la muerte de su familia. Y fue entonces cuando conoció a Melindra. Se hicieron muy amigas.

Nox inspiró hondo. No dije nada, pero, a juzgar por su expresión, recordar la historia le estaba matando. Apoyé una mano en su rodilla y entrelazamos los dedos.

—Tú no conociste a Melindra antes de... —Se aclaró la garganta y continuó con voz más fuerte y segura—: Antes de que pasara por... el taller del Espantapájaros. Tenía un don especial. Jamás he vuelto a conocer a una guerrera como ella. Pero era mucho más que eso. Era una chica cariñosa, amable, generosa. Cualquiera otra persona con esa fuerza se habría transformado en un matón de tres al cuarto, pero ella no.

¿Melindra? ¿Cariñosa y amable? ¿Estaba hablando de la misma guerrera resentida y desfigurada que había conocido? ¿De la misma chica medio humana, medio metálica que el Espantapájaros había convertido en el miembro más mezquino e insoportable de la Orden? Aunque, pensándolo bien, de haber pasado por la tortura de aquella criatura tan retorcida, yo también me habría vuelto un témpano de hielo.

—Lang, Lanadel, no tenía muchos amigos. De hecho, dudo que tuviera amigos de la infancia, es decir, antes de que asesinaran a su familia. Melindra la acogió con los brazos abiertos. Melindra era así. Pero Lanadel..., en aquel momento no me di cuenta, pero estoy seguro de que para ella fue mucho más.

Y entonces Melindra...

Se quedó callado durante unos instantes, apretujándome la mano de una forma que incluso perdí toda sensibilidad. Contuve el aliento y esperé a que continuara. Me moría por conocer el resto de la historia.

—Esta parte de la historia es muy dolorosa —dijo—. Es la parte en la que yo cometí un error.

Jamás le había oído admitir algo así. Acababa de reconocer que se había equivocado, que la decisión que había tomado para la Orden no había sido la correcta. Se me encogió el corazón, pero, al mismo tiempo, no pude evitar sentir cierto alivio.

Sé que suena un poco egoísta, pero fue así. No estaba enamorado de Melindra ni de Lang. Esa debería ser la última de mis preocupaciones, pero lo que sentía por Nox no obedecía a ninguna norma racional.

—Por desgracia, el amor de Lang no fue correspondido. Melindra no estaba enamorada de ella, sino de mí —prosiguió. Esa parte de la historia le hacía sentir incómodo—. Ella... me importaba, por supuesto. De no haberme implicado tanto en la Orden, en intentar cuidar y proteger a todos los aprendices mientras trataba de tener a las brujas contentas, creo que a lo mejor me habría enamorado de ella. Pero no fue el momento apropiado. Ni la persona apropiada. Por aquel entonces no tenía nada que ofrecer, ni a ella, ni a nadie. Pero debería haberlo hecho mejor. Nos enzarzamos en una discusión horrible, y Lanadel lo escuchó todo. Al día siguiente, envié a Melindra a espiar al Espantapájaros. Ella accedió porque le aseguré que jamás me enamoraría de ella. Lanadel creyó que la había alejado de mí porque era un engreído, porque no podía soportar lo que me había dicho Melindra. Llegó a creer que era la marioneta de Gert y Mombi, incapaz de pensar por mí mismo.

—Pero no lo eras —murmuré.

—No lo sé, Amy —dijo, y esta vez me miró a los ojos—. Por eso te lo estoy contando. Envié a una de nuestras mejores guerreras a una misión de la que era imposible salir vivo. Ella lo sabía. Yo lo sabía. Y Lanadel también lo sabía. Aún no logro entender por qué lo hice. En aquel momento quise creer que era porque necesitábamos información. Pero Lang tenía razón. Le sobran motivos para odiarme. Gert y Mombi mandaron a Lanadel a Ev para que espicara al rey Nome. Fue justo después de que Melindra se mudara a Ciudad Esmeralda. Las brujas crearon una especie de hechizo para que atravesara el desierto de la Muerte. El acuerdo incluía el envío de informes semanales, pero jamás volvimos a saber de ella. Asumí que había muerto. Yo y el resto de la Orden. Cuando empezamos a oír rumores sobre la princesa Langwidere, una tirana chalada que trabajaba para el rey Nome y que degollaba a todas sus víctimas para luego ponerse sus cabezas... En fin, a nadie se nos ocurrió relacionarla con Lanadel.

—¿Podemos confiar en ella?

—¿En Lanadel? —murmuró; luego soltó un suspiro y se pasó los dedos por su pelo azabache—. No lo sé. Probablemente no. Aunque ahora que sabe que Melindra está viva supongo que ya no tendrá tantas ansias de venganza. Pero el camino nos trajo aquí por una razón, y el camino siempre actúa por el bien de Oz. Es una creación de Lurline. Su magia es más antigua que cualquier criatura de Oz, con excepción del Gran Reloj. Tengo una corazonada, Amy. Me da la impresión de que está pasando algo

más; algo más grande e importante que Dorothy y el rey Nome. Y, a lo mejor, eso es lo que debemos descubrir si queremos acabar con todo esto para siempre.

—Me pregunto por qué el rey Nome rescató a Dorothy —farfullé, pensativa—. No me pareció el típico tipo que necesita una ayudita con la magia, la verdad.

—El rey Nome siempre ha deseado gobernar el reino de Oz —afirmó Nox.

Gruñí y me froté los ojos con las palmas de las manos.

—Tres mundos, dos pares de zapatos, dieciséis villanos... Es demasiado. Pero dudo mucho que podamos hacer algo ahora. Estamos atrapados con esa pandillera de tres al cuarto... Está chalada. Hay algo que no me encaja de ella. No se atreve a plantarle cara al rey Nome y, por lo visto, está la mar de cómoda aquí.

—No está chalada —corrigió Nox—. Está dolida. Más dolida de lo que imaginas.

Asentí con la cabeza. Lurline había insinuado lo mismo.

—Está sola, Amy —prosiguió—. Ha perdido a todas las personas a las que quería. Ya no le queda nada. Nos guste o no, nuestros caminos se han cruzado y dependemos de ella. Creo que lleva razón en una cosa: debemos acabar con Dorothy de una vez por todas. Sé que no fuiste capaz de matarla en Ciudad Esmeralda. Y no quiero que vuelvas a encontrarte en la misma coyuntura. Pero mientras Dorothy siga viva, estamos en peligro. No tenemos elección.

—Pero sigo sin entender por qué Lang, Lanadel, te odia tanto. Tú solo seguías órdenes.

—No —contestó él—. Eso no es verdad. Fui yo quien decidió enviar a Melindra al Espantapájaros. Lanadel lo sabe y nunca me lo perdonará. Cuando Gert y Mombi la destinaron a Ev, ella creía que Melindra estaba muerta. Y, si había muerto, había sido por mi culpa. Lo que pudiera haberle



ocurrido era responsabilidad mía, y de nadie más. Y aún podría...

—El Espantapájaros era un ser desalmado y cruel, Nox. Lo que hizo no fue culpa tuya —aseguré—. No puedes cargar con ese peso el resto de tu vida, ni puedes dejar que te reconcoma por dentro. Cada vez que he cometido una atrocidad, tú me has convencido de que estábamos en «guerra». Estamos librando esta guerra para que otras personas no tengan que tomar ciertas decisiones. Entiendo que pienses que todo lo que hace la Orden es responsabilidad tuya, pero no puedes vivir así, sintiéndote culpable de todo. No puedes, y punto. Melindra no se habría marchado si hubiera creído que no sobreviviría.

—Melindra no se habría marchado si hubiera creído que la quería —  
puntualizó él. Verle así me dolía en el alma. Nox estaba sufriendo  
muchísimo. Y la causa de ese

sufrimiento era algo que se le escapaba de las manos, que no podía controlar. Durante mucho tiempo, tal vez demasiado, todos habíamos sido los peones de Gert, Mombi y

Glamora. Sí, quizás había tomado una decisión de la que ahora se arrepentía, pero no era el único responsable. También lo eran las brujas. Ellas habían estado dirigiendo la orquesta, hasta ahora. Habían llevado la batuta, literalmente, hasta que el camino nos sacó de Oz. Se encargaron de convencernos de que jamás podríamos estar juntos.

Habían controlado toda su vida.

Y ahora tenía que cargar con ese peso; sentía que se merecía el odio de Lang, y todo por algo que había hecho creyendo que así salvaría el mundo.

—Nox, ¿crees que soy dueña de mi vida, que tomo mis propias decisiones? —Por supuesto.

—Yo elegí unirme a la Orden. Yo elegí aceptar la misión. Y yo te elijo a ti. Melindra y Lang también tomaron su decisión. No tú.

Abrió la boca para protestar, pero la cerró sin decir nada.

—Y yo elijo esto —dije, y le besé.

Fue un beso lleno de amor y compasión, lleno de todo lo que estaba sintiendo en ese momento. Quería hacerle entender que no había nada que perdonar.

Fue un beso cargado de emociones. No necesité ni una pizca de magia para transmitirle lo que sentía: que estaba perdidamente enamorada de él y que estaría a su lado hasta el final, fuese cual fuese.

Él me devolvió el beso; al principio, vaciló, pero luego me besó como si no hubiera un mañana, con una pasión desenfrenada y hambrienta. Nos sumergimos en ese beso eterno y apasionado, pero, después de unos segundos, o minutos, nos separamos para coger aire.

—Amy... —susurró con voz ronca, pero no quería que ese momento terminara, así que le tapé la boca con la mano.

—Nada de charlas —dije.

Le cogí de la mano, le levanté del banco de madera y prácticamente le arrastré hasta uno de los dormitorios de Lang. Él cerró la puerta de una patada y los dos nos dejamos caer sobre la cama. Al fin, Nox esbozó una sonrisa y me colocó encima de él.

No era la primera vez que nos besábamos, pero esta vez noté algo distinto. Nox me acarició el cuello con sus labios y sentí que me derretía por dentro.

Me incorporé sobre la cama y busqué el dobladillo de mi vestido. Y entonces me lo quité. Me había quitado un vestido cientos de veces, pero nunca había estado tan nerviosa. Perdí el equilibrio, pero Nox me agarró y me ayudó a quitármelo antes de arrojarlo al suelo. Los dos nos echamos a reír, pero las risas desaparecieron en cuanto apoyé las manos sobre su pecho.

Él se quedó inmóvil durante unos segundos, mientras acariciaba mi espalda desnuda. Noté todos los callos de su mano sobre la piel.

—¿Estás bien?

Rodé sobre la cama y me quedé a su lado. Me tapé el pecho con el brazo.

—Yo... estoy muy nerviosa —admití. Me sonrojé sin querer y, al darme cuenta de que debía de estar como un tomate, me sonrojé todavía más.

—No pasa nada —dijo con tono amable—. No tenemos que... hacerlo. No tenemos que hacer nada en absoluto. Puedo irme. ¿Quieres que me vaya?

—¡No! —exclamé—. Es solo que..., eh..., que nunca he..., que nunca he hecho esto, ya sabes, lo que estamos a punto de hacer.

—Oh —dijo él, y también se ruborizó—. Yo, bueno...

Él se incorporó. Pensé que lo había arruinado todo. Se me encogió el corazón.

—Yo tampoco he hecho... esto.

—Pero... ¿Y Melindra?

—¡No! —respondió él, y luego reculó—. En fin, no me refería a eso, no. Nosotros solo..., en fin, solo...

—Ya lo he pillado —me apresuré a decir. Prefería no escuchar los detalles ni entrar en comparaciones.

—Cuando te conocí, y te vi luchar, te dije que debías cambiar. Que debías aprender a ser una guerrera de verdad. Pero quien debía aprender una lección era yo, no tú. Jamás pensé en mí mismo. Tú me enseñaste a tomar decisiones. Yo era un guerrero, un guerrero de verdad. Y tú me enseñaste a amar, a elegir. Y te elijo a ti. Ahora y siempre.

Sentí que se me paraba el corazón.

Nox y yo habíamos luchado juntos en el campo de batalla. También nos habíamos besado y acariciado. Pero nunca nos habíamos dejado llevar. Había una especie de freno invisible que nos impedía avanzar. Siempre estábamos

contenidos. Esta vez, en cambio, no había corazas ni medias tintas. Estaba viviendo cada caricia, cada palabra, como si fuera la última. Los dos nos habíamos despojado de nuestros prejuicios, de nuestras ataduras, de nuestras inseguridades. No fue una escena romántica de película. De vez en cuando nos reíamos y nos movíamos con torpeza. Aunque fuera algo extraño y desconocido, fue completa y totalmente perfecto. Sé que suena demente, pero fue tal y como esperaba y, al mismo tiempo, distinto a lo que esperaba. Después, me acurruqué sobre su pecho y su aroma a sándalo me embriagó. Notaba el latido de su corazón bajo mi oído. Poco a poco, fue recuperando su ritmo habitual. Él me rodeó con el brazo y sentí que se me ponía la piel de gallina.

—Te quiero —me susurró al oído.

—Lo sé —murmuré entre bostezos, y entonces me sumí en el sueño más profundo y feliz que había tenido en toda mi vida.

Oí un ruido sincopado, constante. Alguien estaba aporreando la puerta de la habitación. Aquel sonido me sacó de las profundidades del sueño y de los brazos de Nox. Me incorporé de repente. Durante unos instantes no supe dónde estaba. Las velas de cristal que recorrían la cueva se habían atenuado mientras dormíamos y, en aquella luz tan débil, apenas podía ver las paredes.

Estaba completamente desnuda, alguien estaba llamando a la puerta y no estaba sola en la cama. Y entonces lo recordé todo. A mi lado estaba Nox. Sí, Nox. Había dormido con él. Me quedé sentada, sin hacer nada, con una sonrisa pegada en la cara. No necesitaba la ayuda del hechizo de permasonrisa para mantenerla. La Amy que vivía en una caravana jamás se habría imaginado que algún día tendría novio. Estar tan cerca de Nox era una sensación totalmente nueva y mágica.

Nox se revolvió entre las sábanas y gruñó. Se tapó los ojos con el brazo y después se incorporó.

—Hola —dije. Me sonrojé de nuevo, pero al menos estábamos casi a oscuras. —Hola —contestó él. Su sonrisa desprendía lo mismo que yo sentía—. Ven aquí. Me envolvió entre sus brazos y me dio un beso largo y apasionado. Y entonces

oímos otro porrazo en la puerta.

—Lo único que quiero —susurró Nox, acariciándome el hueso de la clavícula con un dedo; se me erizó todo el vello del cuerpo, y eso que solo me había tocado la clavícula— es pasar el resto de mi vida en la cama, contigo. Pero supongo que tenemos que salvar el mundo... o algo.

—O algo —murmuré de mala gana. Me desperecé y me levanté de la cama.

Tenía la ropa esparcida por el suelo de la habitación. Al recordar cómo había acabado allí, volví a ponerme colorada.

—No te vistas —protestó Nox.

—Cállate —dije. No podía dejar de sonreír como una idiota. Aunque, para qué engañarnos, tampoco quería dejar de hacerlo.

—Hablaba en serio.

Le lancé la camisa a la cara.

—Tenemos que matar a Dorothy. Tú mismo lo dijiste. Además, el rey Nome no tardará en averiguar dónde estamos y vendrá a matarnos.

Con un gesto demasiado teatral, se desplomó sobre la cama.

—¿Y qué importa? Se me ocurren cosas mejores que hacer.

Yo también me dejé caer sobre la cama, pero fue un movimiento más calculado.

Nuestros hombros se rozaron. Necesitaba sentir su piel acariciando la mía.

—¿Y qué pasará ahora? —pregunté.

—Nos casaremos, por supuesto. Es lo que dicta la tradición de Oz — contestó Nox. —¡No digas tonterías! —grité, y le di un codazo—. Me refiero a qué pasará cuando

por fin derrotemos a Dorothy y al rey Nome.

—Amy Gumm, siempre pensando en el futuro —refunfuñó Nox, que se giró hacia mí y empezó a jugar con mi pelo—. Ojalá lo supiera.

Madison asestó otra patada a la puerta.

—¡Daos prisa! —bramó.

—¡Ya vamos! —grité.

Madison masculló algo y luego se marchó.

—No puedes odiarla para siempre —dije en cuanto dejé de oír sus pisadas—. Ni siquiera puedes odiarla.

Él me miró a los ojos.

—Esa chica te hizo daño.

—Pero cuando volví, ella..., en fin, todas sus maldades del pasado dejaron de tener importancia. Comparadas con todo lo que estaba ocurriendo aquí, eran bobadas. Debemos estar juntos en esto, Nox. Todos. No hay lugar para el odio. Nos vamos a enfrentar a Dorothy y a su supersiniestro prometido.

—Si dependiera de mí, nadie te haría daño.



No dejaba de dibujar diminutos círculos sobre mi brazo. Aunque fuese un gesto inconsciente, me conmovió.

—Y te quiero por eso. Eh..., quería decir que... —Había pronunciado las palabras sin pensar, pero era lo que sentía. Nos lo habíamos dicho la noche anterior, pero a plena luz del día, sonaban distintas.

—Te quiero, Amy.

—Te quiero, Nox.

—Antes, cuando me has preguntado qué pasará... Me da igual dónde acabemos, siempre y cuando estemos juntos.

—Juntos no es un lugar, Nox.

—Para mí sí.

Nos fundimos en otro apasionado y larguísimo beso. Sabía que íbamos a llegar tarde al desayuno. Media hora más tarde, salí de la habitación.

Lang y Madison estaban encorvadas sobre la mesa, hablando en voz baja. Cuando entré en la sala, ambas levantaron la vista, pero no se movieron. Me dio la impresión

de que llevaban allí mucho tiempo.

—¿Dónde está Nox? —preguntó Lang.

—Nox..., eh..., él está... no lo sé —dije. Me ardían las mejillas.

Madison se echó a reír.

—Claro, claro, Ames.

—¡En serio que no! No tengo ni idea de dónde ha dormido esta no...

Y, en ese preciso instante, Nox salió de la misma habitación que yo. Eso sí era tener el don de la oportunidad. Madison puso los ojos en blanco.

—¿Has dormido bien, Nox? —preguntó con voz melosa.

Él la miró confundido.

—¿Que si he dormido bien? —repitió él.

Madison le respondió con una sonora carcajada.

—Ah, corta el rollo —espetó Lang. No estaba de broma, y tampoco se estaba dirigiendo a Madison.

La situación me sacó de mis casillas. Estaba furiosa. Furiosa con Madison por haber sido tan malintencionada con Nox. Y con Lang por creer que tenía derecho a meter baza cuando le viniera en gana. Pero, sobre todo, estaba furiosa con aquello. Estábamos en Ev por un motivo, y ese motivo no tenía nada que ver con lo que estaba ocurriendo entre Nox y yo. Pero, al fin y al cabo, lo que estaba ocurriendo entre nosotros era lo que nos motivaba y empujaba a seguir adelante y a luchar.

—Estoy preparada. Pongámonos manos a la obra —dije, y me senté con ellas.

Nox se sentó a mi lado; su pierna rozaba la mía. Con disimulo, me acerqué unos milímetros más a él. Madison me miró por el rabillo del ojo, pero esta

vez no dijo nada.

—Dudo que estés preparada para esto —respondió Lang.

—¿El rey Nome está de camino? —preguntó Nox, que, de repente, se puso muy muy serio.

Lang negó con la cabeza y, por primera vez, noté que no le salían las palabras.

—He recibido una invitación de boda —dijo.

—¿Una invitación de boda? —pregunté. No estaba segura de haberla oído bien.

—De boda —repitió ella—. El rey Nome y Dorothy van a casarse.

## DOROTHY

*D*ebo admitir que la noticia de que mi recién estrenado prometido pretendía matarme no me pilló totalmente por sorpresa. Aun así, me quedé un pelín mosqueada. Estaba convencida de que entre nosotros habían saltado chispas. Y la idea de gobernar dos reinos mellizos era más que tentadora. No soy una chica muy generosa, eso es verdad. Y no me gusta compartir, eso también es verdad. Pero creía haber conocido a un hombre idéntico a mí.

—Está bien, Bupu —dije—. ¿Qué has oído exactamente? ¿Por qué el rey Nome se habría tomado tantas molestias en rescatarme si tenía pensado matarme? No tiene sentido.

Bupu miró a su alrededor, como si quisiera comprobar que estábamos solas.

—Los zapatos —murmuró—. Quiere los zapatos de la señora.

—Eso ya lo sabía —espeté, y puse los ojos en blanco—. El muy bobo cree que son suyos. Pero no podrá arrebatármelos. Están conectados conmigo, por decirlo de algún modo. Si me mata, perderán su poder y no servirán para nada.

En realidad, no tenía ni idea de si eso era verdad o no, pero algo, una corazonada, mi sexto sentido o mi afilada intuición femenina, me decían que sí. No era estúpida: de haber podido quitármelos así de fácil, ya lo habría hecho. Me habría matado en la cueva donde me había encontrado. Así que tenía que haber algo más.

Tenía que casarse conmigo para conseguir los zapatos. Pero ¿por qué? Y entonces se me ocurrió algo.

—Bupu, ¿cómo son las bodas en Ev?

—Tu boda será la más espléndida y majestuosa que jamás ha visto el reino de Ev —me aseguró Bupu.

—Bupu, no quiero casarme si sé que voy a morir en la boda, ¿lo entiendes? — pregunté. Ella asintió con la cabeza—. Muy bien —dije, tratando de no perder la paciencia—. Necesito saber todos los detalles de una boda tradicional en Ev. Y, a poder ser, antes de que el rey Nome me mate, gracias.

Bupu se quedó pensativa.

—¿Votos? —propuso.

Respiré hondo y traté de controlar mi temperamento.

—Sí, querida, eso ya me lo imagino. Pero ¿qué se dice en los votos? ¿Y qué me puedes contar de la ceremonia? ¿Qué más ocurre?

Al fin, Bupu pareció entender por dónde iban los tiros.

—¡Oh! Te refieres a «la magia».

—Sí, Bupu —dije.

No pude contener la emoción al oír la palabra: magia. Lo sabía. Mi intuición no me había fallado. La boda en sí era un acontecimiento importante. Y lo era porque desataría algo que el rey Nome deseaba. Tal vez fuera una parte de la ceremonia.

—¿Tiene algo que ver con mis zapatos?

Bupu dijo que sí con la cabeza.

—¡Sí! ¡Los zapatos! Están conectados contigo, señora.

—Eso ya lo sé, Bupu —refunfuñé—. Pero el rey Nome no me deja utilizarlos. ¿Tú sabes por qué?

—A lo mejor porque quiere recuperar su magia...

—¡Necesito saber por qué diablos quiere matarme! —grité. Había tratado de contenerme, pero la situación era muy peliaguda y acabé perdiendo los estribos.

—Oh —dijo Bupu—. Haberlo dicho desde el principio, señora. Los zapatos están conectados contigo, pero los votos matrimoniales de Ev son mágicos. Y, cuando se pronuncian, los recién casados comparten su magia.

—Entonces... ¿yo podría tener acceso a la magia del rey Nome? — pregunté. Aquello no tenía ningún sentido. ¿Por qué iba a correr ese riesgo? Bupu sacudió la

cabeza.

—Ese no es su plan, señora. A él no le gusta compartir nada. Cuando la magia se comparte, se puede robar. Con sangre.

Tardé unos segundos en digerir las palabras.

—¿Con sangre?

La munchkin asintió. Le temblaba la mandíbula.

—El rey unirá su magia con la tuya y después utilizará tu sangre para robártela.

Toda. Y por eso intentará matarte.

Una boda real que se convertiría en una auténtica carnicería. Perfecto. Y yo pensando en un pastel de boda de varios pisos.

Se llevó una mano a su minúsculo pecho.

—¡Pero yo te protegeré!

Sonreí.

—Estoy segura de que serás de gran ayuda —dije. Ella sonrió de oreja a oreja—. Mmm —murmuré, pensando en voz alta—. Es una magia ruin y despreciable. Aunque

tampoco me sorprende porque, al parecer, Ev es un reino ruin y despreciable. Aquí solo hay esclavitud, cuevas y un sentido de la moda más que cuestionable.

Bupu asintió.

—Muy despreciable. Me llevarás a Oz cuando venzas al rey Nome, ¿verdad? Allí también podría ayudarte.

Ahí estaba. La semilla de amistad que había plantado por fin había florecido. La criatura no era tan estúpida como parecía y, en el fondo, sus motivaciones no eran del todo altruistas. Me miraba con ojos de cordero degollado, pero también percibí una chispa de astucia. No estaba molesta ni enfadada. Me sentía satisfecha. Al menos esa triste y harapienta munchkin tenía algo.

—¿Por eso me estás ayudando, Bupu? —pregunté con voz melosa.

—¡No! —respondió enseguida. Arqueé una ceja y, al fin, lo admitió—: A lo mejor un poco sí.

—No tienes nada de que avergonzarte —aseguré—. Es normal que pienses en ti y que actúes según lo que es mejor para ti, a menos que trabajes para mí, en cuyo caso será pensar en mí y actuar según lo que es mejor para mí. Pero creo que esto nos irá de maravilla a las dos. Y sí, Bupu, te llevaré de vuelta a Oz.

—¿Y podré servirte como doncella? —preguntó, ilusionada.

—Mira, hagamos un trato —propuse—. Si las dos conseguimos volver a Oz de una pieza, te prometo que te liberaré.

Ella se quedó mirándome sin pestañear y con la boca abierta.

—¿Libertad? —susurró—. ¿«Libertad»?

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Era una palabra que había borrado de su vocabulario hacía mucho mucho tiempo.



Le ofrecí la mano. Un segundo más tarde, ella me la estrechó. Seguía mirándome perpleja.

—Esto es como firmar un trato —expliqué mientras estrechaba aquella mano enjuta y arrugada—. Así que... trato hecho.

—Trato hecho —repitió Bupu. Y entonces cuadró los hombros y levantó la barbilla, en un gesto de orgullo personal—. Si me ayudas a escapar de este infierno, te juro que daré mi vida por ti, Dorothy Gale —anunció.

¿Quieres saber algo? Esa declaración casi casi me conmueve. Ev me estaba ablandando. Pero no podía evitarlo. Por desgracia, conocía muy bien la sensación de estar atrapada en un lugar horrible, de haber perdido toda la esperanza. Y esa sensación era aún más insoportable cuando sabías lo maravillosa que podía ser la alternativa. Esa era la sensación que me había mortificado cuando había vuelto a Kansas. Llegué a creer que jamás volvería a Oz y eso me consumía por dentro... En

fin, no merecía la pena pensar en eso. Pero entendía a Bupu porque sabía por lo que estaba pasando. A mí también me habían torturado en Kansas. Había tenido que soportar unas carencias terribles. Cada noche me dormía hecha un mar de lágrimas, desesperada por recuperar lo que había perdido.

Está bien, lo reconozco. No fue una tortura literalmente. Pero el cerebro es el órgano más sensible. El calvario por el que había pasado en Kansas era tan horrible como una buena tunda de latigazos o una cárcel sin ventilación.

Di una palmada y Bupu dio un respingo.

—Pongámonos manos a la obra —dije—. Si quiero boicotear mi propio asesinato y sacarnos de este infierno sanas y salvas, necesito un plan.

Me quedé pensando durante un buen rato.

No podía negar que el rey Nome era un tipo que me intrigaba..., a pesar de saber que pretendía matarme. Lo único que quería era recuperar su poder. La verdad es que le entendía perfectamente. No era culpa suya que yo me hubiera cruzado en su camino, aunque admito que estaba un poco molesta; ni siquiera se había dignado a pedirme que compartiera mi magia. Era una chica lista, rica y hermosa. ¿Qué rey no querría a una esposa así a su lado?

Sin embargo, el rey Nome era una criatura ancestral, así que era lógico que, después de tantos siglos encerrado bajo tierra, su poder hubiera tomado caminos oscuros y siniestros y que odiara el mundo exterior. Y, por lo visto, teníamos opiniones muy distintas sobre cómo dirigir un reino.

Soy consciente de que no todos los ciudadanos de Oz aprobaban mis métodos, pero yo solo quería que fueran felices. Jamás les habría esclavizado si me hubieran hecho caso y hubieran obedecido todas mis órdenes sin rechistar. Además, cuando se ponían tristes, les recordaba el Decreto de la Felicidad. Y cuando eso tampoco servía para animarlos, recurría a la permasonrisa. Nunca fallaba. La tía Em solía decir que la tristeza se cura con una sonrisa.

A diferencia del rey Nome, yo «jamás» habría permitido que mis súbditos sufrieran. De hecho, a él no parecía importarle ver todas esas caras largas y

tristes a su alrededor.

Mientras Bupu me cepillaba el pelo, empecé a rumiar un plan.

No quería morir, obviamente. ¿Quién querría? Pero no podía dejar de darle vueltas a algo. Algo que el rey Nome había ignorado por completo. Éramos dos de las personas más poderosas del mundo; tal vez de la galaxia, vete tú a saber. Éramos el equilibrio personificado: él era gruñón, mezquino y vivía en una cueva; yo, en cambio, era hermosa y todos mis súbditos me adoraban. Y más les valía.

Juntos formaríamos un equipo formidable.

Para ser sincera, nunca fui de esas chicas románticas que fantaseaban con la boda de sus sueños. No había sido idea mía, desde luego, pero tarde o temprano, tal vez más temprano de lo deseado, iba a casarme. Y se me empezaron a ocurrir varias cosas. ¿Un día entero de vacaciones para mí? ¿Una fiesta en la que la estrella era yo? ¿Un acontecimiento con cientos de invitados de todos los rincones del reino? ¿Montañas de regalos? ¿Cumplidos y felicitaciones durante veinticuatro horas? ¿Quién podría resistirse a algo así? Y, siendo realistas, el rey Nome era el soltero más atractivo que podría haberme encontrado en Oz o en Ev. Había al menos un millón de brujas solteras y poderosas pululando por el reino, pero el último pretendiente que había tenido era el Hombre de Hojalata. *Ecs.*

No, iba a tener que convencer al rey Nome de que le era más útil viva que muerta. Tendría que utilizar hasta la última gota de poder para seducirle. Confiaba en mis armas de mujer, en un sentido figurado, claro. Además, tampoco iba a caer en la vulgaridad. Jamás sacrificaría mi valiosa castidad antes del matrimonio.

En pocas palabras, tenía que conseguir que se enamorara de mí. Y, si eso no funcionaba, no me quedaría más remedio que adelantarme y matarle yo. La misión no iba a ser fácil, pero sería imposible si seguía encerrada en esa habitación. Así que lo primero que debía hacer era resolver ese problemilla. Moví los dedos de los pies y enseguida noté que los zapatos cobraban vida. Contaba con una pequeña ventaja: quizás el rey Nome se había dado cuenta de que podía utilizar mi magia de nuevo, pero estaba bastante segura de que no había visto a la idiota de Amy. Nunca le podría perdonar que me robara mi «otro» par de zapatos. Eran míos, y esa maldita zorra no tenía ningún derecho a llevarlos puestos. No sé para qué los habría utilizado, pero, gracias a ellos, los míos se habían despertado. Así que, en cierto modo, le debía un favor. Técnicamente. Pero no hacía falta que lo supiera.

Y, si estaba en Ev, tenía que ser por algún motivo: para matar al rey Nome o para matarme a mí.

—Necesito un plan —murmuré. Fruncí el ceño y me mordisqueé los nudillos—. Bupu, ¿dónde crees que el rey Nome celebrará la boda?

—Mmmm —respondió ella, con los ojos entrecerrados—. Una posibilidad es el Gran Salón, aunque hace años que no se utiliza. Es un lugar imponente. Y poderoso. Y grande —dijo; luego señaló el techo con el cepillo y añadió—: Muy grande.

—¿Poderoso?

—Magia antigua. Muy peligrosa —dijo, y se estremeció—. Cavadores. Los cavadores solían sacrificar a sus prisioneros en esa sala.

—Entonces se celebrará allí —asumí—. Buen trabajo, Bupu. ¿Cuántas entradas tiene?

—Solo una, señora.

En fin, si no lograba que se enamorara de mí, no me iba a quedar más alternativa que matarle. ¿Una única salida en lo que iba a ser un acontecimiento vigilado y controlado? De hecho, dudaba que, incluso con todos mis poderes, pudiera escapar con vida de esa ceremonia. Y, aunque mis zapatos parecían despertarse, o lo que fuera que estuvieran haciendo, sabía que no podría invocar toda su magia tan lejos de Oz. Sin embargo, si el rey Nome había creado los zapatos, no sería tan descabellado pensar que podrían funcionar en Ev. Estaba hecha un lío. En Oz, los zapatos funcionaban a las mil maravillas, pero, si pudiera practicar un poco, quizás encontraría un modo de intensificar mi poder.

Basándome en lo que había ocurrido en el banquete, si intentaba utilizarlos, el rey Nome sería el primero en enterarse.

Pero tenía otra arma que podía utilizar contra él.

Amy Gumm. Respiré hondo. Y, en ese preciso momento, la puerta de mi habitación se abrió.

—Oh, hola, querido —murmuré con voz tierna y cariñosa, y me puse en pie.

Gracias a los esfuerzos de Bupu, mi melena parecía una cascada de ondas brillantes. Todavía llevaba puesto el vestido que había elegido para el banquete. No estaba despampanante, desde luego, pero siempre he sido una chica con iniciativa que, ante situaciones adversas, se crece.

El rey Nome no parecía muy entusiasmado.

—No creas que puedes engañarme, Dorothy —gruñó. Estaba claro que se había quitado el disfraz de pretendiente encantador. Me habló con tono amenazante.

Abrí los ojos como platos y le miré batiendo las pestañas. Llegados a ese punto, era absurdo seguir fingiendo. Pero todavía podía sorprenderle.

—Me necesitas —ronroneé—. Así que trátame bien.

Le pillé desprevenido, lo cual me produjo una satisfacción indescriptible. Y luego soltó una carcajada.

—Eres «mi» prisionera y estás en «mi» reino. Y, hasta hace una hora, no podías utilizar magia —contestó él—. Además, supongo que aún no has recuperado toda tu fuerza. Perdóname, pero creo que no te necesito.

—No te confundas. No soy una cabeza de chorlito, como Glinda. No sabes con quién estás jugando. No tienes ni idea. Puedo hacer que te arrepientas de haber nacido, vejestorio.

El rey Nome arrugó la frente. Bien. Al menos había logrado captar su atención. —No pretendo engañarte —añadí—. No sé qué ha pasado antes, créeme. —Y era

verdad, así que le miré a los ojos cuando lo dije—. Tampoco sé cómo lo he hecho, ni

si podría volver a hacerlo.

Está bien, esa sí era una mentirijilla. Sabía que mi magia había vuelto, aunque era imposible predecir cuánto tardaría en recuperarla del todo. Él me miró con detenimiento. Parecía satisfecho.

—Cuando estemos casados, querido, ya no habrá más secretos entre nosotros — prometí, batiendo las alas de nuevo. «Secretos como, por ejemplo, que quieres matarme», pensé. No iba a permitir que eso ocurriera. Por encima de mi cadáver. Estaba dispuesta a remover cielo y tierra para encontrar un modo de detenerle.

—Por supuesto que no —respondió él con voz melosa. Y entonces dibujó una sonrisa falsa, casi acartonada.

«Sabe que estoy mintiendo. Pero no sabe sobre qué», pensé.

Tenía que distraerle, así que actué rápido.

—Querido, he estado pensando y me gustaría proponerte algunas... ideas para la boda —ronroneé de nuevo, y entrelacé mi brazo con el suyo—. ¿Podría ver el lugar que has elegido para celebrar el evento? ¿Y el resto del palacio? Apenas he salido de estos maravillosos aposentos desde que me trajiste aquí. —Me abstuve de añadir que era porque me había encerrado allí bajo llave.

Él ladeó la cabeza y me miró con los ojos entrecerrados. Estaba tratando de averiguar qué me traía entre manos. Pero, por lo visto, no vio nada de malo en enseñarme un poco el palacio.

—Como desees —contestó él con voz grave. Hizo una reverencia, como un perfecto caballero, y me abrió la puerta. Le guiñé un ojo a Bupu, y ella se puso a hacer espavientos—. Primero te mostraré el palacio. Y luego te llevaré a la cueva donde celebraremos nuestra boda.

Bueno, la visita resultó ser un fiasco. Tan solo vi un puñado de cuevas viejas y lúgubres, varios tapices polvorientos y mohosos, así como unas escaleras terroríficas que no llevaban a ningún sitio.



Algunas de las cuevas eran verdaderas obras de arte, sobre todo si te va el rollo gótico y siniestro: cristales que brillaban con luz propia, manantiales subterráneos que unían ríos de agua oscura y túneles que se enroscaban como serpientes. Las cuevas que servían de almacén no se habían tocado desde hacía décadas: barriles de madera llenos de quién sabe qué y cubiertos por una buena capa de polvo. Ah, y un arsenal de armas antiguas: mazas con púas afiladas que pesaban como un muerto, ballestas enormes que parecían estar diseñadas para gigantes, cañones repletos de óxido que hacía siglos que no se utilizaban.

El rey Nome no dejó de hablar ni para respirar; me aburría con la historia de sus múltiples ancestros y, aunque tenía la cabeza en otras cosas y apenas oía su voz, no

podía ignorar el peso de su brazo sobre el mío. Él tampoco se había cambiado de ropa. Llevaba el mismo traje de terciopelo que había lucido durante el banquete. Acaricié la tela, que era suave y agradable.

—Fascinante —murmuraba yo cada vez que él hacía una pausa.

Parecía tranquilo, relajado.

Y emocionado; era como si jamás hubiera tenido un amigo, alguien con quien compartir su historia. Algunos hombres eran así: en cuanto arrancaban a hablar, no se callaban. Ni se les pasaba por la cabeza hablar de otra cosa que no fuera de sí mismos. Qué desfachatez, como si yo no tuviera nada interesante que decir.

Quizá no fuese un egocéntrico acaparador. Tal vez el problema era que estaba muy solo.

Mientras el rey Nome parloteaba sobre sí mismo, miré a mi alrededor e intenté memorizar la distribución del palacio. Sin embargo, era un auténtico laberinto. Cada pasillo se dividía en miles de pasillos y cada vez que pasaba por delante de una habitación, tenía la sensación de haber pasado ya por allí.

En un momento dado, caí en la cuenta de un detalle: todos los vestíbulos y salones estaban vacíos.

Pero sabía que el rey Nome tenía personal a su cargo. Sus munchkins, sus cavadores y otros nomes que había visto de refilón durante el banquete. Pero el inmenso palacio parecía haberse tragado a los demás habitantes. Por supuesto que necesitaba mi magia. Por muy poderoso que él fuera, sus esbirros jamás podrían conquistar el reino de Oz. En ese sentido, estaba totalmente solo.

Le comprendía a la perfección. Porque, al fin y al cabo, a pesar de todos los ejércitos que yo había tenido a mi disposición, Oz dependía de mí. Era un poder estimulante, excitante. Pero también resultaba alienante. Una responsabilidad enorme.

Cuanto más tiempo pasaba a su lado, más claro tenía que éramos muy

parecidos. El rey Nome podría haber aprendido un par de cosas de mí: había decidido tener al Hombre de Hojalata, al Espantapájaros y al León cerca. No solo porque me eran de gran utilidad, sino para hacerme compañía.

—No quiero seguir aburriéndote con todo esto —dijo él, de repente, como si pudiera leerme la mente—. Por favor, cuéntame la historia de Dorothy Gale.

—¿A qué te refieres? ¿A cómo llegué al trono de Oz? —pregunté, guiñándole un ojo.

—No —respondió él—. Me refiero a tu historia anterior.

—Preferiría no hablar de eso.

Jamás hablaba del Otro Sitio. Cada vez que alguien lo mencionaba, mandaba a mis guardias que le cortaran todos los dedos al desdichado que se atrevía.

—Pero, querida, ¿cómo vamos a conocernos si no... compartimos nuestras vivencias? —insistió.

Vacilé. Necesitaba ganarme su confianza. ¿Ese era el precio que tendría que pagar?

—¿Dorothy...?

Inspiré hondo y le hablé de Kansas. Al principio le conté todo lo que despreciaba de ese lugar. Relaté los inviernos tristes y desoladores que duraban varios meses. También mencioné la depresión que me embargaba cuando llegaba el verano. Había trabajado como una esclava en la granja de la tía Em y el tío Henry. Y no quise olvidarme el detalle de mis amigas: después de mi primera visita a Oz, todas se habían vuelto en mi contra.

No obstante, después empecé a pensar en las cosas buenas. En capítulos que hacía años que no rememoraba: la primera gran nevada del año, cuando la pradera se convertía en un manto blanco que se extendía hasta el horizonte. El feliz cacareo de las gallinas cada mañana, cuando les llevaba la comida. El calor del cobertizo donde las gallinas ponían los huevos en invierno. Los pasteles de manzana de la tía Em. El olor que desprendía el campo en verano, antes de que el calor se instalara y nos deprimiera.

Jamás le había contado todas esas cosas a nadie. Era la primera vez que me desnudaba de esa manera. Ni siquiera le había confesado mi historia a Ozma, cuando éramos amigas. Ni tampoco al Espantapájaros, ni al Hombre de Hojalata, ni al León durante mi primera visita a Oz.

Recordé que me había pasado todo el viaje hasta Ciudad Esmeralda entonando la palabra «casa» como si fuera un mantra. Y, de repente, me quedé callada. Estaba sucediéndome algo muy extraño. Noté un nudo. En la garganta. El dolor era tremendo. ¿Estaba muriéndome?

—Dorothy, estás llorando —susurró el rey Nome, y me secó una lágrima que me recorría la mejilla con sus dedos largos y plateados.

—Por supuesto que no —repliqué, y me aclaré la garganta para deshacerme de aquella sensación tan extraña—. No sé cómo pude aguantar allí tanto

tiempo. No echo de menos el Otro Sitio. Es un desierto yermo y aburrido.

—Supongo que venir a Oz fue algo muy extraño para ti —dijo el rey Nome, y empezamos a caminar de nuevo.

Estaba tan desorientada que ni siquiera me había dado cuenta de que nos habíamos detenido.

—Fue maravilloso —contesté.

—Estoy seguro de que así es —respondió él—. Pero tener que separarte de tu familia tan joven, quedarte huérfana de por vida, obligada a tomar decisiones

importantes, decisiones de las que depende toda una nación...

Había querido mucho a mi familia. Por eso los había traído conmigo a Oz. Pero habían desaparecido. Me había quedado sola en Oz, y me parecía una tontería revivir el pasado.

—Soy perfectamente capaz de aguantar la presión, si es eso a lo que te refieres — comenté, sin perder la calma.

Mi plan no estaba funcionando. Se suponía que debía «fingir» ser una chica ingenua y vulnerable, pero no estaba fingiendo en absoluto. Incluso «yo» habría dicho que era una chica ingenua y vulnerable. ¿Qué diablos me estaba pasando?

—Y no lo dudo —contestó él con una sonrisa.

Me condujo hacia otro pasadizo; era mucho más amplio y espacioso que el resto. El techo era altísimo. Lo atravesamos y llegamos a unas puertas gigantescas. Eran de madera maciza y estaban reforzadas con un marco de hierro forjado

—Bienvenida al Gran Salón, mi salón de baile preferido —anunció, y abrió las puertas.

No pude disimular y ahogué un grito. Los salones de baile curaban todos los males.

O casi todos.

El salón de baile del rey Nome era más que hermoso. Era espléndido. La bóveda

era tan alta que se perdía entre la oscuridad. En el aire flotaban unos enormes candelabros de color rubí; ahora estaban apagados, pero la poca luz que se colaba del pasillo los iluminaba con un resplandor rojo. Y el suelo era de piedra roja pulida.

Entré en ese inmenso salón. El ruido de mis tacones retumbó en aquella

oscuridad penumbrosa. En ese momento me acordé de la casa embrujada a la que la tía Em me había llevado durante un Halloween, en el Otro Sitio. Había estado en una sala idéntica a esa: una sala inmensa y vacía.

Sin embargo, no solo inmensa y vacía, sino también «embrujada». En ese instante me di cuenta de que el rey Nome y yo estábamos en las entrañas de su palacio. Y estábamos a solas. Sentí un escalofrío por la espalda. No era miedo.

Era algo totalmente distinto.

Me giré hacia él.

—Es perfecto —dije, y hablaba en serio. No tenía ninguna intención de morir allí, por supuesto, pero no hacía falta que él lo supiera.

—Pensé que te gustaría —murmuró él.

Y hablaba en serio. Por primera vez desde que nos habíamos conocido, los dos estábamos siendo sinceros. Por decirlo de algún modo, habíamos dejado los jueguecitos a un lado. Allí estábamos, dos de las personas más poderosas del mundo, en aquella sala tan majestuosa e inmensa y envueltos de oscuridad. Solos. Juntos. Di

un paso hacia delante y le acaricié el brazo. Mis dedos se entrelazaron con los suyos.

Él no se resistió.

Y entonces le besé.

Mi beso le pilló desprevenido, pero enseguida se inclinó y me devolvió el beso. Sin separarse de mis labios, me rodeó la cintura y me estrechó con fuerza.

No sabía lo que ocurriría después ni cómo acabaría aquella historia, pero podía jurar que ese momento era real. Ninguno de los dos estábamos fingiendo ser alguien que no éramos. Pero no podía permitirme el lujo de perder el control. Porque, a pesar de todo, no podía olvidarme de que ese hombre quería matarme. No podía fiarme de él. Casi de mala gana, me aparté de su lado. Cerré los ojos y traté de recomponerme y de frenar aquel torbellino de pensamientos. No iba a dejar que me pillara con la guardia baja.

—Eres una caja de sorpresas, Dorothy Gale —murmuró.

Noté un ligero cambio en su tono de voz. Le miré a los ojos y me percaté de que él tampoco estaba fingiendo. Se había olvidado por completo de su juego. Tenía que aprovechar el momento.

—Quiero que nuestra boda sea memorable —susurré, imitando el mismo tono meloso y cautivador que él había utilizado—. Con cientos de invitados.

—Por supuesto —dijo él. Sus ojos vidriosos parecieron secarse de repente—.

¿Cientos? Había pensado en una ceremonia más íntima.

«Ya me lo imaginaba», pensé para mis adentros. A lo mejor ni siquiera sus esbirros más violentos soportarían el sacrificio humano. Si pretendía asesinarme, no querría tener a cientos de testigos.

Pero necesitaba que Amy estuviera en el palacio durante la boda. Si supiera



a ciencia cierta que iba a asistir al evento, podría defenderme de ella. Y, con un poco de suerte, el rey Nome no. De hecho, ella era mi plan B: aunque Amy no consiguiera matarle, al menos le mantendría distraído durante unos minutos. Minutos que yo aprovecharía para escapar, obviamente. Era un plan arriesgado, pero no tenía muchas opciones.

—Por favor —rogué con tono insinuante—. Quiero que sea una boda por todo lo alto, amor mío. Será el acontecimiento del año, lleno de *glamour* y riqueza. Quiero que todos tus súbditos se den cuenta de tu magnanimidad y generosidad. Mi amor, tu reino es más antiguo y más elegante que Oz. Estoy segura de que aquí también viven personas nobles..., príncipes y princesas..., duques y duquesas... No sé, personajes importantes que no van a querer perderse nuestro enlace.

—¿Por qué? —preguntó él.

Tuve que esforzarme mucho para disimular mi enfado.

—Porque así son las bodas, querido —dije—. O, al menos, en el círculo de la realeza. Los ciudadanos de Ev ni siquiera saben quién es su futura reina.

—¿Quieres una fiesta?

Estaba empezando a acostumbrarme a aquella mirada enigmática, a aquellas cejas sin un solo pelo.

—No quiero una fiesta —aclaré—, sino una «boda». Con música, canapés, vestidos de gasa, un ejército de criados y doncellas, un código de vestimenta muy estricto y un banquete. Vino y copas.

«Código de vestimenta.» Tuve un momento de inspiración; a Amy le costaría mucho menos entrar en el palacio si todos los invitados iban disfrazados.

—De hecho —proseguí—, me encantaría que nuestra boda fuese una fiesta de disfraces. ¿No sería divertido?

El rey Nome se quedó mirándome durante un buen rato. Sabía que estaba rumiando mi propuesta, tratando de averiguar qué me traía entre manos. Volvíamos a jugar. Oculté una sonrisita maléfica.

—Sí, suena muy divertido —respondió él, pensativo—. Si no me equivoco, organizamos una fiesta de ese tipo aquí mismo, aunque ha llovido mucho desde entonces. Recuerdo haber asistido a bailes como el que acabas de describir, aunque de eso ya han pasado décadas, puede que incluso siglos. Las modas deben de haber cambiado mucho desde entonces.

—Los bailes nunca pasan de moda —repliqué—. Además, ¿cuántas veces vas a casarte en tu vida, querido?

—Solo una, o eso espero —respondió él, que me miró fijamente a los ojos. Aguanté la sonrisa, sin mover ni un solo músculo de la cara—. ¿Te gustaría... ayudar a organizar nuestra boda?

—Me encantaría ocuparme yo misma de la lista de invitados —contesté, dichosa—.

Y, si no es mucho pedir, me gustaría hablar con los cocineros.

Él esbozó una sonrisa radiante.

—Por supuesto, querida. Avísame si necesitas ayuda. Por cierto, nuestra boda se celebrará mañana.

—¿Mañana? —pregunté, tratando de disimular mi desconcierto.

—Estoy ansioso por casarme contigo. No quiero esperar ni un día más — dijo él. —Pero con un día no se puede organizar un baile, y mucho menos una boda —

protesté—. Este tipo de eventos implican semanas de preparativos. ¡Meses! No quiero presionarte, pero necesito más tiempo.

—Tú eres capaz de todo, mi amor —alabó él con una sonrisa que parecía sincera, genuina—. Confío plenamente en tus capacidades. Mañana por la mañana seremos

marido y mujer.

—La semana que viene —insistí—. Dame una semana, tesoro.

Él frunció el ceño. Estaba a punto de perder la paciencia.

—Mañana por la tarde.

Aquello era ridículo. ¿Ni siquiera veinticuatro horas para planear el día más importante de mi vida? Le habría asestado un puñetazo en la cara.

—Querido, lo que me pides es imposible —susurré con voz melosa.

Arrugó aún más el ceño.

—¿Es que no te apetece unir nuestros reinos, Dorothy?

Esta vez ni siquiera se molestó en disimular la amenaza. Si volvía a rogarle que postergara la boda, se pondría hecho una fiera y lo utilizaría en mi contra. Sabía muy bien cuál era el motivo por el que le urgía celebrar la boda, pero no podía decírselo. Tenía que seguirle el juego.

—Al menos déjame un día para prepararlo todo, querido —murmuré, y pestañeé muy lentamente—. ¿Qué te parecería si celebráramos nuestra unión mañana a medianoche? Después de todo, nuestros invitados necesitarán un poco de tiempo para viajar hasta el palacio.

Las dudas y la desconfianza desaparecieron de su expresión; en su lugar, me pareció reconocer un gesto divertido.

—Mis súbditos no viven tan lejos de palacio, querida Dorothy. No les permito que se alejen tanto. O, al menos, a mis súbditos más importantes. Soy un tipo muy pragmático, y me parece muy útil tenerlos así de cerca, por si les necesito... o por si merecen ser castigados. —Sin querer, rozó el puñal que llevaba colgado de la cadera. Tragué saliva—. Pero entiendo que las tradiciones y las costumbres de Oz no son las mismas que las de Ev. Nos casaremos a medianoche, querida. Tus deseos son órdenes para mí. ¿Quieres que te acompañe a tus aposentos?

Asentí. Tenía mil cosas en la cabeza. Dejé que me guiara hasta mi cuarto. Durante todo el trayecto, él tuvo su mano apoyada sobre la parte baja de mi espalda. Debo admitir que me gustó. En cuanto llegamos a la puerta, se inclinó para besarme en la mejilla. No quería que me diera un beso casto, así que me volví para que nuestros labios se unieran.

Fue un beso incluso más apasionado que el primero. Fue él quien decidió separarse.

Abrí los ojos y, con gran satisfacción, me di cuenta de que le costaba respirar.

—Buenas noches, Dorothy —susurró.

Y esta vez no se molestó en cerrar la puerta con llave.

—¡Señora! —exclamó Bupu, que se puso de pie de un brinco.

Di una palmada con las manos.

—No hay tiempo que perder, Bupu. Tenemos muchas cosas de las que ocuparnos.

La señora se casará mañana por la noche.

—Pero...

—Nada de peros —interrumpí—. Confía en mí. Sé muy bien lo que estoy haciendo.

—Eres muy inteligente —suspiró Bupu, con los ojos abiertos como platos.

—Sí —dije—. Lo sé.

Mi primera misión era conseguir un vestido decente y una comida que tuviera un pase. Y una barra llena de cócteles decentes. Al final, Bupu resultó ser de gran ayuda; el rey Nome no parecía prestar mucha atención a los quehaceres diarios del palacio. Bupu, sin embargo, conocía a todo el personal, desde el humilde esclavo que trabajaba en las cocinas hasta la costurera más famosa y reputada del reino. No había tiempo ni para dormir; envié a Bupu a buscar a la costurera para que empezara a coser mi traje de inmediato. Nunca habría imaginado que Bupu supiera dónde se escondían los licores. Debería habérselo preguntado en cuanto puse un pie en el palacio.

El rey Nome mandó un secretario a mi habitación para redactar un borrador de la lista de invitados. No quería que ninguna persona influyente y adinerada se perdiera el baile nupcial, así que, con mi poder de convicción, logré que escribiera las invitaciones a mano. Lo peor que te puede pasar después de organizar una fiesta es que no acuda nadie; supuse que, con tan poca antelación, el rey tendría que utilizar la amenaza para que todos los invitados asistieran al enlace. Sabía que los súbditos del rey Nome se tomaban sus órdenes muy en serio. Esa era otra cosa que teníamos en común; los dos valorábamos la lealtad y la obediencia, y, si creíamos que algo era importante, no nos temblaba la mano e imponíamos nuestra voluntad.

Decidí disfrazarme de serpiente. Un animal poderoso, dramático, mortal. Quería aportar una señal de identidad, así que decidí que las escamas fueran

de una tela distinta, de cuadros. Los ciudadanos de Ev verían a su futura reina espléndida, majestuosa, bellísima. Quién sabe, a lo mejor incluso me apoyaban y se ponían de mi lado. Di rienda suelta a mi imaginación y me distraje. Era una fantasía, pero me habría encantado que los invitados se rebelaran contra el rey Nome y me eligieran como única reina de Ev y Oz. No podía dejarme llevar por algo que obviamente no iba a suceder, así que me puse de nuevo manos a la obra. Tenía muchas cosas que hacer, y muy poco tiempo. Tenía que supervisar el vestido, revisar el menú, seducir a un tirano hambriento de sangre o intentar escapar de él... Y, además, el licor que había en el almacén, fuerte pero sin duda efectivo, no iba a beberse solo.

—¿*P*erdón? ¿Qué acabas de decir? ¿Dorothy y el rey Nome van a «casarse»? —

preguntó Nox, incrédulo. La noticia le había dejado sin palabras, algo muy raro en él, que siempre tenía réplica para todo.

Langwidere le entregó el pergamino grabado que había leído y releído varias veces. Al parecer, Greta había intuido que era una invitación importante y se había inmiscuido hasta nuestro escondrijo para dársela en mano. Apoyé la barbilla sobre su hombro y leí:

A SU MAJESTAD, DOROTHY GALE, REINA DE OZ, Y A SU ALTEZA, EL REY NOME, LES  
COMPLACE

INVITARTE A LA GRAN CELEBRACIÓN DE SU ENLACE, QUE TENDRÁ LUGAR MAÑANA  
A MEDIANOCHE. TRAS LA BODA, HABRÁ UNA CENA Y BAILE. IMPRESCINDIBLE  
LLEVAR MÁSCARA. NO SE PERMITIRÁ NINGUNA AUSENCIA, JUSTIFICADA O NO.

—¿Qué diablos se trae entre manos? —pregunté.

Lang frunció el ceño, pensativa.

—Creo que es él quien se trae algo entre manos. Está tratando de encontrar la manera de controlar su magia.

—¿Casándose con ella? —quise saber.

—Estoy segura de que en el Otro Sitio las costumbres son más... tolerantes, más liberales —respondió, sin ningún tipo de emoción en la voz —, pero en Ev el contrato matrimonial es una forma de controlar el poder del cónyuge. La magia pasa a ser un bien común; por lo tanto, compartido entre los recién casados. Es un vínculo mágico.



—Espeluznante —murmuró Madison.

—En nuestro mundo, las mujeres solían considerarse una propiedad —expliqué—, así que Oz y el Otro Sitio no son reinos tan distintos.

Lang se encogió de hombros.

—En Oz no hacemos ese tipo de cosas —apuntó Nox enseguida.

—No —replicó Lang, con voz fría y distante—, tan solo os dedicáis a enviar a todos aquellos que no os importan a una muerte segura, lo cual es sin duda mucho más civilizado.

—En Kansas hacemos eso con los bienes inmuebles —añadí, en un intento de relajar la tensión que parecía haberse instalado tras ese último comentario—. En pocas palabras, si compras una vivienda y luego te..., bueno, te casas, entonces esa vivienda pasa a ser propiedad de los dos —expliqué, aunque no sirvió de nada.

Nox y Lang me ignoraron por completo y siguieron fulminándose con la mirada. —Resumiendo —dijo Madison—. En cuanto se entreguen los anillos, él querrá

destruir el mundo. O algo así. Supongo que querréis detener la boda, ¿verdad? —Tenemos que matar a Dorothy —sentenció Lang.

—Sería una forma de detener la boda —comentó Madison.

—No necesariamente —dije, pensando en Jellia o, mejor dicho, en su horripilante cadáver resucitado. Si Dorothy había sido capaz de convertir a una persona de carne y hueso en una marioneta sin cerebro ni voluntad, estaba más que segura de que el rey Nome sería capaz de orquestar una boda más que convincente con una novia cadáver, si así conseguía su objetivo.

—Estoy convencida de que quiere la magia de Dorothy —dijo Lang—. Aunque, en el fondo, lo que ansía es tener ese par de zapatos o, mejor dicho, recuperarlos.

—Espera, retrocede. ¿Recuperarlos? ¿Esos zapatos son del rey Nome?

—Los rubíes son la piedra preciosa por excelencia de Ev, como las esmeraldas lo son de Oz —explicó Lang—. No son el origen de la magia de Ev, pero pueden usarse para almacenarla y, cuanto más antiguos, más poderosa es su magia. Hace varios siglos, el rey Nome creó un collar de rubíes que atesoraba una cantidad increíble de poder. Glinda se lo robó justo antes de que Ozma la encarcelara, pero se las ingenió para transformar el collar en los zapatos rojos de Dorothy. Aunque aún conserva cierto control sobre esos rubíes, lo cierto es que no puede acceder a su magia; ahora le pertenecen a Dorothy y, sin ella, no son más que piedras inútiles.

—Me he perdido —farfulló Madison.

—No te preocupes —la tranquilizó Lang—. Lo importante es matar a Dorothy antes de que se casen, porque así impediremos que el rey Nome pueda volver a utilizar esos zapatos.

—Por eso quería «mis» zapatos —dije, y eché un vistazo a mis botas

plateadas—.

Pero no fue capaz de controlarme, así que probó con Dorothy.

—Pero ¿qué podría haber motivado a Dorothy a aceptar la propuesta del rey Nome? El enlace matrimonial le concederá un control total y absoluto de su magia. ¿Por qué accedería a algo así? —preguntó Nox.

—A lo mejor ni se lo imagina. Dorothy es la chica más egocéntrica del universo. Quizá se haya tragado la patraña de que el rey Nome quiera casarse con ella. O puede que no haya tenido elección —dije. Después miré a Lang y continué—: Es un ser poderoso, ¿verdad? Lo bastante como para matarla. Debe de haberla amenazado. O tal vez la retenga como prisionera.

Lang asintió con la cabeza.

—Si quisiera, podría matarla con tan solo chasquear los dedos.

—Y resolver la mitad de nuestros problemas —apuntó Nox.

—Pero los dos juntos... —La mera idea me puso la piel de gallina—. Si Dorothy está trabajando con él por voluntad propia, no quiero ni imaginar qué podría pasar.

Los tres nos quedamos mirando la mesa en silencio.

—Pero si Ev ha alterado la magia de Dorothy, igual que ha alterado la nuestra... —murmuró Nox—, estará muy débil. Aunque el rey Nome la esté protegiendo, será vulnerable.

Lang asintió.

—Tienes razón. La boda será la ocasión perfecta para atacarla. Es la oportunidad que llevo tantos años esperando. Soy consciente de que vencerle en su propio palacio es imposible, pero al menos Dorothy será un blanco fácil, a pesar de estar con él.

—¿Y si no lo es? —preguntó Nox.

—Entonces se darán cuenta de que os he estado ayudando, de que os he escondido —respondió Lang—. Y será mi final. De todos modos, no puedo seguir viviendo así —dijo, señalando la cueva en la que estábamos, aunque sabía que se refería a su vida en Ev. No quería ni imaginar el calvario que habría pasado en ese lugar, completamente aislada, trabajando a las órdenes de un tirano al que despreciaba y que no tendría dudas en matarla si osaba desafiarle.

Sentí una punzada en el corazón, lo cual me sorprendió bastante. Me sentía identificada con ella: de repente, se había encontrado en una situación que no esperaba y había tenido que aprender a sobrevivir, además de adquirir nuevas capacidades.

No podía culparla por desear salir de allí. Sí, podía morir en el intento, pero merecía la pena intentarlo.

—¿Cuándo salimos? —pregunté.

Lang me miró con los ojos como platos, atónita.

—Vosotros «no» vais a ir a ningún sitio. Seríais un obstáculo, en lugar de una ayuda. Dorothy os reconocería enseguida y nos mataría a todos.

—No puedes colarte en el palacio del rey Nome y matar a Dorothy tú sola —protestó Nox—. Además, por lo que sabemos, la única persona capaz de matar a Dorothy es Amy.

—¿Que no «puedo»? —preguntó ella con tono amenazante.

Daba igual lo que dijese: nunca daba con el comentario apropiado.

Pero Nox llevaba razón. Además, no pensaba quedarme allí sentada de brazos cruzados.

—Dorothy no solo te ha hecho daño a ti —repliqué—. Y, aunque seas fuerte y poderosa, siempre va bien tener refuerzos. Además, si nos quedamos aquí sin ti, correremos un grave peligro. Y es un baile de máscaras, así que nos disfrazaremos.

La verdad es que me rechinó un poco que Dorothy hubiera decidido celebrar su boda con un baile de máscaras. No era nada típico de ella. Me pregunté si era un detalle importante o solo uno más de sus caprichos de niña mimada.

—Que «vosotros» corráis un grave peligro me importa bien poco —espetó Lang. Sin embargo, sabía que no hablaba en serio. Bajo aquel caparazón de hierro se escondía una persona cariñosa, una persona que se preocupaba por los demás. Algo me decía que Lang no iba a dejar que el ejército del rey Nome nos encontrara tan fácilmente.

—Yo puedo luchar —dijo Madison—. A ver, no sé nada de magia, pero tengo un gancho de derechas buenísimo.

Y yo lo sabía de primera mano.

—Esta es mi guerra. Si hubiera matado a Dorothy antes de que el palacio se derrumbara sobre ella, ni siquiera tendrías este problema. Por favor, déjame ayudarte a acabar con ella —supliqué.

Lang nos observó durante unos segundos. Estaba indecisa. Al fin, suspiró.

—De acuerdo —dijo—. Podéis encargáros de Dorothy. Pero el rey Nome es mío y solo mío.

Seguía empeñada en parecer insensible y fuerte, pero sabía que se sentía agradecida. Aunque fuera una chica poderosa, necesitaba a los demás.

Igual que Nox. E igual que yo. Había perdido la cuenta de las veces que me había sentido completamente sola en Oz. Durante mi época con los malvados, había aprendido a apañármelas sola, sin ayuda de nadie. Y, con el tiempo, me había acostumbrado a esa sensación.

Sin embargo, ahora sabía que podía contar con Nox y con Madison; hasta que no se demostrase lo contrario, también con Lang. Aunque suene extraño, sentía que eran como mi familia. No éramos malvados. Ni buenos. Tan solo éramos... una piña. Y estábamos juntos en esto. Todos ansiábamos que Oz fuera un reino libre porque lo considerábamos nuestro hogar. Y porque nos

importaba. No porque alguien nos hubiera ordenado que eso era lo que debíamos hacer.

Hogar. Esa palabra, otra vez. De repente, un recuerdo que creía enterrado me vino a la cabeza. En él aparecía mi madre, en una de las pocas ocasiones que había estado sobria antes de venir a Oz. Estaba cayendo una tormenta de nieve y se empeñó en llevarme al colegio en coche porque no quería que cogiera el autobús en aquellas circunstancias. Y, de camino, se puso a llorar.

—¿Mamá? —había preguntado yo.

—Ojalá supieras lo mucho que te quiero —había contestado ella—. Sé que no es fácil vivir conmigo, pero, en el fondo, te adoro.

Preferí no decir nada y seguir mirando por la ventana. Por aquel entonces, me había roto el corazón demasiadas veces. Cada vez que se emborrachaba o se drogaba, se olvidaba de que tenía una hija. Mientras ella estaba de fiesta con sus amigos, yo me quedaba sola noches enteras.

Cuando el ciclón arrasó Dusty Acres, desaparecí de su vida. Y entonces decidió dejar el alcohol y las drogas. Por mí.

Durante mi breve visita a Kansas, no había tenido tiempo para decirle que yo también la quería.

—¿Amy? —llamó Nox—. ¿Dónde estás? Parpadeé. Todos me miraban con atención.

—Lo siento —murmuré—. Estaba pensando en una estrategia.

—En cuanto se acabe la ceremonia, la magia de Dorothy quedará ligada a la del rey Nome —explicó Lang—, así que tendremos que anticiparnos y actuar antes. El salón de baile del rey Nome es inmenso, pero solo hay una puerta de entrada, y de salida.

«Actuar antes de que los guardias nos maten»; eso era lo que había querido decir en realidad, pero agradecí que no lo hiciera.

—¿Y yo? —preguntó Madison.

Lang esbozó una sonrisa.

—Te quedarás conmigo —contestó—. Serás mi guardaespaldas.

Lang no necesitaba a Madison como guardaespaldas. Sería como decir que yo necesitaba un mono con alas como mascota. Pero ella era la más poderosa de los tres y, sin lugar a dudas, sería la que mejor la protegería si las cosas se torcían o se ponían muy feas.

O, mejor dicho, cuando las cosas se torcieran y se pusieran muy feas.

—Entonces, zarparemos hacia ese palacio disfrazados para que nadie nos



reconozca, ¿verdad? —dijo Madison.

—Eso es —confirmó Nox.

—Genial. Solo quería saber qué posibilidades tenemos de sobrevivir — dijo, y se recostó en la silla. Sabía que estaba pensando en Dustin y en su bebé. En si volvería a verlos alguna vez.

«Voy a llevarla a casa sana y salva. Cueste lo que cueste. Aunque tenga que morir en el intento», pensé.

Madison no tenía ninguna culpa de estar allí. Así que me sentía responsable de ella.

Tenía la obligación moral de protegerla.

—Necesitamos un plan mejor que ese —apunté—. Me gustaría asegurarme de que tenemos «alguna» posibilidad de salir de allí con vida.

Lang asintió con la cabeza y se puso a jugar con la pulsera plateada que llevaba en la muñeca.

—El rey Nome siempre lleva un puñal de plata colgado de su cinturón —explicó—. Está hecho del mismo metal que esta cosa —dijo, y nos mostró la muñeca—. Es mágico, obviamente, y ancestral. Creo que es más antiguo que él. Estoy casi segura de que podría matar a Dorothy con ese puñal, aunque lleve los zapatos.

—¿Casi? —repitió Madison.

—¿Crees que podremos utilizarlo? —pregunté.

—No lo sé —respondió Lang—. Nunca lo pierdes de vista.

—Pero durante la boda estará distraído —comentó Nox—. Además, su única preocupación durante la ceremonia será arrebatarle toda su magia a Dorothy. Para cuando se dé cuenta de que le falta algo, ya será demasiado tarde.

—En cuanto entremos a la boda, deberíamos separarnos —propuse—. Así, aunque el rey Nome nos descubra, solo podrá ver a uno de nosotros. Los otros dos podrán seguir con el plan e intentar quitarle el famoso puñal.

—Creo que si nos mantenemos juntos, unidos, como un equipo, seremos más fuertes —replicó Nox.

—No estás siendo objetivo. No dejes que el corazón te nuble la vista —dijo Lang. No se anduvo con rodeos, pero al menos esta vez no usó ese tonito amenazador y lleno de rencor—. Amy tiene razón. Si nos separamos, tendremos más posibilidades de derrotarlo.

Nox me miró preocupado.

—A mí tampoco me gusta la idea. Créeme —murmuré—. Preferiría que estuviéramos los cuatro juntos. Pero quizá sea la última oportunidad que tengamos de vencer a Dorothy y largarnos de este asqueroso reino. No podemos desaprovecharla.

Aunque a regañadientes, Nox acabó aceptando.

—De acuerdo —dijo—. Nos separaremos.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Lang—. Tenemos que ponernos manos a la obra. Si queremos llegar puntuales a la ceremonia, debemos vestirnos y salir lo antes posible.

Sin embargo, algo seguía inquietándome.

—Hay algo que no me encaja —murmuré—. ¿Por qué el rey Nome iba a tomarse tantas molestias en organizar una boda si lo único que quiere es hacerse con el control de la magia de Dorothy? ¿Para qué tantos preparativos e invitados? ¿Y a qué viene eso de los disfraces?

—Podría ser una trampa —comentó Lang en voz baja—. Pero ¿para quién? Nadie sabe que estáis aquí.

—¿Tal vez para ti? —propuse, pero ella enseguida negó con la cabeza.

—Si el rey Nome quisiera verme muerta, podría haberme matado hace mucho tiempo. Y no habría montado toda esta parafernalia porque podría hacerlo con tan solo chasquear los dedos —explicó—. Tú misma lo has dicho, Amy. Podría ser nuestra última oportunidad. Así que tanto si es una trampa como si no, debemos ir.

Nox asintió.

—Tiene razón. No podemos dejar pasar la oportunidad. Pero deberemos tener mucho cuidado.

Lang le miró sorprendida porque, por una vez, parecían estar de acuerdo en algo.

Les sonreí.

—No he dicho que no lo hagamos. Solo que deberíamos ser más listos que ellos.

Nox y Lang también sonrieron; después de unos segundos, también sonrió Madison. Por primera vez desde que me había unido a la Orden, me sentía parte de un equipo. Me gustaba la sensación. No me atrevía a poner la mano en el fuego, pero sentía que estábamos del mismo bando. Y que, pasase lo que pasase, nos protegeríamos. Incluso Lang.

Sin embargo, seguía teniendo la sensación de que había cabos sueltos. Pero tenían razón. Aunque aquella boda fuese una trampa, era la única oportunidad que tendríamos. Si el rey Nome conseguía hacerse con el control de Dorothy, nadie podría detenerlos.

Había intentado poner punto final a esa historia a mi manera. Había preferido ser fiel a mí misma que atravesar a Dorothy con una espada. Pero esta vez no podría permitirme el lujo de elegir.

Esta vez, si tenía que matarla, lo haría.

# QUINCE

## DOROTHY

*M*e daba mucha lástima no tener ninguna amiga que pudiera acompañarme ese día. Había llegado el «gran» día, y ya había empezado a prepararme para mi boda con el rey Nome. Siempre había tenido al Hombre de Hojalata, al Espantapájaros y al León a mi lado. Les echaba muchísimo de menos, por supuesto, y podía decir que casi me dolía en el alma que estuvieran todos muertos, pero todavía anhelaba la compenetración que había tenido con Glinda y Ozma. Una pena que me hubieran apuñalado por la espalda y me hubieran traicionado. Incluso la *hippy* de Policroma habría sido una candidata perfecta para convertirse en amiga mía; después de todo, había demostrado tener estilo, aunque a mí me pareciera estrafalario e incluso atroz. Pero ella también estaba muerta.

Ozma y yo habíamos llegado a estar muy unidas, pero luego ella se negó a aceptar que mi regreso a Oz tenía un motivo superclaro: gobernarlo. Eso me partió el corazón, porque creía que nuestra amistad era sincera y verdadera, sin ningún tipo de envidia. De hecho, la envidia que sienten las demás chicas hacia mí es lo que siempre me ha impedido forjar relaciones sanas y duraderas. Primero, en Kansas: cuando volví de Oz y les hablé de todo lo que había visto y vivido, ninguna quiso creerme (por no mencionar la humillación que sentí en la fiesta de mi dieciséis cumpleaños; jamás olvidaré ni perdonaré lo que sucedió). Y luego descubrí que Glinda y Ozma tenían pensado traicionarme desde el principio, después de todo lo que había hecho por ellas. Jellia nunca había sido amiga mía, pero me había ayudado muchísimo... hasta que averigüé que, en realidad, era una espía que trabajaba para la Orden.

Y esas eran todas las amigas que había tenido. Contemplé pensativa mi propio reflejo. Bupu me estaba cepillando el pelo. ¿Bupu era una amiga? ¿Las doncellas podían ser amigas, amigas de verdad? A ver, es que ni siquiera podían considerarse seres humanos. Pero tenía que admitir que sentía por Bupu algo que creía haber olvidado: supongo que era una emoción humana, o algo así. Mi experiencia en Oz me había demostrado que las emociones humanas eran una debilidad, pero Bupu no parecía ser tan maquiavélica como para tramar un plan a mis espaldas.

No hacía falta ser un lince para intuir que yo era la única persona que Bupu había conocido en ese reino que no la había maltratado, y que le hablaba como si fuera una

criatura inteligente (lo cual, en cierto modo, era verdad) y estaba tan agradecida por mi cariño y atención que todo el amor que tenía en ese cuerpo menudo y rechoncho lo proyectaba en mí.

Y, aunque no podía compararse conmigo, ni de lejos, lo cierto es que cada día estaba más orgullosa de ella.

—No dejaré que el rey Nome te mate —me prometió Bupu, otra vez—. Pase lo que pase.

—Qué detalle tan tierno, Bupu —dije, pero tenía la cabeza en otro sitio.

Mi encanto natural no parecía estar funcionando con el rey Nome, pero a cualquier chica le habría costado una barbaridad conquistar a ese vejstorio cascarrabias en un par de días. No disponía de tiempo para convencerle de que le era más útil viva que muerta. Sabía que había logrado llegar a su podrido corazón, pero no lo suficiente como para que aparcara la idea de asesinarme. Era un hombre viejo y, no nos engañemos, los viejos son muy perezosos. Le había dado muchas vueltas al asunto y había llegado a la conclusión de que era mucho más probable que siguiera a rajatabla su plan aburrido de muerte y destrucción que no que abriera la mente y realmente meditara sobre todo lo que yo podría aportarle. Suspiré.

«Qué rollo —pensé—. Ahora tendré que matarlo.» O, como mínimo, tendría que intentar escapar, aunque sabía que no sería una solución definitiva, tan solo un parche. El rey Nome podía viajar libremente entre los dos reinos y, puesto que estaba decidido a quitarme los zapatos, sabía que no pararía hasta conseguir su objetivo. Me perseguiría allá donde fuera.

¿Y si Amy no me hacía el trabajo sucio, tal y como yo había planeado? Me había asegurado de que el secretario del rey Nome enviara invitaciones a todos los rincones de Ev, pero, con tan poco tiempo de antelación, cabía la posibilidad de que la noticia no le hubiera llegado a tiempo. No podía dejar tantos cabos sueltos ni depender de si Amy aparecería para distraerle, lo que significaba que necesitaba un plan B, y rápido.

Alguien llamó a la puerta de mi habitación; Bupu dejó caer el cepillo y

corrió hacia la puerta para ver quién era. Resultó ser la costurera; sobre sus brazos llevaba mi disfraz.

—Has tardado mucho —farfullé, molesta—. Hace «horas» que te di las indicaciones. Ahora no tendré tiempo para la prueba de vestuario. ¿Qué quieres, que sea la más fea de la fiesta?

La costurera, una munchkin pálida y con expresión triste, igual que Bupu, sacudió la cabeza.

—N-n-n-no —tartamudeó, muerta de miedo.



Me gustó que me tuviera tanto respeto. El rey Nome tenía muchos problemas, pero era más que evidente que el comportamiento de sus criados no era uno de ellos.

—Tráelo aquí —dije, y le hice señas para que se acercara—. *Puag*, ¿te están sangrando los dedos? ¡Qué asco! Ve a lavarte, ¡ahora mismo!

Bupu acompañó a la costurera hasta el cuarto de baño para limpiar aquel desastre y solté otro suspiro. Me puse de los nervios. ¿Qué bufona no era capaz de seguir una orden sin montar todo ese lío? ¿Qué se suponía que iba a hacer con eso? Tenía demasiadas cosas de las que ocuparme: prepararme para la boda, desbaratar un intento de asesinato, escapar de un tirano y regresar al reino que me correspondía. No podía perder ni un solo minuto con tonterías.

Unos segundos después, Bupu volvió con la costurera. La pobre seguía temblando de miedo y tenía todos los dedos cubiertos de vendajes.

—Está bien; ajústame esta cosa —le solté—. Como me claves una sola aguja en alguna parte del cuerpo, haré que el rey Nome te arranque los dedos uno a uno. Y después, haré que te los comas.

Jamás creí que un munchkin pudiera abrir tantísimo los ojos. Por un momento temí que fueran a salirse de las cuencas.

—S-s-s-sí, su majestad —farfulló. Cogió el vestido y se acercó a mí—. Como desees.

Puse los ojos en blanco y me quedé inmóvil mientras la costurera me envolvía con metros y metros de tela. A medida que me iba vistiendo, iba haciendo algún que otro remiendo. Por fin tenía el tema del disfraz resuelto. Al verlo de cerca me di cuenta de que no estaba nada mal. De hecho, estaría espectacular. Y, con eso, ya tendría la mitad de la batalla ganada. Ahora lo que necesitaba era un plan.

—De acuerdo, Bupu —dije después de que la costurera se marchara—. Ven aquí.

Me incliné y ella acercó el oído a mis labios.

—¿Estás preparada? Porque esto es lo que vamos a hacer...

## DIECISEÍS

*L*ang nos había advertido que, si queríamos llegar a tiempo para la ceremonia,

debíamos darnos prisa y partir lo antes posible; sin embargo, no quería que Madison entrara en el palacio del rey Nome sin antes haber recibido un par de clases. Así que, mientras Nox y yo hurgábamos entre su alijo de armas para ver qué podíamos esconder bajo nuestros disfraces, Lang le enseñó a Mad varios trucos de combate y lucha libre. Madison acabó con la cara empapada de sudor.

—Tu amiga es una alumna muy rápida —dijo Lang.

Madison no pudo ocultar una sonrisa de orgullo.

—¿Ah, sí? Demuéstramelo —desafió Nox.

Todos sonreíamos, menos él. Observaba a Madison con expresión seria y sombría. No me había dado cuenta, pero, en un abrir y cerrar de ojos, se había convertido en ese guerrero implacable e insensible con quien había compartido tantas batallas. Me pregunté qué habría ocurrido si jamás hubiera descubierto que, debajo de esa fachada de piedra, se escondía una persona totalmente distinta.

—De acuerdo —dijo Madison.

Se enfrentó a Nox con confianza, cuadrando los hombros, imitando la postura de una guerrera.

Me asombró que siguiera en tan buena forma; antes de quedarse embarazada, seguía una dieta muy estricta y hacía ejercicio a diario. Y, gracias a eso, gozaba de unos músculos trabajados y unas piernas casi de

acero. Madison y Nox empezaron a dibujar un círculo alrededor del espacio que había detrás de la mesa. Madison se movía con agilidad y elegancia, como si fuera algo que hiciera todos los días.

Sin embargo, cuando Nox se lanzó hacia ella, como si fuera a clavarle un puñal en el cuello, apenas tuvo tiempo de esquivar el golpe. Para ser sincera, seguramente yo tampoco habría podido esquivarlo. Nox era un guerrero muy rápido. Gracias al entrenamiento que había recibido en la Orden, me había transformado en un soldado excelente, pero Nox era un luchador nato. La guerra le perseguía desde que era niño. Dudaba que incluso Lang pudiera ganarle en un combate cuerpo a cuerpo. Madison trató de asestarle un puñetazo, pero Nox lo paró sin despeinarse. Aunque estaba a varios metros de distancia, la fuerza del golpe no me pasó desapercibida.

Nox asintió con la cabeza.

—Bien.

—Eso lo dirás tú —murmuró Madison—. Ni siquiera te he tocado.

—Eres fuerte —respondió Nox, y se abalanzó de nuevo sobre ella. Pero esta vez Madison estuvo a punto de esquivar el golpe—. Muy bien.

—Te lo dije —farfulló Lang, claramente molesta—. No pretenderás insinuar que necesito tu ayuda para enseñar a alguien a luchar, ¿verdad?

—Tan solo me estoy asegurando de que has hecho un buen trabajo — corrigió Nox. Habría soltado un gruñido, pero me contuve. Era el comentario menos oportuno que podría haber dicho. Por suerte, él también se dio cuenta—. Lo siento, no pretendía...

—¿No pretendías qué? ¿Dejarme en evidencia? —ladró Lang.

Madison aprovechó ese momento de distracción para darle con su gancho derecho en la mandíbula. Apretó los dientes; sabía perfectamente cómo se sentía. Luchar contra Nox podía ser exasperante. Era tan bueno que, a su lado, te sentías un completo inepto. Para él, Madison representaba la misma amenaza que un mosquito.

Nox retrocedió varios pasos y bajó los puños. Daba la sensación de que Madison fuese a cargar contra él de nuevo, pero al final apoyó las manos en las caderas y ladeó la cabeza.

—¿Me das el aprobado? —preguntó.

—Tienes buenos reflejos y eres una chica fuerte —dijo Nox—. Pero si te enfrentaras a un profesional, no durarías ni dos minutos. Tienes potencial, Madison, y si tuviéramos algo más de tiempo te convertirías en una guerrera excepcional. Si la boda se convierte en un campo de batalla, no quiero que te acerques. Aléjate del conflicto. ¿Lo entiendes?

—¿Ese es tu plan? —preguntó Lang.

Nox la miró desesperado.

—Sabes tan bien como yo que en solo una hora no podemos transformar a

un principiante inexperto en un guerrero. Sugerir lo contrario sería peligroso y muy arriesgado. No saldrá indemne si se mete en la pelea. No tiene experiencia.

—En eso te equivocas —dije, y Madison me lanzó una sonrisita de disculpa.

—Eso es agua pasada, Ames —comentó.

—No «tan» pasada.

—¡Ya te pedí disculpas!

—Basta —espetó Nox.

Esa reprimenda me sentó como una patada en el estómago. Creía que ya habíamos superado esa fase, la fase en la que él me daba órdenes como si fuera su perrito faldero, pero no quería darle la satisfacción a Lang de discutir delante de ella.

—Nox tiene razón. Es un asunto muy serio —dije—. Esta noche, todos vamos a jugar nos la vida. No debemos tomárnoslo a broma.

Madison suspiró.

—Ojalá pudiera estar más preparada —comentó en voz baja.

—¿Por qué no practicamos un poco más? —propuse. Lo último que necesitábamos era que Madison se viniera abajo—. Vosotros podéis elegir las armas que llevaremos a la boda. Así yo podré enseñarte algo más.

Madison miró a Nox y a Lang con el ceño fruncido y luego se encogió de hombros.

—Vale —dijo—. Si voy a morir, al menos que sea matando.

Le mostré unos cuantos movimientos más para que se sintiera un poco más segura. Traté de ir despacio, no quería dejarla hecha polvo. Nox tenía razón: los reflejos de Madison eran increíbles y sabía muy bien cómo utilizar su fuerza y su peso. De haber tenido algo más de tiempo, la habríamos convertido en una guerrera mortal.

Fue una lástima que no tuviéramos ni siquiera unas horas más.

Ahora era una chica más fuerte, más capaz y más letal que Madison, lo cual debo reconocer que me gustó. Ella se había dedicado a humillarme y aterrorizarme durante muchísimos años y, a pesar de que ya la había perdonado por el infierno que me había hecho pasar, me gustó poder presumir de todo lo que había aprendido.

—Esto se te da de maravilla —dijo después de que yo hiciera una finta y la atacara,

desbaratando toda su defensa. De haber sido una pelea real, le  
habría roto la

mandíbula de un  
puñetazo.

—Gracias —respondí.

—Antes no eras capaz ni de defenderte. Este lugar te ha cambiado.

—Sí, es una de las peculiaridades de Oz. Cambia a las personas.

Después se sentó en el suelo y apoyó la espalda en una de las paredes de la cueva. —No vamos a volver a casa, ¿verdad?

Me senté a su lado, con la mirada clavada en mis rodillas. No me atrevía a mirarla a los ojos. Nunca había sido una mentirosa y sabía que mi expresión me delataba.

—Puede que sí.

—Pero ¿tú quieres volver, Amy? ¿Ahora que tienes un novio mágico y atractivo? —No es mi novio —corregí de inmediato. Al oír mi respuesta, ella se echó a reír.

—Lo que tú digas, Ames. Pero no es un amigo cualquiera. Te veo muy feliz aquí.

—Las circunstancias no acompañan, la verdad —murmuré.

—Ya, en eso tienes razón. —Cogió una piedrecita del suelo—. Tú tienes una vida aquí. Tienes a gente que te quiere. Una historia, una reputación. Yo, en cambio, no tengo nada. Si logramos sobrevivir esta noche... ¿Qué pasará después?

Era absurdo intentar engañarla; Madison era una experta en reconocer mentiras.



—No lo sé —admití—. Supongo que intentaremos encontrar la forma de volver a Oz.

—¿Y después? —insistió ella—. A ver, no soy tonta. Soy consciente de que es casi imposible que salgamos de esa boda con vida. Lo tengo asumido, de verdad. Pero supongamos que no morimos. Que lo conseguimos, que Ozma gana, que el rey Nome desaparece, que Dorothy muere y que todos somos felices y comemos perdices, bla, bla, bla. ¿Qué pasará con nosotras, Ames? ¿Nos dedicaremos a cultivar mazorcas de maíz?

—El Espantapájaros está muerto —dije.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Sí, ya lo sé.

Suspiré y me froté los ojos.

—No sé qué pasará, Madison. Pero ya se nos ocurrirá algo. Ni siquiera sé si en Oz venden casas. O si existen los contratos de trabajo. O si..., en fin, ese tipo de cosas que pasan en la vida normal. Desde que llegué aquí, no me ha ocurrido nada normal, créeme.

—En los libros, Dorothy no deja de repetir que quiere volver a casa —murmuró Madison.

Eché un vistazo a los zapatos de Dorothy. Madison no sabía la historia de esos zapatos porque nunca había encontrado el momento apropiado para contársela.

—Volvió gracias a sus famosos zapatos —expliqué—. A estos zapatos.

Siguió mi mirada y abrió los ojos como platos.

—¿Tus botas son los zapatos? ¿Los que la llevaron de vuelta a casa? ¿Existen de verdad? ¿Los has tenido durante todo este tiempo y ni siquiera has intentado usarlos?

—No es tan...

Pero Madison no me dejó terminar; se puso de pie de un salto y me lanzó una mirada asesina. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Amy, he perdido la cuenta de los días que llevo aquí, pero desde que llegué, lo único que he pedido es volver a casa. Has tenido mi billete de vuelta a casa en tus pies todo este tiempo. ¿No se te ha ocurrido mencionarlo antes? Entiendo que quieras quedarte aquí para siempre, junto a tu novio *sexy*, pero, maldita sea, Amy, ¿cómo no has podido pensar en mí durante un jodido segundo? Necesito volver a casa. Tengo un hijo. Tengo una vida. ¿Cómo has podido ocultármelo?

—¡No funciona así! —grité, desesperada.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Es que te has molestado en intentarlo? Si tanto deseas quedarte aquí, ¿por qué no me das ese dichoso par de zapatos?

—Porque no puedo. No puedo quitármelos, Madison. Sin ellos, no puedo usar la magia y, por lo visto, es demasiado peligroso utilizar magia en este lugar.

—¿Estás diciendo que no piensas ayudarme? —me acusó; la expresión de su rostro era una mezcla entre ira y decepción—. Nunca vas a perdonarme, ¿verdad, Amy?

—¿De qué estás hablando? —pregunté con un tono un pelín alto—. ¿Del instituto? Ya he pasado página, Madison.

No es que fuese un tema tabú, pero creía que Madison y yo habíamos llegado a una especie de acuerdo tácito que consistía en no hablar de todos los años en los que ella me había torturado. Pero acababa de desempolvar a Amy, *la Sintecho*. Y puesto que había decidido sacar el tema...

—¿Quieres que saquemos el tema justo ahora?

Ella asintió con la cabeza.

—Te he pedido perdón mil veces, pero cuando Nox dijo que te había arruinado la vida...

—Madison, te portaste como una auténtica tirana conmigo. Por aquel entonces, mi vida era un infierno. El instituto era el único lugar de Kansas en el que podía refugiarme de mi madre y de la triste caravana donde vivíamos. Pero tú te dedicaste a convertirlo en otro infierno. Y cuando aterricé en Oz conocí a mujeres mucho más malvadas y poderosas que tú. Llevo meses luchando al lado de esas zorras, y también contra ellas. Voy a contarte un secreto, Madison: al principio, cuando quería invocar mi magia y no podía, recurría a mis recuerdos. A mis recuerdos sobre ti. Así que supongo que debería darte las gracias.

Madison se quedó boquiabierta. No podía dar crédito a lo que estaba escuchando. —Me alegro de que te arrepientas. Y me alegro de que aún no te hayas perdonado a

ti misma. Si lo hubieras olvidado, tú y yo no podríamos ser amigas. No puedo

borrar el pasado, pero no sigo anclada en él. No te guardo rencor, te lo prometo. Todo lo que me hiciste sufrir... forma parte de quiénes somos, Madison, tanto de ti como de mí. La diferencia es que yo lo he asumido, ahora te toca a ti hacerlo.

Sabía que no era lo que Madison quería escuchar, pero no quería mentirle. La Amy de nueve años que se quedó sola en la fiesta de su noveno cumpleaños no podía perdonarla.

—Ah, ya lo entiendo. Tú eres maravillosa, y yo una persona horrible — replicó, a la defensiva.

—Pues yo no lo entiendo. De hecho, nunca lo entendí. Nunca entendí por qué me odiabas tanto. ¿Por qué yo?

Sentía que la cara me ardía. La conversación me había enfurecido. Ahora éramos amigas, más o menos. Pero ya que ella había sacado el tema, tenía que preguntárselo.

Madison arrugó la frente.

—No lo sé. Para mí era como un juego. Ya sabes, como cuando robas algo de una tienda, pero no porque lo quieras o lo necesites, sino solo para ver si puedes hacerlo sin que te pillen. Y cuando empiezas, ya no puedes parar. Era capaz de hacer que todo el instituto dejara de llamarte por tu nombre, Amy, para llamarte por el apodo que yo había elegido. O de conseguir que nadie te prestara la más mínima atención. Necesitaba que apareciera alguien que me parara los pies, pero, al parecer, nadie se atrevió a hacerlo.

Madison se había pasado años buscando mis puntos débiles para luego atacarme con toda su artillería, pero al oír la explicación que me había dado aún me sentí peor. Me dolió más que cualquier apodo que pudiera haberme puesto.

—Madison, no era un par de pendientes que podías robar —espeté.

—Lo sé. Y lo siento. Lo siento muchísimo, Amy. Y ahora he cambiado. Soy una chica totalmente distinta. Tengo un hijo. Y quiero ser mejor persona. En cuanto vi a Dustin Júnior entre mis brazos, algo hizo clic. Recuerdo que miré aquella carita tan regordeta y pensé que tenía que cambiar. Cambiar a mejor. No quería que tuviera una madre como yo. Sé que todo esto no cambia todo lo que te hice. Pero estoy siendo sincera.

Me quedé mirando a Madison durante un buen rato, en silencio.

—Te creo —murmuré.

—¿Entonces me ayudarás, Amy? ¿Me ayudarás a volver a casa? —suplicó.

Hubo un tiempo en el que habría matado por ver a Madison Pendleton de rodillas, rogándome que hiciera algo por ella.

—Por favor, Amy..., podrías juntar los tacones de esos zapatos y enviarme de vuelta a Kansas. Tú puedes quedarte aquí y librar tu guerra. Por lo que he podido ver hasta ahora, aquí todo el mundo puede cuidarse solito. Pero mi hijo no.

—Lo siento, Madison. Pero no puedo correr ese riesgo. Es muy peligroso: no tenemos ni idea de lo que puede ocurrir —dije.

A Madison le temblaba la mandíbula, como si estuviera a punto de romper a llorar. —Que te jodan, Amy. Pensaba que éramos amigas. Pero, por mí, puedes irte a la

mierda. Estoy atrapada en este universo horrible, y todo por tu culpa.

Quería contestarle, pero no pude. Ella se dio media vuelta y se encerró en su habitación. Dio tal portazo que casi me deja sorda. Apoyé la barbilla en las rodillas y respiré hondo. No quería ponerme a llorar. Quizá solo me quedaban unas horas de vida. Y aún no había encontrado un disfraz.

## DIECISIETE

*L*a víspera a la boda de Dorothy se había convertido en un verdadero desastre. Madison no me dirigía la palabra, mientras que Nox y Lang apenas se miraban; por lo visto, casi habían llegado a las manos en una discusión estúpida sobre quién iba a llevar qué cuchillo. No éramos un equipo, sino un grupo de personas que se odiaban. Si no lograba subir el ánimo, salvar a Oz de las garras de Dorothy y del rey Nome sería tan probable como que yo ganara el Premio Nobel de Física, si es que ese premio existía.

—Deberíamos prepararnos —dije, rompiendo así aquel silencio tan triste. Nadie se molestó siquiera en mirarme.

Y entonces perdí los nervios. Me volví loca. Literalmente. ¿Por qué iba a seguir fingiendo que todo andaba bien? Si no estábamos unidos, si no entrábamos en ese palacio como una piña, moriríamos. No había más.

—¿Qué sois, niños pequeños? —les solté—. Dentro de unas horas nos enfrentaremos a la mayor zorra del reino de Oz. ¿En serio no vais a volver a hablar?

Cogí uno de los puñales de Lang que había sobre la mesa y lo arrojé contra la pared. Se quedó clavado con un sonido metálico que retumbó en la cueva.

—¡Solucionad vuestros problemas, joder! —grité.

Madison dio un respingo. Y, unos segundos después, se echó a reír.

—Madre mía, deberías verte la cara —dijo entre risas—. Estás como un tomate.

—¡Estoy enfadada, maldita sea! —bramé.

Y entonces yo también me eché a reír. Y Nox y Lang hicieron lo mismo. Los escarabajos que trabajaban para Lang debieron de pensar que estábamos chalados. Pero las carcajadas sirvieron para aliviar la tensión. Para cuando ese repentino ataque de risa terminó, el ambiente ya se había relajado.

—Tengo vuestros disfraces —dijo Lang, secándose las lágrimas de los ojos. Era demasiado orgullosa como para pedir perdón, igual que Nox, pero al menos dejaron de discutir. Chasqueó los dedos y uno de sus escarabajos se escabulló de la sala principal.

Nos llevó por un pasillo en el que jamás me había fijado hasta llegar a una sala inmensa repleta de espejos. En el centro había un banco larguísimo con montones de ropa. Madison se apresuró a quitarse los tejanos y la camiseta de lentejuelas que le había prestado.

—Guau —exclamó—. ¿Dónde ha conseguido toda esta ropa?



Su melena caía como una cascada de olas doradas por su espalda, y su rostro, que durante muchos años había llevado unas cien capas de brillo de labios y base bien cubriente, parecía sorprendentemente joven y casi vulnerable. De repente, me di cuenta de que Madison era una chica guapísima.

—No es ropa —corregí—. Son disfraces. Mira.

Lang había elegido para Madison un par de *leggings* muy ajustados, una camiseta recubierta de una especie de escamas plateadas y una diadema delicada y muy elaborada. El conjunto pretendía imitar a un hermoso pez tropical. Toqué los *leggings* y me percaté de que estaban hechos de un metal ligero, pero a la vez muy fuerte.

Para mí, Lang había hecho traer un mono de color naranja neón, decorado con escamas rojas y doradas que parecían pintadas a mano. Si acercabas el disfraz a la luz, las escamas se iluminaban. Estaban fabricadas del mismo material que el disfraz de Madison, un material flexible y ligero, pero increíblemente resistente. El disfraz tenía una preciosa capa de cuero dorado: iba sujeta a los hombros y a las muñecas, de forma que podía extenderla como si fuera un par de alas enormes. Lo mejor del traje era la máscara, imitaba la cabeza de un dragón dorado. Tenía una expresión feroz y mostraba unos dientes de marfil superafilados. Me probé la máscara. Se adaptó a mi rostro a la perfección, igual que la máscara plateada de Lang. Ni siquiera la notaba. Pero cuando me palpé el rostro, enseguida reconocí el material.

Aquellos trajes no eran solo disfraces. Eran una armadura. Y parecían estar hechos a medida, porque nos quedaban de maravilla. No sabía si Lang tenía una especie de vestidor gigantesco repleto de trajes y vestidos de todas las tallas o si había utilizado la magia para crearlos, pero tenía que reconocer que los disfraces eran, además de útiles y funcionales, espectaculares. Era como estar llevando la ropa que solía ponerme para luchar en Oz; aquel disfraz me proporcionaba una sensación familiar y protectora.

Tal vez no saldríamos de la boda de Dorothy con vida. Pero al menos nos íbamos a vestir para la ocasión. De hecho, íbamos a estar fantásticos.

Me quité la máscara; aunque se había adaptado perfectamente, no me costó nada quitármela. Ya me la pondría cuando nos pusiéramos de camino.

—Tía, estás increíble —dijo Madison; parecía haberme leído los pensamientos.

—Tú también —contesté.

Madison parecía inquieta.

—Por cierto, siento haberte gritado antes. Y también siento todo lo que ocurrió en Kansas.

—Olvidalo —dije, y lo decía en serio—. Sé que quieres volver. Ahora tienes a alguien por quien luchar. Lo entiendo, de veras. Es solo que..., como ya te he dicho, no es tan fácil.

—Dorothy volvió juntando sus tacones tres veces —murmuró Mad, mirando de reojo las botas.

—Sí, pero me temo que ya no funciona así. Los zapatos de Dorothy no eran botas de combate —expliqué, y luego solté un suspiro—. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para encontrar la manera de que vuelvas a casa, Mad. Te lo prometo. Cueste lo que cueste.

—¿Y tú? —preguntó.

—¿Yo?

—Cuando averigües cómo volver a Kansas... ¿Vas a venir?

—No lo sé —respondí.

Ella asintió.

—Ya me lo imaginaba —susurró. Quería decir algo más, pero se quedó callada. No sabía cómo preguntarme lo que estaba pensando—. Dime la verdad, Amy: vamos a morir esta noche, ¿no?

Pero no fue una pregunta, sino más bien una suerte de declaración. Sentí la necesidad de protegerla.

—No voy a permitir que eso ocurra —aseguré—. Volverás a casa, Madison. Nadie va a morir esta noche, salvo Dorothy. —Pronuncié las palabras con tal convicción que, por un segundo, casi me lo creo. ¿Y por qué no? Había sobrevivido a situaciones peores.

Está bien, tal vez no peores. Pero igual de fatídicas. Además, era fuerte como un roble. Madison también lo era. Y Nox también. Y estaba convencida de que Lang era infinitamente más fuerte que los tres juntos. El riesgo que íbamos a correr esa noche era grandioso, pero juntos podíamos ser invencibles.

Había llegado el momento. Me había sometido a un entrenamiento estricto y riguroso para ese momento. Me había sacrificado para ese momento. Nox

había dedicado toda su vida a una causa cuyo objetivo era la llegada de ese momento. Y Lang llevaba demasiado tiempo ansiando ese momento.

Quién sabe, quizá sí fuésemos a conseguirlo.

—Te prometo que encontraré una manera de volver —repetí—. En cuanto esta pesadilla acabe, tú vas a volver a Kansas.

Madison me miró durante un buen rato.

—Está bien —murmuró al fin—. Te tomo la palabra.

Había hablado con tal seguridad que, al final, la había convencido.

Volvimos a la sala principal de la cueva; al vernos, Nox se quedó boquiabierto, lo que significaba que tanto Mad como yo lucíamos espectaculares. La tensión entre Lang y Nox parecía haberse disipado, lo cual fue un gran alivio. Ambos habían

terminado de revisar el arsenal de Lang y ya habían elegido todos los cuchillos, puñales y dagas que llevaríamos escondidos debajo de los disfraces. Nox iba vestido de pantera, lo cual le iba como anillo al dedo. Su traje era de terciopelo negro; sobre la mesa había una máscara felina con expresión salvaje y feroz, esperando a que se la pusiera.

—Bien —dijo Lang, después de mirarnos de pies a cabeza—. Muy bien. Dadme un minuto para que me cambie. Después nos iremos.

Nos dejó solos y se encerró en su habitación. Nox me estrechó entre sus brazos. Yo apoyé la cabeza sobre su hombro y cerré los ojos.

—Yo, bueno, voy a recoger mis cosas —farfulló Madison al vernos tan acaramelados. Se escabulló hacia su habitación y cerró la puerta.

—Madison no tiene cosas —dijo Nox, confundido.

—Ha querido dejarnos un momento a solas —le expliqué con una sonrisita pegada en los labios.

«Ya que quizá sea la última vez que podamos estar a solas», pensé. Aunque, en el fondo, me negaba a creerlo. No había llegado hasta allí para morir bajo tierra y, para colmo, en la estúpida boda de Dorothy. Todos íbamos a salir de ese palacio con vida. Y punto. No quería contemplar ninguna otra posibilidad.

—Oh —dijo Nox, que asintió con la cabeza—. Claro.

De repente, me cogió de la mano y empezó a jugar con mis dedos. Aunque la conversación era muy seria, sentí un escalofrío por toda la espalda. «Menuda suerte tengo. Encontrar al chico de mis sueños en un mundo assolado por la guerra, y poder perderlo en cualquier momento», pensé.

Sin embargo, tal vez así fuese la vida para el resto de los mortales. A ver, en Kansas uno no iba por ahí jugándose la vida cada dos por tres, pero la gente que te rodeaba cambiaba constantemente: así se convertían en personas distintas e impredecibles.

Recordé la época en que mi madre había sido drogadicta; no había quedado ni rastro de la madre soltera cariñosa y generosa que me había defendido a capa y espada contra personas como Madison. Y cuando esta había tenido un bebé y lo había perdido todo, se había vuelto una chica casi irreconocible. Ya no quedaba nada de aquella zorra tan popular que me había hecho la vida imposible. No, eso no era verdad. Seguía teniendo un sentido del humor ácido, solo que ahora estaba de mi lado.

Nox también había cambiado, pero él lo había hecho a mejor. Era un buen tipo, con una brújula moral que siempre apuntaba hacia el norte. Y ahora era «mi» chico, con la misma brújula, pero con el corazón abierto a mí.

Cerré los ojos otra vez y deseé con todas mis fuerzas poder teletransportarnos a un lugar seguro, a un lugar secreto al que solo él y yo pudiéramos acceder, a un lugar

donde pudiésemos pasar todo el tiempo que quisiéramos, conociéndonos más a fondo. Pero no podía ser tan ingenua. Era un deseo imposible de cumplir. Enamorarme de Nox no cambiaba el motivo por el que me habían traído a Oz; y tampoco cambiaba mis convicciones: ansiaba que Oz fuese un reino libre y lucharía por ello. Y, de todas formas, no quería poner a Nox entre la espada y la pared. No quería obligarle a tomar esa decisión porque, eligiera lo que eligiera, jamás acabaría siendo feliz. Oz era su hogar. Le importaba muchísimo; de hecho, le importaba más que yo. No podía culparle por ello ni podía pedirle que renunciara a él.

—¿Qué estás pensando? —me susurró al oído.

—Nada de lo que merezca la pena hablar —respondí, y era verdad.

—Puedes contármelo, Amy.

—Ya lo sé, pero no tiene importancia. Es solo que..., en fin, ojalá todo el mundo estuviera a salvo.

—Amy, a estas alturas ya deberías saber cómo funcionan las cosas aquí —murmuró, y soltó un suspiro—. Yo nunca me he sentido a salvo en Oz. Y sé que es una sensación generalizada. Hace años que Oz dejó de ser un reino idílico y seguro. Ese miedo a morir nos ha hecho personas fuertes. Tú misma viste cómo derrotaron a Glinda y ahora que sabemos que el rey Nome no se ha movido de Ev, estoy convencido de que todos estarán bien. Cuando volvamos a casa, todos seguirán allí, créeme.

«Casa.» Otra vez esa palabra. La palabra que significaba que debía escoger, asumiendo que pudiera hacerlo, claro está. ¿Oz era mi hogar? ¿Rodeada de Lulu y Ozma y Gert y Mombi? ¿O lo era Kansas, donde vivía mi madre? No quería ni imaginarme volver al instituto (por tercera vez) después de todo lo ocurrido. La idea me pareció tan ridícula que estuve a punto de echarme a reír. Sin embargo, había demasiadas cosas que no había podido saborear de mi mundo porque jamás había salido de Kansas.

Bueno, sin contar Oz. Pero París sonaba bastante bien. O tal vez una playa paradisiaca en las Bahamas. O, por qué no, la universidad. Había asesinado al

León cobarde; las cartas de motivación para solicitar plaza serían pan comido después de eso.

Había tantas cosas que no había hecho.

Sin embargo, lo que más se parecía a un hogar, más que Oz o Kansas, era Nox. ¿Podría ser feliz en mi mundo sin él?

—¿Qué vas a hacer? —pregunté, de repente. Levanté la cabeza y le miré a los ojos—. Me refiero a cuando todo esto acabe. Imaginemos que vencemos, que matamos a



Dorothy, que desterramos al rey Nome, o lo que sea que vayamos a hacer con él, y Ozma recupera el trono que le corresponde. ¿Qué vas a querer hacer entonces?

Él se quedó callado durante un buen rato.

—Es curioso —dijo al fin—, porque nunca había pensado en ello hasta... —¿Hasta?

—Hasta que te conocí —contestó él.

—Oh —exclamé, y me ruboricé. Él esbozó una sonrisa y me apretó la mano—. Perdí a mis padres cuando no era más que un crío. Y Mombi..., en fin, ya sabes cómo es. Creo que, a su manera, me cuidó y se preocupó por mí, pero nunca me trató como a un hijo. Me crio con una sola idea en la cabeza: convertirme en el guerrero más fiero e implacable del reino. Durante muchísimo tiempo, ese fue mi único objetivo en la vida. A medida que pasaban los años, me hacía más y más fuerte. Me pasaba todo el día luchando, combatiendo, entrenando. Dorothy se fue transformando en la tirana peligrosa que es ahora, así que no tenía tiempo de pensar en otra cosa que no fuese seguir con vida. Necesitaba seguir con vida para continuar luchando al día siguiente.

—Como fichas de dominó —dije.

—¿Como qué? —preguntó, perplejo.

—Oh, solo es un juego del Otro Sitio —expliqué—. Consiste en colocar unas fichas muy pequeñas en fila india de forma que, si tiras una, el resto... Bueno, da lo mismo.

Él soltó una carcajada.

—De acuerdo, no pasa nada. Pero esa fue mi vida durante mucho tiempo. Nunca pensaba en el futuro porque, en el fondo, estaba convencido de que no habría un futuro para mí. Solo pensaba en lo que haría al día siguiente, nada más. Lo tenía asumido. No me habría importado morir tratando de matar a Dorothy. Porque al fin podría... descansar. De hecho, habría sido un

sacrificio que incluso habría agradecido. Así no tendría la sensación de haber fallado a Oz, o a la Orden, o a Mombi o a todos los aprendices que envié a Ciudad Esmeralda a sabiendas de que lo más probable era que muriesen. — Ya no se reía; su mirada se había ensombrecido—. No fue solo Melindra, Amy. Condené a muerte a muchísima gente. Y la mayoría de ellos solo eran niños.

—No puedes pensar así —aseguré—. No puedes, Nox. No fue culpa tuya, sino de Dorothy. No fuiste tú quien los mataste: fue ella. Todo el que entra a formar parte de la Orden sabe a lo que se expone. Yo lo supe desde el momento en que acepté ayudar a Mombi. Tú eres el que no deja de repetirme una y otra vez que estamos en guerra. No entiendo por qué no te aplicas el cuento.

—Porque todas esas personas estaban bajo mi responsabilidad —respondió él—. Seguían mis órdenes al pie de la letra, Amy. Entrené a todos y cada uno de ellos. Sabía cómo se llamaban; conocía su historia familiar, sus esperanzas y sus sueños. Quizá yo no creyera en un futuro, pero todos ellos sí; de lo contrario, jamás se hubieran unido a la Orden.

Su dolor era real, casi palpable. Ojalá hubiera podido aliviárselo. Sin embargo, eso era algo que yo también estaba aprendiendo: no podía cambiar sus sentimientos. Podía decirle lo que pensaba, darle consejos, pero era él quien debía recorrer su propio camino. No podía hacer eso por él. Lo que sí podía era ofrecerle todo mi apoyo con la esperanza de que algún día pudiera perdonarse a sí mismo y se diera cuenta de que había estado atrapado en un bucle sin fin.

—¿Qué habría pasado si hubieras huido? —pregunté—. Te odiarías aún más por eso. Hiciste lo único que sabías hacer, Nox. Lo único. Mombi te crio para que fueses el guerrero más implacable del reino y tú trataste de transmitir esos mismos valores a toda una generación de aprendices. No todos hemos muerto, ¿recuerdas?

Él asintió y me besó la mano.

—Eres mucho más fuerte de lo que imaginas, Amy.

—Gracias por el cumplido, pero ambos sabemos que, si tú no me hubieras enseñado a defenderme y a utilizar la magia, habría muerto. La fuerza de la que tú hablas no es capaz de vencer a Dorothy ni a sus ejércitos. Ni de matar al León. ¿O ya te has olvidado? Estoy viva gracias a ti, Nox. Y no porque me salvaras, aunque sí lo hiciste. Nos hemos salvado el uno al otro. Sigo viva porque tú me enseñaste todo lo que necesitaba saber para sobrevivir. Igual que Lang. Y Melindra. Así que a lo mejor no lo estás haciendo tan mal. ¿De acuerdo?

Él resopló.

—Amy...

—Nox, hablo en serio. No quiero volver a escuchar ni una palabra de esa

tontería de que es culpa tuya que tanta gente muriera en Oz. Es culpa de la persona que los «mató», Nox. Es culpa de Dorothy, y punto. ¿Trato hecho?

Nox abrió la boca para protestar, pero luego la cerró y sacudió la cabeza.

—Lo siento, pero no puedo. Soy incapaz de verlo desde esa perspectiva.

—Pues yo sí.

—Lo sé —murmuró él—. Y esa es una de las cosas que me encantan de ti. Me haces sentir como... si tuviera un motivo para no darme por vencido y sucumbir a la muerte.

Esa confesión me dejó sin palabras. No sabía qué decir. Lo que acababa de oír era la declaración más importante que me habían hecho en toda la vida. Tenía la

impresión de que si respiraba rompería en mil pedazos lo que estaba creciendo entre nosotros, como el trilio que me había mostrado hacía... un siglo, por lo menos.

—Eso es lo que quiero que sepas —añadió en susurros—. Al principio, cuando llegaste a la Orden, reconozco que te presioné. Quería que te rindieras, que te marcharas. Porque ya en aquel momento me di cuenta de tu bondad y me negaba a que siguieras con nosotros. Me aterrorizaba tener que enviarte a una muerte segura a sabiendas de que no estabas preparada. Y no me veía capaz de soportar el peso de la muerte de otro guerrero sin experiencia sobre mi conciencia. Pero era algo más que eso. Tú eras distinta. Veías el mundo con otros ojos. Cuando contemplabas Oz, veías lo que Dorothy había hecho, pero también veías la belleza que había allí. Sabías lo que era sentirse maravillado. Y no había conocido a alguien así desde que era niño. Gert y Mombi se dieron cuenta y creyeron que podrían utilizar lo que sentía por ti para controlarme. —Respiró hondo y continuó—: Y ahora, míranos.

Me había quedado tan petrificada que se me había olvidado respirar. El silencio nos envolvió como un manto de seda, encerrándonos en nuestro mundo particular. En ese momento, en ese preciso instante, todo dejó de existir. Solo estábamos los dos... y nuestro amor. Y entonces, al fin, pude expresar con palabras aquel sentimiento tan hermoso que crecía en mi interior.

—Te quiero —susurré.

Daba igual las veces que lo dijera; sabía que nunca me acostumbraría a articular esas dos palabras. Estaba abriéndole mi corazón. Y sabía que jamás podría sentir algo parecido por otra persona.

Y lo más fascinante de todo era que aquel sentimiento era recíproco.

## DIECIOCHO

*L*ang apareció en la sala: estaba impresionante. Su disfraz consistía en un corpiño muy ajustado adornado con unas preciosas plumas negras cosidas combinadas con obsidianas que parecían absorber la poca luz que irradiaban las antorchas. La cola era una tira larguísima de plumas relucientes, que dejaban al descubierto unas piernas enfundadas en mallas negras. Y el toque final: una máscara negra azabache que se adaptaba a la perfección a sus facciones, con un tocado de plumas que caían hacia atrás, como si fueran un par de alas negras.

—Vaya —exclamé.

Estaba espectacular.

—Admito que los disfraces me fascinan —respondió Lang con humildad—. ¿Estáis preparados?

Fui a buscar a Madison a su habitación y después nos armamos hasta los dientes; escondimos varios cuchillos y puñales bajo nuestros disfraces.

—Vamos —dijo Lang.

Cuadré los hombros y cogí a Nox de la mano.

Dejamos atrás la madriguera de Lang y regresamos a aquel lago subterráneo tan espeluznante. El barco dragón nos estaba esperando.

—Debemos pasar desapercibidos; nadie puede reconocernos —dijo Lang después de que subiéramos al barco y zarpáramos—. En algún momento, el rey Nome me reconocerá, pero tenemos que intentar que sea lo más tarde posible. El tiempo es oro.

Después levantó los brazos y cerró los ojos. Durante unos segundos no ocurrió absolutamente nada. Y, de repente, Madison ahogó un grito.

Las alas del dragón se desplegaron y todas las superficies del barco empezaron a relucir con un brillo iridiscente, como aceite sobre agua. Del casco negro y curtido de la embarcación brotaron unas plumas blancas; su cuello, hasta entonces cubierto de escamas, comenzó a estirarse, imitando así la curva sinuosa y elegante de un cisne. Lang seguía moviendo los dedos y, de pronto, distinguí el aroma de algo eléctrico y picante; ese olor me recordó al cielo antes de una gran tormenta.

Magia.

Ante nuestros ojos, el barco dragón se estaba transformando en algo irreconocible: en un cisne. En Ev, Lang había usado su magia para convertirse en un camaleón, en alguien que cambiaba su rostro constantemente. Toda su vida era un disfraz.

Me pregunté qué le pasaría si, al final, ganábamos esa guerra, si ya no tuviera que esconderse nunca más. ¿Sería capaz de volver a una vida normal, de poder deambular por el mundo como ella misma, y no como otra persona?

Tal vez, después de tanto tiempo viviendo así, ya no sabía quién era en realidad. Mi viaje por el Camino de Baldosas Amarillas había sido esclarecedor y me había resuelto muchas dudas. Ahora me conocía mucho mejor. Y era más fuerte. Lang era una chica tan fuerte como un roble, además de astuta. Solo esperaba que pudiera gozar de la misma recompensa que yo, con un sentido de identidad más claro.

El capitán escarabajo timoneaba la embarcación por los canales subterráneos de Ev con una destreza increíble. Enseguida empezamos a cruzarnos con otras embarcaciones, todas a rebosar de personas ataviadas con trajes espectaculares. En cuestión de minutos, aquel laberinto solitario se volvió un hormiguero. Algunos barcos tenían vida propia, como el nuestro. Advertí cisnes gigantes con arreos dorados, peces del tamaño de un coche e incluso un cocodrilo enorme que parecía sacado de una pesadilla. Otros, en cambio, estaban hechos de madera y metal. Unos parecían tan delicados que daba la sensación de que una ola fuera a inundarlos mientras que otros parecían moles tan sólidas como un tanque. Al igual que nosotros, todos los tripulantes de esas embarcaciones iban disfrazados. Vi pájaros exóticos y reptiles multicolores, animales salvajes que reconocí a primera vista y muchos otros que no sabía qué eran. Una mujer iba disfrazada de lechuza, con plumas color nieve adornadas con diamantes. Otra llevaba un mono de color negro azabache, como el de una pantera. Le iba tan pegado al cuerpo que parecía una segunda piel, aunque era un pelín corto. De hecho, le iba tan corto que en cualquier momento iba a mostrar sus partes íntimas a todo aquel que mirara. Sus acompañantes iban vestidos de Hombre de Hojalata, qué mal gusto, pensé, y del Mago de Oz. El segundo había elegido un traje de tres piezas y un sombrero. A diferencia del verdadero Mago, era un tipo joven, guapo y tenía una melena envidiable. Y, a diferencia del verdadero Mago, estaba vivo. Sin querer, me fijé en el pecho metálico de aquel Hombre de Hojalata falso y rememoré el momento en que había sostenido su corazón palpitante en mi mano. Me estremecí.



Había algo que me inquietaba. ¿Cómo era posible que los ciudadanos de Ev supieran cómo era un pájaro si se habían pasado toda su vida bajo tierra? Tal vez soñaban con lugares lejanos e imposibles, como había hecho yo en Kansas. Miré a mi alrededor y me percaté de la gran diferencia de clases sociales en Ev. La gente adinerada lucía trajes delicados y espléndidos, adornados con piedras preciosas que irradiaban luces multicolores en aquellos canales oscuros. Los pobres, en cambio, viajaban en embarcaciones mucho más sencillas y lucían disfraces muy austeros;

algunos solo llevaban máscaras improvisadas, hechas de madera y atadas a la cabeza con unos hilos raídos.

—Cuánta gente —susurró Nox al ver la muchedumbre que inundaba aquellas cuevas subterráneas; en todos los canales había algún atasco, de tal forma que todos avanzábamos muy lentamente.

Aunque nos ocultábamos tras las máscaras, seguimos actuando con precaución y tratamos de no establecer contacto visual con ningún otro invitado.

—La invitación no podía declinarse —dijo Lang—. Y el rey Nome tiene aterrorizados a todos los ciudadanos de Ev. Da lo mismo que no hayan oído hablar de Dorothy, están muertos de miedo. Porque el rey no es... amable con la gente que se atreve a desafiarle.

Pensé en las cicatrices que tenía Lang en la espalda y me estremecí.

Por fin vi lo que debía de ser la entrada al palacio del rey Nome: llegamos a una caverna enorme y abovedada. Las paredes relucían con rubíes del tamaño de mi cabeza y brotaban de la roca como si fueran flores carmesí. Unos faroles de color rojo flotaban en el aire; irradiaban un resplandor rojo, de modo que las hordas de barcos parecían fantasmas silenciosos. Miré de reojo a mis compañeros; bajo aquel resplandor sobrenatural, los disfraces de Madison, Nox y Lang parecían haber cobrado vida propia, como si los propios trajes fueran criaturas vivas.

Al final del canal se extendía un muelle inmenso, donde un ejército de criaturas armadas hasta los dientes y de tez pálida observaban impassibles el desembarco de los invitados. Eran seres horrendos y nauseabundos; tenían unos músculos desproporcionados y todo el cuerpo recubierto de cicatrices y tatuajes. A simple vista parecían mezquinos y crueles. Debían de ser cavadores. Los ayudas de cámara, ataviados con sus trajes de gala, amarraron los barcos a lo largo de aquel puerto oscuro.

Esperaba oír murmullos de emoción, cuchicheos, conversaciones, a gente opinando y criticando los modelitos de los demás. Vamos, lo típico en

cualquier fiesta. Pero los invitados de Dorothy parecían haberse quedado mudos. Ricos o pobres, daba lo mismo, todos tenía una cosa en común: estaban aterrorizados. Miraban a su alrededor con los ojos como platos, asustados. El silencio que reinaba en aquel muelle podía cortarse con el filo de un cuchillo. De haber pasado un pájaro volando, se habría oído, desde luego. Tragué saliva. No podía flaquear ni dejar que esa situación me hiciera vacilar. No ahora.

—Pues ya hemos llegado —murmuró Lang. Primero me miró a mí, después a Nox y, de repente, nos estrechó entre sus brazos. Fue de esos abrazos que te dejan sin aire

en los pulmones—. Gracias —susurró—. Yo... me alegro de poder contar con vuestra ayuda.

Las palabras salieron de su boca a toda prisa. Estaba siendo sincera, pero no sonó natural. Era evidente que no estaba acostumbrada a ser sincera.

—Claro que sí —dijo Nox, cogiéndola de la mano. Y después, añadió—: Lang, quiero que sepas...

Pero ella negó con la cabeza.

—Ahórratelo —murmuró—. Tendremos mucho tiempo para ponernos al día después de matar a Dorothy —dijo—. Juntos.

Nox asintió y decidió darle un abrazo sincero y fuerte. Cuando se separaron, Lang tenía sus ojos verdes llenos de lágrimas.

Nuestro barco estaba a punto de llegar al muelle. El capitán lanzó un cabo a uno de los criados para que nos ayudaran a acercarnos a la inmensa piedra negra que hacía las veces de muelle para que así pudiéramos apearnos. A nuestro alrededor, mucha gente estaba haciendo lo mismo.

Ya habíamos llegado. Por fin. Y todo gracias a ella. Era la fiesta más impresionante y más concurrida a la que jamás había asistido. Ni siquiera el reportaje de la revista *People* sobre la boda real de la princesa Diana me había parecido tan espectacular. Recordaba esas fotografías porque mi madre solía coleccionar esa clase de revistas.

Con tantísima gente supuse que no nos costaría pasar desapercibidos entre la muchedumbre. Pero, una vez más, sentí ese hormigueo en la nuca, esa incómoda sensación de que allí sucedía algo más. No tenía ninguna prueba para demostrarlo, pero algo no encajaba. Aquel no era el estilo de Dorothy. Era una chica egoísta, superficial y frívola, al menos en relación con ciertas cosas. Pero no era tonta. Y siempre tenía un plan.

Tantísima gente en un lugar tan diminuto... Eso era muy arriesgado para alguien tan paranoico como ella. Incluso contando con los soldados del rey Nome, había demasiada gente desfilando por aquella pasarela, a punto de

entrar en el palacio real. Sería imposible controlar a todos y cada uno de ellos.

¿Por qué Dorothy iba a permitir tal amenaza?

Desterré todas esas preocupaciones de mi cabeza y bajé del barco. No podíamos hacer nada, salvo permanecer alerta y prestar atención. Llegados a ese punto, era imposible dar media vuelta y marcharnos de allí. No dejaban de llegar barcos, por lo que no podríamos huir sin llamar la atención.

Para bien o para mal, la misión ya había empezado. Y albergaba la esperanza de que en esa ocasión la suerte o la magia estuviera de nuestro lado.

Seguimos a la multitud y cruzamos unos portones metálicos con rubíes encastados. Después nos adentramos por un pasillo que, por suerte, no era muy estrecho. Las paredes eran de la misma piedra negra que el muelle. La superficie estaba tan pulida que parecía un espejo. Miré de reojo el reflejo de mi disfraz. El aire que se respiraba allí dentro era caliente y un poco pesado. Aprecié el perfume del resto de los invitados, pero también olía a sudor y a miedo. En todos los rincones resonaba una melodía espeluznante. Me daba la sensación de estar en la *rave* más delirante del mundo. Esa noche marcaría el final de una era en Oz. Desde luego, no podíamos haber elegido un escenario más tétrico.

El final. ¿De veras lo sería? Si no matábamos a Dorothy, ella nos mataría a nosotros. Lo haría sin dudar. Y, suponiendo que lográramos vencerla, todavía nos quedaría el rey Nome. Aquello no resultaba nada esperanzador, pero no iba a perder la fe. Habíamos llegado hasta aquí. Yo había llegado hasta aquí.

Pero ¿qué pasaría si conseguíamos lo que habíamos venido a hacer? Si salíamos victoriosos de ese palacio, tendría que ingeniármelas para poder volver a Oz. Y, además, quería cumplir con la promesa que le había hecho a Madison. Sin embargo, si al final lograba encontrar la manera de regresar a Kansas, tendría que tomar una decisión.

¿Mi madre o Nox? ¿Kansas u Oz?

En ese momento recordé que, hacía muchísimo tiempo, Dorothy también había tenido que tomar esa decisión.

Seguimos avanzando en silencio por el pasillo.

Cuando entré en el salón de baile del rey Nome, justo después de Nox, no pude contener la emoción y ahogué un grito. Aquel salón era increíble. Jamás había visto nada parecido. Y, a pesar de la situación, de la tensión y de todo lo que estaba a punto de ocurrir allí dentro, no pude evitar sentirme asombrada. Era uno de los lugares más hermosos en los que había estado: una inmensa cueva subterránea, con el techo iluminado de estalactitas de rubíes que irradiaban un resplandor rojo escalofriante, pero hermoso al mismo tiempo. El suelo era de piedra, pero estaba tan pulida que parecía un espejo.

En las paredes había varios candelabros que más bien parecían musgo; después de tantos años, las velas se habían convertido en esculturas retorcidas y derretidas de cera. Por el aire revoloteaban unas polillas rojas cuyas alas eran tan grandes como mi brazo; emitían la misma luz rubí que las estalactitas y cada vez que batían sus alas desprendían una nube de polvo rojo. Pasados unos minutos, el interior de la cueva se había llenado de nubecitas rojas que latían al mismo ritmo que la música.

A pesar del tamaño de aquella cueva, hacía un calor sofocante. Unos centinelas con expresión adusta y severa controlaban la cueva desde todos los rincones. Eran criaturas pálidas y esqueléticas. En lugar de disfraces, llevaban una armadura que combinaba trozos de metal deslustrado y parches de cuero. Sin embargo, llevaban el pecho descubierto, mostrando así unos diseños espantosos. Lang nos había contado que eran una especie de tatuajes que se hacían cortando la piel y tapando las heridas con polvo de carbón.

Sujetaban lanzas, espadas y otras armas aún más siniestras que, con tan solo mirarlas, me pusieron los pelos de punta: cadenas de las que colgaban bolas de hierro con púas, bates de madera repletos de clavos afilados, látigos de cuero que acababan en tiras de acero. Supuse que el rey Nome había querido recordar a sus invitados que estaban allí gracias a su generosidad y que cualquier acto de insumisión sería castigado... con la muerte. Eché un vistazo al salón, pero no vi al rey Nome por ningún sitio.

La mayoría de los invitados habían aprovechado la ocasión para enfundarse disfraces diminutos. Un baile de disfraces era la excusa perfecta para exhibirse y mostrar más piel de lo normal. Muchos iban disfrazados de cortesanos de otra época, con enormes pelucas blancas empolvadas, trajes de terciopelo con cola y vestidos peligrosamente cortos y ajustados. Las mujeres de la alta sociedad parecían árboles de Navidad; se habían puesto las joyas que atesoraban. Todas llevaban varios anillos de oro con alguna piedra preciosa del tamaño de un huevo. Les brillaba la piel, por los polvos de purpurina que se habían esparcido por todo el cuerpo... y por el sudor. Incluso los hombres se habían engalanado con joyas para asistir a la ceremonia: brazaletes decorados con rubíes y anillos con rubíes encastados, un guiño a la piedra favorita del rey Nome. Pensé en toda la gente que habíamos visto en las aldeas y que se morían de hambre. Podrían alimentarse durante un año entero con lo que valía uno de esos brazaletes. Luego traté de deshacerme de tal idea. Estábamos allí por otro motivo.

Los invitados deambulaban por la inmensa cueva, saboreando el licor carmesí que nos habían servido en copas también rojas. El salón también estaba sumido en un silencio espeluznante. La mitad de los asistentes estaba aprovechando la oportunidad para zampar todo lo que podía.



Un criado pasó por mi lado y cogí una copa de la bandeja que sostenía; tomé un sorbo de aquel licor. Me quemó la garganta, pero también me dio el coraje que necesitaba. Me fijé en Lang, que estaba charlando con un tipo disfrazado de hada. Se había atado a la espalda unas alas enormes hechas de alambre y gasa. Además llevaba

una corona de ónice y gemas de color granate. El rey Nome no me caía bien; de hecho, le despreciaba, pero tenía que admitir que sabía organizar una buena fiesta.

Me quedé donde estaba, justo delante de la tarima sobre la que se celebraría la boda. En ese momento estaba desierta. Y fue entonces cuando caí en la cuenta de que no me había despedido de Nox, por lo que morir no era una opción. Me giré y nos miramos. Aunque lleváramos máscara, nuestras miradas hablaban por sí solas. No hicieron falta las palabras. Me acarició la mano y después se dio media vuelta y desapareció entre el gentío.

No logré localizar a Madison. Confiaba en que estuviera siguiendo las indicaciones al pie de la letra: pasar desapercibida y no meterse en ningún lío.

De repente, un ruido resonó en mitad de aquella sala. Y entonces se hizo un silencio sepulcral. La música dejó de sonar y todos los invitados enmudecieron de inmediato. Se miraban con expresión de profunda preocupación. De pronto, se abrió una grieta en la pared del fondo, revelando una puerta secreta por la que aparecieron varios guardias. Llevaban un trono gigantesco de rubíes y obsidianas. El rey Nome se dejó caer sobre el trono; apoyó una pierna sobre el reposabrazos y, con cara de aburrimiento, empezó a balancearla. Llevaba una corona de hierro forjado sobre la calva y un traje de cuero negro. Sin embargo, no llevaba camisa y, puesto que no se había abrochado la chaqueta, su pálido torso quedaba al descubierto.

Sin embargo, había un detalle que destacaba sobre todos los demás: alrededor del cuello llevaba una cadena de hierro de la que colgaba un rubí gigantesco. Sus uñas plateadas, que había limado de forma que acababan en punta, hacían juego con las botas de cuero negro que había elegido para la ocasión, ya que la punta también era de acero. Sin embargo, sobre todo me fijé en el puñal que llevaba atado al cinturón y sentí un escalofrío por todo el cuerpo.

Los guardias colocaron el trono sobre la tarima y, casi de inmediato, se postraron ante él, con la frente pegada al suelo. De pronto, todos los invitados que merodeaban por el salón empezaron a imitar el gesto y se tiraron al suelo. Nadie quería ser el último en quedarse de pie. Así que, sin pensármelo dos

veces, hice lo mismo.

—Saludos, mis leales y comprometidos súbditos —dijo el rey Nome; no alzó la voz, pero la frase resonó en aquel inmenso salón. Al pronunciar la palabra «leales» se le escapó una mueca de desprecio, como si supiera que la mayoría de sus súbditos no lo eran. Y la verdad es que sus súbditos no eran leales; le obedecían porque estaban aterrorizados, por nada más—. Gracias por asistir a mi pequeña fiesta. —Como si hubieran tenido opción de no ir—. Por favor, no os arrodilléis ante vuestro rey. Ya sabéis que en este reino no existe la jerarquía. Todos somos iguales —añadió. Pero nadie se movió. Nadie quería ser el primero en ponerse en pie—. Levantaos, levantaos

—dijo, impaciente; al ver que empezaba a ponerse de mal humor, sus invitados se apresuraron a levantarse.

Parecía más engreído y seguro de sí mismo de lo habitual, lo cual ya era mucho decir. De pronto, miró por encima del hombro y fue entonces cuando me percaté de la silueta que había entre las sombras, justo detrás de él. Un segundo después esa misma silueta dio un paso hacia delante.

Me quedé sin aliento. De hecho, aquella visión me impactó tanto que di un paso hacia atrás para esconderme detrás del gigantesco sombrero de plumas que llevaba la mujer que tenía justo enfrente.

Dorothy. Tenía la tez pálida, casi enfermiza, pero entre el bochorno que hacía en el salón y el calor que debía de estar sufriendo bajo aquella máscara, estaba como un tomate. El disfraz que había escogido no podía ser más acertado para ella: iba vestida de serpiente. Llevaba un vestido ajustadísimo de color rojo, con miles de lentejuelas del mismo color cosidas y que creaban la ilusión de escamas. Le marcaba su cintura de avispa y las curvas sinuosas de sus caderas y sus piernas. Fui bajando, hasta llegar a sus pies. Ahí estaban. Aquellos tacones rojos brillaban con luz propia.

—Mis queridos compatriotas —empezó el rey Nome—. Nos hemos reunido hoy aquí para... Esperad, creo que me he adelantado un poco, ¿verdad? —Después soltó una risita tonta que se convirtió en una risa histérica que retumbó en aquel salón; sus súbditos le observaban perplejos y confundidos. Nadie entendió qué había de gracioso en ese comentario, pero tenían tanto miedo a las represalias que se echaron a reír como locos—. Esa parte viene después. Estoy seguro de que muchos os estaréis preguntando por qué estáis aquí. Además de para beberos mis bodegas y zamparos mi comida —dijo, y volvió a desternillarse de risa—. Pero tengo noticias maravillosas para todos vosotros. Como ya sabréis, el reino de Oz nunca se ha preocupado por nosotros. Mientras Ev se marchita y las cosechas se queman, Oz no deja de prosperar. Pero en lugar de ofrecernos su ayuda, los ciudadanos de Oz prefieren vivir en su egoísmo e ignorancia.

Al oír eso, Dorothy se aclaró la garganta y el rey Nome cerró sus manos huesudas en puños.

—Pero hoy —prosiguió— todo eso va a cambiar. Porque hoy es el día en que Oz y Ev se unirán en un solo reino. Oz y Ev, hasta ahora dos reinos enfrentados, firmarán la paz. Y esta nueva unión será gobernada por el líder más poderoso, benevolente y generoso que jamás han conocido ambos mundos.

A su lado, Dorothy se puso rígida, tensa. Si yo me había dado cuenta de ese tropiezo, ella seguro que también. «Un» líder. No dos. No hacía falta ser un lince para saber qué significaba eso.

—Todos los presentes tendréis el gran honor de ser testigos del momento más memorable de la historia de Ev —continuó el rey Nome, ajeno al error que acababa de cometer.

Entonces hizo señas a Dorothy para que se acercase. Ella avanzó con delicadeza hasta el trono. El rey Nome por fin se dignó a levantarse para recibirla. La cogió de la mano y echó un vistazo a la multitud.

—Queridos ciudadanos de Ev —entonó el rey Nome—, preparaos para...

Dorothy se aclaró de nuevo la garganta, esta vez más alto. El rey Nome interrumpió su discurso y la miró un tanto desconcertado. No sabía si sospechaba lo mismo que yo, que su prometido planeaba asesinarla justo ahí, delante de todo el mundo, pero no parecía muy preocupada por ello.

Miré sus zapatos rojos con disimulo y, de repente, noté un hormigueo en mis pies. Y entonces lo comprendí. «Por supuesto —pensé—. Puede usarlos.» Esa zorra

siempre se guardaba un as bajo la manga, ¿no?

Me fijé más en sus zapatos y entonces lo vi: ese halo de magia a su alrededor; tal vez ahora que los zapatos habían vuelto a su lugar de origen eran más poderosos. Dorothy inspeccionó a la multitud con una majestuosidad glacial y con una mano apoyada en el respaldo del trono del rey Nome. Una criatura diminuta y muy extraña se había acurrucado a sus pies. Iba disfrazada de arbusto... o de algo parecido.

—Mi prometida hace bien en recordarme por qué estamos hoy aquí —anunció por fin el rey Nome—. Antes de que empiece la ceremonia, ¡quiero que celebremos este momento tan especial! —exclamó con una gran sonrisa—. ¡A bailar y a disfrutar! —cacareó, y se puso a aplaudir.

La mujer que tenía al lado estaba temblando de miedo. Otros invitados intercambiaron miradas de confusión e indecisión.

—¡He dicho que a bailar! —bramó el rey Nome—. ¡Y a disfrutar!

Eso debía de haberlo aprendido de Dorothy, desde luego. Los invitados se pusieron en pie, sorprendidos, y luego, poco a poco, todos empezaron a moverse con una torpeza increíble. Parecían muertos vivientes. Bailaban de forma extraña, triste y silenciosa. Meneaban los brazos sin sentido alguno. No sonaba ninguna música y, por lo tanto, nadie seguía un ritmo en particular. Unos daban vueltas como locos, otros contoneaban las caderas... Pero todos estaban atemorizados.

De repente, en una esquina escondida, una orquesta de músicos dispares y desharrapados empezó a tocar un vals errático y desentonado. No había invitado que no estuviera en la pista de baile. Eso sí, todo el mundo bailaba sin gracia ni elegancia; se movían sin ton ni son, como zombis bailando en la discoteca más triste del planeta. Los músicos también eran horribles. Uno de ellos tenía los tobillos encadenados. A

otro le faltaba una oreja. Y otro tenía un vendaje con manchas de sangre alrededor del pecho.

Aparté la mirada. No podía ayudarlos. Tan solo podía hacer lo que había venido a hacer: acabar con Dorothy y derrotar al rey Nome de una vez por todas.

Dorothy echó la cabeza hacia atrás con una sonrisa de júbilo, moviéndose al ritmo de la música y contoneando las caderas, como si de veras creyera que todo el mundo se lo estaba pasando en grande. Yo me balanceaba hacia un lado y otro mientras me mezclaba con otros invitados para no llamar la atención. Sin embargo, a diferencia de los demás, que empezaban a bailar como si se hubieran tomado un barril de cerveza, traté de mantener la calma y conservar la energía.

Pasados unos minutos, los ánimos empezaron a decaer y a muchos invitados les flaqueaban las fuerzas. Estaban muertos de hambre, agotados y aterrorizados, así que ya no eran capaces de seguir el ritmo. El rey Nome seguía aplaudiendo como un loco. Dorothy, que parecía exultante, taconeaba y meneaba las caderas; ninguno se dio cuenta de que varios asistentes se habían desmayado en mitad de la pista de baile. En cuanto se desplomaban sobre el suelo, los cavadores acudían de inmediato y sacaban a rastras sus cuerpos inertes del salón de baile.

Y, cuando ya estaban fuera, a pesar de la música, oía sus gritos.

Tuve que hacer de tripas corazón para no huir de allí. Quería ayudarlos, rescatarlos. Y prefería no imaginarme las torturas a las que los estarían sometiendo. Sin embargo, sabía que no serviría de nada. Para acabar con los juegucitos del rey Nome, un ser siniestro y perverso, teníamos que completar la misión, así que opté por hacer oídos sordos e ignorar aquellos lloros desconsolados. Aun así, se me había formado una especie de nudo en el estómago.

Al fin, el rey Nome alzó una mano y la música dejó de sonar. Los músicos estaban exhaustos; jadeaban y tenían los ojos desorbitados. El esfuerzo los había consumido, literalmente. Uno de ellos había perdido el conocimiento



durante el concierto y había desaparecido, pero todos sus compañeros evitaban mirar el vacío que había dejado. Los invitados dejaron de bailar de inmediato. Una vez más, se hizo un silencio sepulcral. Un silencio que rompió un bramido atormentado. Y, de repente, esa voz enmudeció.

Nadie se atrevió a musitar palabra. El rey Nome se puso de pie.

—Queridos hermanos, nos hemos reunido hoy aquí —empezó y, una vez más, se echó a reír de ese chiste que solo él comprendía.

Mientras soltaba una perorata sobre todos los favores que Oz le debía a Ev, y acerca de cómo esa unión, la de Dorothy y él, iba a cambiarlo todo, tuve una sensación muy extraña; sentí que su voz se deslizaba por todo mi cuerpo, como si

fuera un gusano que se hubiera colado por mi oído y ahora estuviera intentando devorarme desde dentro.

Me entraron arcadas, pero clavé la mirada en el suelo y traté de controlarme; me aterrorizaba que me viera y me reconociera. Dorothy seguía rondando por la tarima, por detrás del trono, con aquella sonrisita vacía pegada en la cara.

Lo único que tenía que hacer era pasar desapercibida, no llamar la atención. Lang esperaría hasta que empezara la ceremonia para lanzar la señal. La farsa duraría hasta entonces, así que tenía que aguantar.

Tras un discurso que se me hizo eterno, el rey Nome se quedó callado. Le ofreció la mano a Dorothy, que dio un paso hacia delante.

—Mis queridos ciudadanos de Ev —anunció el rey Nome—, dejadme que os presente a vuestra futura reina, la Matabrujas, la legítima gobernante de Oz.

Dorothy echó los hombros hacia atrás y levantó la barbilla con orgullo. Estaba a punto de dirigirse a un público que no la adoraba precisamente. Pero Dorothy era de esa clase de chicas que se crecía ante la adversidad y que siempre estaba a la altura de las circunstancias, fuesen las que fuesen. Y es que a ella le encantaba ser el foco de atención.

—Saludos, mis queridos súbditos —ronroneó—. Me llena de felicidad poder conoceros por fin a todos. Pero antes tengo que anunciar algo muy importante —dijo, y se apartó la máscara—. Quiero presentaros a una invitada muy especial que esta noche ha querido honrarnos con su presencia.

No podía estirar más esa sonrisa.

—Debo decir —continuó— que, en general, aborrezco a los que se cuelan en las fiestas, pero en esta ocasión estoy entusiasmada porque no esperaba encontrarme a alguien tan especial en mi boda. Con o sin invitación, bienvenida.

Dorothy echó un vistazo a la multitud. Se me aceleró el pulso. Me estaba

mirando directamente a mí.

—Hola, Amy —dijo. Su sonrisa grotesca se transformó en una mueca maléfica—. ¿Vas a matarme ahora?

## DOROTHY

*J*usto antes de que empezaran las celebraciones, me miré en el espejo de mis aposentos y me alisé el pelo. Aunque suene mal que yo lo diga, estaba sencillamente perfecta. No pude evitar echar un último vistazo. Y, al hacerlo, sentí un suave hormigueo en el estómago: mariposas.

Sé que parezco una chica muy segura de mí misma, que rezumo confianza, pero voy a confesarte un pequeño secreto: ¡las fiestas siempre me ponen un pelín nerviosa! Los preparativos. El vestido. El baile. Los pretendientes. Los muertos.

A estas alturas ya deberías saber que siempre tengo un plan, y mi propia boda no iba a ser una excepción. Después de todo, iba a ser un día muy especial, un día en el que yo sería la protagonista. Y no estaba dispuesta a dejar que una conspiración absurda y estúpida lo arruinara.

No era tonta y sabía que, a pesar de todas mis artimañas, el rey Nome iba a intentar matarme.

Casi admiraba su atrevimiento.

Y aunque no pretendiera llegar tan lejos, estaba convencida de que no iba a dejar que me saliera con la mía. Lo segundo que debes saber de mí es que siempre siempre me salgo con la mía. Tarde o temprano, consigo lo que quiero.

No podía saber qué me tendría preparado para esa noche, pero daba lo mismo porque iba dos pasos por delante de él. Mi querido prometido había

dejado un cabo suelto, Amy Gumm y su juguete sexual. No contaba con ellos, pero yo sí.

Debo admitir que estaba emocionadísima. ¡Qué ilusión! Pasara lo que pasase, aquella iba a ser la fiesta del año.

Bupu entró en la habitación para traerme el último detalle de mi disfraz: una serpiente de verdad que se enroscaría a mi alrededor.

Miré a la munchkin.

—Eres una buena amiga, Bupu.

Mientras me vestía, le hablé sobre mis amigos, sobre el Espantapájaros, el Hombre de Hojalata y el León, y sobre todas las cosas que deseaban cuando los conocí. Le conté que yo les había ayudado a hacer realidad sus sueños.

—No soy como ellos —murmuró ella—. No soy inteligente ni valiente. Y tampoco puedo presumir de un corazón generoso y bondadoso.

—Bupu, tú me ayudaste, a pesar de no tener que hacerlo. Eso demuestra el inmenso corazón que tienes. Y decidiste ayudarme a sabiendas de que podrían haberte arrancado la piel a tiras por ello. Eso es valor. Y fuiste lo bastante lista como para conseguir la información que necesitaba. Eso es ser inteligente.

Bupu esbozó una sonrisa.

La amistad no debe ser interesada, pero funciona mucho mejor cuando los objetivos de ambas partes están alineados. Bupu y yo habíamos llegado a un acuerdo. Y ese acuerdo iba a salvarnos a las dos.

Di varias vueltas para que Bupu pudiera admirarme y dedicarme un par de cumplidos. Todo estaba preparado. El disfraz. Mi pelo. Y tenía más ganas de vivir que nunca.

El rey Nome llegó puntual a la cita. Llamó a la puerta y entró en la habitación.

—¿Estás lista, querida? —preguntó.

Debo decir que no parecía un novio enamorado, y tampoco se molestó en disimularlo. Después miró a Bupu con gran desprecio. La pobre estaba pegada a mi pierna. Estaba muy seria y nerviosa.

Frunció el ceño.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó.

—Es mi dama de honor, querido. Es la tradición.

Se encogió de hombros y lo dejó correr.

—Como desees —farfulló. El rey Nome sabía muy bien que Bupu no representaba ninguna amenaza. Y, de hecho, no lo era. La amenaza estaba de camino.

O al menos eso esperaba.

Me sentía como una prisionera del montón; el rey Nome me escoltó hasta el salón de baile, acompañado de varios guardias de seguridad. Preferí ignorar esa humillación pública. Después de ese día, no tendría que volver a ver esas criaturas tediosas y aburridas nunca más.

Cada vez estábamos más cerca del salón. Tuve que reprimir la sonrisa. Mi plan estaba funcionando: Amy estaba en el palacio. Podía percibir el poder de sus zapatos, igual que también notaba el poder de mis zapatos fluyendo por mi cuerpo.

El cosquilleo se iba intensificando a medida que avanzábamos por esos pasillos subterráneos. Amy estaba bajo ese mismo techo y cada vez estábamos más cerca. Ambas nos dirigíamos hacia el mismo lugar.

Era casi irónico. Ella creía que iba a matarme; ni se imaginaba que estaba cayendo en mi trampa, que había mordido mi anzuelo. Y sí, alguien iba a morir esa noche, pero

no iba a ser yo, desde luego.

Amy y el rey Nome tendrían lo que tanto ansiaban: su carnicería particular. No podía estar más agradecida por ello, porque, mientras ellos se enzarzaban en una reyerta a vida o muerte, yo aprovecharía para ponerme un poco de brillo de labios y largarme a Oz. Y, por qué no, a lo mejor incluso podría arrancarle esos zapatos plateados de sus pies apestosos y llevármelos a casa. ¡Sería un golpe maestro! Y no era tan descabellado, ¿verdad?

Me pregunté qué cara pondría Glinda al verme vivita y coleando. Cuando descubriera que había logrado sobrevivir y que tenía «dos» pares de zapatos mágicos, no podría hacer nada para detenerme.

Ya había matado a unas cuantas brujas en su día. Y me moría de ganas de volver a hacerlo. Esta vez, lo disfrutaría desde el principio hasta el final.

Ah, qué tiempos aquellos. No pude evitar ponerme un poco nostálgica. Lo de aquella primera bruja malvada, la Bruja Mala del Este, había sido un accidente. No había sido culpa mía que el ciclón dejara caer mi granja justo encima de ella; además, eso había ocurrido antes de que pusiera un pie en Oz.

La segunda vez, al menos, había sido a propósito. Era plenamente consciente de lo que hacía, aunque en ese momento no estaba preparada para disfrutar de la gloria ni de la fama. Había sido la primera vez que había matado a alguien en mi vida. Me sorprendió que resultara tan sencillo.

No me daría cuenta hasta más tarde, pero ese momento me había cambiado para siempre. Matar a la Bruja Mala del Oeste había destapado el potencial que tenía escondido en mi interior, el potencial de ser alguien memorable, grandioso. Después de eso, solo necesité un poco de tiempo (por no mencionar un segundo viaje a Oz) para darme cuenta de qué implicaba ese potencial.

Implicaba que era especial: que era una reina.

Tenía la firmeza y el carácter necesarios para gobernar un país. Era una líder nata. ¿Qué había aprendido durante todas esas horas de clase de historia en el instituto de Kansas? Pues que los mejores líderes eran también los más



estrictos y despiadados. Era un orgullo parecerme en eso a ellos. Además, estaba muy agradecida a las brujas por haberse sacrificado (¡oh, pobrecitas, qué pena!) para que pudiera convertirme en la chica (no, en la mujer) que estaba destinada a ser.

El rey Nome y yo estábamos a punto de entrar en el salón de baile. Me pregunté qué estarían haciendo mis invitados. Mi boda iba a ser el evento más impresionante al que asistirían en sus miserables y patéticas vidas.

—Me prometiste una entrada por la puerta grande, querido —dije.

—Es verdad —contestó él con una sonrisita de superioridad.

Y fue en ese preciso instante cuando me percaté de que mi prometido llevaba un puñal de plata atado a su cinturón. La empuñadura era preciosa, con varios rubíes encastados. Sentí el inconfundible latido de la magia por el filo de ese cuchillo y enseguida lo comprendí: así pretendía matarme. Iba a crear un baño de sangre para poder recuperar los zapatos.

«Inténtalo si te atreves», pensé. Muy pronto estaría volviendo a casa, a Oz. Hogar, dulce hogar. Allí era donde debía estar, en el trono que me había ganado y que merecía.

«Hogar»: la palabra resonó en mi cabeza; durante un breve instante, titubeé. Sentí que un escalofrío me recorría la espalda y un recuerdo enterrado en mi memoria se despertó. No sabía cuál era, pero estaba segura de que era algo que me había dicho alguien una vez.

De pronto, la sombra de la duda rompió mi coraza de seguridad y confianza en mí misma. Traté de ignorar aquel sentimiento y alcé un poquito más la cabeza. No iba a dejar que el rey Nome se metiera en mi cabeza.

Por supuesto que Oz era mi hogar.

El rey Nome me estaba conduciendo por un pasadizo angosto y tortuoso por el que jamás había pasado antes. Me estaba alejando de la entrada principal del salón de baile.

—Nada mejor que una puerta secreta para hacer una entrada triunfal — anunció con una sonrisa, y luego señaló una grieta en la pared de piedra.

Interesante: tomé nota. Ese detalle me habría venido de perlas antes, pero como era un misterio cómo iba a transcurrir la velada, decidí tener bien presente aquella información, por si acaso. Aquel pasadizo era demasiado angosto, pero logré pasar por él. Al final había una cortina de color rojo. Me asomé y vi una especie de estrado; detrás de él, el salón de baile.

La sala estaba abarrotada. No cabía ni un alfiler. Me sentía pletórica. ¡Toda aquella gente había acudido a la fiesta por mí! Y todo el mundo había venido disfrazado, tal y como yo había dicho. El resplandor rojo de los rubíes iluminaba cientos de rostros distintos.

Sin embargo, a pesar de la muchedumbre que había inundado el salón, junto con los criados, los cavadores, los cocineros y demás parásitos, no se oía ni un solo ruido. El silencio que reinaba en aquella cueva era sepulcral. Era como si a todos les aterrara llamar la atención del rey Nome. Sabían por experiencia propia que cada vez que les convocaba ocurría algo horrible. Y la gran pregunta era a quién le tocaría recibir el castigo esta vez.

Sentí la presencia de Amy incluso antes de verla. Sus botas parecían estar llamándome: enseguida la localicé. Estaba cerca del escenario, rodeada de invitados.

Qué chica tan estúpida. Creía que ese modelito ridículo le serviría para pasar desapercibida. Esas botas eran inconfundibles; así que, aunque se hubiera tapado de pies a cabeza, habría dado lo mismo. Me estaban llamando a gritos.

Todo estaba saliendo a pedir de boca. De hecho, ni yo misma lo habría planeado mejor.

El rey Nome hizo señas a los cavadores y, de repente, apareció un grupo con un trono enorme y con miles de rubíes encastados. Él se dejó caer sobre el trono y bostezó.

—¿Dónde está mi trono? —pregunté.

Él sonrió.

—Había pensado que podríamos compartirlo, amor mío. ¿Qué te parece si entras en el salón detrás de mí?

Bupu resopló en voz baja. Metí la mano entre todas las ramas de su disfraz y le acaricié la cabeza para tranquilizarla.

Bueno, tal y como la tía Em solía decir, al mal tiempo buena cara. Respiré hondo, cuadré los hombros y me ajusté la máscara.

Había llegado la hora del espectáculo.

Los cavadores llevaron al rey Nome hasta la tarima. Bupu y yo le seguimos como si fuéramos sus lacayos. Yo me dediqué a sonreír; ya tendría tiempo de hacerle pagar por ese insulto.

Suspiré y él me miró de reojo. Supongo que esperaba verme triste y abatida, como a todos sus prisioneros. Pero en lugar de eso le regalé una sonrisa radiante. Él me devolvió la sonrisa y sentí una punzada en el corazón.

Era una lástima tener que matarle. Pero como reza el dicho: más sabe el diablo por viejo que por diablo. Es imposible cambiar a alguien. Ni siquiera había podido cambiar los hábitos de mi inseparable mascota, *Toto*. Así que tampoco podría hacerlo con el rey Nome.

En cualquier caso, debió de tomarse muy en serio lo que le había dicho, que una boda era una ocasión muy especial. Los invitados le miraban como corderitos y, de repente, los invitó a bailar. Y, para mi sorpresa y deleite personal, ellos obedecieron. Los músicos tocaron un vals maravilloso y los asistentes comenzaron a bailar como auténticos bailarines profesionales. Se lo estaban pasando en grande, desde luego.

Me puse a aplaudir, entusiasmada; durante un breve instante, me olvidé de todos mis problemas. Me fijé en la pista de baile y, de repente, me pareció que todos bailaban como patos mareados. Quizás esa fuese la costumbre en Ev. Pasó un camarero con una bandeja en la mano y cogí una copa llena de un líquido plateado y

burbujeante. Me giré y me lo bebí de un trago. Ya me había tomado una copa del licor más fuerte del rey Nome para calmar los nervios, pero otro sorbo nunca está de más, ¿no?

Estoy segura de que los invitados se habrían pasado el resto de la noche bailando, pero el rey Nome tenía asuntos más importantes de los que ocuparse. Qué pena. Me habría encantado encontrar por fin a mi príncipe azul, a un caballero que estuviera a la altura de mi talento y mi belleza.

Me costaba creer que existiera un hombre tan auténtico y perfecto como yo. De existir, ya lo habría conocido.

Y, de repente, me vino otro recuerdo a la mente, un recuerdo espontáneo y, para qué engañarnos, desagradable.

El Otro Sitio. La tía Em había contratado a un chico durante unos meses. Era guapísimo y siempre se mostró atento conmigo. Solía dejarme regalos en el alféizar de la ventana, pequeños detalles sin importancia como un lazo para el pelo, el huevo de un petirrojo que había encontrado en la pradera, un trozo de pastel aún caliente, recién sacado del horno. A veces, cuando le pillaba observándome, se ponía como un tomate y disimulaba o lo intentaba. Me había enamorado de él hasta las trancas, por supuesto, pero en aquella época era una chica tímida y nunca me atreví a decirle nada.

¿Por qué estaba pensando en él? ¿Por qué justo en ese momento? No tenía ningún sentido. Intenté apartar esa imagen de mi mente, pero me fue imposible.

Tommy. Se llamaba Tommy.

Me pregunté dónde estaría ahora. Y entonces caí en la cuenta de que debía llevar varios años muerto. El tiempo avanzaba de una forma distinta en Kansas. ¿Habría conocido a otra granjera inocente? ¿Se habría casado con ella? ¿Habría formado una familia? ¿Habría construido su propia granja? A lo mejor se había trasladado a la gran ciudad. Era un tipo tan guapo, tan atractivo que, quién sabe, quizá se había convertido en una estrella de cine. Mientras el rey Nome seguía parloteando, rememoré el aroma de Tommy, un

olor a heno recién cortado y a sudor... Recordé su mirada. Tenía los ojos del mismo color del cielo. Siempre me llamaba «señorita Dorothy». Y, cada vez que me veía, inclinaba el ala del sombrero. Le repetí una y mil veces que me llamara Dorothy, sin más, pero él nunca me hizo caso. Recordé...

No. No quería seguir recordando el pasado. Ya había cerrado ese capítulo de mi vida.

Tommy era guapo y encantador, pero, cuando regresé de Oz, cambió su actitud. Me rehuía. «Señorita Dorothy, has cambiado mucho», me decía. Él prefería la otra versión de Dorothy, la que no tenía ni una pizca de magia ni valor. Tommy no era mi

alma gemela, aunque tampoco lo era el prometido homicida que tenía al lado. Sin embargo, al menos el rey Nome me consideraba un miembro de la realeza.

De pronto me invadió otro recuerdo, la tía Em preparando pasteles en la cocina de nuestra casa destartalada.

Después de que Tommy perdiera todo el interés por mí, decidió hacerme un pastel. —No hay nada mejor que un buen pastel para curar un corazón roto —había dicho. —No quiero un corazón nuevo, pero acepto el pastel —había respondido yo, entre

lloros.

Cerré los ojos. Vi a la tía Em, con aquella sonrisa tan cariñosa. La oí reírse y noté el sabor de su pastel en la boca. No sé qué le habría echado, pero sabía a esperanza y canela.

Tras un esfuerzo descomunal, volví al presente. El rey Nome se estaba aclarando la garganta y me miraba con una mezcla de asombro y fastidio. No me había dado cuenta de que había dejado de hablar.

—Mis queridos ciudadanos de Ev —anunció el rey Nome—, dejadme que os presente a vuestra futura reina, la Matabrujas, la legítima gobernante de Oz.

Había llegado el momento, «mi» momento, el momento que llevaba tanto tiempo esperando. De inmediato, todos mis sentidos se agudizaron y los recuerdos se esfumaron. Ya no había marcha atrás. Esa iba a ser mi única oportunidad de escapar del hombre que quería robarme los frutos de «mi» trabajo para colgarse una medallita.

Por extraño que parezca, ser mujer en un mundo de fantasía no es distinto que serlo en el mundo real.

Di un paso al frente y me quité la máscara. Y entonces clavé los ojos en Amy. Era casi irónico: la chica que había intentado matarme varias veces iba a ser quien me iba a ayudar a escapar de aquella jaula. La observé: el disfraz



que había elegido no era espantoso. Dejarse suelta aquella peluca rosa, en cambio, había sido un gran error. Pero quizás era el día que más elegante y glamurosa la había visto desde que su caravana desvencijada la había dejado en Oz.

Ella parpadeó. En su mirada advertí algo más que seguridad. Algo más que odio. Sabía perfectamente lo que había tramado. Después de todo, esa mosquita muerta era más lista de lo que imaginaba. La historia decía que las dos veníamos del mismo mundo, el Otro Sitio. Ambas deseábamos una vida llena de magia, de emoción y de amigos. Y ahí estábamos ahora. Dos ciclones después. Dos chicas del Otro Sitio disfrazadas para mi boda y bajo el mismo techo...

—Hola, Amy —dije—. ¿Vas a matarme ahora? Y, de repente, en el salón de baile estalló el caos.

## VEINTE

*L*as palabras de Dorothy no me pillaron por sorpresa. Esa parte de mi mente exasperante y quisquillosa ya me había advertido que debía estar preparada para algo así. Y, en cuanto abrió la boca, me di cuenta de lo que estaba haciendo.

El rey Nome había dicho que habría «un» líder. Y eso significaba que no pretendía que Dorothy sobreviviera a su propia boda. Solo quería casarse con ella para arrebatarse su magia; después iba a matarla. Era más que evidente que Dorothy estaba al corriente de sus planes. Quería escapar y quería que yo la ayudara a conseguirlo. Estaba tratando de distraer al rey Nome para evitar que la matara.

A su lado, el rey estaba murmurando algo. Al principio creí que estaría farfullando palabras soeces, pero lo más probable era que fuese un hechizo. De pronto, se formó una nube negra sobre su cabeza; el nubarrón comenzó a girar y a escupir tridentes de relámpagos rojos.

Después levantó las manos; estaba a punto de atacar, pero era imposible saber si su objetivo era yo o Dorothy. Supuse que sería yo; no querría matar a Dorothy sin antes robarle su magia. Y, para conseguirlo, tenía que completar la ceremonia.

El salón de baile entró en el caos. La gente empezó a chillar, a arrancarse las máscaras y a correr en estampida hacia la única salida del salón. Los cavadores atacaron con sus látigos y puñales a todos los invitados que se interpusieron en su camino. Ninguno iba armado y, en cuestión de minutos, el aire de aquella cueva empezó a apestar a sangre.

La marea de invitados estuvo a punto de llevarme por delante; pero ese era el momento y tenía que permanecer cerca de la tarima. ¿Dónde estaban

Madison y Nox? ¿Y dónde estaba Lang? No me atreví a echar un vistazo y buscarlos. Dorothy no sabía que había venido a la boda acompañada, muy bien acompañada, de hecho. Ella y yo nos enzarzábamos en un combate a vida o muerte. Y, si ella no se daba cuenta de su presencia, tal vez tendrían una oportunidad de huir de allí. «Dejadme sola», le dije a Nox, con la esperanza de que, por milagro divino, ahora tuviera poderes psíquicos y pudiera oírme entre los gritos de la muchedumbre. «Lleva a Madison a un lugar seguro. No intentes rescatarme.»

Porque esa era mi misión. Esa era mi responsabilidad. Todo eso había ocurrido porque no había tenido las agallas de matar a Dorothy antes.

Me abrí camino entre la oleada de gente: quería llegar al estrado. El rey Nome me arrojó un rayo carmesí directo a la cabeza. Me agaché y lo esquivé. El rayo aterrizó en el suelo y se oyó una especie de chisporroteo.

De acuerdo, ahora ya no me cabía la menor duda de que iba a por mí. Dorothy se escabulló hacia el borde del escenario, con la mirada clavada en él.

Mi intuición no me había fallado. Todo ese numerito formaba parte de su plan; me estaba utilizando como mera distracción. Así, ella podría escapar. La cueva debía de tener una salida secreta, la misma por la que el rey Nome y ella habían entrado. Si dejaba que se marchara, a lo mejor no volvía a tener una oportunidad de oro como esa.

Miré a mi alrededor; los soldados del rey Nome estaban por todas partes y ya habían pasado a la acción. Dorothy los había pillado desprevenidos, pero se habían puesto las pilas muy rápido. Sabía que si me atrapaban, ya no habría nada que hacer. Podría defenderme, pero no por mucho tiempo. Yo era una y ellos..., en fin, eran muchos. Uno se abalanzó sobre mí, con la espada levantada, dispuesto a clavármela en el corazón. Me agaché y rodé por el suelo, pero él siguió todos mis movimientos casi sin despeinarse. Era evidente que el rey Nome se tomaba el entrenamiento de sus soldados muy en serio.

Igual que la Orden. Me habían entrenado para eso y no podía tirar la toalla tan pronto.

Le esquivé una segunda vez y di varias volteretas por el suelo. Quería alejarme un poco para tener más espacio para atacarle. El soldado no se dio por vencido y siguió arremetiendo contra mí con su espada.

Me di cuenta de que siempre atacaba por la derecha y, de repente, me fijé en su brazo. Estaba cubierto por un mapa de cicatrices; la herida había cicatrizado, pero estaba segura de que aún le dolía. Hice una finta hacia la derecha y por fin encontré lo que estaba buscando: un titubeo. El soldado vaciló cuando se movió para proteger su lado más vulnerable. Esa era mi oportunidad. Salté, di una pirueta en el aire y le asesté una patada en la mano

que blandía la espada. La espada cayó al suelo y, sin pensármelo dos veces, la aparté y busqué mis armas.

Sin embargo, antes de que pudiera sacarlas, él ya se había recuperado del golpe y volvía de nuevo a por mí. Se arrojó sobre mí y me rodeó el torso con sus brazos esqueléticos pero más fuertes que el acero. Después me agarró por las muñecas y me dejó inmovilizada.

No iba a rendirme. Empecé a soltar patadas con todas mis fuerzas y, de repente, oí un crujido; le había dado en la rodilla. Él aulló de dolor, pero no me soltó. Se cayó al

suelo y me arrastró con él. Dorothy observaba la gresca con una sonrisa. Se estaba divirtiendo. El rey Nome la miró por el rabillo del ojo. Dorothy se quedó de piedra.

De pronto, él arrugó la frente.

Empezaba a entender que todo aquel tumulto había sido obra de su querida prometida.

Y entonces vi a Nox corriendo hacia mí, empujando a todo aquel que se encontraba por delante.

—¡Vete de aquí! —grité. Me entró el pánico—. ¡Sé cuidarme solita, joder!

Los nervios y la desesperación me dieron esa dosis extra de fuerza que necesitaba.

Me revolví y logré deshacerme del soldado, no sin antes darle un codazo en la cara.

—¡La tarima! —grité, señalando el escenario—. ¡Es lo que importa ahora!

Parecía confundido, pero, al ver que ningún soldado me estaba reteniendo, asintió con la cabeza y se dio media vuelta. Dorothy se estaba alejando de la tarima y no me cabía la menor duda de que se dirigía hacia la salida secreta.

El caos que se había generado en el salón de baile no nos estaba ayudando en absoluto, pero al menos había servido para retener a los guardias. Una mujer, que no dejaba de chillar como una loca, estaba apaleando a un hombre que había intentado arrancarle el collar de oro. Dos guardias habían salido disparados hacia mí, pero aquella mujer se entrometió en su camino y los entretuvo. Aproveché la ocasión para mezclarme entre la multitud y saltar hacia la tarima, donde estaba el rey Nome, con su habitual sonrisa de superioridad.

—Pero..., bueno, bueno, bueno —dijo—. Mirad a quién tenemos aquí, a mi vieja amiga, la señorita Gumm.

Alzó las manos de nuevo y se preparó para lanzarme otro relámpago mágico. Si me daba de lleno, me mataría. Lo sabía. Y, aunque no me había recuperado del todo, logré invocar suficiente magia para crear un escudo protector justo a tiempo. La verdad es que me fue de un pelo.

Y, de repente, Lang apareció a mi lado. Arrojó una bola de fuego que aterrizó directamente en el pecho del rey Nome; su precioso traje de terciopelo empezó a arder con llamas azules y doradas. Él cogió impulso y, con todas sus fuerzas, lanzó un puñetazo al aire. El golpe impactó en la mandíbula de Lang, pero ella mantuvo el equilibrio y cargó contra él. Soltó un bramido ensordecedor y se agarró la pulsera plateada que llevaba alrededor de la muñeca. De pronto, aquel brazaletes (o esposa, según se mirara) empezó a irradiar una luz roja. Le estaba quemando la piel.

—Maldita traidora desagradecida —dijo él; su voz transmitía un odio infinito—. Eres lo que eres gracias a mí. ¿Cómo te atreves a traicionarme?

—No te debo nada —replicó Lang, apretando la mandíbula y soportando el dolor.

Cerró los ojos y gritó algo que no fui capaz de comprender. La imagen me dejó horrorizada: de su mano salían varias columnas de humo. Y entonces caí en la cuenta de lo que estaba haciendo.

—¡No lo hagas! —chillé y, en ese instante, su mano se incendió, literalmente.

El rey Nome trató de extinguir el fuego, pero era demasiado tarde. La piel de su mano se ennegreció y, poco después, empezó a caerse a trozos. Su mano se había convertido en un muñón de cartílagos sangrientos y huesos carbonizados.

La pulsera del rey se deslizó por su brazo, o por lo que quedaba de él, y se cayó al suelo.

—Soy libre —murmuró, jadeando. Tenía los ojos inyectados en sangre. El dolor debía de ser insoportable. Pero Lang no desfalleció ni se acobardó—. ¡Ya no puedes hacerme daño! —bramó—. «Nadie» puede hacerme daño.

Su tono de voz no dejaba lugar a dudas: se sentía triunfante, exultante.

Me pregunté qué podría haber sido en otro mundo, en un mundo distinto. En un mundo que no exigiera este tipo de sacrificio. En un mundo donde no se castigaba a quienes se rebelaban contra un tirano. En un mundo que no te hacía sufrir cada dos por tres.

Pero ya era demasiado tarde para Lang: jamás podría saberlo.

El rey Nome invocó otra monstruosa nube de magia que se cernía sobre él. Se oía un chasquido constante. Era furia mística.

«Va a matarla», pensé. El rey estaba demasiado cerca de ella. No fallaría.

A lo mejor podía ayudarla a defenderse.

—¡Utiliza mi magia y combínala con la tuya! —grité, pero Lang me ignoró por completo.

El nimbo que se arremolinaba sobre la cabeza del rey era del mismo color



que una brasa ardiente. Su magia se estaba acumulando en una sola lanza carmesí.

Y, sin pensárselo dos veces, se la tiró. En cuanto la lanza salió disparada de la nube, ella se abalanzó sobre él.

Lang pretendía quitarle el famoso puñal, el que llevaba colgado del cinturón. Lo agarró por la empuñadura y, en ese mismo instante, el rayo mágico la atravesó. Se oyó un grito. Jamás había oído un grito de dolor tan espeluznante. Se le pusieron los pelos de punta. Lang perdió el conocimiento y se desplomó sobre el suelo, a los pies del rey Nome.

Él la agarró por la parte superior del disfraz y la levantó del suelo. Observé la escena con impotencia. Ya no podía hacer nada para salvarla.

—¿Creías que podías utilizar mi puñal contra mí? —graznó el rey, y se echó a reír a carcajadas ante el cuerpo moribundo de Lang.

Ella ladeó la cabeza y me miró de reojo. Estaba sonriendo.

—Cuida de Nox —farfulló.

Y Langwidere enterró el puñal del rey Nome en su corazón. Se las había ingeniado para sacarlo de la vaina sin que él se enterara. El metal se iluminó. Estaba hecho de magia negra. Le quemó la palma de la mano, pero, aun así, Lang aguantó y no lo soltó.

La explosión fue tan fuerte que me tiró al suelo. Retumbó en cada rincón de la cueva y todo el mundo que estaba en el salón de baile se quedó paralizado: los cavadores que estaban apaleando invitados, los invitados que estaban apaleando cavadores. Todos se quedaron como estatuas de cera, conteniendo la respiración. El rey Nome abrió la boca, atónito. No podía creerse lo que acababa de suceder. Se llevó una mano al pecho y clavó la mirada en la empuñadura de su preciado puñal.

—Mi propio puñal —susurró—. Traidora.

Y, casi a cámara lenta, se fue derrumbando. Cuando golpeó el suelo, se oyó un batacazo que rompió el silencio que se había formado en la sala.

Nox saltó hacia la plataforma, con Madison pisándole los talones. Se arrodilló junto al cuerpo de Lang. Su respiración era acelerada y profunda.

—¿Cómo sabías que iba a funcionar? —le pregunté.

—No lo sabía —respondió ella, e hizo una mueca; en realidad, estaba intentando sonreír—, pero me alegro de haberlo intentado.

—Necesitamos ayuda —le dijo Nox a Lang—. Estás herida. Tenemos que llevarte al barco de inmediato.

Lang tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No estoy herida —murmuró—, me estoy muriendo.

—No digas eso —respondió Nox, desesperado.

Ella tosió, pero no tenía fuerzas ni para eso.

—Nunca has sido capaz de aceptar la verdad.

Se le pusieron los ojos en blanco y se giró hacia mí.

—Eres una buena guerrera, Amy. Y ahora, id a buscar a la zorra de Dorothy y escribid mi nombre con su sangre.

Le cogí la mano.

—Lo haré. Te lo juro.

Después me sonrió y, poco a poco, sus párpados fueron cerrándose.

—Y decidle a Melindra —susurró; se estaba quedando sin aire en los pulmones—. Decidle que yo...

Pero no llegó a terminar la frase. Un segundo después, dejó de respirar.

—Se ha ido —murmuró Nox. Le brillaban los ojos: estaba a punto de romper a llorar.

Me sequé las lágrimas y después miré a mi alrededor.

Dorothy y su diminuta criada habían desaparecido. Estábamos solos.

## VEINTIUNO

—*D*ejemos las penas para más tarde —dije, y levanté a Nox del suelo; no quería que se viniera abajo—. Tenemos que parar a Dorothy y acabar con esto de una vez por todas.

Ambos salimos disparados hacia el angosto pasadizo que había justo detrás del trono del rey Nome. Confiaba en que Madison nos estuviera siguiendo, pero en ese momento mi única preocupación era Dorothy.

La reyerta entre Lang y el rey Nome había durado unos segundos, por lo que suponía que no podía haber ido muy lejos. De hecho, si afinaba el oído podía oír el eco de sus tacones a lo lejos. Seguimos corriendo por aquel túnel serpenteante y tortuoso; perdí la cuenta de las veces que habíamos girado hacia la izquierda o la derecha. Si hubiera tenido que dar media vuelta y volver al salón de baile, no habría sabido cómo. Me habría sido imposible deshacer mis pasos. Sin embargo, estaba convencida de que estábamos pisándole los talones. Algo me decía que nos faltaba poco para alcanzarla.

Y, justo entonces, tuve un *déjà vu* de la primera vez que había intentado matarla; la había perseguido por los inmensos vestíbulos y pasillos del Palacio Esmeralda, pero el Hombre de Hojalata había llegado a tiempo para rescatarla. Se dice que la historia siempre se repite. Pero albergaba la esperanza de que esta vez el final fuera distinto.

Por fin el túnel se abrió a un salón enorme; todas las paredes estaban recubiertas de estanterías llenas de libros. Ni siquiera se veía un centímetro de pared. La biblioteca era espectacular, desde luego. Dorothy y su extraña doncella, que seguía disfrazada de arbusto, estaban junto a una estantería rebosante de libros forrados con lo que, a primera vista, parecía piel humana.

Dorothy se había equivocado; se había confundido y había girado cuando

no debía. Y ahora estaba atrapada. Nosotros éramos tres. Y ella era una. Se percató de su error al mismo tiempo que yo.

—Mierda —farfulló, y puso los ojos en blanco—. Un mapa me habría venido de maravilla.

Después echó un vistazo a mis zapatos y puso cara de asco, de desprecio y, por último, de odio.

—Veo que todavía tienes mis zapatos —dijo.

—No son de nadie —contesté. Aún no había recuperado toda mi magia, pero ella tampoco. Y, teniendo en cuenta que no podría arrojarme ningún hechizo, tal vez un combate cuerpo a cuerpo sería la mejor opción—. De ser de alguien, serían de Lurline.

Lurline. Si quería aparecer por sorpresa, no se me ocurría mejor momento que ese. «Lurline», repetí para mis adentros. Miré las botas. «Dime qué debo hacer. Por favor.»

—Lurline, Lurline —murmuró Dorothy con cara de fastidio—. En fin. Glinda me los regaló a mí. Y Santa Rita, Rita, lo que se da no se quita.

—Pero si tienes un par de zapatos nuevos —dije—. No necesitas los que llevo yo. Y ese fue el comentario que colmó el vaso. Se puso hecha un basilisco. Dorothy se

abalanzó sobre mí; parecía una niña malcriada a la que acababan de contarle que se había cancelado la mañana de Navidad. Se puso a escupirme y a chillarme; las dos caímos al suelo. Me arañó la cara mientras su doncella me apaleaba las piernas con un libro. Me estaba dejando la cara hecha un mapa. Nox intentó separarnos. Madison, que era una experta en peleas cuerpo a cuerpo, cogió lo primero que encontró a mano y le golpeó la cabeza. Abrí un ojo y me fijé que era un tintero.

Sin embargo, Dorothy parecía haberse convertido en una especie de fuerza de la naturaleza. Estaba rabiosa y dudaba que alguien pudiera apaciguarla.

—¡Por qué no... me... dejas... en... paz! —gritó y, con cada palabra, me golpeó la cabeza contra el suelo. Vi las estrellas. Le di un codazo en la mandíbula y ella emitió un aullido de dolor, pero no me soltó.

—¡Lurline, dime qué tengo que hacer! —chillé.

«Al final, las vivencias son las que nos definen.» Su voz retumbó en mi cabeza. Y, de pronto, noté una oleada de tranquilidad por todo el cuerpo.

Las botas comenzaron a emitir un resplandor plateado. Dorothy dejó de golpearme y se quedó boquiabierta. El contorno de su cuerpo, y el de

Madison, y el de Nox, e incluso el del arbusto, empezaron a irradiar ese mismo brillo plateado y angelical. La biblioteca que nos rodeaba empezó a temblar y, de repente, se desdibujó.

Todos mirábamos a nuestro alrededor, atónitos. El salón se estaba transformando, literalmente. El aire estaba cargado de magia. Noté el inconfundible palpito de mis botas, algo que no notaba desde que habíamos dejado Oz.

Aparecimos en un páramo desierto, bajo un cielo tapado de color verde. El Camino de Baldosas Amarillas resplandecía sobre aquel terreno polvoriento y hostil, y se perdía en la línea del horizonte. Y, a lo lejos, advertí un castillo.

Alcé la cabeza y vi el cielo encapotado, cubierto de nubes de tormenta cargadas de truenos. Oí chillidos y aullidos que venían del cielo. Y entonces lo vi, un grupo de



monos alados volando, dibujando círculos, descendiendo en picado y volviendo a ascender. Estaban riéndose a carcajadas. Y no se habían percatado de nuestra presencia. Pero parecía que estuvieran mirándonos.

Y entonces lo comprendí. No es que no se hubieran dado cuenta de que estábamos allí; es que no podían «vernós».

—Conozco este lugar —dijo Dorothy.

Su voz sonó extraña, como si acabara de asaltarla un recuerdo del pasado que llevaba muchísimo tiempo enterrado. Se había quedado aturdida y su expresión se había vuelto más infantil, más ingenua. Observaba aquel paisaje fantasmal con desconcierto.

—Yo estuve aquí —murmuró, casi para sí misma—. Hace mucho tiempo. Me obligaron a trabajar aquí.

El modo en que articuló esas palabras me sobresaltó; y es que, aunque las había dicho en voz alta, podía oírlas en mi cabeza antes de que salieran de su boca. Daba la impresión de que sus pensamientos se hubieran fusionado con los míos.

Estaba recordando una época de su vida.

—Trabajé a las órdenes de la Bruja Mala del Oeste —dijo—. ¿O tal vez no?

Y entonces las vi, a las dos. A una chica que me resultó extrañamente familiar, con un vestido de seda blanco y su melena caoba recogida en una coleta con un lacito blanco. Y, en sus pies, unos zapatos plateados. A su alrededor bailaba un perrito negro. Y, tras ella, se cernía una figura amenazadora que solo tenía un ojo. La jovencita estaba barriendo aquel terreno polvoriento con una escoba raída.

—Tenía abejas y cuervos y lobos —dijo Dorothy—. El leñador los mató a todos.

No le pedí que lo hiciera, pero lo hizo. Podía ser muy cruel.

—Esa es Dorothy —susurró Nox, que se acercó a mí—. Esa es Dorothy cuando vino por primera vez a Oz y mató a la Bruja Mala del Oeste.

Claro. Por eso me había resultado tan familiar.

—¡Pero yo no quería! —protestó Dorothy, mi Dorothy. Su voz seguía siendo la voz de una niña inocente. Tenía los ojos llenos de lágrimas—. ¡No quería hacer daño a nadie! ¡No quería matarla!

Sentí un hormigueo en los pies que poco a poco fue subiendo hasta mis pantorrillas. Era un cosquilleo caliente. Bajé la vista y me quedé perpleja: las botas estaban irradiando una luz plateada tan intensa que parecían haberse convertido en dos bolas de discoteca. Era imposible distinguirlas. Su magia estaba escurriéndose por el suelo formando un riachuelo plateado que iba avanzando hacia Dorothy. Segundos después, el agua le llegaba hasta los tobillos.

No entendía por qué, pero sabía lo que estaba ocurriendo. Más o menos. Los zapatos estaban conectándonos, uniéndonos.

«No quería matarla.» Los labios de Dorothy no se estaban moviendo, pero las palabras seguían retumbando en mi cabeza, como si fueran una especie de mantra que se repetía una y otra vez.

Y durante un breve instante sentí que el suelo se desmoronaba bajo mis pies. Esa frase despertó un recuerdo de mi memoria: la noche en que, hacía mucho tiempo, en la terraza del Palacio Esmeralda, había estado a punto de matarla. Sin embargo, en el último segundo, había recapacitado y no lo había hecho.

En ese momento se me pasó algo por la cabeza, algo que me sorprendió, algo que no comprendí. Y, justo ahora, volví a pensar en ello.

«Dorothy no fue siempre así. Pero en cuanto asesinó a la bruja, empezó a cambiar.»

Ahora empezaba a comprenderlo.

Antes de matar a la Bruja Mala del Oeste, Dorothy no era más que una niña que creía estar viviendo una aventura increíble. Pero se manchó las manos de sangre y, a partir de entonces, dejó de ser una niña. Se convirtió en alguien distinto. En alguien que había arrebatado una vida innecesariamente. En alguien que se había entregado al eje del mal. No al mal, sino a la crueldad y al sufrimiento.

¿Y si yo podía cambiar eso? ¿Y si Lurline, al trasladarnos hasta ese momento del pasado, me estaba dando la oportunidad no solo de vencer a Dorothy, sino también de enmendar todo el daño que ella había causado?

Si Dorothy no hubiera matado a la bruja, no se habría convertido en Dorothy, *la Matabrujas*, la reina tirana de Oz. Ni tampoco habría regresado a Oz una segunda vez. Todo ese rastro de muerte, tortura y dolor que había dejado a su paso no habría existido.

«No quería matarla.»

Eso era. Dorothy era la respuesta.

Por fin lo había entendido. Por eso estaba allí. No porque fuese la única persona capaz de matar a Dorothy, sino porque éramos muy parecidas. Podía entender lo que sentía, sus miedos y sus anhelos. Sin embargo, había algo que nos distinguía: yo había elegido un camino totalmente distinto.

Todas las calamidades que había sufrido, todo lo que había aprendido, cada batalla que había librado... Todo había formado parte de mi camino hacia la verdad, hacia la certeza de que otro mundo era posible si aceptábamos la responsabilidad de crearlo.

Sin embargo, del dicho al hecho hay un trecho. Y pasar a la acción no siempre es fácil.

Si alteráramos el pasado, si Dorothy Gale jamás regresaba a Oz para convertirse en una déspota mágica, debíamos ser conscientes de que también cambiaríamos otras cosas. Borraría todo lo que había hecho allí, mis logros y mis fracasos.

Y, más allá de eso, alterar el pasado implicaría no conocer a ninguno de los amigos que había hecho allí. Implicaría no conocer a Nox.

Nuestras miradas se cruzaron. Estaba triste, apenado, por lo que supuse que estaría pensando lo mismo que yo. Aunque era imposible que lo hubiera entendido todo, había comprendido lo suficiente para saber qué estaba en juego.

Ante mis narices tenía lo que tanto había ansiado: liberar a Oz para siempre. Sin embargo, hacerlo significaría perder a Nox. Y, tal vez, perderme también a mí misma. Me partía el corazón verle así, tan triste y melancólico.

Pero no podía cometer el mismo error que Dorothy. Esa era la clave. Dorothy habría preferido ser egoísta y pensar en sí misma. Sin embargo, por mucho que me doliera, tenía que tomar una decisión distinta.

—Te quiero —le dije a Nox—. Y siempre te querré.

Él asintió con la cabeza y no pude contener ni un segundo más las lágrimas. Luego me acarició la mano en un gesto de aprobación. O de perdón.

Quería despedirme de él, pero no quedaba tiempo. Dorothy estaba titubeando. Me miraba con expresión triste y desconsolada. Estaba tan afligida como yo. Aunque no tenía forma de saberlo, intuía que había escuchado todos mis pensamientos. Toda la magia de Oz, de Ev, y la magia de todo el planeta, estaba fluyendo entre nosotras, entre nuestros zapatos. El vínculo que había creado entre nosotras era tan fuerte, tan íntimo, tan intenso que incluso pudimos vislumbrar la parte más cruda de nuestro corazón.

—Dorothy —llamé—. No tienes que matarla.

No estaba muy segura de con quién estaba hablando: ¿con la Dorothy astuta y maliciosa que tanto despreciaba o con la niña que nos observaba

paralizada en mitad de aquel páramo?

Pero la niña no podía oírme. Llevaba un cubo de agua. Hacía un frío terrible y del cubo emergían unos zarcillos de vapor. Sin embargo, no contenía ni una sola gota de agua, sino magia, magia pura. Fue entonces cuando me di cuenta de que ya no me miraba. Tenía los ojos clavados en la bruja y, de repente, arrugó la frente y apretó los dientes.

La Dorothy adulta desvió la mirada hacia mí y murmuró:

—Hizo daño a *Toto*, y encerró al León en una jaula. Tuve que detenerla.

En un abrir y cerrar de ojos, su expresión, hasta entonces serena y tranquila, se transformó en una mezcla de rabia y asco. Cuando volvió a hablar, estaba furiosa.

—La odio —gruñó—. Merecía morir por lo que hizo.

—No —dije—. Dorothy, sé que tú nunca quisiste matar a nadie. Lo único que tenías que hacer era detenerla. Lo único que «querías» hacer era detenerla. Así eras antes. Y ahora tienes la oportunidad de volver a ser así.

Ella ladeó la cabeza, como si estuviera recordando algo.

—Nunca quise hacer daño a nadie. Ni a las brujas. Ni a la tía Em, ni al tío Henry.

Lo único que quería era salirme con la mía.

Lo había olvidado. La Bruja Mala del Oeste no había sido la única víctima de su lista. Su familia también había sufrido su mal humor. Pero era la primera vez que la oía reconocer que todas esas muertes no eran solo culpa de Ozma, sino también suya. Era la primera vez que asumía la responsabilidad de sus actos. En mi interior se iluminó una luz de esperanza. ¿Me estaría escuchando de verdad?

—Lo que les ocurrió no fue culpa tuya. Fue un accidente. —Ahora tenía los ojos vidriosos y estaba a punto de echarse a llorar—. A ellos no les habría gustado verte así.

La miré directamente a los ojos y continué:

—Puedes cambiar las cosas.

—El Hombre de Hojalata..., el Espantapájaros..., el León..., *Toto*... Tengo las manos manchadas de su sangre —lloriqueó, y se frotó las manos en su vestido, como si realmente quisiera limpiarse la sangre.

—Dorothy... —susurré.

Nox y Madison estaban petrificados, aguantando la respiración. Lo advertí en sus ojos: por fin habían atado cabos, por fin habían entendido lo que estaba ocurriendo.

De repente, Dorothy sacudió la cabeza y cerró los ojos.

—La tía Em estaría muy orgullosa —dijo con voz de amargura.

—Depende de ti. Aún puedes hacer que se sienta orgullosa de ti.

Dorothy se secó las lágrimas.

—Lo hecho hecho está —espetó, y se enfureció—. No se puede volver a casa. ¡Lo leí en un cojín!

Pero no me di por vencida y seguí intentándolo.

—Pero ahora tienes la oportunidad de cambiarlo, de enmendar tus errores. Puedes recuperarlos, a todos, a la tía Em, a Henry, al Espantapájaros, al Hombre de Hojalata, al León... Podrán volver a tener una vida. Será como si nada de esto hubiera ocurrido.

A nuestro alrededor, el reino de Oz, su pasado, presente y tal vez su futuro, se quedó congelado. Dorothy parecía muy confundida; quería averiguar quién era en realidad y comprender cómo había llegado a ese punto. Percibía su duda, su



vacilación. Tenía que decidir entre el mundo que conocía, el mundo que había llegado a fascinarla y el mundo que creía haber perdido.

Era una sensación que entendía mejor de lo que me habría gustado.

—Ahora soy fuerte —siseó—. Soy una reina. ¿Quién querría cambiar eso? Los maté; sí, es verdad. Pero sus muertes me hicieron más fuerte. Me hicieron casi invencible. ¿Me equivoqué?

Habló con convicción, pero sabía que no estaba tan convencida. Estaba fingiendo. Solo necesitaba un empujoncito. Así que, en lugar de pensar en ella, pensé en mí misma.

—¿Me equivoqué? —pregunté.

Pero ella se dio media vuelta para darme la espalda. Sabía que, llegados a ese punto, no podría decir nada que la hiciera cambiar de opinión.

Cerré los ojos y pensé en Kansas.

Madison tenía razón. Me negaba a admitirlo, pero era cierto. Le aseguré que había pasado página, que había guardado todo mi rencor y sufrimiento en el baúl del olvido, pero no era verdad. Me había engañado a mí misma. No lo había superado. No había olvidado a Amy, *la Sintecho*. Ni tampoco había borrado de mi memoria todos los insultos y las humillaciones que había sufrido durante tantísimos años.

Pensé en mi madre. Pensé en Nox y en Pete, e incluso en Madison y Mombi: todos ellos me habían ayudado a salir de aquella oscuridad, de aquel círculo de desprecio y odio. Jamás sabrían todo lo que habían hecho por mí.

Rememoré todo el odio que había sentido a lo largo de mi vida; y no solo por la gente de Kansas, sino también por las criaturas maléficas que había conocido en Oz. Me liberé de todas esas cadenas imaginarias y di rienda suelta a la frustración y a la decepción que sentía por mi madre, una madre drogadicta y ausente que no se había preocupado por mí. Al rencor que sentía por mi padre, por, básicamente, dejarme tirada sin ningún tipo de miramiento. A la indignación y la rabia que había sentido por todos los bravucones y

matones que me habían excluido y acosado en el colegio. Incluida Madison. Sobre todo, Madison. Y, por último, reviví todo lo que sentía por la propia Dorothy. Me había arrebatado tantísimas cosas. Pero no solo a mí, también a Oz. Asimismo, pensé en Glinda y en la rabia y el desprecio que sentía por ella.

Cuando abrí los ojos, vi una bola de fuego roja suspendida en el aire.

—Te perdono —dije en voz alta.

Fue como un mantra, como un rezo; no, como un hechizo. La bola de fuego se fue disipando hasta desaparecer.

Miré a Dorothy y repetí las palabras.

—Te perdono.

Esperaba oír una burla, una mofa hiriente. Pero Dorothy no dijo nada. Estaba a pocos metros de la niña que una vez había sido. Una niña cándida e inocente. Una niña que todavía no cargaba con el peso de miles de muertos a sus espaldas.

Al fin decidió moverse. Dio un paso al frente; la balsa plateada que había creado la magia de nuestros zapatos ondeó.

Sin musitar palabra y con algo parecido al cariño, Dorothy apoyó una mano sobre el hombro de aquella niña. La pequeña levantó la cabeza y la miró con los ojos como platos. Estaba ante la persona en la que se convertiría.

Eso podría haberme pasado a mí. De haber tomado un camino distinto, esa niña podría haber sido yo. Aunque debo admitir que en más de una ocasión me había sentido tentada de hacerlo, de tomar el camino fácil y arrasar con todo aquel que se interpusiera en mi camino. Y, de haberlo hecho, me habría convertido en un monstruo, en la Dorothy que tenía delante. Porque todos llevamos una bruja dentro.

En cuanto a la bruja que observaba la escena en silencio, la Bruja Mala del Oeste, de repente su rostro se quedó congelado en una mueca de miedo. No, de pánico. Sabía lo que estaba a punto de suceder.

Dorothy no lo permitió. Me miró por última vez.

—Adiós, Amy —dijo.

Entonces cogió el cubo que llevaba su yo inocente y, tras unos segundos que parecieron eternos, lo volcó sobre su cabeza.

El aire del páramo pareció detenerse. El mundo entero pareció detenerse.

Después, todo a nuestro alrededor se desmoronó.

## VEINTIDÓS

Oía a Nox y a Madison gritar, pero no lograba ver nada. La oscuridad era absoluta. Alguien me sujetaba la mano. Era una mano diminuta y peluda. Su palma estaba empapada de sudor frío. Tenía miedo. Intuí que se trataba de la criada de Dorothy. Estábamos desplomándonos por un túnel, o por un agujero, o por una galaxia infinita.

A medida que fui recuperando el conocimiento, me percaté de que no era un túnel ni un agujero. Ya había estado antes en ese lugar. Las Tierras de la Oscuridad. Algo nos estaba arrastrando hacia el pasado. Era una fuerza sobrehumana; cualquier mortal la habría confundido con un maremoto.

«No tengas miedo, Amy. Te estoy llevando a casa.» Esa voz. Una voz muy familiar. —  
Ozma —susurré.

Frente a mí se iluminó una chispa de luz. Poco a poco, se fue extendiendo, hasta adoptar la forma de Ozma. Sí, era ella. Estaba radiante y transmitía una sensación de calma y tranquilidad. Su expresión era serena, pero su mirada irradiaba una tristeza profunda y absoluta.

—Oh, Amy —murmuró—. Lo siento. Lo siento mucho.

—¿Por qué? —pregunté, confundida—. ¿Dónde estamos? ¿En las Tierras de la Oscuridad?

Ozma sonrió.

—No estamos aquí ni allí. Ni en el presente ni en el pasado. Estamos en un lugar intermedio, en una especie de limbo. Os he traído aquí porque el reino

de Oz está recomponiéndose, restaurándose, reconstruyéndose.

—Pero ¿cómo has...? ¿Nosotros no...? —farfullé, pero no era capaz de articular las palabras.

—Soy un hada, Amy —respondió Ozma—. El tiempo no funciona igual para nosotras. El mundo en sí no funciona igual para nosotras. Recuerdo todo lo que ha ocurrido y todo lo que ocurrirá.

Miré a mi alrededor. Vi a Nox, a Madison y a la criada de Dorothy. Estaban sumidos en un sueño profundo. Tan solo Ozma y yo estábamos despiertas y conscientes.

El corazón se me partió en mil pedazos. Lo había conseguido. Había borrado todo lo que Dorothy había hecho en el reino de Oz.

Y eso significaba que la persona que más había querido en el mundo entero ya no me reconocería; de hecho, no tendría ni idea de quién era. Pero ¿cómo era posible que yo sí le recordara?

—Jamás olvidarás todo lo que ha pasado —comentó Ozma en voz baja, como si pudiera leerme la mente, cosa que no sería del todo descabellada—. Y te pido disculpas por eso. Has salvado a Oz, Amy. Y no tengo palabras para agradecerte lo que has hecho por este reino. Nadie debería sacrificar su vida por los demás.

—Nox —dije con voz temblorosa.

Ella asintió.

—Sé que te pusimos en una disyuntiva terrible. Te exigimos demasiado —respondió Ozma—, pero hiciste lo correcto. Dejaste de lado tus deseos, tus anhelos, tu propia vida, por el bien de Oz. Y considero que ese sacrificio se merece un reconocimiento. Y por eso voy a entregarte algo a cambio.

Se acercó a Nox y le dio un beso en la frente.

—

Norte, sur, este, oeste, viento, fuego, sol, Tierra, pr

Protegedle y cuidadle.

Enseguida reconocí aquellas palabras: era la bendición que Gert me había dedicado después de mi primera batalla. Fue la primera vez que había matado a alguien en Oz. Según la bruja, esas palabras me mantendrían sana y salva.

Y no se había equivocado porque, después de todo, seguía con vida. Ahora Ozma estaba protegiendo a Nox, y no podía estarle más agradecida por ello.

Nox gimió y se desperezó. Me moría de ganas por acariciarle el rostro y apartarle el pelo de los ojos, como había hecho tantas veces antes. Pero no iba a reconocerme. Para él, sería una extraña, una desconocida. Estaba desconsolada y temía que en cualquier momento rompiera a llorar.

Abrió los ojos y me miró confundido. «Acéptalo, Amy; a partir de ahora será así. Ha olvidado todo lo que hemos compartido, y punto.»

—Fíjate bien —me dijo Ozma, y sonrió—. El beso de un hada es algo mágico y poderoso, Amy.

—¿Amy? —dijo Nox. Parpadeó varias veces, como si estuviera tratando de enfocar —. ¡Estás viva! —exclamó, y se puso de pie de un salto—. Creí que...

Me recordaba. El beso de Ozma no había sido un hechizo de protección. Le había regalado el recuerdo de nuestra historia.

No pude contenerme ni un segundo más. Me eché a llorar como una idiota, pero no me importó. Nox me envolvió entre sus brazos y me sumergí en su pecho. Creo que en ese momento el tiempo se detuvo. Y estoy casi convencida de que mi corazón

también. Fue algo inexplicable. Por encima del hombro de Nox vi a Ozma. Sonreía de oreja a oreja.

—Amy —murmuró él con voz ronca. Me estrechó entre sus brazos y enterró la cara en mi cabello—. Pensaba que te había perdido, que no volvería a verte.

—Yo también creí que te había perdido —susurré.

Al menos no era la única que estaba llorando.

—Hay otro regalo que quiero hacerte, Amy —dijo Ozma—. Puedo enviaros a ti y a Madison a casa. Así que ha llegado el momento de decidir cuál es tu casa, tu hogar. Recuerda que, si decides quedarte en Oz, nadie te conocerá. Nadie sabrá que te sacrificaste por este reino. Solo él —añadió, y señaló a Nox—. Pero también puedo llevaros de vuelta a Kansas. En ese caso, solo pueden ir las personas que nacieron allí, es decir, Madison y tú —puntualizó, mirando a Nox por el rabillo del ojo.

—No sé dónde está Kansas —farfulló la criada de Dorothy.

Ozma soltó una risotada.

—Tú, mi querida munchkin, perteneces a este lugar. Eres libre, por fin. Si quieres, puedes volver con tu familia. O también puedes viajar y ver mundo. Disfruta de tu libertad y haz lo que más te apetezca. Allá donde vayas, gozarás de mi protección.

—¿Dorothy se ha ido? —preguntó la criatura, atónita—. ¿Y soy... libre?

—Así es —confirmó Ozma—. Y ahora, Amy, me temo que ha llegado el momento de tomar una decisión.

Pero yo ya había elegido. De hecho, había tomado esa decisión hacía muchísimo tiempo. Miré a Nox y un río de lágrimas empezó a brotar de mis ojos.

—Nox —dije, jadeando.



—Esa cara... Nunca conseguiste construir un muro en lugar de una ventana —dijo, y me levantó la barbilla para que le mirara a los ojos.

Ese era el primer cumplido que me había hecho. Y fue durante una clase de entrenamiento.

—Me dijiste que te gustaba.

—Qué mala memoria, Amy. Te dije que si querías enfrentarte a Dorothy y vencerla, tendrías que cambiar. Pero el tiempo me ha demostrado que estaba equivocado —admitió, y dibujó una sonrisa nostálgica.

No sabía lo que iba a decirle, pero necesitaba decirlo en voz alta.

—Tengo que volver a casa —dije—. Tengo que volver a mi verdadera casa, Nox. A mi madre.

—Lo sé —susurró él, y me besó—. No puedo oponerme. Debo dejarte marchar. Sentí una punzada en el pecho. Apenas podía respirar. Era un dolor insoportable. Y

no era imaginario, sino físico, como el del filo de un cuchillo  
atravesándome el

corazón. Ni siquiera las continuas ausencias de mi madre me habían dolido tanto.

Por fin Nox podría ver Oz tal y como había sido en el pasado, como un reino fantástico e idílico. El reino por el que había luchado toda su vida.

Era una lástima que no pudiéramos disfrutar de ese Oz juntos.

—Oz será un reino maravilloso. Volverá a ser ese lugar tan hermoso del que siempre me hablabas.

Nox sacudió la cabeza.

—Nunca será tan hermoso como tú.

Jamás me habría imaginado a Nox diciendo algo así. Los cumplidos no eran su fuerte, la verdad. Tuve que esforzarme por no echarme a reír. Supongo que conocerme también a él le había cambiado.

—Las dos sois chicas valientes y muy fuertes —dijo Ozma, refiriéndose a mí y a Madison, que seguía durmiendo como un lirón—. Amy, acabamos de viajar en el tiempo. Pero, como bien sabes, el tiempo en Oz no funciona del mismo modo que en Kansas. No puedo manipular el tiempo en vuestro reino, así que las dos recordaréis este viaje de por vida.

Se giró hacia nosotras y apoyó una mano sobre nuestras cabezas. Sentí su magia fluyendo por todo mi cuerpo, fría y limpia, como el riachuelo de un glaciar.

—Todo lo que ha ocurrido volverá a ocurrir, y nada es para siempre —dijo de forma críptica y enigmática. Y entonces sonrió—. Además, todavía tienes los zapatos.

Eché un vistazo a mis pies. Tenía razón.

—¿Eso quiere decir que...? —empecé, pero no me atrevía a decirlo en voz alta.

Ella se limitó a seguir sonriendo.

—Ha llegado el momento —murmuró—. Pero antes puedes despedirte —añadió, y me guiñó un ojo.

Me acurruqué en el pecho de Nox y lloré a lágrima viva. Él me abrazó bien fuerte.

Seguía con el disfraz de pantera puesto. Olía como siempre, a sándalo.

—Te quiero —sollocé.

—Yo también te quiero, Amy —respondió él, y me besó. Primero en la frente y después en los labios.

Me perdí en sus besos. Recordé la noche que habíamos pasado juntos en el escondite secreto de Lang. Y pensé en todo lo que habíamos pasado.

Nunca me había costado tanto despedirme de una persona.

—No voy a decirte adiós —susurró Nox mientras me colocaba un mechón detrás de la oreja—, porque esto no es un adiós.

—*Somewhere, over the rainbow...* —canturreé.

Volvimos a fundirnos en un beso, pero esta vez fue un beso distinto a todos los demás. Fue un beso de despedida. Y seguramente el último beso de nuestra vida. Estuve a punto de cambiar de opinión.

Cuando al fin nos separamos, dibujó esa sonrisa, esa sonrisa capaz de desarmar a cualquiera, y me miró con aquellos ojos únicos, de color gris pálido.

—Gracias, Amy —dijo Ozma.

Y, de repente, tras un destello de luz plateada, Ozma, Nox y Bupu se esfumaron. Pestañeeé varias veces y miré a mi alrededor. Madison y yo estábamos en mitad de

una calle, justo delante de la única farmacia de Flat Hill. Hacía un calor abrasador y no soplaba ni una brizna de aire. El pueblo estaba desierto. Supuse que debían de ser las tres de la tarde.

No sabía qué día era. De hecho, no estaba segura ni del año. Pero estaba en casa.

—¿Qué coño ha pasado? —preguntó Madison.

—Hola, Madison —dije—. Me alegro de que te hayas despertado.

—Joder, estoy hecha polvo. Me da la sensación de que me ha atropellado un maldito camión —protestó—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está Dorothy? ¿Nox va a mudarse a Flat Hill? ¿Estamos en casa?

Casa. Había pasado muchísimo tiempo. Y ahora, esa palabra significaba muchísimas cosas distintas. Nox, Oz, Kansas.

En Oz había aprendido algo: a acabar todo lo que empezaba. Y mi madre y yo aún teníamos asuntos por resolver. Muchos asuntos, para ser más concretos. Tal vez Kansas ya no era mi casa, pero era el lugar donde había nacido, el lugar que me había visto crecer. Y, al igual que Dorothy, tenía que hacer las paces con mi pasado antes de adentrarme en la aventura de mi futuro.

Sobre todo ahora que sabía que era una chica fuerte y valiente.

—Sí, Madison. Estamos en Kansas.

—Buf —resopló ella, mirando a su alrededor—. Creo que nos va a costar un poco acostumbrarnos a esto de nuevo.

—Dímelo a mí —farfullé.

—¿Qué le vamos a decir a la gente...? ¿Dónde se supone que hemos estado? —Ya se te ocurrirá algo —dije.

—¿En serio tenemos que volver al instituto después de todo lo que hemos vivido? —No lo sé —contesté—. Supongo que aún estamos a tiempo de aprobar el curso. Madison suspiró y dio una patada a una piedrecita.

—Déjame pensar... Podría decir que me puse ciega de alucinógenos y perdí la noción del tiempo y del espacio. Creo que colaría.

—Suena creíble. ¿Estás preparada para ver a tu hijo?

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Madison con una gran sonrisa en la cara—. Por favor, dime que te has acordado de traer un hechizo cambiapañales — bromeó, y luego se puso seria—. Escucha, Ames, perdona por haber dudado de ti. Y gracias. Por haber cumplido tu promesa.

—A mí me habría pasado lo mismo, no te preocupes —dije—. En esas circunstancias, me refiero.

—Sí, lo sé —murmuró. Se quedó pensativa durante unos segundos y luego añadió —: Para ser una quiero y no puedo que vive en un descampado y que intenta robarle el novio a las demás..., eres bastante maja. ¿Lo sabías?

—Para ser la reina de las zorras populares del instituto que solo piensa en pompones y purpurina, tú también eres maja —respondí, entre risas.

—En fin —dijo e inspiró hondo—. Si tenemos que volver al instituto, será un año infernal, créeme.

Sonreí.

—¿Qué puedo decir? Como en casa, en ningún sitio.

Madison gruñó. Me levanté y empecé a caminar por aquella calle desierta.

—Vamos —dije—. Vamos a contarle a toda esta gente que estamos vivas.

«Flat Hill no volverá a ser lo mismo», pensé. Pero yo tampoco.

## VEINTITRÉS

Nunca me había planteado que pudiera convertirme en una especie de heroína. Los héroes se sacrificaban por los demás y, hasta ese momento, no creí que pudiera hacer nada por nadie. De hecho, no creía tener nada que ofrecer. Pero había salvado el reino de Oz y seguía viva para contarlo, lo que ya de por sí era una hazaña increíble. Nadie sabía nada al respecto, excepto dos hadas y Nox. Esa era la definición de sacrificio, ¿verdad? Pero no estaba tan segura. Todo lo que había aprendido y vivido en ese reino compensaba lo que había dado por él. Estábamos en paz. El tiempo que había pasado al otro lado del arcoíris me había ayudado a crecer, a madurar. Me había cambiado. La chica que me miraba desde el reflejo de aquel escaparate no era la misma que aquella a la que un tornado había engullido hacía ya muchos meses.

Cuando me había presentado por sorpresa en casa de mi madre, hacía apenas unos días, no había querido explicarle dónde había estado. Tan solo habían pasado un par de días desde mi última y misteriosa desaparición, y reconozco que al enterarme me quedé de piedra. Esos dos días habían dado para mucho. Sabía que el tiempo transcurría de una forma distinta en los dos reinos, pero hasta entonces no sabía hasta qué punto.

Mi madre había preferido no presionarme y no insistió para que le contara dónde había estado... todavía. Sin embargo, no me quitaba ojo de encima y, aunque no dijese nada, sabía que tenía mil preguntas que hacerme. Tal vez la asustaba la respuesta.

Salí del baño y me retiré el pelo de la cara en un gesto exagerado, casi teatral.

—¿Qué te parece, mamá? —pregunté.

—Guau, Amy, es... diferente —contestó, y luego empezó a jugar con las manos—. Tú estás diferente. ¿Ya no volveré a verte con el pelo rosa?

—Creo que el rubio me favorece más.

La verdad es que no importaba lo más mínimo de qué color teñirme el pelo, pero debo admitir que todavía no estaba preparada para olvidar mi tiempo en Oz. Glamora me había cambiado el color de pelo con uno de sus hechizos mágicos y no quería que siguiera siendo así. Al fin y al cabo, era un recuerdo de mi pasado. Esa mañana había ido a la peluquería; me despedí de la melena que me tapaba la espalda y me lo corté al estilo *bob*, con las puntas rozándome los hombros.



Mi madre se había ofrecido a llevarme hasta el centro comercial para cortarlo y teñirlo, y acepté enseguida.

—¿En serio quieres ir a clase? ¿Estás segura de que no quieres que te lleve en coche?

—Estaré bien, mamá. Está a dos minutos a pie. Además, Madison pasará a recogerme.

Mamá frunció el ceño; para ella, Madison siempre sería la niña que en quinto curso persuadió a toda la clase para que no viniera a mi fiesta de cumpleaños.

Sin embargo, ahí no acababa la historia. No solo tendría que volver al instituto, sino que además, para colmo de males, mi madre me había contado el día antes que, mientras reconstruían y restauraban el edificio, las aulas se habían trasladado temporalmente a las caravanas vacías de Dusty Acres. Glamora y el rey Nome, en ese entonces disfrazado de subdirector Strachan, habían causado daños irreparables después de abrir un portal entre Kansas y Oz. Puedes sacar a la chica de su vida miserable en un descampado para caravanas..., pero después resulta que su instituto traslada las clases allí.

Me calcé las botas. Las llevaba cada día. Eran plateadas y brillaban muchísimo. Llamaban mucho la atención, pero, aun así, mamá nunca me preguntó de dónde las había sacado. ¿Qué le respondería? Me acerqué a la puerta, dispuesta a salir, y oí a mi madre a mis espaldas.

—¿Amy? No sé dónde estuviste..., pero sé que volviste por mí. Para cuidarme. Quiero que sepas que estoy bien, que no tienes que preocuparte por mí, cariño...

—¿Estás intentando librarte de mí? —pregunté con tono de burla.

—La primera vez que te marchaste colgué carteles con tu foto por toda la ciudad y te busqué en todos los hospitales del estado... Pero esta vez no me tomé tantas molestias porque sabía que no serviría para nada. No estabas en un lugar donde pudiera encontrarte, ¿verdad?

No fui capaz de responderle con palabras, así que asentí.

—¿Y eras feliz allí?

—Mamá, ese lugar era...

¿Cómo resumirlo? Era aterrador y maravilloso y complicado y más increíble que cualquier cosa que pudiera imaginarme.

—Era... mágico —dije al fin.

—Si alguien se merece magia en este mundo..., esa eres tú.

—En fin, ahora estoy aquí, mamá —dije—. He vuelto.

Una parte de mí se había quedado en Oz, pero estaba decidida a empezar una nueva vida en Kansas, el mundo que me había visto crecer. Mi madre me dio un beso

en la frente y se escabulló hacia la cocina. Allí estaba Jake, preparando el desayuno. Los observé durante unos instantes. Estaban discutiendo sobre un huevo. Mi madre estaba recuperándose. Cada vez se parecía más a la mujer que una vez había sido, y no me refiero a la mujer que había sido antes de volverse adicta a las pastillas, sino a una mujer renovada. A simple vista parecía que por fin había superado el infierno por el que habíamos pasado tantos años. Como un ave fénix, había renacido de sus cenizas.

A mí, en cambio, aún me quedaba mucho por hacer.

Madison me estaba esperando fuera, con un café de Starbucks y una sonrisa. Sabía lo mucho que me había dolido dejar a Nox en Oz y, aunque no podía traerlo de vuelta, hacía todo lo que estaba en su mano para ayudarme. Cada día me daba varios consejos. Estaba convencida de que los sacaba de las páginas de una revista. Le encantaba leer artículos sobre rupturas amorosas. Pero estaba casi segura de que *Cosmopolitan* no se había planteado publicar un artículo titulado «Cómo perder a un chico después de haber salvado su mundo y de dejarlo al otro lado del arcoíris».

Dustin estaba junto a Madison. Me dio la sensación de que estaban más cariñosos que la última vez que los había visto juntos. Era evidente que se estaban dando una segunda oportunidad y cada caricia y cada broma y cada risa me recordaban lo que yo había sacrificado y perdido. Pero me alegraba por ellos. Y disfrutaba de su compañía. Eran los únicos amigos que tenía.

Sin embargo, el resto de los compañeros no se había olvidado de Amy, *la Sintecho*, el apodo que me había dado Madison antes de convertirnos en amigas. La gente murmuraba y me señalaba con el dedo cada vez que me veía o se cruzaba conmigo en el pasillo. Ignoraba todos los comentarios porque había cambiado. Ahora era una Amy totalmente distinta.

Así que cuando me escurrí en mi pupitre, en una de las caravanas, y alguien me dio una palmadita en la espalda, ni siquiera me giré.

Pero la persona en cuestión no se dio por vencida e insistió.

Esa vez me di la vuelta como una energúmena, dispuesta a montar un

numerito en mitad del aula. Pero allí no había ningún compañero mezquino o malintencionado, sino la persona a la que más ganas tenía de ver en el mundo. Y estaba ahí, sentado en el pupitre de detrás.

—¡Nox!

Sin pensármelo dos veces, salté el pupitre que nos separaba y aterricé en su regazo. Le besé y Dusty Acres se desvaneció a nuestro alrededor. Nox se reía y me besaba e intentaba hablar al mismo tiempo.

—¡Te has cortado el pelo! —exclamó, y me lo alborotó.

Al oír aquel comentario, me aparté y le di un manotazo en el brazo.

—¿Eso es lo primero que se te ocurre decirme? ¿Qué estás haciendo aquí? No entiendo nada. ¿No se supone que debes estar en Oz, cuidando del reino? ¡Es tu hogar!

Estaba desconcertada y aturdida. No podía dejar de reír.

Nox sonrió, me apartó un mechón de pelo de los ojos y me puso al día de los últimos acontecimientos.

—Ozma es quien lleva ahora las riendas, y puede hacerlo ella solita, créeme. Es la legítima reina de Oz. Yo soy la única persona del reino que recuerda todo lo que ocurrió. Todo lo que Dorothy le hizo a nuestro hogar. — Se quedó callado durante unos segundos y después esbozó una tímida sonrisa —. Pero sin ti, Amy, no es lo mismo. Oz está en buenas manos, y mi lugar está contigo. Está donde estés tú.

—Ejem, ejem. —La profesora Labine se aclaró la garganta. Pero Nox, que no tenía ni la más remota idea de las costumbres de Kansas, la ignoró por completo—. Este no es el momento ni el lugar para muestras de cariño. En mi clase cada uno se sienta en su silla, señorita Gumm y señor...

—Nox. Soy nuevo.

Y, en ese momento, Nox pasó a ser alumno del instituto Dwight D. Eisenhower. Eso implicó cierta logística, por supuesto. Nox tuvo que demostrar que era un menor emancipado y para ello nos vimos obligados a falsificar varios documentos. La secretaria apenas se fijó en todos aquellos papeles. Al fin y al cabo, nadie querría asistir al instituto Dwight D. Eisenhower a menos que no tuviera otra opción. Y, para ser sincera, después de que nuestro antiguo subdirector convirtiera el edificio en una montaña de escombros, la lista de alumnos matriculados había bajado considerablemente.

Como era de esperar, Nox no había venido al Otro Sitio con las manos vacías. Había venido muy preparado. Ozma le había regalado varias de sus joyas. Las empeñó para poderse pagar un apartamento en el pueblo. Madison y yo le acompañamos al centro comercial y le vestimos como a un chico de

Kansas. Incluso con unos vaqueros negros y una camiseta negra estaba impresionante.

Todo el instituto cuchicheaba sobre mí, pero deberías haber visto las miraditas que me lanzaron Tiffany y sus amigas cuando me vieron paseando de la mano de Nox.

Dustin y Nox hicieron buenas migas enseguida. Creo que a Nox le hacía mucha ilusión contar con un amigo de verdad, teniendo en cuenta que durante los últimos años de su vida había estado viviendo con un aquelarre de brujas y demás criaturas mágicas. Dustin, que era un deportista nato, convenció a Nox para que se uniera al equipo de fútbol. Tenía unos reflejos envidiables y, aunque ya no podía usar su magia

púrpura, se defendía bastante bien. Siempre que jugaban un partido amistoso, o durante el recreo, me señalaba a mí y me seleccionaba, lo cual sorprendió bastante a Dustin. La Orden me había sometido a un entrenamiento físico muy estricto, de modo que, sin sonar arrogante, era toda una atleta. Para mí era una forma de liberar tensiones. Además, no me había metido en ninguna pelea desde que había vuelto.

El gran desafío para Nox fueron los libros. Tuve que darle clases particulares y ayudarle en las asignaturas más mundanas. Confieso que disfruté de ese momento. Por fin era yo quien le enseñaba algo a él, y no al revés. Los días se convirtieron en semanas, y las semanas, en meses. El tiempo pasa volando, desde luego. Sin embargo, no fue un camino de rosas. Nos costó muchísimo acostumbrarnos a vivir en un mundo sin magia. En más de una ocasión pillé a Nox acariciándose la muñeca o invocando un hechizo de atajo para resolver problemillas del día a día. Para Nox, la magia era como respirar. Formaba parte de él. Y, a decir verdad, a mí me pasaba lo mismo.

Mamá cada día estaba mejor. Había conseguido un trabajo en la escuela pública del pueblo: echaba una mano en la guardería. Jake aún no había desaparecido del mapa; de hecho, estaba enamorado de mamá. Ninguno de sus novios, papá incluido, la había querido tanto. Todavía no había hablado largo y tendido con mi padre, aunque había intentado ponerse en contacto conmigo la segunda vez que había desaparecido. Tal vez algún día le devolvería la llamada, pero de momento prefería dejar las cosas como estaban. Había aprendido a perdonar. Había reunido todo mi dolor y rencor en una bola de fuego y la había hecho explotar. Había pasado más años sin él que junto a él. Y todavía no estaba preparada para cambiar eso.

Empecé a hacer planes. Y no me refiero a estrategias de guerra, sino a planes de futuro que implicaban solicitudes universitarias y expedientes y exámenes. Nunca me había planteado qué quería hacer con mi vida, salvo largarme de aquel pueblo inhóspito y deprimente. Pero había llegado el momento de planteárselo. Planteárselo en serio. Me daba la impresión de que tenía todas las puertas abiertas. No podría poner «Salvadora de Oz» en mi currículum, pero me resistía a aceptar que todas las hazañas que había logrado en Oz no me servirían en el mundo real. ¿Habría algún modo de

aplicar todo lo que había aprendido en Oz en el reino de los mortales?

Intenté redactar varias cartas de motivación para acceder a la universidad, pero siempre me encallaba en lo mismo. El tema que más ansiaba abordar era el único tema que no podía mencionar. Veía a Glamora en las sombras de ojos lila del centro comercial. Veía a Gert junto al estanque que atravesaba cada día para ir al colegio. Veía a Mombi en todas las telarañas. Veía a Índigo en todas las burbujas, y al León



merodeando detrás de todos los árboles. A veces me daba por pensar y llegaba a la conclusión de que cada vez entendía más a Dorothy.

Matar a la bruja no era lo único que la había cambiado. Volver a casa, a Kansas, y cerrar la puerta a Oz también había influido. Había saboreado las mieles de la magia y el poder, y había hecho grandes amigos. Había dejado un mundo en tinte por un mundo en blanco y negro. Y a mí me había pasado lo mismo. E incluso con Nox a mi lado, añoraba Oz.

A veces, sin que él se diera cuenta, le observaba y veía mi nostalgia y desazón reflejados en él. Era incapaz de mantener la concentración y le costaba una barbaridad estar sentado en aquellas sillas diminutas que había en las clases. Él era un chico acostumbrado a las batallas, igual que yo.

Sin embargo, otras veces le veía sereno y feliz de vivir en un mundo sin guerras ni enemigos. El baile de fin de curso estaba a la vuelta de la esquina. Y, te prometo que no te engaño, el tema de este año era *Somewhere over the rainbow*, la banda sonora de la película del *Mago de Oz*. Madison había propuesto que lleváramos un vestido de cuadros azules y blancos. Pero no quería tentar al destino. Y además el baile de final de curso no era algo que me ilusionara demasiado. No era carne de cañón de los bailes de ese tipo de cosas. Madison, sin embargo, no estaba de acuerdo. Según ella, todos éramos carne de cañón de los bailes de final de curso. Era un acontecimiento trascendental en la vida del ser humano, como nacer o ir al centro comercial por primera vez o enterarse de que One Direction se habían separado.

Madison siempre intentaba recordarme que también había magia en nuestro mundo. Tan solo teníamos que esforzarnos un poco más para verla. No estaba muy convencida sobre el baile, pero tenía que darle la razón: en Kansas también había magia. Acunar a Dustin Júnior (cuando no estaba gritando a pleno pulmón) entre mis brazos y sentir sus deditos alrededor de mi pulgar, oír la risa limpia y sobria de mi madre, sacar un sobresaliente en el parcial de matemáticas. Nox también era mágico. Y, en mis días buenos, yo también lo era. Un día, después de clase, Nox me llevó a un rincón de aquel triste aparcamiento de caravanas, el rincón donde yo solía vivir y que quedó arrasado por el tornado que me había llevado a Oz y que había dejado un cementerio de metal a su paso.

—¿Qué estamos haciendo aquí, Nox? —pregunté.

No me apetecía recordar esa parte de mi pasado.

Nox salió corriendo hacia uno de los barracones y enchufó algo que parecía un alargador. El rincón del aparcamiento se iluminó y entonces lo vi: sobre una de las caravanas había un paisaje, pero no era un paisaje cualquiera, sino la cordillera de montañas movedizas de Oz. Allí nos habíamos dado nuestro primer beso. Encima del

dibujo Nox había escrito, con una caligrafía perfecta, la pregunta: «¿Quieres ser mi pareja para el baile?».

No sé por qué, pero me eché a llorar. Nox se acercó a su obra de arte e intentó desenchufar el cable de las luces. El pobre no sabía qué hacer.

—¿Por qué lloras? ¿He hecho algo mal? —preguntó, confundido. Pero yo no podía parar de llorar.

—¿Es que no sabes cuál es el tema del baile? —repliqué entre sollozos. —¿Y eso te hace llorar?

—Nox, ¿y si algún día nos arrepentimos de la decisión que tomamos?

—Entonces volveremos a Oz. Pero no me gustaría perderme mi primer baile de final de curso.

Me incliné para besarle, pero en cuanto mis labios rozaron los suyos un resplandor plateado nos cegó. Ahogué un grito y miré al suelo. Mis botas. Las botas estaban brillando.

—Amy —susurró Nox—. ¿Te ha pasado esto antes?

Negué con la cabeza.

—Creía que había dejado todos mis poderes en Oz.

Nox frunció el ceño.

—Quizá no. A lo mejor el poder no provenga de ti, sino de otra persona.

—Pero ¿de quién? Las únicas personas en Oz que no me han olvidado, sin contarte a ti, son Lurline y Ozma. Y también son las únicas que saben utilizar la magia que contienen estos zapatos. ¿Crees que...? Es imposible...

—¿Que estén intentando localizarte?

—Tengo que volver a Oz. Me necesitan.

—¿Y qué hay de tu madre? ¿Y de tu vida, nuestra vida, aquí?

No me consideraba una heroína de película, pero tampoco una cobarde. Y mi sexto sentido me decía que Oz me tenía reservadas varias sorpresas, algo más que una batalla.

—Kansas forma parte de mí, pero Oz también. Y Ozma no se pondría en contacto conmigo a menos que fuese un asunto de vida y muerte.

Nox había asegurado que su hogar estaba donde estuviera yo. Dorothy había elegido Kansas y luego Oz. Tal vez el concepto de hogar no podía definirse en términos de blanco y negro. Era mucho más complicado que eso.

Había magia a ambos lados del arcoíris. Y no estaba escrito en ningún sitio que tuviera que elegir un sitio u otro para vivir durante el resto de mi vida.

Eché otro vistazo a los zapatos. ¿Qué había hecho? Merecía la pena averiguarlo.

Cogí a Nox de la mano. Él me miró y asintió.

Y después junté tres veces los tacones de mis zapatos plateados.

# Agradecimientos

A mis munchkins: cuando empecé mi aventura junto a Dorothy, erais completos desconocidos para mí. Ahora, en cambio, formáis parte de mi historia y de mi corazón. Gracias por todo el amor que le habéis mostrado a Dorothy y por el inmenso regalo que me habéis hecho. Todos los tuits, vídeos, entradas de blog, obras de arte y palabras amables nos han empujado, a mí y también a Dorothy, a seguir avanzando por nuestro camino. Amy y Dorothy encontraron amigos y magia a lo largo del Camino de Baldosas Amarillas. Y, gracias a todos vosotros, yo también.

A Joanna Volpe, por ser mi campeona y mi amiga. Eres perseverante, luchas por lo que crees y traes magia al mundo. Haces posible lo imposible. Me alegro de tenerte a mi lado.

A Pouya Shabazian, por entender mi corazón comercial y por encontrar lugares donde pudiera darle rienda suelta.

Al equipo de New Leaf:

Jackie, Jaida, Mike, Kathleen, Mia, Chris, Hilary y

Danielle, sois el aire que respiran las páginas de mi libro, verdaderas estrellas del rock.

Gracias, gracias, gracias...

Muchas gracias a mis valientes editores, Tara Weikum y Jocelyn Davies. Dorothy no estaría aquí si no hubierais accedido a matar a uno de los personajes más queridos de la historia.

A Ray Shappell y Erin Fitzsimmons, por crear cubiertas tan hermosas. Dudo que los lectores puedan resistirse a contemplar vuestras obras de arte.

¡Al equipo de Harper! ¡Os adoro! Habéis utilizado vuestro corazón, cerebro y valor para presentar a Dorothy al mundo. Margot Wood, tú fuiste una de las primeras amigas de Dorothy (¡y ahora te has convertido en amiga mía!), y con tu ingenio me ayudaste a construir un escuadrón épico. ¡Un abrazo!

Ro Romanello y Stephanie Hoover, mis diosas de la publicidad. Gracias por haberme cuidado tanto y por haber hecho de esta aventura una experiencia divertida. Elizabeth Ward, el genio de Oz, gracias por ayudarme a pintar, metafórica y literalmente, un Camino de Baldosas Amarillas para que todos pudieran verlo.

Y a Kate Jackson y Suzanne Murphy, gracias por mantener a Dorothy en el camino. A mi familia y amigos, os quiero. Y gracias por estar ahí cada vez que salía de Oz y volvía a la vida real. Mamá, papá, Andrea, Josh, Sienna. Os quiero con locura. Bonnie Datt, me conquistaste en Nanette Lepore, y me sigues conquistando con tu generosa

amistad. Eres mi alma gemela. Annie, Chris, Fiona y Jackson Rolland, gracias por ser mi segunda familia y mi segundo hogar, al menos hasta que llegue la apocalipsis zombi.

Lauren, Logan, Jasper y Joe Dell. Laur, nuestra amistad nació en un catálogo de J. Crew, pero sigues siendo tan generosa y fantástica como entonces. Carin Greenberg, por ser mi oráculo. Paloma Ramírez, estoy muy orgullosa del viaje que has emprendido (¡aunque te echo muchísimo de menos!).

Daryn Strauss, tú y yo un día alcanzaremos las estrellas. A Leslie Rider, por tu humor afilado y agudo, por tu infinita amabilidad.

A Sasha Alsberg, ¡pero cómo has crecido! Estoy muy orgullosa de ti y me alegro muchísimo de haberte conocido de camino al baile de final de curso.

Josh Sabarra, todos tus consejos, mensajes y tuits me animaron a seguir adelante con esta aventura. ¡Te quiero, cariño!

Kami García, Kass Morgan, Jennifer Armentrout, Kiera Cass, Melissa de la Cruz, Margie Stohl, y a muchísimas otras amigas escritoras. Nos entendemos.

A mi familia de Guiding Light, Jill Lorie Hurst, Tina Sloan, Crystal Chappell, Beth Chamberlin, Alison Goodman, Jordi Vilasuso y a todos los seguidores de la serie que aún mantienen la llama encendida.

Gracias en especial a Crystal, por liderar al equipo de Venice. Y gracias a Sasha Mote, por haber sido tan buena amiga de Dorothy.

Lexi Dwyer, Lisa Tollin, Jeanne Marie Hudson, Megan Streintrager, Kristen Nelthorpe, Tom Nelthorpe, Ernesto Muñoz, Mark Kennedy, Maggie Shi, Leslie Kendall Dye, Sandy y Don Goodman, Mike Wynne, Matt Wang, Seth Nagel, Kerstin Conrad, Chris Lowe, Steve McPherson, Lanie Davis, Harry y Sue Kojima, y al resto de mis amigos: sabéis que os adoro, pero he estado cuatro años enfrascada en este proyecto, así que espero que me perdonéis por no haber pensado en vosotros hasta haber entregado el último manuscrito.



Y, por último, a L. Frank Baum. Me enamoré de tu mundo cuando tenía cinco años. Ha sido un gran honor poder vivir en él durante todo este tiempo.

Otros títulos que te gustarán

DANIELLE PAIGE



¡DOROTHY DEBE

MORIR!



rocaeditorial

# ¡DOROTHY DEBE MORIR!

de Danielle Paige

Me llamo Amy Gumm...y soy la otra niña de Kansas. He sido reclutada por  
la

Revolucionaria Orden de los Malvados. Me han entrenado para luchar. Y  
tengo una

misión.

ELIMINAR el corazón del Hombre de Hojalata,

ROBAR el cerebro del Espantapájaros,

ARREBATAR el valor al León.

Y luego... DOROTHY DEBE MORIR.

DANIELLE PAIGE

LOS MALVADOS SE

ALZARÁN

rocaeditorial

SEGUNDA ENTREGA DE LA SERIE *BEST SELLER MUNDIAL*

*DOROTHY DEBE MORIR!*

# LOS MALVADOS SE ALZARÁN

de Danielle Paige

HA LLEGADO UNA NUEVA CHICA A OZ. VIENE DE KANSAS

Y TIENE UNA MISIÓN:

ENCONTRAR A DOROTHY,

DESTRUIR EL CAMINO DE BALDOSAS AMARILLAS

SALVAR SU HOGAR.

Segunda entrega de la serie *best seller* mundial

¡Dorothy debe morir!

DANIELLE PAIGE

BALDOSAS  
AMARILLAS EN

GUERRA

rocaeditorial

TERCERA ENTREGA DE LA SERIE *BEST SELLER* MUNDIAL

¡DOROTHY DEBE MORIR!

# BALDOSAS AMARILLAS EN GUERRA

de Danielle Paige

SOY LA OTRA CHICA DE KANSAS.

Y TENGO PENDIENTE UNA MISIÓN.

UNIRME

a las brujas,

LUCHAR

por Oz,

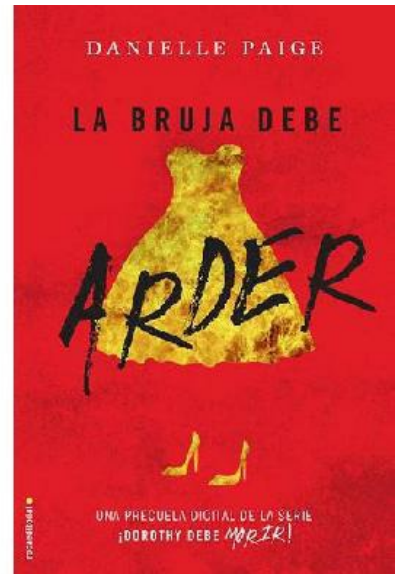
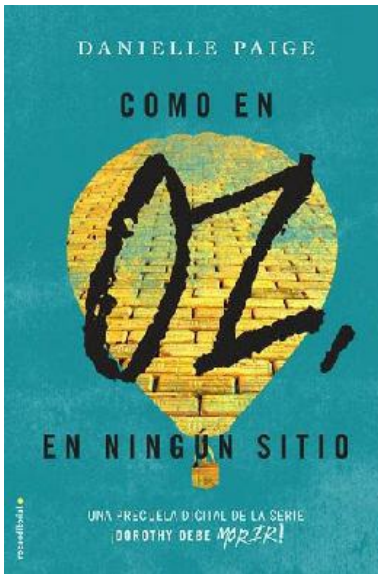
MATAR

a Dorothy,

DETENER

a las baldosas amarillas en guerra.





*COMO EN OZ, EN NINGÚN SITIO,*

*LA BRUJA DEBE ARDER,*

*EL RETORNO DEL MAGO,*

Y *CORAZÓN DE HOJALATA*

SOLAMENTE DISPONIBLES EN *E-BOOK*.





Título original: *The End of Oz*

© HarperCollins Publishers, 2017

Publicado en acuerdo con HarperCollins Children's Books, un sello de HarperCollins Publishers.

Primera edición en este formato: julio de 2017

© de la traducción: 2017, María Angulo Fernández

© de esta edición: 2017, Roca Editorial de Libros, S. L. Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

[info@rocaebooks.com](mailto:info@rocaebooks.com)

[www.rocaebooks.com](http://www.rocaebooks.com)

ISBN: 978-84-16867-80-6

Prohibida la reproducció, la transmissió total o parcial d'aquest llibre sota cap forma ni per cap mitjà, electrònic ni mecànic (fotocòpia, enregistrament o qualsevol mena d'emmagatzematge d'informació o sistema de reproducció), sense el permís escrit dels titulars del copyright i de la casa editora.